

Sara M. James



CAMILA

Biología Completa

**CREANDO
ILUSIONES**

Camila

Creando ilusiones 1

Título: Camila. Creando Ilusiones. Parte I.

Autora: Sara M. James.

Edición: Marzo 2018.

Todos los derechos están reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra, pudiendo incurrir una infracción al código penal sobre la piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19.....
Capítulo 20.....
Capítulo 21.....
Capítulo 22.....
Capítulo 23.....
Capítulo 24.....
Capítulo 25.....
Capítulo 26.....
Capítulo 27.....
Capítulo 28.....
Capítulo 29.....
Capítulo 30.....
Capítulo 31.....
Capítulo 32.....
Capítulo 33.....
Capítulo 34.....
Capítulo 35.....
Capítulo 36.....

“Los grandes cambios siempre vienen acompañados de una fuerte sacudida.

No es el fin del mundo.

Es el inicio de uno nuevo.”



Capítulo 1

Me pasaba el día mirando hacia aquellos edificios altos que quedaban al final de la bahía. No había estado muchas veces por allá en mi vida e imaginaba que jamás entraría en uno de ellos. En aquel lugar vivía la alta sociedad de la ciudad y la gente humilde como nosotros no teníamos acceso a tales privilegios.

— ¡María Camila! ¡Venga acá a ayudar! — gritó mi mamá.

Resoplé. Una y otra vez. Odiaba tener que ir al mercado cada mañana, pero sabía que no teníamos otra forma de conseguir plata. Me hubiese gustado estudiar y tener la oportunidad de acceder a algo mejor, pero mi vida era esa y tenía que aceptarla de alguna forma.

—Empácale a la señora el vestido azul, apresúrate — ordenó.

No sabía cuántos vestidos y cuánta ropa podíamos haber vendido a lo largo de mis 25 años, pero seguro que cientos de miles. Mi mamá, desde bien pequeña, me había enseñado a coser ayudándose de la curiosidad y de la emoción que le ponía a todo lo que me rodeaba. A pesar de tener un hermano mayor, tuve que convertirme en su apoyo y en el hombre de la casa porque enseñar a coser a un hombre era algo impensable en su mente.

Se suponía que al ser la más pequeña iba a ser la princesa consentida y, aunque por parte de mi mamá lo fui de muchas maneras, sentía que tenía más responsabilidades de lo que podía asumir. José, mi hermano, no se dedicó a otra cosa que a beber y a salir, a ver el fútbol con los amigos los fines de semana y del que sería mi papá, mejor ni hablemos. Solo tengo un par de

recuerdos y todas las historias turbias que mi mamá se dedicó a relatarme una y otra vez mientras crecía.

No sabía si alguna vez tendría oportunidad de encontrarme con él, suponiendo que me acordase de su cara, pero tenía claro lo que iba a decirle. Le maldeciría por cada momento que habíamos vivido y por todas las veces que nos sentimos solos por culpa de su abandono. No me importaba si no quería más a mi mamá, nosotros éramos sus hijos y no teníamos que pagar de ninguna forma sus vaivenes con las otras mujeres.

—Ya podemos irnos, ¿no? — pregunté al ver que apenas quedaba gente por allá.

—Esperemos unos 5 minutos más, quizás viene alguien, no tengas prisa.

Suspiré de nuevo profundamente. Tenía prisa porque sabía que el fin de semana no tenía que volver al mercado y podía pasarme el día en casa cosiendo, sin hacer nada más. Me di la vuelta para observar mi lugar preferido, la bahía. Imaginaba que algún día podía ser modista de alta costura y poder mantener una vida de alto nivel. Siempre me había imaginado siendo veterinaria o doctora, pero lo único que sabía hacer era coser y se me daba bastante bien.

Sin embargo, a los precios que vendíamos las cosas, apenas nos alcanzaba para pasar la semana. La gente siempre negociaba para comprar más bajo y a mi mamá le daba pena no aceptar para que finalmente dejaran de comprarle, así que siempre estábamos en la misma situación. Yo a veces sacaba carácter y decía que el valor era ese y que, si querían, tenían que aceptar, pero ella venía y me dejaba en evidencia.

Con el pasar de los años fui dejando aquel carácter y asumí que las cosas siempre iban a ser así, aunque no voy a mentir, soñaba con otra realidad.

Pensaba que a lo mejor un día venía mi príncipe azul montado a caballo y me rescataba de aquel pozo sin salida. No me sentía una ingenua al pensar así porque sabía que, si las cosas se pedían con el corazón, se conseguirían.

—Recojamos todo, ya se va a hacer tarde y perdemos el bus.

—Está bien, no tardaré mucho — dije volviendo a la realidad.

En solo unos minutos habíamos guardado todo y nos estábamos despidiendo de los demás. Llevábamos más de 8 años acudiendo al mismo lugar y los vecinos del mercado se habían convertido en más que amigos. El señor Ruiz, con su puesto de frutas y la señora Rosa, con su puesto de zapatos, lograron ser los abuelos que nunca tuve. Siempre me habían cuidado y para mí era especial tenerlos y poder darles un beso cada día.

Caminamos hacía la parada de bus y nos sentamos a esperar. A veces miraba a mi mamá y sentía lástima por la vida que le había tocado y suplicaba al cielo que no me tocara la misma. Apenas tenía 50 años y lucía mucho más mayor y desgastada de lo que se merecía. Siempre imaginé un mejor futuro para ella y estaba segura de que si yo lo conseguía, se lo podía dar.

— ¿Vas a salir esta noche a bailar? — preguntó.

—No sé, creo que me apetece más quedarme a leer o algo así.

—De esa forma nunca vas a encontrar marido.

—No quiero un marido — negué con la cabeza.

— ¿Acaso piensas quedarte sola como una monja?

—Lo que no quiero es irme con el primero que venga y que luego la rana sea un sapo — dije refiriéndome a mi padre.

Entre las dos se hizo un silencio abismal. A mi mamá solo le gustaba sacar el tema cuando tenía cosas malas que decir de él o desahogarse, pero los demás

no podíamos decir nada porque la hacía sentir incomoda. Sin embargo, en cuanto tenía la oportunidad no me privaba de soltarlo.

El bus no tardó en llegar y la incomodidad entre las dos fue pasando. No cabía ni un solo alfiler entre tanta gente, pero conseguimos hacernos con unos asientos al fondo. Aquella mezcla de olores de todo el mundo me hacía sentir mareos y que detestase cada vez más la vida que llevaba.

Necesitaba distraerme de todo lo que me rodeaba y volví a evadirme del mundo una vez más. Miré hacia la bahía ensimismada en mis pensamientos sobre cuentos de princesas y reyes, sin saber que aquel día mi vida iba a dar un giro completo.



Capítulo 2

— ¡Levanta del sofá! — grité a mi hermano cuando llegué a la casa.

—No lo trates así, estará cansado — mi mamá salió en su defensa.

— ¿Cansado? ¿Acaso no lo hueles? Está borracho... No sé cómo lo soportas — dije indignada.

Mi mamá lo levantó con todo el cuidado del mundo y lo acompañó hasta su habitación. Ver a aquel hombre ya casi canoso, bajito y gordo, estropeado por el alcohol, me daba asco. En su juventud había sido un chico lindo, de estos que te sonreían y no tenían que hacer nada más, pero se había convertido en lo peor. Aquel pelo alborotado, aquellas ojeras y ese olor a alcohol eran demasiado desagradable.

Me pasaba el día rezando para que algún día se fuese de la casa y sucediese cuanto antes. Habíamos llegado bastante tarde de trabajar y no se le había ocurrido ni hacer la cena, lo único que había hecho era beber. Lo peor de todo, y lo que más mal humor me provocaba, era ver cómo ella lo defendía a capa y espada.

Entendía que se había criado en otra época y que había muchos pensamientos suyos que yo no podía cambiar, pero eso me superaba. ¿Cómo podía sentir lástima por un ser de aquel calibre? No servía para absolutamente nada y se convertía en una especie de parásito que acababa gastándose la mitad de nuestras ganancias en cervezas.

Nuestra casa apenas estaba decorada y teníamos pocas cosas, pero lo

habíamos trabajado las dos. Él no había sido capaz de aportar dinero para nada, simplemente se aprovechaba de nosotras y de lo poco que podíamos aportar. No sabía cómo no le daba vergüenza llevar esa clase de vida, pero lo conocía lo suficiente como para saber que le daba igual.

—No pienso seguir trabajado para él — dije enfadada mientras preparaba algo para comer.

— ¿Quieres que lo dejemos en la calle?

—Sí, quizás así encuentra un empleo y se va de aquí.

—No hables así de él, sabes que no me gusta.

Sentía cómo la cara se me tornaba roja de rabia. No soportaba aquella conversación y estaba cansada. Jamás me había callado lo que pensaba de él y no entendía cómo mi mamá era incapaz de ver lo inútil que era. Por mí se podía ir aquella misma noche y no volver nunca más.

Me di la vuelta para no ser grosera con ella y me dediqué a calentar un poco de arroz con tiras de pollo. Quería cenar cuanto antes y meterme en mi habitación a evadirme del mundo. Era el único lugar sagrado que me quedaba en este mundo y donde podía ser feliz sin tener que ser consciente de la realidad.

Escuché cómo llamaban a la puerta y mi mamá salió a abrir. No hacía falta que me diese la vuelta ni mucho menos, estaba segura de que era Carlos Alberto. Mi gran amigo de la infancia no podía pasar un día sin verme, era el único apoyo que le quedaba en el barrio. Todo el mundo intentaba evitarle o se burlaban de él por el simple hecho de que le gustaban los hombres.

Desde que aquella noticia empezó a correr como la pólvora, empezó a sufrir un auténtico infierno al ser señalado, pero él intentaba ser feliz y sabía que yo lo aceptaba fuese como fuese. Yo no vivía de aquellos chismes y el cariño

que tenía por él no iba a cambiarlo por ninguna condición sexual que tuviese.

Sin embargo, mi mamá no era como yo. Casi siempre que me visitaba, ponía mala cara y no era demasiado agradable. Carlos Alberto sabía que a veces tenía que soportar aquellas cosas, pero le daba igual con tal de verme y pasar un rato en nuestro mundo imaginario.

Tanto él como yo soñábamos con otro tipo de vida y estábamos seguros de que algún día lo conseguiríamos. Nos encantaba ver juntos películas románticas e imaginarnos que éramos los protagonistas que salían triunfantes al final. Su sueño era irse a otros países en los que la gente no le señalase y poder conocer a su príncipe azul.

— ¡Hola, María Camila! — saludó al llegar a la cocina.

— ¡Hola! — dije sin darme la vuelta — Estoy a punto de servir la cena, ¿quieres?

—Tranquila, ya cené.

— ¿Estás seguro?

Tenía que insistirle porque sabía que a veces le daba vergüenza aceptar cuando mi mamá estaba delante. Aquel chico moreno y con cara de no haber roto un plato, comía por dos si era necesario. Su pasión era comer y no me explicaba dónde lo echaba, siempre había sido delgadísimo.

Sin esperármelo, mi mamá apareció con un plato, se sirvió y se fue a su habitación. Normalmente no era tan grosera con la presencia de Carlos Alberto, pero seguramente lo que había dicho de mi hermano la tenía enfadada. Me aliviaba bastante que desapareciera del mapa y me dejase tener un espacio a solas con mi mejor amigo.

Serví dos platos y me dirigí hacia el salón para estar tranquila con él. Carlos

Alberto sonrió al ver que le había servido comida a él también y me siguió rápidamente. Tenía claro que, si no le ponía un plato a él, acabaría comiéndose la mitad del mío y aquel día me sentía bastante hambrienta como para compartir.

—Tengo una sorpresa — dijo cuándo se sentó frente a mí —. Bueno, más bien un regalo.

— ¿Has encontrado novio? — bromeé.

—No, se trata de esto.

Con una gran sonrisa en la boca, puso encima de la mesa una especie de entradas. En un primer momento no supe de qué se trataba, pero no tardé mucho en adivinarlo. Todos los años se hacía en la ciudad un concierto de música clásica al que siempre había deseado ir y parecía que mi sueño se iba a hacer realidad.

— ¿Cómo has conseguido esto? — cogí las entradas con la boca abierta

— Esto cuesta mucha plata.

—Las conseguí... — dijo sin más.

— ¿A quién le has robado? — lo miré a los ojos.

— ¿Ahora es que piensas así de mí? Me decepcionas — se quería hacer el interesante.

—Carlos Alberto... Dime cómo.

—Unos clientes se las dejaron encima de la mesa del restaurante donde trabajo hace unos días — comenzó a contar —, las guardé, pero nadie las ha reclamado, así que vamos a usarlas.

—Deberías devolverlas — exigí.

—Cami, no sé ni quiénes son y el concierto es mañana, sería una pena

que se perdiesen...

— Pero ¿cómo vamos a ir a un evento de tal nivel? Míranos.

—Cosas ropa para gente de alta sociedad, coge un vestido y vivamos el cuento por un día.

Aquella proposición era demasiado tentadora para negarla, pero no sabía si íbamos a dar la talla. Yo podía robar uno de los vestidos que nos habían encargado y arreglarme, pero no sabía si Carlos Alberto iba a dar la talla.

Lo miraba mientras engullía aquel plato en menos de dos minutos. No sabía cómo podía estar tan tranquilo ante lo que estábamos hablando. A mí se me había cerrado por completo el estómago y me sentía ansiosa.

—No sé... No sé si es lo correcto... — estaba nerviosa mientras miraba las entradas.

—No importa, mañana te pasaré a buscar y se acabó.

—Carlos, no sé...

—Hazme caso, va a ser una aventura.

—Creo que es mejor que no.

—Nos vemos mañana — me interrumpió —, me voy antes de que te arrepientas.

Se levantó sin dejar decirme nada más y se fue de la casa, dejándome sola. Dejé mi plato a un lado y me dediqué a tocar aquellas entradas como si fuesen un auténtico tesoro. Mi mamá y yo tendríamos que trabajar un mes sin parar y sin gastar absolutamente nada para poder pagar una sola entrada, así que para mí tenía un valor incalculable.

Cada vez que llegaban noticias de aquel concierto, me imaginaba en la sala disfrutando de él. A pesar de no haber estudiado, siempre me había fascinado la música y el arte, lo sentía con muchísima pasión. Me encantaba la idea que

me había propuesto y acudir a aquel concierto me parecía un sueño hecho realidad, pero algo dentro de mí me decía que iba a ser un auténtico error.



Capítulo 3

A pesar de que los sábados podía dormir más, no había pegado ojo en toda la noche. Carlos Alberto me hizo la visita más fugaz e intenta que había tenido en toda la vida. En apenas media hora me había propuesto un plan de ensueño y me había dejado sola para que no lo convenciese de no arriesgarnos.

Él siempre había actuado por instintos y yo prefería sentarme a pensar bien las cosas. Por más ilusión que me hiciese aquello, pensaba que me iba a sentir ridícula. Sería una especie de Cenicienta que, cuando llegase la hora, volvería en bus a su casa y volvería a ser la misma sirvienta de siempre.

Me levanté a tomarme un café para poder mantenerme en pie y me senté a meditar de nuevo un buen rato. Había algo que no me terminaba de convencer de aquel plan y llamé decidida a Carlos Alberto. Me imaginaba a todo el mundo mirándonos como extraños y haciéndonos sentir mal en aquel ambiente.

— ¿Aló? — se notaba que lo había despertado.

—No podemos ir al concierto — solté de una vez.

—Sabía que ibas a estar intensa con el tema... Al menos puedes decir buenos días ya que te has dignado a despertarme.

—Déjate de formalidades, yo no podido pegar ojo.

— ¿Por qué le das tantas vueltas? He dicho que vamos a ir y no hay más que hablar.

A veces parecía mi novio en vez de mi amigo. Cuando se le metía un plan en

la cabeza, no había nadie que lo parase y lo peor es que siempre me llevaba de la mano. No sabía ya cuántas locuras habíamos hecho por culpa de sus impulsos.

—Mejor lleva a otra compañera... No sé si estoy segura.

—Cami, ¿crees que tengo más amigas que no seas tú?

Me quedé callada y se hizo el silencio entre los dos durante algunos segundos. Era cierto que Carlos Alberto se había quedado bastante solo y que la única que no le había dado la espalda era yo.

—Vamos a desentonar...

—Cami, eres una costurera impresionante, estoy seguro de que un vestido bonito y un poco de maquillaje es suficiente... Tienes un cuerpo espectacular y la combinación de tu pelo y ojos negros con tu piel canela hará el resto.

—¿Estás seguro? No sé...

—No me gustan las mujeres, pero si fuese así, serías mi primera elección.

—Dices las cosas por decir, no hace falta que me regales el oído.

—Hablo en serio y sé que es tu sueño ir... En cuanto vi que nadie reclamaba las entradas supe que era el mejor regalo que podía hacerte, déjame devolverte todo lo que has hecho por mí...

Aquellas palabras me llegaron al corazón y no pude resistirme. Lo único que Carlos Alberto quería era ofrecerme cumplir un sueño y estaba siendo bastante grosera con él. Seguramente arreglándonos un poco podíamos pasar desapercibidos delante de toda aquella gente y nos sentiríamos uno más.

—Está bien, pero si sale algo mal... Tú asumes las

consecuencias...

—Vale, ahora déjame dormir...

—Iré a tu casa sobre las 6, no puedo vestirme aquí.

— ¡Está bien! — se notaba que quería colgar — Te esperaré.

Justo al colgar el teléfono sentí cómo mi mamá se levantaba. Tenía que pensar cómo iba a hacer para coger uno de los mejores vestidos que estábamos preparando sin que se diese cuenta. Sabía bastante bien que los clientes no iban a exigir sus pedidos hasta la siguiente semana y eso me daba un margen, pero tenía que asegurarme que mi mamá no se daba cuenta.

Ella siempre me animaba a salir y le daba rabia que me pasase el día en la casa, pero seguramente no me dejaba usar los vestidos. Le parecería una auténtica locura entregar un vestido que yo hubiese usado y pensar que se estropease o se manchase la podía volver absolutamente loca.

— ¿Con quién hablabas tan enfadada? — preguntó al entrar en la cocina.

— ¿Enfadada? — disimulé.

—Te oí desde mi habitación hablando bajito pero enojada.

—No, no he hablado con nadie... Lo habrás soñado.

—Pensé que estabas discutiendo de nuevo con tu hermano, pero ya veo que no se ha levantado.

— ¿Acaso esperabas verlo por aquí? ¿Haciendo el desayuno? — dije irónicamente.

Mi mamá suspiró y prefirió no contestar. Tenía claro que había perdido aquella discusión conmigo hacía mucho tiempo. No le pedía que dejase de ser madre y solo mirase por mí, pero odiaba que él siempre estuviese en primer

lugar. La que había estado a su lado y la que luchaba con ella era yo y sin embargo siempre estaba por detrás de él.

—Por cierto, voy a salir esta noche, mamá.

— ¿Segura? — me miró incrédula.

—Carlos Alberto me invitó a pasear, así que he aceptado.

—Ese Carlos Alberto... — puso los ojos en blanco.

—No tiene nada malo, solo que no le gusta lo que se espera de él.

—Sabes que eso es insano — dijo tajantemente.

Escuchar aquellas palabras me daba bastante rabia, pero no tenía ganas de ponerme a discutir. Solo quería que supiese que iba a salir como siempre esperaba de mí y era libre de hacerlo con quien me diese la gana. No sabía por qué se oponía tanto a que fuese mi amigo, quizás tenía miedo de que la gente me viese con él y empezase a rechazarme de igual manera.

Cogí mi café, un par de panes de leche y me fui de nuevo a mi habitación. Aquel día me esperaba algo grande y quería soñar despierta con todo lo que iba a pasar. Ni en el mejor de mis sueños hubiera imaginado que podía acudir a aquel concierto y, sin embargo, estaba tirada en mi cama planeando cómo robar un vestido de mi propia casa y hacer uno de mis sueños realidad.



Capítulo 4

Si hubo algún día en mi vida en el que el tiempo pasase despacio, había sido ese. Intenté pasar el resto del día escuchando música o leyendo algún libro, pero incapaz de concentrarme. Parecía una tontería, pero acudir a un evento de tal categoría y codearme con la gente que vivía en los edificios que llevaba años mirando desde el mercado, era emocionante para mí.

Sorprendentemente, mi mamá había salido a visitar a una prima que vivía cerca de allá y eso me dio no solo la oportunidad de coger un vestido, sino también de probarme el que mejor me quedaba. Me sentía una auténtica Cenicienta, iba a acudir al mejor evento de la ciudad con un vestido jamás soñado.

Había uno en especial que me enamoró desde que mi mamá empezó a confeccionarlo y por suerte me quedaba perfecto. Era negro, largo, ajustado a la cintura y con un escote bastante visible, dejando entre ver que a la clienta le gustaba mostrar, pero no ser demasiado descarada. Habíamos invertido un poco más para comprar aquella tela porque esa mujer siempre había sido demasiado perfeccionista, pero con la ganancia que obteníamos, valía la pena.

Lo cogí sin ningún remordimiento, preparé un neceser con maquillaje y fui a casa de Carlos Alberto. Mientras caminaba, iba mirando hacía todas direcciones como si fuese una ladrona que huía de la justicia. No me gustaba hacer cosas a escondidas y no era algo de esperar por mi parte, pero ya me

había lanzado a aquella aventura. No sabía si me iba a arrepentir en algún momento de lo que estaba haciendo, pero no había vuelta atrás.

Llamé en varias ocasiones a la puerta y me alegré de ver la cara de mi gran amigo. Por suerte se encontraba solo y pudimos ponernos manos a la obra sin disimular delante de nadie. Aún no había planeado cómo iba a salir de allá tan arreglada sin que nadie nos viese, aunque estaba segura de que Carlos Alberto lo solucionaría sin problemas.

Lo seguí hasta su habitación y pude comprobar que las cosas les iba bastante bien. Hacía tiempo que no visitaba su casa, pero había redecorado y los muebles parecían de mejor calidad que los de antes. Se notaba que tenía mucho mejor gusto que el resto de los vecinos y me pareció súper agradable aquel ambiente.

Las paredes ahora eran de un color marfil que combinaba a la perfección con la mesa nueva y aquel sofá decorado con cojines en tonos azules y grises. Carlos Alberto había colgado alguno de los cuadros que le gustaba pintar en sus ratos libres y el detalle de las flores encima del mueble de la esquina, le daba un toque muy alegre.

— ¿Has traído todo lo necesario? — preguntó cerrando la puerta de su habitación.

—Sí, creo que con esto tengo suficiente — le mostré la bolsa que llevaba.

—Pues tenemos que arreglarnos, no tenemos tiempo.

— ¡Qué nervios! — dije emocionada.

—Sé que va a ser una noche que jamás olvidarás — me dedicó una sonrisa.

Jamás me cambiaría de ropa delante de un chico, pero Carlos Alberto era una

amiga más. Me había visto mil veces desnuda y tenía mucha más confianza para eso que incluso con mi mamá. Sabía que no iba a mirarme con ningún tipo de deseo y eso me hacía sentir cómoda.

Me coloqué aquel vestido negro mientras él se ponía un traje de chaqueta que le había prestado un amigo y nos miramos al espejo a la vez. Aún no nos habíamos peinado y nos faltaba mucho trabajo por hacer y ya nos sentíamos diferentes, como auténticos protagonistas de película.

Carlos Alberto me miró sonriendo y yo no pude evitar hacer lo mismo. Me sentía hermosa, me sentía elegante, me sentía perfecta. Sabía que solo era un trozo de tela encima de mi cuerpo, y el solo hecho de ponérmela, me convertía en una chica distinta.

—Estás hermosa... Te lo digo en serio — Carlos Alberto no podía dejar de mirarme.

—Al final vas a acabar enamorándote de mí — bromeé.

—Yo no, te lo aseguro — dijo entre risas —, pero te aseguro que más de uno se tirará a tus brazos.

—No digas tonterías...

—Ya lo veremos — guiño un ojo —, pero apresúrate, se nos acaba el tiempo.

Rápidamente me puse a peinarme a la vez que él me ayudaba con el maquillaje. No sabía de dónde sacaba tanto talento, era capaz de convertir a la mujer más fea en alguien decente con tan solo unas pinceladas. Cada minuto que pasaba, me ponía mucho más nerviosa ante lo que iba a suceder.

Terminamos rápidamente y me di cuenta de que me había olvidado de coger los zapatos. ¿Cómo podía ser tan tonta? No podía volver a casa y arriesgarme a que me viesen vestida y maquillada de aquella forma. Carlos Alberto me

miró con los ojos abiertos cuando se lo dije y, sin pararse a pensar mucho, corrió hacia la habitación de sus padres.

—Toma, ponte estos — dijo dándome unos tacones —, espero que te sirvan.

—Pero... Son de tu mamá — me sentía incómoda.

—Lleva años sin ponérselo, no se dará cuenta, apresúrate.

Me probé aquellos zapatos y, aunque me quedaban un poco grandes, fui capaz de caminar con ellos. Carlos Alberto me cogió rápidamente por la mano y salimos a toda prisa de aquella casa. No me había dado tiempo a verme una última vez en el espejo, con lo hermosa que me sentía, me bastaba.

— ¿Dónde vamos a coger el bus? — pregunté mientras seguía sus pasos.

— ¿Bus? No seas vulgar, esta vez iremos en taxi.

Llamó rápidamente a uno que pasaba cerca de la puerta y nos pudimos montar sin que apenas nos vieran. No era el coche de caballos que la hada madrina conseguía a partir de una calabaza, pero me bastaba. Sabía que, al menos, al llegar a la puerta no íbamos a desentonar mucho con la gente.

No podía evitar mirar a Carlos Alberto en el trayecto hacia el concierto. Había dudado todo el día acerca de si podíamos parecer uno más en aquella gala y tenía claro que sí. Parecía un auténtico galán, uno de esos que viven rodeados de chicas y había decidido compartir aquella experiencia conmigo. Sabía que de alguna forma no podría llegar a agradecerle en mi vida la aventura que estábamos a punto de vivir.



Capítulo 5

Tardamos un buen rato en llegar al teatro principal. Por más que le metimos prisa al conductor para que acelerase, él se tomaba la vida con una tranquilidad absoluta. Sabía que cuánto más tardase en llegar, el dinero del trayecto sería mayor, y así fue. Agradecí que Carlos Alberto hubiese sido precavido y llevase bastante plata, porque si no, no hubiese sido capaz de pagar semejante cantidad.

Me bajé de aquel taxi maldiciendo en mi interior a aquel señor e intenté poner la mejor de mis sonrisas. Carlos Alberto se había dedicado a ponerme bien el cabello y el vestido mientras yo trataba de relajarme. Odiaba a la gente aprovechada que quería sacar plata por todo, eran la lacra de la sociedad.

Me di la vuelta y pude ver el teatro principal justo frente a mí. La gente ya había comenzado a llegar y se notaba que habíamos cambiado de galaxia por completo. Todos vestían súper elegantes y las mujeres llevaban joyas jamás vistas. Yo apenas me había puesto un collar de perlas y esperaba que pareciesen de auténtica calidad, porque jamás iba a lucir lo que ellas llevaban.

La sonrisa de Carlos Alberto era indescriptible. Sabía que no estaba mirando tanto a las mujeres como hacía yo, sino más bien a los hombres. No tenía palabras para describirlos, todos se veían súper elegantes y, por supuesto, mil veces más guapos que los que estábamos acostumbrados a ver. Lucían barbas perfectamente simétricas y unos cortes de pelos bastante modernos.

Normalmente los veía por el centro comercial cuando íbamos a conseguir las telas más costosas, pero aun así me seguían fascinando. La calidad de la ropa que llevaban debía costar bastante dinero y lucirlas les tenía que hacer sentir

poderosos. No se tenían que preocupar del precio de la ropa, les bastaba con ir a las tiendas y elegirlas sin mirar.

— ¿Le acompaño, señorita? — Carlos Alberto me ofreció su brazo.

—Sería un placer, Señor Mendoza — reí.

Subimos las escaleras y entramos por la puerta principal. Me fijé en que la mayoría de la gente entraba sin que los guardias de seguridad les pidiesen las entradas; seguramente se conocían bien entre todos. Puse la mejor de mis sonrisas para pasar desapercibida y sorprendentemente se limitaron a sonreírnos y a nada más. Me quedé impresionada porque pasé como una más y eso me hizo sentir aún más segura y feliz.

Pasamos a una especie de vestíbulo en la que estaban ofreciendo champan y algunos canapés previos al concierto. Allá no solo se encontraban los invitados, también estaban los músicos. Admiraba al máximo el arte que hacían y poder ponerme al lado de ellos, a escuchar sus conversaciones, era increíble.

A veces no entendía muy bien lo que decían, pero disfrutaba solo por el hecho de estar ahí. Siempre había seguido aquellos conciertos al día siguiente por televisión, pero era la primera vez que iba a verlos en directo y la felicidad que tenía era inmensa.

— ¿Una copa, señora? — preguntó un camarero extendiendo su bandeja.

—Señorita — corrigió Carlos Alberto.

—Disculpe, señorita — rectificó con una gran sonrisa —. ¿Desea una, señor?

—Por supuesto — dijo con tono varonil.

No pude evitar reírme y cogí una copa a la vez que mi gran amigo. Sabía que se sentía igual de emocionado que yo y no éramos capaces de mantener ninguna conversación. No hacíamos más que mirar hacia todos lados, empapándonos del ambiente y de lo que significaba estar allí.

Mirara donde mirase, me fascinaba la decoración. De aquellos techos gigantes colgaban lámparas de en sueño y las paredes estaban decoradas con cuadros enormes y esculturas impresionantes. Jamás había estado dentro y mi cabeza se había formado una imagen completamente distinta. Nunca hubiese imaginado que el interior de aquel edificio tuviese aquel aspecto.

—Impresionante, ¿no crees? — dijo Carlos Alberto.

—Es más de lo que pensaba — sonreí.

—Te dije que iba a ser una buena idea venir.

—Ni siquiera nos han pedido las entradas, hemos pasado completamente desapercibidos.

—Jajaja, sí — empezó a reír - Ahora a ver si podemos pescar algo.

— ¿A qué te refieres?

—Mira que eres inocente... Aprovecha la oportunidad de estar aquí para salir con algún premio.

Carlos Alberto empezó a mirar los traseros y los cuerpos de todos los hombres de la sala descaradamente. Me imagino que intentaba ver cuál le gustaba más e intentar adivinar si era gay o no. Según él, los chicos adinerados montaban orgías impresionantes y les daba igual con qué clase de persona se estuviesen acostando. Aseguraba que muchos de ellos, incluso casados, eran gays, pero que lo mantenían oculto de cara a la gente.

No tenía muy claro si todo lo que contaba era cierto o la realidad que quería

creer. Sabía que seguramente había muchas personas que eran gays como él y les tocaba callarse porque la sociedad no los aceptaba abiertamente; pensaba que exageraba con aquellas historias.

— ¿Ya tienes tu favorito? — pregunté.

—Podría quedarme con cualquiera, te lo aseguro.

—El problema no es que los mires tú, es que te miren ellos — respondí.

—A mi quizás no, pero tú debes aprovechar esta oportunidad.

—Sabes que eso no me interesa...

—No te interesa en el barrio, este es un mundo totalmente diferente — guiñó un ojo.

Carlos Alberto se empezó a alejar de mí como si fuese un depredador buscando a una presa. De cierta manera me resultaba chistoso verlo con tanta soltura entre aquel mar de gente y sentía envidia de él. En mi adolescencia había sido una chica bastante atrevida, aunque con el paso del tiempo me había vuelto tímida y vivía bajo mi coraza.

Quizás el hecho de vivir para la costura y estar todo el tiempo a la sombra de ella había mermado mi personalidad. El tema de ligar con hombres me daba bastante pereza y tenía pánico a toparme alguien como mi papá. Acabar abandonada, con hijos y sin saber qué hacer para pagar las cosas y comer era algo que me aterraba.

—Señorita, ya casi empieza el concierto — otro camarero apareció y recogió mi copa, sacándome de mis pensamientos.

—Está bien — dije rápidamente, mostrándole una gran sonrisa.

Busqué apresuradamente a Carlos Alberto, me agarré de su brazo y empezamos a subir las escaleras. Era maravilloso ver cómo nos movíamos al

unísono y caminábamos ordenadamente a disfrutar de aquella noche. Mirase donde mirase, todo me parecía maravilloso y vivir esa experiencia con Carlos Alberto, no tenía precio ninguno.



Capítulo

6

Andábamos un poco perdidos, pero un señor muy amable nos indicó cuál era nuestro sitio. Me sorprendí al ver que no íbamos a estar con todo el mundo, sino más bien en una especie de balconcito con apenas 4 sillas. Las entradas no solo nos habían llevado al concierto, sino que también teníamos un lugar un poco privilegiado.

Carlos Alberto se sentó en un extremo y yo en una de las sillas de en medio. Desde ahí podíamos ver perfectamente el escenario y cómo la gente se iba colocando poco a poco. Me sentía como una auténtica marquesa, como si el mundo me perteneciese. Tenía una marabunta de personas a mis pies e iba a disfrutar de aquel momento único en mi vida.

Las luces comenzaron a atenuarse y la cortina que teníamos a nuestra espalda se abrió de nuevo. Había mantenido la esperanza de que finalmente nos quedáramos solos, pero tampoco me importaba compartir. Miré un poco de reojo y pude ver que eran dos chicos los que se sentaban a nuestro lado. Tampoco quería ser muy descarada y ponerme a mirarlos detalladamente, aunque me daba la impresión de que aquellos chicos parecían de anuncio de televisión.

El olor que entró en aquel balcón a perfume caro dejó a Carlos Alberto con una gran sonrisa en la boca. No hacía más que darme con el codo y reírse disimuladamente. Sabía que ya había tenido tiempo para mirar a aquellos hombres al detalle, pero yo era incapaz de girar la cabeza. Apenas alcanzaba

a ver un poco el traje que el chico de mi lado llevaba puesto, pero no podía descifrar cómo era su rostro.

Las luces se apagaron por completo y comenzaron con las presentaciones del concierto. Todos comenzamos a aplaudir y la sonrisa no podía desaparecer de mi boca. Aquella música entraba por mis oídos y hacía que me perdiese de nuevo en mi mundo interior. Un mundo maravilloso, que controlaba de principio a fin y en el que nadie podía entrar si yo no le daba permiso.

Miré a Carlos Alberto y pude ver cómo disfrutaba al igual que yo. Amaba ese momento de felicidad de ambos y sabía que nos lo merecíamos. Nuestras vidas no fueron nunca camino de rosas, sobre todo la suya, así que disfrutar de algo como aquello era algo que nos habíamos ganado a pulso.

- ¿Vienes mucho por aquí? — aquel chico se acercó a mí.
- ¿Estás hablando conmigo? — pregunté mirándolo de reojo.
- Claro, ¿con quién si no? — sonrió.

Giré al cabeza por completo. Me mataba la curiosidad por ver la cara de aquel chico que se había atrevido a hablarme. Por el tipo de ropa que pude observar que llevaba, pensé que iba a ser mucho más mayor, pero parecía bastante joven, casi de la misma edad que yo. Tenía la piel canela, los ojos marrones claros y el cabello digno de portadas de revista de peluquería. Se notaba que se cuidaba bastante y su sonrisa era tan perfecta que casi parecía de mentira.

- ¿Vienes mucho por aquí? — repitió.

Me quedé un poco en blanco y me puse nerviosa ante él. No esperaba que, en ningún momento, aquellos dos extraños y nosotros pudiéramos mantener algún tipo de charla. Asentí con la cabeza sin abrir la boca y volví a mirar hacia el escenario. Carlos Alberto se había percatado de aquello y volvió a

pegarme con el codo en las costillas como una quinceañera nerviosa.

—Me llamo Rodrigo, por cierto — me mostró su mano.

—María Camila — se la estreché, le sonreí y volví a atender al concierto.

Me ponía bastante nerviosa que estuviese tan pendiente de mí y no me dejaba concentrarme. A veces me daba la impresión de que no miraba al escenario, sino a mí, y eso me ponía muy tensa. Seguramente a él no le había importado pagar tanta plata para mirar a otro lado y yo estaba disfrutando demasiado aquel momento para preocuparme de él.

— ¿Eres de por aquí? No me suena tu cara — volvió a hablarme.

—No, somos nuevos en la ciudad — se me ocurrió decir.

— ¿Y qué tal os ha recibido el clima? — preguntó.

—Bien — no quería alargar más la conversación.

No sabía cómo dejarle claro que no me interesaba hablar con él. Me limitaba a dar respuestas cortas y apenas lo miraba a la cara. Me intimidaba bastante tener a un hombre como él tan cerca de mí. Me hacía sentir que no estaba a su altura y no quería que me hiciese preguntas que no supiera contestar.

Me había interesado toda la vida por el arte y la cultura, pero seguramente no tenía sus conocimientos. Mientras yo vendía vestidos en el mercado, seguramente él había acudido a las mejores universidades y se había codeado con gente bastante educada y entendida acerca de esos temas.

Sentía que lanzaba comentarios al aire con la esperanza de que alguno contestáramos. Muchas veces no entendía bien los términos que utilizaba, así que me limité a mirar al escenario como si nada. Aquel juego no me gustaba mucho y empecé a ignorarlo. Carlos Alberto no hacía más que mirarme y señalarlo con la cabeza con la intención de que le siguiese la corriente y no

me apetecía para nada.

—Háblale... — dijo Carlos Alberto en mi oído.

— ¿Por qué tengo que hablarle? — pregunté en voz bajita.

—Se nota que está interesado... Qué más te da...

—Estoy disfrutando esto, no estoy para juegos.

Rodrigo se tuvo que haber dado cuenta que hablábamos de él porque dejó de hacer comentarios cerca de mi oído el resto de la noche. Se dedicó a hablar con el chico que tenía al lado y por el parecido que tenían, seguramente eran primos o hermanos. Vestían prácticamente igual y tenían un parecido físico bastante notable.

Intenté pasar el resto del concierto disfrutando de la música y aplaudiendo como nadie sabía. Le ponía demasiada emoción al momento y me daba igual que me mirasen los demás como si fuese una loca. Estaba segura de que no iba a poder olvidar aquella noche en lo que me quedaba de vida.



Capítulo 7

El concierto llegó a su final y, aunque me daba un poco de lástima, había disfrutado al máximo. Aplaudimos como durante 4 o 5 minutos sin parar. Nada tenía que ver lo que salía en televisión, no se comparaba con sentir la música tan cerca y tan viva. Podría ser la última vez que tenía la oportunidad y estaba tranquila porque al menos lo había vivido.

Me levanté rápidamente de la silla, a la par que Carlos Alberto y noté un ruido extraño. Miré hacia abajo y vi cómo la falda de mi vestido se había desgarrado, dejando ver parte de mi cintura y mi pierna. Me quedé completamente horrorizada, no entendía cómo había sucedido aquello.

—Disculpa — Rodrigo me miraba sorprendido.

— ¿Disculpa? — no entendía que pasó.

—Creo que he pisado tu vestido... Lo siento... — estaba bastante apenado.

Miré de nuevo hacia mi vestido y el mundo se me vino encima. Estaba pasando la mayor vergüenza de mi vida y no sabía cómo iba a devolvérselo a mi mamá sin que se diese cuenta del destrozo.

— ¿Cami? ¿Qué pasa? — preguntó Carlos Alberto.

—Necesito ir al baño, acompáñame.

Las luces aún seguían tenues y no había alcanzado a ver el destrozo de mi vestido. Corrí como pude a uno de los baños más cercanos y, aprovechando que no había nadie, él entró conmigo. Su cara reflejaba el desastre que había pasado e intentó por todos los medios de ayudarme a colocarlo bien.

- Mi mamá va a matarme — decía angustiada.
—No te preocupes, sabes coser, lo puedes arreglar.
— ¿Y cómo lo hago? ¡Se va a dar cuenta!
—Cami, tranquila — intentó calmarme —, todo va a salir bien.

Me miré al espejo que tenía frente a nosotros y pude ver como se me veía medio cuerpo al aire. Por suerte había elegido una ropa interior bonita, porque si no, la vergüenza habría sido muchísimo mayor. No tenía ni idea de cómo iba a salir de aquel edificio sonriendo y presumiendo de semejante destrozo.

— ¿Cómo vamos a salir de aquí? El concierto ha terminado... La gente estará ahí fuera... Me van a ver... — la cara se me tornaba roja sin querer.

—Sujeta con la mano lo que puedas y pégate a mí — propuso —, por suerte solo es un lateral y puedo taparlo con mi cuerpo.

Asentí con la cabeza y nos pusimos manos a la obra. Recogí toda la tela que colgaba y la agarré con el puño a la altura de la cintura. Carlos Alberto me cedió el brazo y pegué mi cuerpo a él para comenzar a caminar juntos. Seguramente podríamos salir sin que la mayoría de los asistentes me viesen. Había pasado una buena noche, pero no era el final que esperaba para mi noche de ensueño.

Empezamos a recorrer el largo pasillo a la par y comencé a oír bastante murmullo. Seguramente la gente había comenzado a salir del concierto a tomar algunas copas y a relacionarse entre sí. Me hubiese encantado vivir aquellos momentos, pero no podía quedarme más tiempo en esas condiciones.

Alcé la cabeza y vi que Rodrigo y su acompañante se dirigían rápidamente

hacia nosotros. Era la última persona que quería ver en ese momento. Me había resultado un poco molesto tener que aguantar sus comentarios a lo largo del concierto y había puesto la guinda en el pastel rompiendo mi vestido.

— ¿Está todo bien? — preguntó.

En su voz se le notaba un poco de angustia con lo que había pasado. De alguna manera comenzó a darme un poco de lástima porque sabía que no lo había hecho adrede.

—Tranquilo, no es nada que no pueda arreglarse — respondí —. Ahora, si me disculpas, tengo que marcharme.

—Te llevo a casa, déjame recompensarte.

—No, no hace falta.

De ninguna manera iba a hacerlo ir al sitio donde vivíamos. Seguramente no sabía ni de la existencia de aquellos lugares y no había estado en su vida. Vivíamos en la misma ciudad, pero pertenecíamos a galaxias diferentes.

—Perdón, no quería hacerle eso a tu novia — se dirigió a Carlos Alberto.

— ¿Mi novia? — preguntó sorprendido — Cami no termina de ser mi tipo.

Mi mejor amigo empezó a sonreírle descaradamente a Rodrigo y seguramente se dio cuenta de qué iba Carlos Alberto. Aquel chico no podía ser más descarado y no perdía ninguna oportunidad para tirarse al cuello de cualquier hombre que le interesaba.

—Perdón... Pensé que...

—Tranquillo — interrumpió Carlos Alberto —, aunque si quiere

recompensar a mi amiga, puede invitarla a cenar algún día.

Le pegué un codazo disimuladamente. No me importaba que fuese descarado con la gente que le interesaba, pero que lo trasladase a mi vida... Me molestaba bastante. No hacía falta que me recompensase con nada y mucho menos con otra cita. Evidentemente aquel hombre era súper atractivo, sin embargo, no me había hecho sentir muy cómoda en el concierto y no me terminaba de convencer.

—Sería un placer — respondió —, si es que ella acepta.

—La verdad, no tienes que recompensar nada, ha sido un error — respondí.

—Vamos, Cami — dijo Carlos Alberto —. No seas grosera, está apenado.

Le eché una mirada que podría haberlo matado al instante y seguí sonriendo. Me estaba viendo entre la espada y la pared y aún sentía la vergüenza de lo que había pasado con el vestido.

—Está bien, llámame y ya vemos — empecé a caminar.

— ¿Cómo te voy a llamar si no tengo tu número? — preguntó riéndose.

—No se te escapa ni un detalle — sonreí irónicamente.

—Te aseguro que no — esbozó una sonrisa.

Carlos Alberto se apresuró a darle mi número mientras yo miraba atónita cómo manejaba mi vida. Me había metido en un buen lío al romper el vestido y él solo se preocupaba de conseguirme una cita. Cuando vi que Rodrigo había apuntado los últimos dígitos, no despedimos y empezamos a caminar hacia la salida.

—Sabes que te voy a matar, ¿cierto? — dije en voz bajita a mi mejor

amigo.

—No exageres, estoy seguro de que me lo agradecerás — contestó.

Salir por aquella puerta gigante y montarme en el taxi hizo que sintiera un alivio enorme. Ni en la peor de mis pesadillas me hubiese imaginado que irme de aquel lugar me hiciese feliz, pero los acontecimientos no pasaron como esperaba.

Había cumplido uno de mis sueños y había salido con el vestido completamente roto y una cita. Me parecía completamente surrealista todo lo que estaba viviendo, pero la vida era demasiado impredecible y sorprendente.



Capítulo 8

Aquella noche fue demasiado larga para mí. No había parado de dar vueltas en la cama pensando cómo iba a hacer para dejar el vestido en su sitio sin que mi mamá se diese cuenta. Algún que otro domingo desaparecía de la casa y se iba a pasar el día con sus hermanas. No tenía mucha familia y el abandono de mi padre hizo que necesitase mucho más de los suyos.

No me había comentado mucho acerca de sus planes y tampoco me había interesado, por lo que no tenía idea de qué iba a hacer. Esperaba que la vida me sonriera un poco después de la mala suerte que había tenido con el vestido. Nunca había sido así de irresponsable con nuestro trabajo y, aunque podría llegar a entenderlo si se lo explicaba, prefería seguir manteniendo mi imagen delante de ella.

Me levanté y puse a hacer café de una vez. Era el motor que me hacía funcionar y lo necesitaba más que nunca. No sé de dónde había sacado aquella costumbre porque en mi casa nadie lo tomaba, pero para mí era esencial. Sentía los ojos pesados y sabía que solo una taza podía levantarme el ánimo rápidamente.

Empecé a hacer algo de ruido y José salió de su habitación. Llevaba días sin verlo y estaba segura de que podía vivir perfectamente si no lo veía más. Me molestaba el simple hecho de verle la cara y cuando llegaba borracho a casa, era aún peor. No teníamos nada que ver y odiaba que se aprovechara así de nosotras.

— ¿No tienes otra hora para hacer ruido? — preguntó rascándose la cabeza.

— ¿Por qué? ¿Has llegado tarde de trabajar y estás descansando? — pregunté irónicamente.

—Eres demasiado grosera — respondió alzando la voz —. Soy el hombre de la casa, deberías respetarme.

—Sí, sobre todo eso, el hombre de la casa — seguí usando el mismo tono de voz.

— ¿Acaso lo eres tú?

—Yo al menos trabajo — reproché.

—Solo sabes coser telas — dijo despreciándome.

—Al menos hago algo, no soy una simple borracha.

Me di la vuelta tratando de ignorarlo, pero él no hizo lo mismo conmigo. Empezó a decir un montón de groserías y cada vez iba alzando más la voz. Muchas veces había pensado que el alcohol algún día le llevaría a agredirnos y estaba preparada para responderle.

— ¿Por qué no nos haces un favor a todos y te callas? — odiaba hasta su voz.

—Eres tú la que siempre anda provocando, si no te gusta que esté aquí, ¡vete!

—El único que se tiene que ir eres tú, no sirves ni para hablar.

— ¿Que no sirvo para qué? — se acercó a mí.

— ¡No sirves para nada! — levanté la cabeza y lo miré desafiante.

Mi madre se había despertado ante los gritos y apareció de repente entre nosotros dos. Cogió del brazo a mi hermano y se lo llevó hacia el sofá, sin decir nada más. Seguramente tenía algo de miedo de que en algún momento nuestras peleas fuesen a más y pasase alguna desgracia entre los dos.

En anteriores ocasiones salía de su habitación y nos separaba entre gritos,

pero se le notaba cansada. Había luchado toda la vida para que mi hermano fuese por buen camino y yo no le ponía las cosas fáciles. Nuestra relación se había deteriorado por culpa de su comportamiento y no le dejaba pasar ni una.

Volvió a la cocina y empezó a hacerse el desayuno como si nada. Mi hermano se quedó tirado en el sofá y no tardó en roncar. Nuestras discusiones no le provocaban ningún sentimiento y, sin embargo, a mí me podían dejar alterada durante todo el día. La situación en casa cada vez iba a peor y no veía la hora de que se fuese él o yo.

— ¿Vas a hacer algo hoy? — pregunté a mi madre.

—No tenía pensado nada... Pero después de los buenos días que me habéis dado, saldré a despejarme.

— ¿A casa de la tía Sara?

—No lo sé, donde no os vea a ninguno — estaba enfadada.

—Ha empezado él — dije para defenderme.

—Otras veces eres tú, María Camila, sois los dos.

Me mordí la lengua y decidí no seguir con la conversación para no buscarme más discusiones. Sin quererlo, aquel borracho me había hecho un favor bastante grande. A raíz de nuestra discusión, mi mamá había decidido irse aquel día y eso me daba espacio para arreglar las cosas. Era verdad lo que siempre había escuchado, que no había mal que por bien no viniese.

Cogí algo de pan y mantequilla y me dirigí hacia mi habitación. Conseguí en solo unos minutos relajarme de una manera increíble y el estómago se me había vuelto a abrir. Con todo lo que había pasado, no probé bocado en toda la noche y estaba realmente hambrienta.

—María Camila — dijo mi madre desde la cocina.

- ¿Señora? — me acerqué de nuevo a ella.
- Tengo algunos vestidos que entregar mañana, hazme el favor y los terminas — ordenó.
- A la orden — respondí.
- Asegúrate de que quedan bien, no quiero tener problemas con las clientas.
- Confía en mí, sé lo que hago.

Legué a mi habitación, cerré la puerta y me dediqué a devorar aquel desayuno. Cada bocado que daba me sabía a gloria y la tranquilidad que me inundaba no tenía precio. Había sido irresponsable al coger cosas que no era mías e iba a reponer el daño. Aquel vestido negro quedaría mucho mejor que como me lo había puesto porque sabía que tenía capacidad para ello.

El plan me había salido completamente redondo e iba a tener la oportunidad de solucionar el problema del vestido esa misma tarde. Mi mamá nunca se enteraría de lo que había pasado y yo no volvería a caer una vez más en el mismo error.



Capítulo 9

Esperé impaciente a que mi mamá saliese de casa para ponerme manos a la obra. Agradecí que el estorbo de mi hermano decidiese irse con ella y no tener que soportarlo. Yo pasaba absolutamente de su presencia, pero siempre acababa respondiendo a sus comentarios sin poder controlarme. Si alguien me sacaba de quicio, era él.

Saqué el vestido de debajo de mi cama, me preparé un par de cafés y me senté a coser. No me había planteado ni hacerme almuerzo porque no quería que por nada del mundo se me hiciese tarde y mi mamá llegara más temprano de lo habitual. Normalmente se pasaba el día allá y volvía por la noche, sin embargo, ya no me fiaba de nada en este mundo.

Estar en casa completamente sola me transmitía bastante paz y me gustaba mucho. Soñaba con el día en que pudiera decorar una casa a mi gusto y hacerla sentir mi hogar. No tendría que aguantar a gente como mi hermano y podría tener el espacio que me merecía. Sabía que con la venta de vestidos no iba a llegar muy lejos y confiaba en tener un futuro mejor.

Comencé a coser y me percaté de que delante de mí había una silueta. Al principio me había parecido un simple reflejo, pero pronto me di cuenta de que no era así. Levanté la cabeza despacio y no pude evitar gritar. Carlos Alberto comenzó a reírse sin parar y yo sentía que me iba a dar un paro cardíaco.

— ¡Qué haces aquí! — grité.

No podía parar de reírse mientras me miraba. Me había pegado un susto de

muerte y encima le parecía chistoso. No entendía que hacía allí y, mucho menos, cómo había entrado.

—En serio, ¿qué haces aquí? — dije medio alterada.

—La puerta estaba abierta, simplemente entré — seguía riéndose.

— ¿Y no podías hablar? ¿Tenías que quedarte ahí de pie, como un fantasma?

—Vamos, Cami, ha sido súper chistoso — reía.

—Eres odioso — respondí.

Mi corazón latía a mil por horas y tuve que hacer un parón para poder relajarme. Siempre pensé que estaba preparada para responder ante cualquier atacante y Carlos Alberto me había demostrado que era más débil de lo que pensaba. Si se hubiese tratado de otra persona, quizás no hubiese tenido ni oportunidad de responder.

Me senté un poco en el sofá y el me acompañó enseguida. No me parecía extraño que viniese a mi casa porque los fines de semana se solía aburrir mucho, aunque con todas las cosas que tenía en la cabeza, se me había olvidado por completo.

— ¿Estamos solos? — miró hacia el interior de la casa.

—Sí, mi mamá se fue y mi hermano también.

—Y... ¿Ya te ha llamado? — preguntó.

— ¿Quién?

—Rodrigo, no te hagas la tonta.

Había olvidado a ese hombre también. Solo había pensado en arreglar el vestido y no recordaba a Rodrigo. Él tampoco había hecho mucho porque lo recordase, mi celular no sonó en todo el día.

- Pues la verdad es que no.
- Seguramente lo hace pronto — dijo interesado.
- No sé si lo hará, pero preferiría que no.
- ¿Acaso estás loca? ¿Como que prefieres que no lo haga?
- Carlos Alberto, nosotros no somos de su mundo.
- ¿Y qué? Él piensa que sí.
- ¿Y qué esperas? ¿Que vuelva a vestirme de quien no soy y fingir una vida que no llevo?

Me había parecido una aventura hacerlo una vez. Hacernos pasar por quién no éramos y codearnos con aquel tipo de personas fue divertido, pero no era para mí. No podía empezar a crear amistades en las que tuviera que esconder mi vida.

- ¿Acaso no te gusta? — preguntó directamente.
- Es guapo... No sé...
- Vamos, Cami, está bueno.
- Para ti todos están buenos — respondí.

No había hombre que le pareciese feo a mi amigo, o eso me parecía a mí. No podía negarle que Rodrigo era un hombre demasiado atractivo y que seguramente las mujeres se peleaban por él, sin embargo, no pertenecíamos al mismo mundo y eso no tenía fin ninguno.

- Reconócelo al menos, que Rodrigo es sexy — insistía.
- Lo es, sí — afirmé —, pero no tiene sentido.
- ¿Qué es lo que no tiene sentido?
- Rodrigo tiene que estar acostumbrado a otro tipo de mujer, en cuanto sepa quién soy y dónde vivo, saldrá a correr.
- ¿Y por qué tiene que saberlo?

- No puedo fingir siempre ser alguien que no soy.
- Solo por un tiempo, disfruta la experiencia — insistía.
- Vamos, Carlos Alberto, sabes que tengo razón...

A veces se dejaba llevar demasiado por sus fantasías. Para él no había fronteras en el amor, pero en la vida real estaban muy claras. La gente rica se casaba con gente rica y los pobres con los pobres.

- Si te llama, déjate llevar — aconsejó.
- No creo que lo haga, solo lo hizo para quedar bien.
- Yo creo que no, Cami.
- Es mejor que dejemos el tema — dije firmemente.
- Como quieras...

Carlos Alberto podía convencerme de cualquier cosa si se lo proponía y tenía que evitarlo. No sabía cómo siempre acababa siendo parte de sus locuras y en esa no iba a entrar.

- ¿Por qué no haces algo de comer mientras coso?
- Tú sí que sabes cómo desviar mi foco de atención.
- A ti con comida se te olvida todo — respondí.
- Me conoces demasiado bien.

De un solo salto se dirigió a la cocina a sacar todo lo que había en la nevera. Mientras lo tuviera entretenido con comida me dejaría en paz con el resto. Tenía un gran poder de persuasión conmigo, pero yo también sabía controlarlo bastante bien, al fin y al cabo, nos habíamos criado juntos.

Me levanté del sofá y me dirigí de nuevo a coser. No pensaba pararme ni un minuto más a pensar en el tema de Rodrigo porque me parecía una pérdida de tiempo inútil. Me había pedido el número de teléfono, pero estaba segura de que aquella llamada no iba a darse. Un hombre como él no iba a perder el

tiempo en reponer un trozo de tela.



Capítulo 10

La semana había comenzado y yo tenía la conciencia bastante limpia. A pesar de que el día anterior me había pasado toda la tarde cosiendo, pude hacer todo lo que me propuse. Nos vestimos bien temprano y salimos hacia el mercado como hacíamos cada mañana.

Aquel día habíamos llegado un poco antes que los demás y mi mamá se puso a revisar los vestidos que me había encargado mientras llegaba la gente. La miraba detenidamente y sonreía cada vez que afirmaba con la cabeza, todo estaba bien. Sufrí un poco cuando sacó el vestido negro de la bolsa y lo miró de arriba abajo, pero no puso ningún tipo de problema.

Nuestros vecinos empezaron a llegar y a montar sus puestos, como siempre. El mercado empezaba a cobrar vida a la vez que salía el sol y la gente iba apareciendo poco a poco. Sabía que muchas de aquellas personas eran personas con dinero que iban buscando gangas e intentaban pasar desapercibidas. Por más que intentasen aparentar, estaba segura de que también les gustaba comprar cosas baratas.

Observé cómo la señora Rosa me llamaba con la mano y me dirigí hacia ella. Normalmente le gustaba regalarme fruta para que me llevase a la casa, pero la notaba diferente. Su cara reflejaba preocupación y empecé a angustiarme un poco. La conocía desde que era bien pequeña y podía leerle la mente con solo mirarla a los ojos.

— ¿Pasa algo, señora Rosa? — pregunté.

—Creo que sí...

—Dígame, no me deje así.

—He escuchado otra vez rumores acerca de que van a quitar el mercado, pero esta vez parece que va en serio.

—No haga casos de esos comentarios, llevamos años así.

Siempre habíamos tenido un conflicto porque se suponía que nuestro mercado daba mala imagen y recibamos continuas amenazas de cierre. Estábamos en un lugar estratégico de la ciudad y los políticos querían utilizarlo para sacarle ganancias. Habían dicho que nos quitarían para poner edificios, un campo de fútbol y mil cosas más. Llevábamos años así y yo ya no me creía nada de lo que se escuchaba por ahí.

—Dicen algunos que han venido a ofrecerle plata para que se marchen — dijo preocupada.

—Pues yo les aconsejo que cojan la plata, que se aprovechen, pero que no se muevan del lugar — respondí firmemente.

—Ay, no sé.... Creo que esta vez, todo va en serio.

—Les aseguro, señora Rosa, que no va a ser así, y si no, lucharemos por quedarnos.

Rosa sonrió un poco ante la firmeza de mis palabras y asintió con la cabeza. Sabía que no la había calmado por completo, pero estaba segura de lo que decía. Me cansé del afán por echarnos de ahí y habíamos demostrado a lo largo de los años que no era tarea fácil. Nuestra única manera de llevar algo de plata a la casa era ese y no pensábamos renunciar.

No me veía toda la vida vendiendo vestidos y sabía que en algún momento tendría la oportunidad de salir de ahí, pero pensaba defender a esa gente por encima de todo. Crecí con ellos y había vivido su esfuerzo diario por salir adelante, los admiraba demasiado.

—Tu mamá te está llamando — dijo señalando hacia mi puesto.

Giré la cabeza y vi cómo mi madre tenía mi celular en la mano mientras lo agitaba para llamar mi atención. Me acerqué rápidamente a responder la llamada, pero no llegué a tiempo. Justo cuando iba a responder, se cortó. Observé que no tenía aquel número en mi agenda y decidí pasar del tema. Seguramente eran las mismas empresas de telefonía ofreciendo aquellas incansables ofertas.

Me puse a seguir con la venta y olvidé aquello por completo. Miraba a mi alrededor y observaba cómo la gente chismoseaba sin parar. Seguramente la señora Rosa se había encargado de que todos se enterasen de lo mismo que me había contado. Era fácil asustar a aquellas pobres personas y los que nos querían fuera de allí lo sabían.

Mi celular comenzó a sonar de nuevo y decidí responder. No iba a ser demasiado simpática con la operadora porque el día ya se me estaba haciendo demasiado pesado como para soportarla, sin embargo, no era esa la persona que me esperaba al otro lado.

— ¿Aló? — respondí.

— ¿María Camila? ¿Eres tú? — preguntó una voz masculina.

— ¿Quién llama?

—Soy yo, Rodrigo.

Me quedé completamente paralizada. Había asumido que esa llamada no se iba a realizar y seguí adelante con mi vida. No pensaba que aquel hombre perdiese el tiempo conmigo.

—Sí, soy yo... — dije sin más.

— ¿Cómo estás? ¿Mejor?

—Sí, ya se pasó la vergüenza — sonreí.

—Me alegro y, oye, ¿qué va a ser de nuestra cita? — preguntó directamente.

— ¿Nuestra cita? — repetí.

—Tengo que reponer de alguna manera lo torpe que fui.

—No tienes que preocuparte, no fue nada — intenté suavizar lo que pasó.

—No vas a colgarme sin aceptar verme, aunque solo sea una vez — Rodrigo lo tenía claro.

Me quedé callada durante algunos segundos porque carecía de experiencia alguna. Nunca, jamás, le había propuesto una cita a un chico y menos a alguien como él. No sabía qué era lo correcto en esas circunstancias.

—No sé qué podemos hacer, Rodrigo.

—Si quieres puedo pasar por tu casa esta noche y ya decidimos en el momento.

—No, para nada, mejor nos vemos en algún lugar — respondí rápidamente.

—Pues dime tú cuál es tu sitio favorito.

No tenía ni idea qué responder. No conocía las cafeterías o restaurantes a los que solían ir y seguramente los de mi barrio no le gustaban. Me sentía completamente perdida, todo aquello me pilló por sorpresa.

— ¿Por qué no mejor decides tú que eres el que ha llamado? — pregunté.

—Es justo — respondió riendo —. ¿Qué tal si nos vemos para cenar en el centro?

—En el centro... ¿En algún lugar en especial?

—Nos encontramos en la Plaza Mayor y ya vemos, ¿OK? —

propuso.

—Me parece bien.

—Entonces, espero verte por ahí a las 8.

—Allá estaré.

Nos despedimos y me sentí completamente aliviada. Sabía perfectamente dónde quedaba la Plaza Mayor y me resultaba fácil llegar hasta allá. Había quedado con Rodrigo aquel mismo día sin esperármelo, sin embargo, no me había parado a pensar en las consecuencias.

Debía seguir pareciendo quien no era y seguramente tendría que coger otro vestido de los que vendíamos a las clientas adineradas. Odiaba tener que hacer eso de nuevo, pero no tenía más remedio que seguir con mi papel. María Camila era una mujer refinada y que pertenecía al mismo mundo que Rodrigo, así que tenía que jugar a aquel juego una vez más.



Capítulo 11

La angustia empezó a apoderarse de mí y ya no era capaz de concentrarme en la venta. Tenía que salir arreglada de algún modo de casa con algún otro vestido sin que mi madre se enterase y lo tenía bien difícil. No podía esperar que ella se acostara a dormir porque había quedado a las 8 y tenía que salir, mínimo, dos horas antes de la casa.

Carlos Alberto no solía siempre llegar a la misma hora de trabajar, así que no contaba con él. No tenía un sitio donde poder convertirme en la María Camila que Rodrigo había conocido, así que empecé a darle vueltas a la cabeza. Necesitaba alguna excusa para poder irme del mercado y llevar a cabo mi plan.

Jamás me había ausentado y por más que estuviese enferma, siempre acompañaba a mi mamá. Aquel día no tenía más remedio que empezar a exagerar algún dolor de cabeza o algo parecido para salir de allá. Me había prometido que jamás me arriesgaría a hacer lo mismo y no había tardado ni dos días en volver a ello. Rodrigo tendría la cita que habíamos acordado, sin embargo, iba a dejarle claro que ya no habría más.

No podía estar viviendo a ese nivel. Me sentía como una auténtica ladrona cogiendo cosas que no me pertenecían y mi mamá luchaba mucho por sacar todo adelante. Tampoco estaba bien hacerme pasar por una persona que no era, faltando el respeto a mis principios y a mis valores.

Rodrigo era atractivo y seguramente no le faltaban las mujeres, así que se cansaría fácilmente de mí. Me parecía una aventura aquella cita y algo dentro de mí no quería perder la oportunidad de vivir otra experiencia nueva. Sin

embargo, tenía muy claro que no íbamos a llegar muy lejos. Con una cena y un par de sonrisas, seguramente se conformaba y al día siguiente ni se acordaba de mí.

Con los nervios a flor de piel, decidí llamar a Carlos Alberto. Normalmente respetaba sus horarios de trabajo y jamás lo llamaba a molestar, pero aquel día necesitaba desahogarme. Sabía que me iba a animar a hacerlo sin duda alguna y eso era todo lo que necesitaba escuchar. Quería que alguien me dijese que lo estaba haciendo bien y que todo saldría a la perfección.

— ¿Cami? — respondió, extrañado.

—Me ha llamado — dije rápidamente.

— ¿Te cuesta saludar primero? — odiaba que fuese tan directa.

—Buenos días... — puse los ojos en blanco.

—Ahora sí, ahora puedes contarme — dijo orgulloso.

Sabía que era de mala educación no saludar, estaba demasiado nerviosa y con él me saltaba por completo los formalismos. Tampoco podía extender la llamada demasiado porque me quedaría sin saldo en el celular.

—Me ha llamado y hemos quedado...

— ¡Súper! ¡Qué buena noticia!

—No sé... No estoy segura... Tener que fingir alguien que no soy de nuevo...

Otra vez tenía que arreglarme a escondidas y engañar a todo el mundo. Sabía que Rodrigo esperaba ver a la chica que conoció en el concierto y por nada del mundo llegaría a la cita siendo la verdadera Cenicienta.

— ¿Cómo piensas hacerlo? ¿Cogerás otro vestido de tu mamá?

—No tengo más remedio, mi ropa no es adecuada... Pero tengo que

salir de aquí con tiempo para llegar, mi mamá no puede verme salir de casa así.

—Di que estás enferma — propuso.

—Eso ya lo había pensado y es fácil, solo quiero escucharte decir que no estoy equivocada, que he tomado una buena decisión.

—Sabes que te apoyo, ser otra Cami diferente te vendrá bien, así que disfruta lo que la vida te está regalando.

— ¿Tú lo harías?

—Cami, yo me hubiese ido con él aquella misma noche — dijo bromeando —, así que, ¡me alegro por ti!

—Te llamaré cuando pase todo.

—Ya verás como sale bien, confía en ti.

—Gracias, no sé qué haría sin ti — sonreí, aunque no pudiera verlo.

—Serías un auténtico desastre — no perdió la oportunidad de decirlo —, y te dejo, tengo que volver dentro a seguir trabajando.

—Está bien, ¡adiós!

—Adiós, Cami.

Volví al puesto con mi mamá y empecé a poner mala cara. Al principio no se percató y no tenía ni idea de cómo hacérselo ver. Empecé a toser un poco a ver si conseguía atraer su mirada. Eso tampoco llamó su atención y sentía cómo el tiempo se me venía encima, así que decidí hablarlo directamente.

—Mamá... No me siento nada bien...

— ¿Qué tienes? — preguntó preocupada.

—No sé, creo que la cabeza me va a estallar...

— ¿Te has tomado algo?

—No, no tengo nada.

—Espera, creo que tengo por aquí algunas pastillas — dijo cogiendo su bolso —. Seguro que te hacen sentir mejor.

Sin pensárselo dos veces, me dio una pastilla y un vaso de agua. Tenía que seguir fingiendo que eso no me había sentado bien para conseguir lograr mi objetivo o Rodrigo se quedaría esperando sin cita. Esperé un rato pequeño y seguí poniendo mala cara.

— ¿Estás mejor? — preguntó.

—No sé... Creo que necesito descansar, la pastilla no ha hecho efecto.

— ¿Quieres volver a la casa?

—No quiero dejarte sola, me necesitas aquí.

—María Camila, en esas condiciones es como si no estuvieras, anda, vete.

— ¿Estás segura? Puedo quedarme — insistí falsamente.

—Ya queda poco, anda y ve.

Sonreí por dentro, aunque no me terminaba de sentir bien al comportarme así. Jamás me había dedicado a mentirle a mi mamá y menos por otra persona, pero me había dejado llevar. Tener una cita con un hombre como Rodrigo me llenaba de curiosidad y sabía que podía ser una experiencia inolvidable

Recogí un par de cosas y me apresuré a coger el bus de vuelta a casa. Por el camino no podía dejar de pensar en mi plan para que todo saliese a la perfección. Debía salir de casa un rato antes de que llegase mi madre para no encontrarnos por el camino y así poder pasar desapercibida. No estaba preparada mentalmente para soportar aquel estrés, pero ya había aceptado la cita y no había vuelta atrás.



00

Capítulo 12

Llegué al centro mucho antes de la hora prevista y me sentía atacada de los nervios. Antes de coger el bus y plantarme allí, no tuve la situación nada fácil. Después de coger un vestido, maquillarme rápidamente y terminar de quedar presentable, tuve que superar varios obstáculos.

Uno de ellos fue mi hermano, José. Estaba en el salón y me tuve que asegurar que seguía dormido para salir sin que me viese. Me quité los tacones de la mamá de Carlos Alberto, que aún seguía utilizando y salí de puntillas lo más rápido posible. En realidad, me daba igual su opinión, pero podía contarle a mi mamá cosas que no quería.

Aún no me había parado a pensar qué excusa le pondría cuando llegase a casa y se diera cuenta de que había salido. No tenía tiempo para pararme a aquello y lo meditaría a la vuelta. Tenía demasiadas cosas en la cabeza para ponerme a angustiarme por un asunto que no tenía que solucionar en ese mismo instante.

Justo cuando salí de la casa, observé que varios vecinos andaban por la calle y me tuve que hacer la tonta para que no me viesen la cara. Salí y empecé a caminar sin detenerme hasta llegar al bus que tenía más cerca. La gente me miraba un poco raro al subir y desentonaba bastante, así que intenté no mirarlos a la cara por no sentirme más incómoda.

Fue todo un alivio cuando pude bajar de ahí y me vi en el centro. Me había liberado de todas las situaciones, pero aún sentía que el corazón me latía a mil. No sabía en qué momento me había metido en tal lio, pero no tenía más remedio que salir adelante, al menos por aquella vez.

Me dediqué a pasear y a mirar tiendas mientras hacía tiempo. Había cogido buena parte de mis ahorros por si me enfrentaba a algún contratiempo o se me antojaba algo, pero seguramente no me alcanzaba para nada. Aquellos escaparates lujosos ni siquiera ponían el valor de las prendas, por lo que daba a entender que seguramente eran desorbitados, sobre todo para mí. Por allí paseaba mucha gente y, sobre todo, turistas que pagarían sin problema alguno.

De todas formas, me gustó bastante el hecho de ir arreglada y pasear tranquilamente. Las dependientas de las tiendas me invitaban a pasar todo el rato y aquel trato me gustaba muchísimo. Quizás pensaban que tenía bastantes fondos en mi cuenta bancaria y se les notaba las ansias por ganas de dinero.

Sin embargo, me dedicaba a sonreírles y pasar por delante de ellas. Seguramente, si hubiese tenido muchísima plata, tendrían que rogarme bastante para que me lo gastara en sus locales. En parte me parecía bastante falso cómo actuaban y, aunque era su trabajo, sabía que eran lobas con piel de corderos.

Me dirigí hacia la Plaza Mayor y me senté en un banquito que quedaba casi en la mitad. Me quedé observando cómo realizaban diferentes bailes para aganarse las propinas de los turistas y me embobé con un señor que tocaba el saxofón. Me parecía increíble que con tanto talento se tuviera que dedicar a tocar en la calle, pero así era la vida de los artistas.

Observé cómo Rodrigo aparecía en escena e inevitablemente me puse muy nerviosa. Él ya me había visto porque me sonrió de lejos y se acercaba tranquilamente a mí. Me alegré al verlo tan arreglado y sentir que no había exagerado con mi ropa. Se veía increíblemente guapo, parecía un hombre de

ensueño. Su actitud en el concierto no me había terminado de convencer, pero seguramente aquel día conocería otra parte de él.

— ¿Llevas mucho tiempo esperando? — se acercó.

—Tranquilo, acabo de llegar — sonreí.

Me puse de pie para saludarlo y alargué mi mano. Rodrigo había intentado acercarse para darme un beso como saludo, pero me eché hacia atrás sin querer. No estaba acostumbrada a aquellas confianzas y me parecía un poco impropio. Era nuestra primera cita y necesitaba sentirme más formal y refinada.

—Estás hermosa, María Camila.

—Gracias, aunque no puedo decir lo mismo — bromeé.

Rodrigo se quedó un poco a cuadros y empecé a reírme de él. La cara que había puesto con mi respuesta era demasiado chistosa y estaba segura de que no se la esperaba.

— ¿Siempre eres así de chistosa? — preguntó riéndose.

—No, no siempre, tranquilo — le saqué la lengua.

Me quedé observando cómo me miraba y observando aquella sonrisa tan enigmática. Se veía muchísimo más guapo cuando lo hacía y había logrado hipnotizarme.

— ¿Paseamos? — propuse.

— ¿Has pensado en algún sitio específico adónde ir? — preguntó cuando empezamos a caminar.

—La verdad... no sé, prefería hablarlo contigo.

—Me tomé a libertad de reservar en mi restaurante favorito, pero quería consultártelo antes de tomar la decisión solo, ¿te importa que vayamos

hacia allí?

—No, me parece una buena idea — acepté.

Sentía que me había salvado de una conversación incómoda y agradecí que hubiese tomado las riendas. No tenía ni idea acerca de restaurantes caros porque jamás había estado en uno de ellos e iba a ser evidente si empezaba a hablar sobre ello. En aquellas cosas tenía que dejarme llevar por Rodrigo y aceptar sus proposiciones.

—No queda muy lejos, es en la siguiente calle.

—Ah, súper — sonreí —. ¿Cómo se llama? Quizás lo conozco.

—Es italiano, se llama La Toscana del Sur, ¿has ido?

—Como te dije llevo poco tiempo en la ciudad, ese no lo conozco, pero sería interesante.

—La comida italiana es exquisita y te va a fascinar el ambiente.

—Sí, me encanta, sobre todo la pasta bien hecha.

Rodrigo asintió con la cabeza y empezó a hablar de cocina. Por lo que podía observar era aficionado a cocinar para su familia y le fascinaba aquellos temas. Me parecía bastante interesante la emoción que proyectaba al hablar del tema y dejé que me contara una y mil historias mientras caminábamos hacia el restaurante.

Apenas había comido algún plato italiano en los restaurantes que tenía cerca de mi barrio, pero sabía que en uno de aquellos lugares sería otro nivel. Carlos Alberto trabajaba en un restaurante de alto nivel y a veces había traído comida para que la probase. Me parecía que pagar por la calidad de los alimentos y la forma de cocinarse estaba completamente justificada.

Se me hacía la boca agua solo pensar en aquella cena y parecía un sueño que fuese a vivirlo con un hombre como Rodrigo. Desde que Carlos Alberto me

dio aquella entrada y la oportunidad de salir de mi mundo, mi vida había cambiado bastante. Ni en el mejor de mis sueños me hubiese imaginado un día como aquel e iba a vivirlo al máximo.



Capítulo 13

Llegamos al restaurante y me quedé con la boca abierta. El señor de la entrada había saludado efusivamente a Rodrigo y nos acompañó hasta nuestra mesa. No podía dejar de mirar hacia todos lados sin dejar de maravillarme. Jamás había estado en un lugar como ese y seguramente mi sueldo no me alcanzaba para pagar una cena de aquel calibre.

Las mesas y las sillas estaban vestidas con unas delicadas telas blancas y adornadas con un moño en parte posterior. Los platos y cubiertos de la mesa brillaban como si fueren completamente nuevos y las copas parecían sacadas de películas de Hollywood. Lo que más me gustó fue la pecera gigante que llegaba desde un lado a otro del local simulando una pared. Había toda clase de peces coloridos dentro, nadando de un lugar a otro, sin saber que alguien los observaba.

Seguí en todo momento a Rodrigo y me senté con él en una mesa que quedaba justo al borde de la pecera. No podía dejar de mirarla y observar la fauna que había en su interior, casi ignorando a Rodrigo. Era maravilloso cómo habían colocado todo allí dentro y la magia que se podía vivir solo con mirarla.

—Veo que te gusta — dijo tratando de llamar mi atención.

—Sí — lo miré —, la verdad es que es fascinante.

—Ya te dije que te gustaría.

Volví a mirar hacia la pecera, pero uno de los camareros nos interrumpió. Llego a la mesa con una botella de vino dispuesto a apuntar lo que deseábamos cenar. Yo no tenía mucha idea de los platos, así que opté por

elegir lo que Rodrigo pidiese.

No me había parado a mirar la carta, pero la cogí y empecé a disimular viendo que Rodrigo no se pronunciaba. Me sentía un poco presionada porque sabía que me estaban mirando y no tenía ni idea qué pedir. Seguramente me iba a gustar todo, pero algunos platos venían escritos en italiano y no sabía descifrarlos.

— ¿Te has decidido? — preguntó.

—No estoy segura, la verdad.

— ¿Quieres pedir mi menú especial? — propuso — Así probamos lo mismo.

—Es muy buena idea — sonreí.

Rodrigo me había vuelto a aliviar por segunda vez aquella noche. Me gustaba que tomara decisiones cuando me veía insegura y que se hiciese cargo de la situación. Eso empezaba a darme confianza en poder ser quien fingía y que todo saliese bien.

Finalmente nos habíamos quedado a solas y Rodrigo empezó a servir vino en las copas. No estaba acostumbrada a beber y cuando tomé el primer sobro, no me pareció nada sabroso, pero tenía que disimular. Debía dejarme llevar por la situación y aparentar en todo momento que sabía lo que estaba haciendo.

—Entonces, María Camila, ¿qué tiempo llevas aquí? — empezó a conversar.

—Apenas un par de meses, pero estoy encantada.

— ¿Te gusta todo esto?

—Sí, aunque es duro empezar una nueva vida.

—Lo sé, yo también me mudé hace un par de años, pero conociendo a la gente correcta, la adaptación es mínima.

Su acento me había sonado un poco diferente al que estaba acostumbrada, pero no le había dado mucha importancia hasta que lo dijo. De una vez me di cuenta de que era del interior y su forma de hablar me parecía más interesante aún.

—Y... ¿A qué te dedicas, Rodrigo?

—Soy arquitecto, ¿y tú?

—Abogada — dije sin pensar.

—Interesante - respondió—, quizás pronto necesite a alguna con un proyecto que tengo entre manos.

El camarero apareció con nuestros platos interrumpiendo la conversación y no pude agradecerse más. No sé por qué me había inventado eso de repente, no tenía idea de leyes y mucho menos de los términos que se utilizaban en ese campo.

—Espero que te guste — dijo mirando los platos.

—No lo dudo, se ve exquisito. ¿Tú cocinas italiano también? — decidí cambiar de tema.

—Sí, me parece que es la cocina más rica que existe.

Rodrigo se empezó a emocionar bastante con el tema de la cocina y lo dejé hablar de nuevo durante un buen rato. Me aliviaba bastante no tener que estar respondiendo preguntas y me dediqué a devorar aquel plato a la vez que sonreía y lo escuchaba. Jamás había oído tanta pasión por parte de un hombre en ese tema, en mi casa mi hermano no sabía ni partir pan.

Los platos se estaban terminando y me daba una lástima increíble. A mezcla de sabores que había tenido delante de mí hicieron vibrar mi paladar y trasladarme al paraíso. No sabía cómo eran capaces de darle tanto sabor a unos simples platos de pastas.

—Es mejor que deje de hablar un rato, seguro te estoy aburriendo — me dijo.

—No, para nada, al revés. Me entretienes bastante.

Rodrigo me sonrió de nuevo y ordenó los postres. No había probado nunca la panna cotta de chocolate, pero estaba segura de que me iba a encantar. La cita estaba saliendo completamente perfecta y su compañía me pareció bastante agradable.

— ¿Por qué no me cuentas algo de ti? — propuso.

—Mi vida no es muy interesante, Rodrigo.

—Seguramente sí, pero te gusta hacerte la enigmática.

—Te aseguro que es bastante aburrida, me dedico a trabajar y apenas hago nada más.

— ¿Tu novio no te deja salir?

—Sabes que no tengo — respondí.

—Solo quería asegurarme — sonrió.

— ¿Y tú? — aproveché para preguntar.

—Hace tiempo que no tengo nada serio, seguramente la vida me traerá a quien necesite.

—Seguramente — sonreí.

Los postres llegaron y seguimos hablando de un millón de temas mientras disfrutábamos de nuestra compañía. Rodrigo era diferente a todos los chicos que había conocido y eso me encantaba. En mi adolescencia apenas había tenido un par de novios y no me duraron más de un mes, sin embargo, sentía que Rodrigo era de esos hombres para toda la vida.

— ¿Tienes que estar a alguna hora en casa? — preguntó mirando el reloj.

- No puedo llegar muy tarde, mañana tengo trabajo.
- Me imaginaba, no te preocupes, ya pido la cuenta.

La cita estaba llegando a su fin y a mí solo me hubiese gustado volver en el tiempo y repetirla una y otra vez. Rodrigo pagó la cena y nos dirigimos hacia la salida. Me encantaba cómo todo el mundo nos sonreía al salir y nos trataba como si nos conociesen de siempre.

- Te llevo a casa, tengo el carro aquí cerca — dijo en la puerta del restaurante
- No, no te preocupes, yo busco un taxi.
- Esta vez no vas a decirme que no.
- Insisto, te prometo que la próxima vez te dejo.
- ¿Habrá una próxima vez? — preguntó sonriendo.

No supe qué responder y me quedé sonriendo. Sin querer había abierto la puerta a otra cita y no me molestaba para nada. Me fijé que un taxi venía en nuestra dirección y levanté la mano sin pensármelo. Tenía que volver a casa y si no me escapaba de una vez, Rodrigo insistiría en llevarme.

- Ahí viene mi taxi — dije cuando el señor se acercó.
- ¿Estás segura? Puedo llevarte
- Gracias por la cena, Rodrigo, ha sido maravillosa.
- A ti, por acompañarme.

Estiró su mano para estrechármela, pero me decidí a darle un beso en la cara. Sabía que no se lo esperaba y me quedó claro que le gustó por la sonrisa que puso. Me despedí de él y me monté en el taxi para irme a casa. Pude ver cómo se quedaba mirando mientras me marchaba y seguía despidiéndose con la mano.

Realmente me gustaba Rodrigo. No sabía por qué la vida había puesto a dos

personas tan distintas en el mismo camino, destinadas a encontrarse. Mi mundo era demasiado diferente al suyo, pero como personas habíamos encajado a la perfección. Estaba segura de que Rodrigo estaba igual de cómodo que yo, pero nos separaba un abismo social demasiado grande.



Capítulo 14

La noche anterior había llegado con cuidado a casa y me alegré al ver que ya todos estuvieran acostados. Sin pensarlo mucho, me fui a mi cuarto, me cambié de ropa y dormí como un angelito. No me paré a pensar en nada más que en lo que había vivido con Rodrigo y la sonrisa no desaparecía de mi boca.

Sin embargo, el despertador sonó mucho antes de lo que me hubiese gustado. Sentía que no había descansado nada y aun así estaba llena de vitalidad. Fui directamente a la cocina y empecé a hacer café para terminar de espabilarme. Amaba cómo aquel aroma empezaba a invadir la casa y perfumaba todo el ambiente.

Hacía rato que había escuchado a mi mamá hacer ruido en la habitación y observé que por fin salía de su cueva. Se veía que se sentía igual de cansada que yo, sus ojeras cada día crecían más. Me preguntaba si alguna vez iba a poder obtener un trabajo mejor para que nuestra calidad de vida mejorase.

—No hace falta que te arregles, no vamos a salir hoy — dijo mientras se servía un vaso de leche.

— ¿Por qué, mamá?

—Ayer por la tarde dijeron que hoy estaba prohibido abrir el mercado, parece que la cosa va en serio.

Estaba empezando a sorprenderme bastante. La señora Rosa tenía algo de razón en lo que decía y yo había decidido no creer nada. Era la primera vez en muchísimo tiempo que nos volvían a prohibir abrir el mercado con la amenaza de construir algo nuevo.

—Seguramente sea unos días, no te preocupes por eso — quería tranquilizarla.

—No sé qué haremos si eso sucede...

—Si sucede, conseguiremos más clientas, de esas que pagan bien y así podremos dedicarnos a trabajar aquí, en la casa.

—Quizás esa sea la solución, María Camila, quizás tengamos que empezar a hacer eso ya.

Para mí era un alivio no volver al mercado y dedicarme a hacer vestidos y trajes en la casa, pero no me iba a rendir. Yo no luchaba por seguir allí, pero conocía a muchas personas que su única forma de subsistir era vendiendo en aquel lugar.

—Ya veremos qué pasa, no nos adelantemos a los acontecimientos — dije firmemente.

—Por cierto, ¿cómo has pasado la noche? — preguntó cambiando de tema.

—Bien...

—No quise entrar en tu habitación para no molestarte, me imaginé que estabas dormida.

No había dedicado ni un solo segundo en pensar una excusa y respiré profundamente cuando dijo aquello. No se había dado cuenta que había pasado la noche fuera, era todo un milagro. Normalmente lo primero que hacía, cada vez que salía, era venir a mi habitación a saludar, sin embargo, aquella noche no lo hizo. Seguramente había acabado más cansada de la cuenta al haberme ido y la noticia del cierre del mercado la había llevado a acostarse para no pensar demasiado.

—Entonces... ¿tenemos el día libre? — pregunté emocionada.

—Sí, yo aprovecharé para hacer algunas compras.

—Yo no creo que me pierda la oportunidad de seguir durmiendo — reí.

Dejé mi café en la mesa y me dirigí a tumbarme en mi cama calentita. Me había costado un mundo ponerme de pie y solo por una vez en la vida, podía pasarme la mañana durmiendo sin preocupaciones. Sentía que era mi día de vacaciones e iba a aprovecharlo al máximo.

Mi celular comenzó a sonar y respiré profundamente. No pensaba contestar ninguna llamada y mucho menos viendo que era Carlos Alberto quien osaba molestarme. Seguramente pensaba que ya estaba de camino al mercado, pero aquel día no era así. Decidí ignorarlo, pero al ver tanta insistencia por su parte, pensé que lo mejor era contesta para que dejase tranquila cuanto antes.

— ¿Aló? — respondí.

—Buenos días, Cami.

—Hola, Carlos Alberto.

—Cuéntame todo — no dio rodeos.

— ¿Qué quieres que te cuente? — empecé a hacerme la tonta.

—Ya sabes... Todo sobre tu cita.

—Fue horrible — puse voz de circunstancia.

— ¿Qué paso? — preguntó preocupado.

— ¡Es broma! — reí —. Fue absolutamente maravillosa, cenamos en un restaurante de lujo y... Rodrigo es completamente perfecto.

—Sabía que todo iba a salir bien. ¡Me emociona mucho saber eso! — se le notaba feliz— Por cierto, pregunta si tiene algún amigo para mí.

— ¡No seas baboso! — respondí.

— ¿Acaso tú eres la única que puede encontrar el amor de su vida?

—Rodrigo no es el amor de mi vida, además, no creo que podamos llegar muy lejos.

Me emocionaba todo lo que pasaba con él y reconocía que me gustaba, pero era consciente de la verdad. No podía estar fingiendo siempre que era otra persona porque algún día descubriría el engaño. Estaba bien para asar el rato de vez en cuando y sentir lo que era la vida de la alta sociedad, pero en algún momento tenía que tener un final.

—Deja de pensar en la pobreza y en la riqueza, disfruta el amor y déjate llevar.

—No puedo evitar pensar en eso, Carlos Alberto, la realidad es cruel.

—Pero en la vida nada es imposible, hazme caso y vívela.

Él siempre me animaba a hacer todo tipo de locuras y si no fuese por ello, jamás habría salido de mi zona de confort. Era cierto que las aventuras a las que me había lanzado siempre me hicieron felices, pero quería ser consciente de la realidad.

—Voy a acostarme a dormir un rato, me siento cansada — quise cerrar el tema.

— ¿Acostarte? ¿Cómo así?

—Nos han prohibido abrir el mercado... Ya sabes... Las mismas historias de siempre

—Que intensidad, pero bueno, así aprovechas para descansar.

—Pienso quedarme todo el día durmiendo.

— ¡Te envidio!

—Lo sé — dije riéndome —, así que, si me disculpas, tengo que dejarte.

—Está bien, Cami, cuídate.

—Y tú, amigo mío.

Puse el celular en silencio para que no le ocurriera molestarme otra vez, me tapé con la sabana y cerré los ojos. El placer de volver a acostarme a dormir,

después de tantos días sin apenas descansar, me sabía demasiado bien. El simple hecho de no tener responsabilidades por un día podía llenarme de energía para seguir luchando otros mil días más.

Lo único que quería hacer era tumbarme en la cama y soñar con mis historias de siempre. El príncipe azul de mis sueños ahora tenía rostro y personalidad. Lo había encontrado por casualidad y estaba segura de que, aunque solo fuera para vivir la experiencia, la vida me lo había puesto delante por alguna razón.



Capítulo 15

No sé cómo fui capaz, pero me pasé casi todo el día durmiendo sin parar. Jamás había podido hacer algo igual en mi vida y, sin embargo, cuando abrí los ojos, ya era de noche. Sentía un hambre inmensa, podría haberme devorado una vaca completa. Casi a ciegas cogí el celular y me di cuenta de que Rodrigo me había llamado un par de veces.

Suspiré. Me hubiese encantado contestarle y tener una charla con él, pero no tenía saldo en el celular. Era ya tarde para ir a buscar alguna tienda que vendiese minutos y tendría que esperar que volviese a comunicarse conmigo. Sin embargo, me sentía feliz porque me estaba dejando claro que le interesaba y que pensaba en mí.

Me levanté de la cama y fui directamente a la cocina. Necesitaba sacar todo lo que había en la nevera y meterlo en mi cuerpo. Encontré a mi mamá allí sentada con mala cara y empecé a preocuparme. Ella no era la alegría de la casa y la mayor parte del tiempo mantenía el rostro serio, pero la conocía demasiado bien para saber que algo pasaba.

— ¿Mamá? ¿Pasa algo? — pregunté mientras me sentaba frente a ella.

—Me llamó Paola, la chica que vende zapatos en el mercado.

— ¿Y qué te dijo?

—El mercado va a estar cerrado por ahora... Hasta nuevo aviso.

—Estás de broma, ¿no?

Por la mirada que me echó, sabía que no era así. Era increíble lo que estaba pasando y una parte de mí se negaba a creer que fuese a más. Sabía que los empresarios tenían sus ambiciones, pero nosotros éramos humildes y solo

teníamos aquel modo de vida. Mi mamá y yo trabajábamos a parte para clientas, pero hacerse con más encargos costaba tiempo y contactos.

— ¿Y qué vamos a hacer? — pregunté.

—No lo sé, por ahora he decidido irme unos días al pueblo.

— ¿Al pueblo? — no solía ir mucho por allá.

—Si, pasar el resto de la semana con algunas amigas y relajarme.

—Parece buena idea — le cogí las manos — y, por la plata no te preocupes, sabes que tenemos algo ahorrado.

—Esperemos que todo salga bien, María Camila.

—Así va a ser.

Me levanté y le di un abrazo. Mi mamá había sido todo en mi vida y siempre se había preocupado por mí. Trabajó duro para que no notásemos la falta de un papá e hizo todo lo que estuvo en su mano para sacarnos adelante. No iba a permitir que nos faltase nada en casa así tuviera que conseguir cinco empleos a la vez.

Me parecía buena idea que se fuese unos días y se divirtiese con sus amigas. Pasaba demasiado tiempo trabajando y pendiente de nosotros dos, sin dedicarse a ella. El paso del tiempo y el esfuerzo le habían pasado factura y aparentaba mucha más edad de la que tenía. Seguía siendo bonita y siempre iba a serlo para mí, aunque debía pensar más en ella misma.

— ¿José se queda aquí? — pregunté.

—Eso parece.

— ¿Por qué no te lo llevas? Me da pereza pensar que tengo que encargarme de él.

—Ni de broma, en el pueblo se emborracha aún más — negaba con la cabeza.

Resoplé sin poder evitarlo para mostrar mi desacuerdo y me limité a prepararme algo para cenar. Todo lo que tenía delante de mí me parecía bastante apetecible, pero opté por calentar el almuerzo que había sobrado y así ahorrar tiempo. Tenía demasiada hambre para ponerme a cocinar.

Mientras calentaba aquel arroz con verduras y carne en la olla, escuché cómo mi celular sonaba. Me apresuré a cogerlo, pero mi mamá ya lo traía rápidamente en la mano. Sabía que seguramente era Rodrigo y no quería perder la oportunidad de responder.

—Ha sonado varias veces, parece que estás sorda — dijo mi mamá al dármelo.

Intenté responder, pero de nuevo perdí la oportunidad. Me sentía súper mal porque eran varias las llamadas que no le respondí, pero tuve suerte porque rápidamente volvió a hacerlo.

— ¿Aló? — respondí.

— ¿Estás huyendo de mí o algo parecido? — preguntó Rodrigo.

—Lo siento, que pena contigo, pero... He tenido demasiado trabajo, pensaba llamarte.

— ¿Tienes tiempo ahora o prefieres que te llame más tarde?

—No, tranquilo, ya estoy libre.

Empezaba a sentir las mariposas de las que todo el mundo hablaba. Siempre había pensado que los novios que tuve en la adolescencia me habían hecho sentir cosas, pero tenía claro en ese momento que no. Lo que Rodrigo comenzó a despertar en mí era algo demasiado diferente.

—Mañana vienen unos amigos a cenar, me preguntaba si te gustaría acompañarme — propuso.

— ¿A cenar? ¿En algún lugar en especial?

—Voy a cocinar en casa, así podré sorprenderte — se le notaba emocionado —, pero no sé si tienes mucho trabajo.

—Por casualidad, también tengo unos días libres, así que estaré encantada.

— ¿De verdad?

—Sí, claro, mándame tu dirección y allí estaré.

— ¡Perfecto! Entonces nos vemos mañana a las 8, ¿vale?

—Gracias

—A ti, por aceptar.

Rodrigo se despidió y colgué el celular con una sonrisa en la boca. Mi mamá se iba al pueblo y solo tenía que hacer las cosas a escondidas de José. Como se pasaba el día borracho o fuera de la casa, no era nada difícil y podía hacer mi vida sin dar explicaciones.

En esas situaciones me entraba más prisa por vivir sola y hacer mi vida. Sabía que no era fácil y que abandonar a mi mamá y no ayudarla en los gastos me dolería, pero en algún momento tendría que ser así. Mi meta no era vivir para siempre como había hecho mi hermano, no quería ser como él.

Me tumbé en la cama y empecé a pensar en Rodrigo. No tenía claro si en algún momento la verdad se descubriría o si me decidiría a dejarlo, pero estaba viviendo algo único. A pesar de que él pertenecía a otra clase diferente, cuando estaba con él, éramos iguales.

Jamás me hubiese esperado aquella proposición y mucho menos sin conocernos mucho. Me ponía un poco nerviosa conocer a algunos amigos, pero sabía comportarme en sociedad y seguramente podríamos pasar un buen rato. Rodrigo se estaba convirtiendo en el príncipe azul que siempre había soñado y empezaba a dudar si podía ponerle fin al cuento.



Capítulo 16

Aún no había salido el sol y ya estaba tomando café relajadamente en el sofá. Sabía que a mi mamá le esperaba un largo viaje y seguramente se iría pronto de la casa. No iba a quedarme en la cama sin despedirme de ella, como si no me importase. Mi mamá había hecho tanto por nosotros que no podía agradecerle lo suficiente.

Salió de su habitación ya arreglada y con una pequeña maleta en la mano. Me gustaba pensar que esa sería su vida algún día y ya no tendría que verla trabajar más. Si yo conseguía algo mejor, podría dedicarse a viajar, a ver a sus amigas y a pasar el día con su familia. No podía ni imaginarme el sufrimiento que tuvo que haber pasado desde que se casó con mi papá.

No era ningún secreto que él había sido un auténtico mujeriego y ella lo aceptó desde un primer momento. Me imaginaba que tenía la seguridad de que algún día se cansaría de ser así y el amor que sentía por él la hizo aguantar demasiado. Pero ese día nunca llegó, una mujer mayor con plata se le cruzó en su camino y eso le pudo más que su familia.

No recuerdo que hubiese sido especialmente cariñoso conmigo o con mi hermano, no recordaba mucho de él. A veces pensaba que José había salido demasiado afectado por esa situación y que eso lo llevó a ser como era, pero de todos modos no era justificación. Mi mamá siempre luchó por nosotros dos, a pesar de vivir con el corazón roto y él no le había facilitado las cosas.

En muchas ocasiones pensaba que cualquier día se volvería a enamorar y traería algún hombre a la casa, pero no fue así. Seguramente se quedó congelada en el recuerdo de mi papá y en el amor que sentía por él. Si él hubiese vuelto en cualquier momento por la puerta, podía poner la mano en el fuego de que ella hubiera regresado a sus brazos sin explicaciones.

Agradecí que eso no se hubiera dado y que esperaba que nunca regresara porque no lo iba a soportar. Mi mamá podía seguir enamorada de él a pesar del paso de los años, sin embargo, una cosa era estar enamorada y otra ser estúpida. Lo mejor que podía pasarle era encontrar a un buen señor que consiguiera hacerla feliz, tal y como se lo merecía.

- Buenos días — saludé.
- Hola, Camila. ¿Qué haces despierta?
- No quería que te fueses sin decirme adiós.
- Mira que eres intensa — dijo medio riéndome.

A veces se ponía un poco digna cuando hacía cosas por ella, pero sabía que le gustaba. Siempre había estado a su lado y tenía claro que no la iba a dejar por nada del mundo.

- Te hice el desayuno, lo tienes aquí encima — señalé la mesa que tenía delante de mí.
- No tienes remedio — respondió.
- Déjate mimar — ordené.

Se sentó a mi lado y empezamos a desayunar juntas. Adoraba aquellos momentos que compartíamos fuera del trabajo en los que éramos solo mamá e hija. Nos habíamos convertido, desde muy temprano, en compañeras de trabajo y dejamos un poco los lazos que nos unían.

- María Camila, no quiero que te encargues de todo, pero hay bastante

trabajo por hacer.

— ¿Tengo que arreglar ropa?

— Sí, tengo dos bolsas de ropa para entregar la próxima semana.

— Sabes que puedo hacerlo, tengo capacidad.

— Sí, pero es una tela delicada y hay que asegurarse de que quede bien.

— Tranquila, mamá, tengo tiempo para hacerlo.

— Ten cuidado, es bastante cara y la clienta puede conseguirnos más contactos si todo lo hacemos bien.

— En cuanto vea cómo la hemos dejado, no pararán de llamarnos.

— Ojalá, porque el tema del mercado me tiene sin dormir.

— Mamá, llevamos años así, estoy segura de que se les pasará.

— Llevamos años, pero algún día se hará realidad — siempre había sido negativa.

— SI es así, lucharemos para ganar — dije firmemente.

Sonreí y me quedé mirándola. Sabía que mis palabras, de alguna forma, la tranquilizaba. No teníamos un gran parecido físico, pero en carácter éramos iguales. No sabía de dónde había sacado aquel pelo rubio y piel clara, diferente por completo a la mía. Parecía absolutamente de otro país y yo saqué los genes de la familia de mi papá. Sabía que en parte le recordaba bastante a él, según siempre decía, éramos igualitos.

Cuando terminó, se levantó, cogió la maleta y la acompañé hasta la puerta. Normalmente me sentía un poco triste cuando se iba, pero con todo el tema de Rodrigo, me alivié. No me gustaba hacer las cosas a sus espaldas y podía tener toda la libertad del mundo.

En cuanto vi que desapareció por la esquina, volví a casa y me puse manos a la obra. Quería pasarme la mayor parte del día trabajando sin parar y así poder irme tranquilamente a la cena con Rodrigo. Saqué varias bolsas que

teníamos guardadas en un armario y me senté frente a la máquina de coser. Tenía varios días para terminar todos aquellos encargos, pero necesitaba ganar más tiempo libre para salir.

De la primera bolsa pude sacar una camisa demasiado hermosa. Tenía algunas costuras sueltas por el lateral, pero sería fácil de arreglar y, sin pensarlo, me la probé. Mi silueta era bastante delgada y cualquier cosa me quedaba grande, pero podía ponerme un cinturón y disimularlo perfectamente.

Ya sabía qué ropa podía llevar a la cena para parecer elegante, así que me dediqué a buscarle un pantalón a juego. Sabía que mi mamá guardaba algunos que las clientas les regalaban y me los probé todos. Conseguí unos de franela negra ideales para aquella camisa color crema. Con un poco de maquillaje y algunos arreglos, podía ser de nuevo la María Camila que Rodrigo conocía.

Cuando conseguí tener todo lo necesario, lo escondí en mi habitación y me puse a trabajar sin parar. Mi vida había dado un buen giro y ahora me dedicaba a preocuparme por qué ponerme para ir a cenas de gala. Jamás lo hubiese imaginado, pero me gustaba aquella sensación de tocar el cielo con las manos.



Capítulo 17

En aquella ocasión preferí ir en taxi a casa de Rodrigo. El bus me dejaba bastante lejos y con aquellos zapatos que le había cogido a mi mamá, me dolían los pies. Ella tenía una talla menos que yo y sentía que me apretaban un poco, pero tenía que poner buena cara y aguantar. Me había prometido a mí misma que en la próxima quincena, en cuanto tuviese plata, iría al mercado y me conseguiría los más bonitos que existiesen

Normalmente no me gastaba nada de plata en mí, la intentaba ahorrar, pero ya tenía bastantes motivos para invertirla. Cuando me arreglaba de aquella manera y lucía ropa tan bonita, me sentía demasiado diferente. Por dentro era la misma María Camila de siempre, pero en esas ocasiones era una mujer más fuerte y segura de sí misma.

Durante la mayor parte de mi vida había evitado las miradas y era feliz pasando desapercibida, sin embargo, algo empezaba a cambiar en mí. Me gustaba que la gente me mirase y me sentía cómoda con aquello. Lucía la ropa, el peinado y el maquillaje que me hacían sentir hermosa, así que sentía orgullo de las miradas que levantaba. No solo eran los hombres quienes giraban sus cabezas cuando me veían pasar, también muchas mujeres lo hacían, aunque intentaran evitarlo.

Sabía que cuando se acababa la hora y volvía a ser la misma María Camila de siempre, nadie se fijaría en mí, por eso me gustaba aprovechar todo lo que pasaba. Seguramente mi autoestima se había visto afectada por no sentirme

valorada y eso me había llevado a ser tímida, pero el nuevo papel que estaba ejerciendo empezaba a reflejar cambios en mi personalidad.

— Ya hemos llegado, señorita — dijo el taxista.

Pagué bastante plata por aquel trayecto sin importarme demasiado. Me bajé del taxi y me quedé sorprendida ante el edificio en el que vivía Rodrigo. Eran casi tan alto que no alcanzaba a ver bien los apartamentos de la parte superior y daba una sensación de elegancia indescriptible. En la entrada, decorada por un pequeño jardín de en sueño, se encontraban unas puertas de cristal gigantes.

Empecé a caminar hacia la entrada y me comuniqué con el portero. Aquel señor, en un principio, me miró un poco extrañado, pero pronto me dejó pasar. Ya desde fuera podía verse la decoración del hall, más lujoso que lo que podía llegar a ser mi casa en siglos. Una gran lámpara colgaba del techo y el suelo brillaba tanto que parecía un espejo.

Empecé a plantearme cómo sería el interior de las casas si solamente la entrada era así. Jamás había visto tanto lujo junto y en parte me abrumaba un poco. Sentía que no pertenecía para nada a ese lugar, a ese mundo, pero el chico que hacía latir mi corazón se encontraba allí.

— ¿A dónde va? — me preguntó el portero.

— A casa del señor Rodrigo — respondí.

— ¿De parte de quién?

— Dígale que soy María Camila, que ya estoy aquí.

Descolgó un teléfono y esperó a que le contestaran. No tardó mucho en obtener respuesta y él transmitió mi mensaje. Sin dudar, tras colgar, me acompañó al ascensor y metió una especie de llave para que me llevara hasta su apartamento. Esperaba que fuese en uno bajo, pero cuando vi que aquel

señor marcó el número 26, supe que iba a sufrir de verdadero vértigo.

Mientras subía por el ascensor, sentía cómo los oídos se taponaban un poco y me moría de miedo de estar allí dentro. No podía pasar de pensar en alguna catástrofe como que los cables se descolgaran o algo parecido. Cerré los ojos y recé para que ese viaje se terminase lo antes posible.

En pocos minutos sonó una especie de timbre y las puertas del ascensor se abrieron por fin. Esperaba salir a algún tipo de pasillo y buscar la puerta de Rodrigo, pero aquel ascensor daba directamente a la casa. Jamás había visto nada igual, desde luego que aquellas personas vivían en una galaxia completamente diferente.

Salí del ascensor y entré en un salón gigante. Los techos eran muy altos y el conjunto en sí era de ensueño. En la mitad del salón había un sofá en el que se podían sentar más de 20 personas y justo debajo de él una alfombra de pelo gris que debía costar una fortuna. Justo enfrente tenían un televisor del tamaño de un dinosaurio y a su izquierda una mesa con más sillas de lo que alcanzaba a contar.

No me hubiese imaginado jamás que estaría en un sitio como aquel y menos como invitada. Mucha gente que conocía en el barrio había trabajado para gente como ellos y estaban habituadas a ver ese tipo de vida. En muchas ocasiones había oído ciertas cosas acerca de los lujos con los que vivían en esos edificios, pero mi mente no había sido capaz de dimensionar todo aquello.

— Perdona que no te haya recibido, estaba terminando la cena.

Rodrigo apareció de repente por detrás y me dio un buen susto. Me había quedado tan maravillada mirando todo aquello que perdí la noción del tiempo y me olvidé de él.

- ¿Te asusté? — dijo riendo.
- No te esperaba, ¡qué tonta soy!
- Estás en mi casa, lo normal es que esté — bromeó.

Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. Me gustaba ese tipo de confianza que habíamos creado para tratarnos como verdaderos amigos. Con ese beso no solo me saludaba, sabía que me transmitía cariño de alguna manera.

- ¿Por qué no te sientas mientras termino la cena? — propuso — Te pondré algo de música y le diré a Teresa que te sirva algo de beber.
- ¿Teresa? — pregunté.
- Sí, es la señora que ayuda en la casa.

Asentí con la cabeza y me dejé llevar por el momento. Vi cómo desaparecía a través de unas puertas negras e intuí que sería la cocina de la casa. Seguí mirando todo lo que había a mi alrededor y pronto sentí la presencia de alguien que llegaba al salón. Levanté la mirada e intuí que era la tal Teresa de la que me había hablado Rodrigo.

Era una señora ya bastante mayor, vestida con un uniforme blanco y traía una bandeja con varias cosas. Colocó unos platos con canapés delante de mí y me sirvió una copa de vino rosado. Jamás había tenido tales atenciones y sabía que en cualquier momento yo podía ser aquella señora. Me trataba como si fuera diferente sin saber que pertenecía al mismo mundo que ella.

No me terminaba de sentir cómoda teniendo a una persona que pusiese por delante todos mis deseos, pero debía fingir que así había sido siempre. Le sonreí y le agradecí lo que había hecho y se fue sin decir palabra. Seguramente no estaba acostumbrada a eso y sentía que era su obligación, sin más.

Me alivié un poco cuando la vi desaparecer y esperaba apareciese muchas más veces aquella noche. Sabía que tenía que adoptar normalidad ante todos aquellos lujos, pero me sentía un poco mal en el fondo. Mi intención era seguir conociendo a Rodrigo porque él había demostrado interés en mí, pero no iba a cambiar la humildad en la que me había criado.



Capítulo 18

Pensaba todo el tiempo cuánto tendríamos que trabajar mi mamá y yo para pagar solo un tercio de lo que había en esa sala. De las paredes colgaban algunos cuadros dignos de museos y las figuras que decoraban el mueble principal daban miedo tocarlas. Me sentía como en una casa de cristal, con temor a dañar alguna cosa porque sabía que ni en mil vidas podría pagar su valor.

Mi casa apenas tenía un par de muebles, un sofá y alguna que otra mesita. Jamás había imaginado que un televisor pudiera tener tales dimensiones cuando los que teníamos en la casa no eran ni la mitad. No entendía cómo en el mundo podía haber diferencias tan brutales entre personas que vivían en la misma ciudad.

Y pensándolo bien, en cuanto a calidad de persona, yo no era tan diferente a Rodrigo. Nos habíamos compenetrado tan bien y éramos tan parecido en algunas cosas que parecía mentira que entre nosotros dos hubiese un abismo tan grande. La sociedad se dividía en clases y esa diferencia era difícil de salvar entre los dos.

Rodrigo apareció en el salón mientras hablaba por teléfono y me sacó de mis pensamientos en un solo segundo. Al principio no pude ir bien lo que decía, pero pronto me hice eco de la conversación. Parecía que los amigos que había invitado no podían asistir por un cambio de planes. A él parecía no agradarle la noticia, pero aun así mantenía la sonrisa todo el tiempo.

Caminaba de un lado a otro del salón, intentando convencerlos de alguna manera, pero no tuvo suerte. Finalmente, resignado, colgó el teléfono y se quedó un rato pensando. Seguramente estaba emocionado al haber organizado toda aquella cena y se sentía mal por aquel abandono.

- ¿Pasa algo? — pregunté cuando vi que la llamada terminó.
- Mis amigos no van a poder venir.
- ¿Ha sucedido algún problema?
- No... Ellos tienen una banda de música y los han contratado hace una hora para una cena privada — sonrió —. El trabajo es el trabajo.
- Es una lástima, me hubiese gustado conocerlos.
- Bueno, al menos quedamos nosotros, ¿no?
- Esa es la mejor parte de la noticia — guiñé un ojo.

No me desagradaba para nada que al final acabásemos los dos solos en aquella cena. Teníamos toda la disponibilidad del mundo para conocernos y teníamos un ambiente bastante agradable. El único que me interesaba era Rodrigo, así que mientras él estuviese allá, lo demás no me importaba absolutamente nada.

En un principio me ponía nerviosa compartir con más gente y que me hiciesen preguntas incómodas, así que suspiré. Evidentemente no iba a mostrarle que no me importaba nada a Rodrigo, así que me limité a poner cara de lástima mientras él terminaba de organizar un poco todo en el salón.

- ¿Por qué no te vas sentando en la mesa mientras termino? — propuso
- Será todo un placer — acepté.
- Además, también me atreví a hacer el postre — sonrió —, le doy los últimos toques y enseguida te acompaño.

Desapareció de nuevo por la misma puerta de antes y me quedé sola otra vez. No me desagradaba nada disfrutar de todo lo que me rodeaba e, incluso, sin ser mi casa, me sentía completamente cómoda. Imaginaba que nadie podía ser capaz de ser infeliz o sentirse mal en una casa como esa.

Empecé a escuchar un sonido familiar y rápidamente me di cuenta de que mi celular estaba sonando dentro del bolso. Desde un principio tenía que haberlo silenciado para que nadie me molestase, pero acudí a responder antes de que apareciera Rodrigo.

- ¿Aló?
- Hola, Cami — dijo Carlos Alberto.
- ¡Hola! — saludé — ¿Te importaría llamarme más tarde? Estoy ocupada.
- ¿Dónde estás? He venido a buscarte a la casa y no abre nadie.
- He salido... Ya te contaré — quería colgar cuanto antes.
- ¿Otra cita? ¿Con Rodrigo?
- Sí, por eso tengo que colgarte.
- ¿Está delante de ti? — preguntó en voz baja.
- No, fue a la cocina a preparar la cena.
- ¿Estás en su casa? ¿En serio? — estaba sorprendido.
- Sí, ya te contaré todo.
- Té sí que vas a por todas — dijo riendo —. Entonces... Te dejo en tu noche romántica y ya sabes, protégete.
- No digas tonterías — refunfuñé.
- Ya me contarás, ya me contarás — seguía con aquel tono de voz burlesco.
- Te tengo que dejar, ¿vale?
- Está bien, pero mañana no te escapas — amenazó.

- Vale, lo que tú digas — resoplé —. Y ahora, ¡adiós!
- ¡Adiós, Cami!

Decidí que lo mejor era apagar el celular y así hice. Sabía que mi mamá estaba bien y ya no tenía que preocuparme por nadie más, así que no lo necesitaba. Me dirigí rápidamente a sentarme en la mesa justo cuando Rodrigo y Teresa salían con los platos de la cena. No podría describir aquellos olores, pero tenía claro que la mezcla era verdaderamente perfecta e invitaba a devorarlo sin mirar.

- Espero que te guste — dijo Rodrigo.
- Por cómo huele, no creo que me decepciones.
- Estoy seguro de que lo disfrutarás.

Puso delante de mí un par de platos digno de fotografiar. Se basaban en carnes y diferentes tipos de verduras acompañados con patatas, pero dispuestos de una forma mágica. A veces me había sentido un poco chef en mi casa al experimentar ciertos platos, pero ese era otro nivel. Jamás me atrevería a cocinarle a Rodrigo porque mis platos ya no me parecían ni dignos de comer.

Rodrigo, sin pensárselo mucho, se sentó cerca de mí y Teresa le sirvió lo mismo. Me estaba demostrando que no hacía falta ir a restaurante caros para degustar esos maravillosos platos, sino que él era capaz de hacerlos, sin esfuerzo alguno. Admiraba demasiado la pasión que le ponía a la cocina y empezaba a picarme la curiosidad por ello.

El chico que tenía a mi lado no solo era inteligente y seductor, sino que tenía mil habilidades ocultas que podía ofreceme. Formar parte de lo que estábamos creando era grandioso para mí y saber que Rodrigo tenía el mismo interés en seguir con aquello, me hacía soñar por encima de todo lo que

siempre había imaginado.



Capítulo 19

Durante la cena nos dedicamos a hablar de la alta cocina. Había comenzado a mostrar interés por ella y a Rodrigo le fascinaba aquella conversación. Prefería distraerlo un poco acerca de eso y que no me hiciese preguntas incómodas sobre mi trabajo. No me había dado tiempo a investigar mucho para poder hacerme pasar por abogada y no quería quedar en evidencia.

La comida no duró mucho y rápidamente pasamos al postre. Teresa, justo a la hora correcta, trajo una especie de flanes con caramelo y pasamos a tomarlos en el salón. Ya tenía la suficiente confianza como para sentirme en mi propio mundo y no tenía el cuerpo tan tenso que cuando llegué. Seguía teniendo miedo a tocar algo o a mancharlo, pero Rodrigo conseguía que pareciese que había estado allí mil veces.

Rodrigo se quitó los zapatos y me instó a hacer lo mismo. El tacto de aquella alfombra bajo mis pies era como tocar algodón de azúcar y se sentía bastante calentito. Eso hacía que sintiese mucha más confianza delante de él y me demostraba que se sentía cómodo ante mi presencia.

– ¿Tus papás no van a venir? — pregunté cuando me quité los zapatos.

Rodrigo comenzó a reír sin parar y yo no entendía qué había dicho para eso.

– Vivo solo, ya soy mayorcito.

- ¿Este apartamento es tuyo? — pregunté sorprendida.
- Sí, me independicé hace unos meses, ¿tú no?
- Yo aún vivo con mi mamá... Ya sabes lo protectora que son — estaba quedando como una idiota.
- Sí, con las mujeres es diferente, no te dejan ir si no consigues marido — dijo dándome la razón.

Lo cierto es que en eso tenía ventaja y excusa. No era nada raro que las mujeres vivieran en su casa hasta que se casasen y ellos solían hacerlo antes. Alucinaba al pensar que Rodrigo, con lo joven que era, tuviera un apartamento de semejantes dimensiones. Se notaba que la plata no era un problema para él y que su trabajo le iba bastante bien.

- Bueno, cuéntame algo de ti — dijo al sentarse —. No quiero ser yo el que hable siempre.
- ¿De mí? Tengo una vida bastante aburrida, créeme que lo tuyo es más interesante
- No seas modesta — sonrió —. ¿Qué tal el trabajo? ¿Algún caso difícil?
- No, me dedico a asuntos pequeños por ahora, ya sabes... No quiero demasiado estrés.
- Jajaja — rio —. Imagino, si tuvieras que representarme a mí, lo tendrías bastante complicado
- ¿Eres un hombre de problemas? — pregunté bromeando.
- No, pero seguramente pronto, media ciudad se me eche encima.

Empezó a comer el postre y yo lo seguí. Quería conocerlo y me daba un poco de miedo preguntar, no creía que fuese el tipo de hombres que va buscando problemas. Quizás estaba exagerando un poco acerca de la situación. El Rodrigo que conocía me gustaba, pero quizás también tenía que ocultar cosas

como hacía yo.

- ¿Qué pasó? ¿Vas a matar a media ciudad?
- No, pero los arquitectos muchas veces no somos bienvenidos.
- Construís cosas, me parece una profesión digna de admirar.
- Cuando construyes para los demás. Los problemas no son tuyos, pero para ser mi primer proyecto, creo que fui demasiado ambicioso.
- Y... ¿De qué se trata? — ya me picaba demasiado la curiosidad.

Escuché que alguien llegaba al salón y me sobresalté un poco. Había pensado por un momento que estábamos solos y me tranquilicé al ver la cara de Teresa. Ya no tenía puesto el uniforme de trabajo e imaginaba que iba a pedir permiso para irse a casa.

- ¿Señor? — interrumpió la conversación.
- Dígame, Teresa.
- Ya todo quedó listo y la alcoba preparada, nos vemos mañana.
- Está bien, puede irse a descansar.

Aquella mujer mostró una media sonrisa y esperó al ascensor. Aquellos se abrían justo delante de la sala donde estábamos y nos quedamos callados mientras se iba. Me daba un poco de lástima que, siendo tan mayor, aún estuviese trabajando, pero seguramente no tenía más remedio que hacerlo.

- ¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí? — pregunté a Rodrigo cuando se fue.
- ¿Teresa? No he conocido a otra más que a ella.
- ¿Te ha visto crecer?
- Siempre fue mi nana y después se quedó en la casa.
- Debió haber sido bastante joven cuando vino aquí.
- Sí, aunque yo al recuerdo siempre así de viejita — sonrió —. Y a

ti también te crio una nana, ¿no?

– Eh... Sí... Pero no tuve tanta suerte como tú — la pregunta me pilló por sorpresa.

– Sé lo difícil que es encontrar a alguien en condiciones, ya sabes, no quiero sonar clasista, pero... — se quedó pensando qué palabras elegir — Son de otro mundo.

– Completamente — dije sonriendo mientras me sentía incómoda.

Era la primera vez en toda la noche que se creaba aquel silencio entre los dos. No me gustaron para nada aquellas palabras, pero no podía esperar otra cosa. Yo misma era la que siempre establecía una barrera social entre nosotros y él no iba a ser menos. Siempre había jugado en el otro equipo y el nuestro era un completo desconocido.

– Oye, ¿ponemos algo de música para relajarnos? — dijo intentando sacar tema.

– Sí, estaría genial.

Cogió los dos platos del postre y los puso en una mesa cercana mientras las luces se atenuaban y regresaba de nuevo a la cocina. Me quedé allí sentada mirando a través de los cristales del balcón las luces de la ciudad. Podía haberla recorrido un millón de veces, pero jamás de aquella forma.

Desde aquellas alturas podía verse como un auténtico espectáculo que mucha gente no se podía permitir. La belleza siempre había formado parte de aquella ciudad, pero la noche la hacía incomparable. Todas aquellas luces encendidas al unísono, en medio de la oscuridad, era digna de ser fotografiada continuamente.

Oí cómo Rodrigo volvía al salón y traía dos copas y una botella de vino en las manos. No podía pedirle más a la vida que lo que estaba viviendo aquella noche en aquel lugar tan mágico. Me empezaba a gustar la María Camila que

fingía ser e iba a luchar con todas mis fuerzas para que el cuento no acabase jamás.



Capítulo 20

Rodrigo sirvió el vino en las dos copas y dejó la botella en una mesa cercana. Me entregó una copa a mí y se puso a mi lado con la suya. Volví a mirar aquellas luces que tanto me fascinaban. Sentía a mi lado al hombre que me estaba haciendo vivir momentos que no olvidaría en la vida y no quería que eso se terminase nunca.

—Es precioso, ¿no te parece?

—Lo es.

Algo en su voz me hizo dejar de observar lo que tenía ante mí y volver la cabeza hacia él. Estaba mirándome a mí y me puse nerviosa.

—A veces me parece que eres dos personas diferentes – no dejaba de mirarme.

— ¿Por qué crees eso?

—Se te ve una mujer de mundo, con las que estoy acostumbrado a tener trato. Otras veces, sin embargo, te siento como si todo fuera nuevo para ti. No sé explicarte – río.

Ese miedo era el que tenía dentro de mí desde que lo conocí. Yo no era la María Camila que él creía, yo pertenecía a otro mundo completamente diferente al suyo y por más que intentaba comportarme como se suponía que una mujer de esa clase social lo hacía, la verdadera Camila siempre salía a la luz. No podía evitar alucinar con todo, no era actriz. Tenía miedo a que él descubriera que era una mentirosa, pero las diferencias sociales entre nosotros dos eran demasiado grandes como para poder representar un papel

así a la perfección.

— ¿Y eso no te gusta? – pregunté sin saber qué decir exactamente. Su cercanía me ponía nerviosa y ver que podría descubrir toda la verdad, aún más.

—Eso es lo que más me gusta de ti.

Rodrigo se acercó un poco a mí y me dio un beso en los labios. Hacía mucho tiempo que nadie me besaba y lo sentí como si fuera el primer beso de mi vida. Cuando separó su cara de la mía y me sonrió, mi cara se puso roja.

—A eso me refiero – rio otra vez-. Te sonrojaste, como si nunca nadie te hubiera besado.

—Sí me han besado antes – bebí un poco de vino, intentando parecer esa mujer de mundo que yo quería parecer para él.

—Imagino que sí, por eso te digo que me resultas intrigante.

—Mi vida no tiene nada especial, Rodrigo – mentí, porque si él supiera toda la verdad... Si el la supiera, ni siquiera se habría fijado en mí si nos hubiéramos visto por la calle.

—Tú eres especial.

Así me hacía sentir cuando estaba con él, pero no lo era. Yo era una chica más que intentaba ganarse la vida vendiendo telas en un mercado. Era muy inferior socialmente a él y a las mujeres que siempre había conocido, yo era más como la que había sido su nana, alguien que trataba de comer y de mantener una vida digna.

Y estaba en ese momento con un hombre con el que me separaba un abismo social y que me hacía vivir un sueño. No quería pensar mucho esa noche, solo quería disfrutar de todo eso que era tan nuevo para mí. Y que nunca, en mi vida, olvidaría. Pero yo no era especial, yo me sentía como una farsante en ese momento.

Cogió la copa de vino que yo tenía en mi mano y la dejó, junto con la suya, al lado de la botella.

—Baila conmigo.

Ya me había agarrado como si fuéramos a bailar un vals y yo me dejé llevar. Todo era como mágico, como en las películas que veía, era con lo que tantas veces había soñado y ahora era yo la que vivía una historia de telenovela, con el príncipe azul perfecto a su lado.

Nos movimos dando vueltas por toda la sala y no pude evitar reírme al sentirme otra mujer diferente. Rodrigo dejó de bailar, nos paramos y me besó de nuevo. Me besaba con delicadeza y eso me sorprendió un poco.

—Creo que ya es hora de que me vaya -terminó el beso y me acariciaba la cara con las manos sin dejar de mirarme.

— ¿Tan pronto?

—Es tarde y...

—Quédate conmigo un poco más.

Volvió a besarme y yo me dejé llevar por él. Hacía tanto tiempo que no sentía nada así que fue como si lo viviera por primera vez. Su boca se movía cada vez con más rapidez sobre la mía y yo notaba que las cosas estaban cambiando. Ya no era dulce como en un primer momento, ya el deseo estaba presente entre los dos y por parte de los dos. Sus manos bajaron de mi cara a mi cintura y la acariciaba con los pulgares a la misma vez que profundizaba su beso.

—Quédate conmigo esta noche.

—Rodrigo, yo... -iba a negarme, eso no podía ser.

—Por favor, quédate conmigo.

Dios sabía que deseaba eso con toda mi alma, pero no era lo correcto. Casi no nos conocíamos y éramos de mundos diferentes, aunque eso solo lo sabía yo. Deseaba quedarme y vivir eso con él, no quería que acabara ese sueño, pero me daba miedo lo que pudiera ocurrir después.

—Está bien.

Eso es lo que acabé diciendo, mi corazón había hablado por mí. No era virgen, había hecho lo que cualquier chica con mi edad hacía, pero me sentía como si lo fuera en todo. Y él tenía mucho que ver en que me sintiera así.

Agarró mi mano y caminamos hasta entrar en una habitación enorme. Se notaba que era el suyo porque la decoración era sobria y muy masculina. Nos paramos al lado de la cama y nos besamos de nuevo. Sus manos comenzaron a desabrocharme los botones de la camisa, hice el intento de taparme un poco cuando iba a abrirla por completo, pero su sonrisa me tranquilizó y volví a dejarme llevar.

Fue atento y comprensivo en todo momento, en ocasiones sentía como si tratara con un animal salvaje que estaba a punto de echar a correr, pero me dio la seguridad que necesitaba para terminar desnuda en su cama y con él.

Sentía cómo su piel acariciaba la mía y cómo mi cuerpo necesitaba al suyo. Cuando se puso encima de mí, casi le digo que pare y echo a correr, hacía tanto tiempo que me sentía asustada. O, tal vez, quien me asustaba era cómo lo sentía todo con él.

Hicimos el amor lentamente y, al acabar, no supe qué hacer o qué decir. Rodrigo me abrazó y eso fue todo lo que necesité para sentirme, otra vez, segura con él.

No estaba en mis planes lo que había ocurrido y no sabía reaccionar. Y, en

ese momento, si había hecho bien o no, tampoco era algo que quisiera saber.



Capítulo 21

La luz del sol empezó a entrar por la ventana haciéndome despertar. Giré la cabeza y observé a Rodrigo mientras dormía. La sábana solo tapaba la mitad de su cuerpo y notaba que tanto ejercicio le había dejado completamente profundo. Aquellos rayos de luz iluminaban su rostro y si alguna vez me había parecido perfecto, en ese momento entendí que lo era aún más.

No podía frenar los sentimientos que tenía hacía él y parar el juego que había empezado. Hacerme pasar por otra María Camila había sido bastante divertido, empezaba a plantearme cómo iba a dejar aquel papel. Me gustaba la vida y el amor que Rodrigo me ofrecía y empezaba a aterrarme el momento en que se diera cuenta de la verdad.

¿Cómo reaccionaría? ¿Me trataría con desprecio o le daría igual? No sabía contestarme a esas preguntas, pero el hecho era que podía sentirse traicionado con la mentira. Si hubiese sido la verdadera María Camila, jamás me habría mirado y así tuve la oportunidad de demostrarle quién era, pero igualmente estaría decepcionado.

¿Cómo iba a confiar en mi si había ido con mentiras ese un primer momento? Aquello empezaba a atormentarme, pero no podía solucionarlo en ese instante. Pensaba que seguramente algún día se me ocurriría alguna idea o algún plan para que Rodrigo no supiese nada y poder seguir adelante.

Intenté evitar aquel tipo de pensamientos que me agobiaban un poco y me levanté con cuidado. Al contrario de lo que pensaba, era un poco tarde. No había hablado con mi mamá desde el día anterior y al tener el celular

apagado, podía preocuparse bastante Necesitaba ver si se había comunicado conmigo y dejarla tranquila para poder seguir mi día con él.

Me dirigí al salón a coger mi bolso y lo encendí. Me senté en un ladito el sofá mientras esperaba y me puse a observar la ciudad. Me encantaba que aquella casa tuviera todos aquellos cristales y dejaran ver el exterior con todo lujo de detalles. Se notaba que la ciudad se había levantado hacía tiempo y todo empezaba a funcionar como en una orquesta.

Empecé a recibir un montón de mensajes de llamadas perdidas de mi hermano. Jamás se había dedicado a llamarme tanto y empecé a preocuparme exageradamente. Le devolví la llamada, pero no se dignó a contestarme ¿Habría pasado algo importante? ¿Le habría pasado algo a mi mamá y no me había enterado?

Decidí llamarla sin más demora para quedarme un poco tranquila, pero no me contestó. Intenté hacerlo en varias ocasiones, pero obtuve la misma respuesta. Todo eso empezó a agobiarme un poco y decidí regresar a la casa de una vez. No quería abandonar a Rodrigo justo cuando acabábamos de pasar esa noche, pero tenía que volver y saber qué había pasado.

Regresé a la habitación y, aunque intenté no hacer nada de ruido, Rodrigo abrió los ojos. Me hubiese gustado irme sin que se enterase, pero no fue así. De alguna forma tenía que explicar que estuviese vistiéndome sin decirle nada. No quería que pensase que lo de anoche me había decepcionado de alguna manera y que iba a darme a la fuga para no dar explicaciones.

— ¿Dónde vas? — preguntó incorporándose en la cama.

—Me ha llamado un cliente... Había olvidado que teníamos una reunión.

— ¿En serio? ¿Te llevo a algún lado? — intentó levantarse.

—No, hemos quedado cerca de aquí y puedo ir caminando.

Me senté a su lado y le di un beso para tranquilizarlo. No me apetecía inventarme nada y fingir que me dejase en un lugar para perder mucho más tiempo. La excusa había quedado bastante creíble y podía irme sin tener que explicar mucho más

—Pasaré luego por ti, si quieres – propuso.

— ¿Quieres que volvamos a vernos?

—Claro que sí... Sería idiota si no – me devolvió el beso.

—Déjame terminar mi reunión tranquilamente, porque el cliente es muy intenso y regreso más tarde, ¿OK?

Me terminé de poner la ropa y le di un beso en la punta de la nariz. Tenía que salir a toda prisa de allí para volver a casa y planear cómo regresar a su casa de nuevo. Tenía la suerte de que mi mamá se había ido y no tenía que dar explicaciones, pero no quería que José no me viese aparecer en tantos días.

—Por cierto – dijo Rodrigo antes de dejarme salir de la habitación –, ¿tienes mucho más trabajo estos días?

—No lo sé bien, ¿por qué?

—Me gustaría que te quedaras aquí... Que hiciésemos cosas juntos – propuso.

— ¿Quedarme aquí? ¿En tu casa? – me sorprendí.

—Sí, tengo unos días libres y me gustaría que los aprovechásemos, si es que quieres, claro.

— ¡Sería perfecto! – sonreí.

—Entonces, tráete algo de ropa o...

— ¿O qué?

—O si no quieres, no, de todas formas, no vas a usarla mucho – dijo sonriendo.

Cogí un cojín de los que estaban en el suelo y se lo lancé a la cara, bromeando. No hacía falta que me dijese que no iba a usar mucho la ropa, yo misma sabía que iba a ser así. No iba a poder resistirme a vivir una experiencia como la que tuve la noche anterior y disfrutar de aquella forma. Podía pasarme horas y horas con él en la cama sin cansarme lo más mínimo.

Llamé al ascensor y bajé rápidamente a coger un taxi para regresar a la casa. Intenté llamar de nuevo a mi mamá, pero seguía sin contestar el teléfono y todo eso me parecía demasiado extraño. Si ella hubiese visto tantas llamadas de mi parte, no hubiese dudado en devolvérmelas y eso no había sucedido.

Deseaba llegar a casa cuanto antes y no arrepentirme de haber salido. Estaba tranquila porque se había ido al pueblo, pero podían haber pasado mil y una cosas. Mi mamá era todo lo que tenía en el mundo y si le sucedía algo, no podría perdonarme no haber estado disponible. La última vez que hablé con ella estaba tranquila e intentando pasárselo bien, pero con todo el estrés que tenía con el mercado y la carga de mi hermano José, su vida no era nada fácil.



Capítulo 22

Justo cuando estaba llegando a casa, mi mamá me empezó a llamar. Sin dudarlo un solo segundo, descolgué la llamada. Por fin había dado señales de vida y podía saber si había sucedido algo. José me había alarmado con tantas llamadas y sentía una angustia en mi interior indescriptible.

— ¿Mamá? ¿Estás bien? – pregunté alarmada.

—Sí, ¿qué sucede María Camila? Tengo muchas llamadas aquí.

Suspiré al escucharla y mi corazón se calmó. La escuchaba como siempre y supe que nada le había pasado.

—Tenía muchas llamadas de José y pensé que te había sucedido algo...
Como tampoco contestabas...

—Estoy bien, tranquila, hija – respondió.

—Entonces habrán sido cosas tuyas, de borracho.

— ¿Acaso no estás en la casa?

Aquella pregunta me cogió por sorpresa y no pensé en ninguna excusa. José le podía decir perfectamente que no había aparecido por allí y no sabía cómo iba a explicarle nada. Empecé a penar rápidamente y dije lo primero que se me pasó por la mente.

—Discutimos, como siempre y preferí quedarme en casa de Carlos Alberto.

— ¿Otra vez?

—Sabes que no nos llevamos bien y si nos dejas solos, es un completo desastre.

- Debes tener más paciencia con él.
- ¿Puedes dejar de defenderlo alguna vez? – aquellas frases que me decía me ponían nerviosa.
- Ay, María Camila – suspiró.
- Bueno, ya que me quité el susto y sé que estás bien... Voy a volver a la casa un rato, a ver cómo va todo.
- Está bien, cuéntame lo que sea.
- Vale, hablamos luego.

Pagué al señor del taxi y me monté para regresar a casa. Todo parecía en silencio e imaginaba que José estaría durmiendo, borracho, como hacía siempre. Había tenido la libertad de que mi mamá no estuviese y eso lo desataba aún más. No entendía qué le daba la bebida que era completamente incapaz de pasar un día ebrio.

Justo cuando abrí la puerta y entré, lo vi sentado en el salón, tomando algo de leche. Me echó una mala mirada e intenté pasar de él. Lo conocía lo suficiente para saber que no estaba de buen humor y que seguramente iba a pagar conmigo los problemas que tenía. Su vida era un auténtico desastre porque el mismo se lo había buscado, pero los demás teníamos la culpa de todo.

- ¿De dónde vienes? – preguntó.
- No te interesa – intenté irme hacia mi habitación.
- ¡Te estoy hablando! – gritó.

Me paré en seco y me di la vuelta para enfrentarlo. Odiaba que se creyese superior a mí por el simple hecho de ser un hombre y pensar que tenía que darle explicaciones sobre mi vida. Hacía mucho tiempo que se había ganado mi falta de respeto y no iba a consentir que me lo faltase.

- ¿Acaso tengo que contarte ahora mi vida? – dije desafiante.

—Tu vida me importa un carajo – respondió –. ¿Es que no piensas cocinar? ¿Crees que me alimento el aire?

— ¿Por eso era por lo que me habías llamado tantas veces? ¿Porque no tenías la cena hecha?

—Ese es tu deber, alimentar a la casa.

—Estás enfermo – lo miré con desprecio.

Me parecía completamente increíble que me hubiese sacado corriendo de la cama de Rodrigo porque no tenía nada preparado para cenar. Quizás se pensaba en su mundo de ensueño que, al no estar mi mamá, me iba a dedicar a complacerle, viviendo completamente equivocado.

— ¿De dónde vienes así vestida? – preguntó mirándome de arriba abajo.

—Te he dicho que no tengo que explicarte mi vida.

— ¿Mamá sabe que usas la ropa de las clientas?

— ¿Y quién te ha dicho que son de ellas?

—Jajaja – empezó a reír –. ¿Acaso me ves cara de tonto?

—Un poco sí – respondí.

— ¡No me faltes el respeto! – se levantó y se dirigió hacia mí.

Me quedé mirándole a la cara sin ningún tipo de miedo porque ya no se lo tenía. Jamás se había atrevido a agredirme ni nada por el estilo, pero no me sorprendía si lo hacía. Tenía súper claro que no iba a acobardarme y que quería que supiese que estaba a su nivel.

— ¿Por qué no nos haces el favor y te largas de casa? – dije firmemente.

—No me provoques más, María Camila.

—Cuando nos dejes vivir en paz.

Le sostuve la mirada y me di la vuelta para volver a mi habitación. José se quedó allí, parado, sin decir nada, sin volver a levantarme la voz. Aquella

discusión con él no iba a llevarme a ningún sitio y no tenía ganas de acabar peor. Mi día había comenzado viendo a Rodrigo y decidí no estropeármelo con alguien como él.

No recuerdo el día en que todo entre nosotros empezó a desmoronarse de esa forma, pero no me había hecho pasar una buena infancia. Mi mamá hubiese esperado de él que asumiese el papel de hombre de la casa de alguna forma y, sin embargo, empezó a dar problemas desde bien pequeño. En la escuela jamás le fue bien y las amistades que eligió nunca fueron las correctas.

No lo recuerdo fuera del bar o jugando conmigo. En alguna ocasión mi mamá me había hecho pensar con sus comentarios que siempre estuvo celoso desde que nací y dejó de ser el centro de atención. De todos modos, ya era suficientemente mayor como para asumir las riendas de su vida y dejarte de aquellas tonterías.

A los pocos minutos de estar en mi habitación, oí cómo la puerta principal se cerraba y se abría. José seguramente se iba a su cita diaria con sus cervezas y eso me daba tiempo para organizar mi plan. Iba a pasar unos días con Rodrigo y quería llevarme todo lo necesario.

Eché en una maleta de viaje todo mi neceser de maquillaje, algunos jeans que había comprado hacía poco y unas camisas de las que teníamos para entregar. No me gustaba nada tener que estar cogiendo cosas que no eran mías, pero la ropa que usaba normalmente no tenía nada de glamour. Había tenido suerte de poder acceder a aquellas prendas y poder usarlas y devolverlas sin mayor complicación.

Me prometí a mí misma que empezaría a ahorrar plata para hacerme con mi propio fondo de armario. Nunca me había atraído el tema de la ropa y no me esforcé por vestir bien, pero ya empezaba a jugar en otra liga. En aquel

mundo la apariencia lo era todo y yo tenía que dar la talla.



Capítulo 23

Salí de casa un poco arreglada, pero vestida de forma casual. También quería que Rodrigo viese que no siempre iba tan arreglada y que podía ser un poco más simple. Miré hacia la casa de Carlos Alberto y decidí pasar a visitarlo. No sabía si se encontraría allí, pero creía recordar que aquel era uno de sus días de descanso.

Tenía que hacer tiempo para que Rodrigo creyese que la reunión había sido complicada. No podía regresar corriendo cambiada de ropa y que empezara a plantearse si me había dado tiempo a hacer ambas cosas. Debía tener cuidado con los tiempos y las excusas que ponía para que todo quedase perfectamente estructurado.

Me acerqué a la puerta y llamé en varias ocasiones. Me arrepentí de no haber llamado ante a Carlos Alberto para advertirle acerca de la visita, pero era algo que se me ocurrió en el momento. No quería dejarlo de lado, aunque estuviera viviendo una nueva etapa en mi vida y mucho menos cuando él había hecho realidad aquello.

En un principio pensé que quizá no estaba, pero pronto oí pasos que se dirigían a abrir. Había esperado de alguna forma que fue Carlos Alberto quien estuviese al otro lado, pero en su lugar me topé con su padre. Aquel señor no era demasiado simpático y siempre andaba peleando con mi amigo por lo que decía la gente. No asumía que su hijo era gay y le pesaba bastante en la conciencia.

— ¡Hola! ¿Está Carlos Alberto?

Ni me saludó. Giró la cabeza señalándome que se encontraba dentro y me dejó pasar. Era bastante incómodo estar a solas con él y entré rápidamente a la habitación. Para mi sorpresa, Carlos Alberto se encontraba acostado en la cama y me dediqué a despertarlo.

Empecé a hacerlo de forma divertida, pero cuando se dio la vuelta, supe que algo andaba mal. Me pareció raro que a aquellas horas estuviese así, pero cuando le vi el ojo morado y a cara llena de heridas, me asusté bastante. No entendía qué había pasado y mi corazón empezó a romperse en mil pedazos.

— ¿Qué ha pasado? ¿Por qué está así? — dije alarmada.

—Cami... — alcanzó a decir.

— ¿Qué ha pasado? — le tocaba la cara sin dar crédito al aspecto que tenía

— ¿Te han golpeado?

Asintió con la cabeza y trató de incorporarse, sin éxito. Podía sentir cómo la cabeza aún le daba vueltas y le ayudé a ponerse cómodo. No entendía qué había pasado, pero empezaba a hacerme una idea.

—Ya sabes que ser gay no es nada fácil, Cami — empezó a explicar.

— ¿Te han pegado por eso? ¿Solamente por eso? ¿Cuándo? ¿Cómo? — tenía demasiadas preguntas.

—No lo sé, estaba llegando a casa y empezaron a insultarme...Solo recuerdo cómo mi papá me ayudaba a entrar en la casa.

— ¿Ha sido aquí? ¿En el barrio? Desgraciados...

—Creo que en algún momento me dejaron inconsciente, no recuerdo quién fue.

Prefería dejar el tema y darle el cariño que necesitaba. Me sentía fatal porque mientras a él le estaban golpeando, yo estaba durmiendo en una habitación de lujo. No entendía el odio que habían empezado contra él solo porque decidió

aceptar quién era y no ocultarlo.

—Algún día me iré de aquí y podré ser feliz – intentó sonreír.

—Yo te ayudaré a hacerlo, no tengas dudas – le cogí la mano.

—Siempre juntos, ¿no?

—Siempre juntos – respondí.

Lo quería tanto que me dolía cada herida que tenía. Le acerqué un vaso de agua que tenía en una mesita y me dediqué a mimarlo.

—Tienes que denunciarlos – propuse.

—Ni los vi, Cami

—Tu papá sí, ¿no?

—Él no dice nada y sabes que tampoco va a actuar, bastante vergüenza pasa teniendo un hijo como yo.

Me ponía roja de la rabia ante esos comentarios. Carlos Alberto los tenía tan interiorizados que para él también eran su verdad. Le reprocharon desde niño sus actitudes femeninas y le envenenaron tanto la cabeza, que en muchas ocasiones llegaba a pensar que su mente estaba enferma.

— ¿Por qué no mejor me cuentas tus cosas? – preguntó.

—Eso no tiene ahora importancia.

—Seguro que me ayudan a distraerme, Cami – dijo casi rogando.

—Está bien...

Comencé a contarle absolutamente todo con lujo de detalles. Podía ver cómo en su rostro hinchado se iba dibujando una sonrisa a medida que la historia iba avanzando y decidí ponerle más énfasis. Si aquello iba a hacerle bien, le contaría con pelos y señales todo lo que pasó. Tenía la confianza necesaria y mi cariño por él era demasiado grande.

A veces lograba sacarle una sonrisa poniendo algún tono chistoso en los diálogos y pronto nos olvidamos de lo que había pasado. Cada vez que lo miraba, podía ver las heridas, pero sabía que él era muy fuerte y que iba a salir de aquella situación, sonriendo como el que más

—Y eso es todo – terminé.

—Si no te hubiese acompañado a aquel concierto y hubiese visto las intenciones de Rodrigo, creería que me andas contando una mentira.

—Es todo tan real... Que me da miedo.

— ¿Te da miedo?

—Algún día se enterará de la verdad... No puedo fingir eternamente

—Seguro que algo se nos ocurrirá – me cogió la mano –, pero ahora no pienses en el futuro, disfruta esto y hazlo también por mí.

— ¿Por ti?

—Yo soy feliz cuando tú lo eres, así que, viéndote así, seguro que me recompongo antes.

No tuve más remedio que darle un gran achuchón. No quería tocarlo mucho por las heridas que tenía, pero necesitaba sentirlo cerca y que supiera que tenía mi apoyo. Carlos Alberto había sido siempre mi punto de apoyo y no iba a dejar que nadie lo destruyese.

—Ahora ve, Rodrigo te está esperando.

—No quiero dejarte...

—No haces nada aquí, te llamaré luego, además, necesito descansar.

—Está bien, no dejes de llamarme, ¿OK?

—Cuenta con ello.

Le di un beso en la frente y me levanté para irme. Mi destino era reencontrarme con Rodrigo y deseaba con todas mis fuerzas que mi mejor amigo encontrase a alguien parecido. Iba a luchar duro por ayudar a Carlos

Alberto a tener una vida mejor y que encontrase el príncipe azul que se merecía.



Capítulo 24

Llegué casi a la hora justa de la comida a casa de Rodrigo. Había tenido una llamada suya, pero como iba en el bus, no quería contestarle. No quería que se diese cuenta de que estaba en ese ambiente y prefería hacerme la sorda. A veces me generaba bastante estrés andar con aquellas mentiras, pero el juego que había comenzado ya era difícil de parar.

Entré al hall del edificio y por suerte me encontré al mismo portero del día anterior. No tuve que darle explicaciones acerca de nada, él solito se levantó y me acompañó hasta el ascensor. Cuando me trataban así, me sentía como una auténtica dama y la sensación de poder era adictiva.

A lo largo de mi vida siempre había detestado a la gente que te miraba por encima del hombro y no pensaba ser así, pero el poder tenía algo que empezaba a ser como una droga. No quería dejar de tener mi esencia y olvidar mis valores, pero empezaba a adoptar el papel de la nueva María Camila como si fuese una realidad cada día más cercana.

El ascensor se abrió y volví a aparecer en aquel salón lujoso. Con la luz del día era todavía más deslumbrante y completamente maravilloso. La combinación de colores en la decoración y el conjunto de muebles lujoso era lo que toda mujer deseaba. Seguramente no tardaría mucho en acostumbrarme a pasar tiempo allí y amaba cuando Rodrigo me hacía sentir tan cómoda que podía sentir que era mío.

— ¿Rodrigo? — dije en voz alta.

No obtuve respuesta ninguna a aquel llamado. Entré en la habitación en la que habíamos pasado la noche, pero no lo encontré. Todo estaba perfectamente ordenado y la cama hecha como si allí no hubiese pasado nada. Volví al salón y lo llamé en varias ocasiones.

Escuché ruido que provenía de detrás de aquellas puertas en las que Rodrigo se perdió la noche anterior en más de una ocasión. Imaginé, sin dudarlo, que se encontraría allí detrás, cocinando. Mi príncipe azul no solo era bueno en la cama y encantador, además cocinaba como los dioses; no podía pedirle más a la vida.

Abrí la puerta y me quedé mirándolo. Tenía puesto unos audífonos y estaba bailando a la vez que cocinaba. Aquella imagen era bastante enternecedora y sexy, pues solo llevaba puesto la parte de debajo de la pijama. No estaba excesivamente musculoso ni nada por el estilo, pero no tenía que envidiarles nada a los demás.

La cocina era un espacio completamente espectacular. Solamente el estilo del suelo, en el que podías mirar tu propio reflejo, ya maravillaba a la vista. Me di cuenta de que seguía la misma estética y tonos que el resto de las estancias, así que imaginé que Rodrigo habría contratado un decorador experto en el tema.

Aquella cocina podía ser mucho más grande que mi casa y los muebles brillaban como si estuvieran recién colocados. Podía contar cientos de electrodomésticos de alta calidad y cientos de utensilios de los que se ayudaba Rodrigo. Justo en la mitad había una especie de mesa grande que estaba usando para ir preparando los alimentos y al fondo una mesa rodeada por bastantes sillas. Era casi la única habitación en la que no había estado,

dejándome de nuevo con la boca abierta.

No tardó mucho en darse cuenta de que estaba allí de pie mirándolo y, sorprendentemente, ni se asustó. Me dedicó una sonrisa y se acercó a mí para sacarme a bailar. No tenía ni idea cual era el tipo de música que estaba escuchando, pero aun así me dediqué a seguir sus pasos y a reírme como nunca lo había hecho.

— ¿Llevas mucho tiempo ahí, mirándome? – preguntó.

—El suficiente...

— ¿El suficiente para qué?

—Para saber que me sigues encantando.

Me agarré a su cuello y comenzamos a besarnos apasionadamente. Podía hacerlo durante horas sin cansarme, sin tener necesidad de comer ni de dormir. Rodrigo alimentaba todas mis necesidades y empezaba a convertirse en el motor de mi vida.

—Por cierto, ¿qué estás cocinando? – pregunté.

—Algo muy rico, pero espera. ¡Tengo una sorpresa!

Se separó de mí y se dirigió a una especie de armario grande que había junto a la nevera. No me había parado a observarla bien, pero tenía un tamaño descomunal. Imaginaba que allí podía caber el mercado de todo el edificio sin problema alguno. Sacó rápidamente algo de aquel armario y lo escondió en su espalda mientras me miraba sonriendo.

— ¿Qué tienes ahí detrás? – pregunté levantando la ceja.

—Es una sorpresa, cierra los ojos.

—Me das miedo – bromeé.

—Confía en mí.

Cerré los ojos y noté cómo se acercaba lentamente a mí. Me ponía un poco nerviosa pensar qué iba a hacer, pero estaba segura de que sería algo que me iba a gustar bastante. Noté que ponía algo alrededor de mi cuello y que luego lo ataba a mi cintura.

—Ya puedes abrir los ojos – dijo.

Observé que me había colocado un delantal igual al que él llevaba. Me quedé un poco sorprendida porque no me esperaba algo así y no entendía mucho de la cocina moderna que él practicaba.

— ¡Vas a ser mi ayudante! – sonrió.

— ¿Estás seguro de que confías en mí? – pregunté.

—Segurísimo – me colocó una especie de gorro de chef en la cabeza.

Sin pensarlo mucho, me cogió de la mano y me llevó a su lugar de trabajo. Tenía demasiados tipos de alimentos y especias delante y estaba completamente perdida. Me hacía bastante ilusión compartir esa experiencia con él, pero no sabía ni por dónde empezar.

—Tu tranquila, sígueme y haz lo que yo hago.

—A sus órdenes, mi capitán.

—La comida es para nosotros dos, así que espero que salga bien.

—Ah, entonces me puedo permitir algún fallo – bromeé.

—Jajaja – rio –, estoy seguro de que lo harás bien.

Rodrigo puso música en voz alta y nos dedicamos a darle forma a lo que teníamos delante. Jamás me había gustado mucho la cocina, pero era lo mejor que podíamos compartir. Rodrigo me estaba abriendo las puertas de su vida y me estaba dejando participar en ella, intentando que formara parte de mi vida también.

Verlo mover las caderas a la vez que cortaba verduras, era un espectáculo digno de ver. La vida me estaba poniendo la felicidad delante de mis narices y lo único que tenía que hacer era disfrutarla al máximo. Rodrigo cada día me gustaba más y, a pesar de que en ocasiones me daba miedo todo lo que sentía, podía estar segura de que íbamos a tener una larga historia de amor.



Capítulo 25

La comida salió completamente perfecta porque Rodrigo se encargó de todo, pero lo que más me importaba era el tiempo que pasábamos juntos. Habíamos creado un ambiente de confianza en apenas un par de citas y sentía que lo conocía de toda la vida. No sabía si es que era así con todas las mujeres o tuve suerte de llegar a su vida en el momento correcto.

Entre el tiempo que habíamos pasado baltando en la cocina e intentando cocinar, el tiempo se nos vino encima y tuvimos un almuerzo bastante tarde. Devoré aquella comida como si fuese la mejor que había probado en el mundo porque tenía demasiada hambre como para despreciar ni un solo bocado.

Teresa había llegado un rato antes y se había dedicado a recoger el salón y la cocina sin dejarnos hacer nada. Aquella señora era bastante testaruda, tenía que hacer todo ella y no había más que hablar. Se notaba que Rodrigo no hacía casi nada en la casa y que estaba acostumbrado a dar órdenes, pero yo no terminaba de sentirme bien con eso.

—Teresa, vamos a estar sentados en el balcón, cuando termine, tráiganos un café – ordenó.

—Sí, señor – dijo inmediatamente Teresa.

A mí no me hubiese importado hacerlo, pero tenía que actuar como él. Me cogió por la mano y me dirigió hacia unos sofás blancos que tenían en aquel balcón gigante. En medio de ellos había instalado una pesa pequeña y negra

perfecta para pasar el rato. Todo en aquella casa estaba dispuesto para el ocio y disfrutar de los pequeños placeres que ofrecía la vida.

La brisa me daba en la cara y me hacía sentir aún más viva. Podía mirar la ciudad desde las alturas, relajada en aquel sofá de revista. La gente seguía ahí abajo trabajando y yendo de un lugar a otro y yo podía contemplar todos los movimientos mientras me tomaba un simple café.

—Señor – Teresa apreció a los pocos minutos con una bandeja.

—Deje la bandeja, ya nos servimos nosotros – dijo Rodrigo.

—No se preocupe, yo les sirvo.

Me sentía incómoda porque era echar el café de una especie de tetera hasta la taza, pero no se dejaba ayudar. El olor a café empezó a invadir mi nariz y deseé darle un sorbo cuanto antes. Aquel aroma era uno de mis favoritos y no podía disfrutar de uno de ellos en mejor compañía que con Rodrigo.

— ¿Qué tal fue la reunión? Apenas te he preguntado.

—Sabes que hablar de trabajo, no es uno de mis temas favoritos – respondí.

—Pero a veces generan tanto estrés que hay que desahogarse

—Sí, pero cuando estoy contigo, lo único que quiero es olvidar esos temas

—Tienes razón, el tiempo que estemos juntos tiene que ser para los dos – sonrió.

Cogí la taza que tenía delante y después de soplar varias veces, lo probé. No sabía si era un tipo diferente de café o que Teresa lo hacía de alguna u otra forma, pero era exquisito. No le hacía falta ni una sola cucharada de azúcar porque podía disfrutarse perfectamente en su esencia.

— ¿Sabes qué, Cami?

— ¿Ahora me llamas así? – pregunté sorprendida.

—Sí... Tenemos confianza, ¿no?

—Puedes llamarme como quieras, tranquilo – esboqué una sonrisa.

—Siento como si te conociese de siempre – soltó.

Aquellas palabras me habían sorprendido mucho más, incluso, que porque decidiese llamarme de aquella forma tan cariñosa. A mí me pasaba exactamente igual y me encantaba pasar tiempo con él.

—Explícame eso – respondí.

—Siento que contigo puedo ser yo mismo, puedo contarte lo que sea, como si hubiésemos construido años de confianza, aunque...

— ¿Aunque?

—A veces eres demasiado misteriosa – dijo mirándome a los ojos –, siento que puedo llegar a conocerte demasiado y a la vez siento que no.

Rodrigo había abierto sus sentimientos y yo necesitaba hacer lo mismo. Quería que supiera que no me acostaba con el primer hombre que aparecía en mi vida y que aquello estaba siendo importante para mí.

—No tengo nada de misteriosa – le resté importancia –. Y... Yo también siento que te conozco desde siempre...

— ¿Se lo dices a muchos hombres? – preguntó bromeando.

—No seas tonto, es algo que solo me ha pasado contigo.

—No lo dirás solo para enamorarme, ¿no?

— ¿Acaso no lo estás ya? – pregunté entre risas.

—Quién sabe...

Se acercó a mí, me quitó la taza de la mano y empezó a besarme. Tiró su cuerpo casi encima del mío y nos quedamos casi acostados en aquel sofá. Rodrigo se puso encima y estábamos comiéndonos el uno al otro en las alturas mientras la ciudad seguía funcionando a nuestros pies.

- Desde que te vi sentada en aquel concierto, no pude evitar mirarte y querer conocerte – confesó con su cara casi pegada a la mía.
- Solo me invitaste a salir para recompensar el destrozo del vestido.
- Aquella fue una de las mejores torpezas que he tenido en mi vida.
- Entonces, ¿lo habías planeado todo?
- No, pero la vida se encarga de darte lo que te mereces, Cami.
- Y según tú, ¿a ti te pertenece conformarte conmigo?
- Estás convirtiéndote en algo importante en mi vida, en mi compañera, y si la vida así lo quiere, no voy a soltarte nunca.
- Solo dices esas cosas para regalarme el oído.
- Te voy a demostrar que no, si es que quieres seguir intentándolo.
- Claro que quiero, Rodrigo.
- Entonces no hay nada más que hablar, tú serás mía y yo, tuyo.

Volvió a acercar sus labios a los míos y nos fundimos en un beso interminable. Podíamos habernos pasado la tarde completa ahí porque el clima era bastante agradable, pero Rodrigo quería algo más de mí. Me cogió de la mano, me ayudó a incorporarme y nos dirigimos hacia su habitación.

Sabía que había sido una tontería llevar tanto cambio de ropa porque la mayor parte me la iba a pasar en su cama, desnuda y lo pude comprobar pronto. Nada más cerrar la puerta de la habitación a mis espaldas, se acercó por detrás y empezó a quitarme la ropa, sin pausa.

Sentía cómo respiraba en mi nuca mientras lo hacía y eso era todo lo que necesitaba de él. Me giré y empecé a hacerle lo mismo, expresándole las mismas ganas de sentirlo cerca de mí. Nos tumbamos en la cama sin poder parar de besarnos y conseguimos fundirnos el uno con el otro y tocar de nuevo el cielo con las manos.



Capítulo 26

La noche anterior, el tiempo había pasado demasiado deprisa. Una vez que entramos en su habitación, ya no volvimos a salir. Deseábamos demasiado estar el uno con el otro y conocernos a fondo. Sentir cómo Rodrigo estaba dentro de mí y nos convertíamos en una sola persona, me hacía volar.

En cuanto noté que el sol entraba por la ventana, me desperté. No estaba acostumbrada a pasar demasiado tiempo en la cama, sino a levantarme temprano cada día para ir al mercado. No echaba de menos ir y pasar el día allí, pero me empezaba a doler todo lo que estaba pasando.

No recordaba que jamás hubiesen cerrado por más de un día aquel sitio con amenazas tontas y me empezaba a oler mal. Mi mamá y yo podíamos sobrevivir de otras muchas maneras, pero sabía que la gran mayoría de la gente no. No solamente comían un par de familias de allí, me atrevería a pensar que hasta barrios enteros.

El terreno que ocupábamos era bastante amplio y demasiado jugoso para aquellos empresarios sin escrúpulos. Nunca pensé que dañáramos la estética de la ciudad porque los turistas eran los primeros que venían atraídos por el encanto del ambiente. Los puestos no eran lujosos, pero sabíamos tratar a la gente y pasarlo bien.

Todo aquello chocaba con la estética lujosa de la otra parte de la ciudad y ofrecía variedad. No solo estabas obligado a ir a tiendas caras a gastar excesivo dinero, sino que tenías la oportunidad de venir a conseguir cosas por un módico precio. Todos le poníamos el corazón a lo que hacíamos y no

había derecho a vivir con miedo e incertidumbre.

Me levanté con cuidado para no despertarle y me dirigí hacia la cocina. Tenía unas inmensas ganas de tomar café y algo de desayunar para reponer fuerzas. Comer era una de mis pasiones y lo hacía continuamente. Rodrigo me había dado la confianza necesaria para servirme lo que necesitase y yo me sentía cada vez más en mi casa.

Cogí una taza de café y la calenté mientras me preparaba un par de tostadas. Procuraba tocar todo con excesivo cuidado para que Rodrigo siguiese descansando y dejarle recuperar toda la energía que había gastado conmigo. No sabía que era capaz de pasar unas noches tan locas como las que él me ofrecía, pero se habían convertido en mis favoritas.

Cogí mi desayuno y me senté en el sofá blanco del balcón a observar la ciudad. Sin quererlo, ese sitio se había convertido en mi lugar favorito del mundo y no perdía oportunidad ninguna para disfrutarlo. Podía detenerme a mirar cómo la ciudad empezaba a despertarse sin ninguna preocupación.

Mi celular comenzó a sonar, sacándome de aquel estado de paz en el que había entrado y corrí como pude a cogerlo. Aquella melodía había sonado en toda la casa y seguramente Rodrigo se habría dado cuenta. Tenía que tener mucho más cuidado y procurar ponerlo en silencio cuando estaba por allí.

— ¿Aló? ¿Mamá?

—Hola, María Camila – saludó sin demasiada emoción.

— ¿Pasó algo?

—Solo te llamaba para avisarte que regresaré esta misma noche.

— ¿No ibas a estar allá todos estos días?

—Tu hermano José no para de llamarme, dice que no apareces, que no hay nada para comer.

- ¡Tan exagerado! Lo que pasa es que no quiere cocinar – repliqué.
- De igual forma, no estoy disfrutando este tiempo libre, pensé que ibais a comportaros de otra forma.
- Sabes que no lo soporto, no pienso quedarme a solas con él.
- ¿Y dónde se supone que te metes todo el tiempo? ¿Los papás de Carlos Alberto no dicen nada?
- No... No dicen nada... Somos amigos...
- No me parece bien que andes en casa de nadie, María Camila.
- Mamá, ya soy mayorcita, sé lo que hago.
- Ya hablaremos cuando llegues a la casa, si es que estás.
- Estaré, tranquila.
- Ahora tengo que dejarte, se acaba la llamada.
- Está bien, nos vemos luego.

Colgué el celular y resoplé. Si no fuese por la ropa que le había cogido y que tenía que devolver, me quedaría con Rodrigo. Odiaba que José no tuviera valor para hacer nada y siempre estuviera estropeando los planes de los demás. ¿Cómo era posible que con su edad no supiera ni hacer arroz o un simple huevo? Cada día le tenía más rabia y odiaba que conviviese con nosotras.

- Buenos días – Rodrigo apareció por la puerta del balcón.
- Hola... Te he despertado, ¿no?
- Tranquila, no pasa nada. ¿Discutías con alguien?
- No, no...
- Te he oído hablar un poco enfadada.
- Este cliente... me tiene alterada – disimulé –, quiere que nos volvamos a reunir.
- ¿De nuevo?

- No termina de conformarse con los resultados y quiere que revisemos todo de nuevo – no sabía ni lo que estaba diciendo.
- El trabajo es el trabajo, yo también tengo que ir a hacer unos papeleos.
- Entonces será mejor que nos arreglemos – propuse.
- Sí, pero esta vez te llevo al lugar que necesites, no pienso aceptar un no
- dijo firmemente mientras volvía a la habitación.

Había una cafetería cerca de donde cogía el bus que me venía perfectamente. Disimularía entrando hasta que se fuese y con las mismas me iría para casa. No podía dejar que mi mamá llegase antes que yo y pudiera descubrir algo de lo que estaba haciendo, así que no tardé en terminar el sorbo de café e ir a la habitación a cambiarme de ropa.

- ¿Quieres que nos veamos luego? – preguntó mientras se arreglaba.
- Mejor te llamo y te aviso, no sé cómo saldrán las cosas.
- Yo solo tengo que ir a firmar los permisos para que mi proyecto comience y volveré a casa, parece que todo está saliendo a la perfección.
- ¿En serio? – sonreí – Me alegro de que todo te vaya bien.
- Estoy seguro de que sí – guiño un ojo.

Sorprendentemente, en menos tiempo del que imaginaba ambos estábamos listos para coger el ascensor y dirigirnos hacia nuestros respectivos caminos. Aquella vez bajamos hasta el parqueadero y nos montamos directamente en su carro.

Cuando llegamos al lugar en el que le había dicho que quedé con mi cliente, le di un beso de despedida. Ya tenía la suficiente confianza para hacer eso y por la sonrisa que puso, supe que le había gustado. Nos empezábamos a tratar como una pareja normal y corriente, como si ya todo estuviese hablado entre nosotros.

Me bajé y lo despedí con la mano mientras iba entrando en la cafetería. Rodrigo, en cuanto me vio entrar, arrancó de nuevo su carro y se fue. Decidí esperar un par de minutos para asegurarme de que no nos íbamos a encontrar y me monté en la buseta para regresar a la casa.

En aquel momento volvía a ser la misma María Camila de siempre. Cada vez que estaba con Rodrigo y volvía a mi vida, no podía evitar sentirme triste. Era como un jarro de agua fría que caía sobre mí, recordándome cuál era la realidad y que estaba creando una vida nueva a base de una gran mentira.



Capítulo 27

Llegué a la casa temprano y encontré a José tirado en el sofá, como siempre. Parecía que llevaba varios días con la misma ropa y la casa olía horriblemente mal. La mesa de la cocina estaba llena de botellas de cerveza, dejándome claro que, en nuestra ausencia, había invitado a todos sus amigos allí. Imaginar a todo ese grupo de borrachos me ponía completamente enferma y mi rabia crecía por momentos.

Dejé todo lo que había cogido que no me dio tiempo a usar y me apresuré a lavar un par de camisas. Por suerte, la tema de ambas era demasiado fina y estaba segura de que podría tenerlas secas antes de que llegara mi mamá. Había creado un mundo basado en mentiras y me arriesgaba todo el tiempo a que me pillasen, pero cada día me importaba menos.

La inmunidad que había conseguido superando desafíos día tras día, me hizo sentir muy fuerte. Al principio me había sentido como una delincuente, pero pronto se convirtió en mi normalidad. En casa tenía que ser la misma María Camila de siempre y cuando ponía rumbo a la vida de Rodrigo, me convertía en otra diferente. Todo aquello estaba haciéndome cambiar de alguna manera en ambos ambientes, pero era parte del juego.

Empecé a recoger las cosas sin importarme el ruido que hiciese. José me importaba muy poco y me molestaba tener que recoger todo lo que había hecho. No sabía si alguna vez se había planteado tener algún tipo de futuro, pero iba por el camino equivocado. Así ninguna mujer se iba a fijar en él y, por supuesto, él era incapaz de caerle bien a nadie.

Oí cómo se levantó del sofá y se dirigía a costarse a su habitación. Le

importaba un carajo el mundo y lo que tuviésemos que hacer los demás. Él simplemente se preocupaba de él, de su vida y de sus borracheras. No había hecho jamás nada de provecho y dudaba que fuese a hacerlo.

Escuché que habían llamado varias veces a la puerta y me apresuré a abrir. Si era alguno de los amigos de José y creía que iba a seguir con la fiesta en aquella casa, estaba muy equivocado. Abrí la puerta de una vez, con mala cara, pero descubrí que era Carlos Alberto quien se encontraba allí.

— ¡Hola! – saludé enérgicamente – ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

—Hola, Cami – saludó con un abrazo –, mi papa dijo que te vio llegar y no dude en visitarte.

—Pasa, pasa – dije abriendo la puerta –, la casa está hecha un desastre, pero si me esperas un rato, la dejo perfecta.

—Por mí no te preocupes, no creo que esté peor que mi cara.

Bromeó sobre el asunto, pero lo cierto era que lo veía mucho mejor. Las heridas parecía que empezaban a sanar y la hinchazón ya no era la misma. Lo invité a sentarse en el sofá y me dispuse rápidamente a recoger todo lo que estaba a mi paso. Tenía que dejar la casa en perfecto estado antes de que volviese mi mamá.

Recogí todo lo que había tirado en la cocina, pasé el trapero y me dediqué al salón. Gracias a Dios no tenía más que recoger un par de platos de comida y la escoba. El resto de la casa apenas lo había tocado y con un lavado rápido al baño todo quedó bastante presentable.

Carlos Alberto no había hecho más que mirar cómo iba de un lado a otro, diciéndome cómo iba quedando todo. Intentábamos tener algún tipo de conversación, pero prefería no hablar en voz alta por miedo a que José se enterase. Podía poner la mano en el fuego sobre que estaba roncando en su

habitación como siempre, pero no podía arriesgarme.

Cuando terminé, me fui hacia la cocina, preparé un par de cafés y me fui a la habitación con él. Ese era el único espacio de la casa donde me sentía completamente libre para hablar y era un lugar sagrado. Mi mamá le había prohibido por completo a José entrar y podía asegurar que llevaba años sin hacerlo.

— ¿Cómo van las cosas con Rodrigo? — preguntó.

—Tú no das rodeos, ¿no?

—Cami, ya sabes que no — dijo medio riendo.

No sabía bien por dónde iba a empezar a contarle todo. Rodrigo y yo habíamos empezado una especie de relación sin tener necesidad de hablarlo y mis sentimientos hacia él eran cada vez mayores.

—Estos días que hemos pasado juntos, han sido claves — empecé —, hemos hablado de todo, nos hemos conocido mejor y...

— ¿Y?

—Me dijo que desde el día del concierto le interesé y que me estoy convirtiendo en una parte importante de su vida.

—Eso es lo mejor que te podía pasar — respondió —. ¿Y tú? ¿Qué sientes?

—Lo mismo, Rodrigo empieza a ser el motor de mi vida, creo que me estoy enamorando.

Era la primera vez que decía eso en voz alta y, aunque me sonó raro, sabía que era lo que sentía. Rodrigo ya no me parecía solo un hombre atractivo y encantador, sino que había conseguido entrar en mi corazón sin llamar a la puerta.

—No hace falta que me lo asegures, se ve que lo estás.

—Sí, pero a veces, es demasiado estresante todas las mentiras que llevo a

cabo...

—Lo de cogerle roa a tu mamá puede seguir pasando desapercibido, pero, en algún momento querrá conocerte más a fondo.

—Lo sé, le dije que soy abogada... — asumí con un poco de vergüenza.

— ¿Abogada? — rio — Cami, ¿no se te ocurrió otra cosa?

—Cuando me hace preguntas que no espero, suelto lo primero que se me pasa por la cabeza y como no esté pendiente a todo, se dará cuenta.

— ¿Y por qué no te atreves a decirle algún día la verdad? Te quitarías un peso de encima.

— ¿Decirle la verdad? ¿Estás loco?

Jamás se me había pasado por la cabeza esa idea. Rodrigo no podía enterarse de quién era la verdadera María Camila porque el cuento se acabaría al momento. No sabía cuánto tiempo iba a disfrutar de aquello, pero quería centrarme en el día a día y no agobiarme con el futuro.

—Se ha enamorado de ti por quién eres, no por lo que tienes.

—Pero dirá que soy una mentirosa.

—Quizás al principio, pero luego entenderá que lo hiciste por él.

—No sé, eso aún no entra dentro de mis planes.

—Solo digo que si algún día ves que no puedes más, la verdad siempre es el camino correcto.

—Gracias por tu consejo, pero ahora prefiero seguir así.

No negaba que, en algún que otro momento de debilidad, esa idea había pasado por mi cabeza, pero me mataba la incertidumbre. Mostrarme como era ante Rodrigo no me hacía sentir ni cómoda ni segura y prefería seguir manteniendo mi papel.

—No te agobies ahora — dijo poniéndose de pie.

— ¿Adónde vas? – pregunté.

—Tengo que ir al médico a revisar estas heridas, solo vine a saludar.

—Está bien, me cuentas lo que sea.

—Claro que sí.

Sonreí a Carlos Alberto y lo acompañé hasta la puerta. Sabía que en parte tenía razón con lo que decía, pero a mí me daba un miedo horrible. Desde hacía unas semanas había vivido a través de la mentira en todos mis ambientes y sabía que eso algún día podía explotar.

No estaba segura de cuándo y cómo podía pasar, pero, quizá, si jugaba bien mis cartas, tardaba en llegar. Rodrigo y yo sentíamos algo muy fuerte y si en algún momento tenía que demostrar mi verdadera cara, podría comprobar si de verdad me quería o todo había sido una falsa como mi identidad.



Capítulo 28

Me dediqué el resto del día a dejar la ropa que teníamos que arreglar lista y pude secar a tiempo la que había usado. Mi mamá podría matarme automáticamente si se enteraba de las cosas que hacía y más cuando yo no había sido nunca así, pero las circunstancias me llevaron a actuar de esa manera. No me agradaría que nadie cogiese la ropa que he confiado, pero si no lo hacía, las oportunidades con Rodrigo nunca existirían.

Cogí mi celular y decidí llamarlo antes de que él lo hiciese. La tarde se había pasado volando y no me había dado cuenta del paso del tiempo. Le aseguré que le iba a llamar y, aunque sabía bastante bien que no íbamos a vernos esa noche, no quería que se preocupase por mí.

Hice varias llamadas, pero no contestó, así que decidí dejarle un mensaje. Inventé que la reunión se había alargado y que tenía que volver a la casa a arreglar algunos papeles, por lo que se me sería imposible verlo de nuevo. Estaba segura de que no tararía en devolverme la llamada y me dediqué a terminar lo poco que me quedaba por hacer.

Me apresuré a preparar la cena en cuanto terminé. Mi mamá tenía que estar a punto de llegar y no me equivoqué demasiado. Solo había comenzado a pelar un par de papas y ya escuché el sonido de sus llaves en la puerta. Me sentía mal porque debería estar disfrutando con sus amigas, pero ella misma tomó la decisión por José y no por mí.

— ¿Hay alguien? – preguntó mientras llegaba a la cocina.

— ¡Aquí mamá! – respondí.

Me di la vuelta y la saludé con un beso. Se veía que el poco tiempo que estuvo

le sentó bien, venía más relajada. Me devolvió el beso, pero en seguida preguntó por José y fue a verlo a su habitación. No entendía el amor que tenía por él cuando no servía para nada y solo la hacía sufrir. A lo mejor la pena que sentía al ver en lo que se convirtió le pesaba en la conciencia.

Seguí cocinando y mi celular sonó de repente. Dejé todo lo que estaba haciendo y contesté rápidamente.

— ¡Hola! – saludé contenta a Rodrigo.

—Hola, Cami. ¿Cómo ha ido todo?

—Bien, aunque he tenido que volver a la casa a trabajar.

—Sí, eso leí en el mensaje – respondió –, aunque, de todos modos, yo también tengo lío en el trabajo.

— ¿Ha pasado algo?

—No, pero tenemos que organizar unos últimos papeles para comenzar cuanto antes y se han complicado algunos permisos.

—Espero que no sea nada.

—Tranquila, ya te he dicho que a mí nunca me salen mal las cosas – dijo victorioso.

—Entonces... Ya nos vemos en estos días, ¿no?

—Sí, yo te estoy avisando, aunque ya te echo en falta...

—No digas tonterías – sonreí sin poder evitarlo.

—Es verdad, ¿acaso tú no?

— ¡Obvio! Pero no quiero que te pienses que ya me tienes entre tus garras.

—No, tranquila, no lo pienso, lo sé – bromeó.

—Tengo que dejarte – escuché cómo mi mamá volvía a la cocina.

—Está bien, mañana te llamo, ¿OK?

—Te estaré esperando. ¡Adiós!

— ¡Adiós, mi Cami! — se despidió.

De María Camila había pasado a ser Cami y ahora era su Cami. Me parecía súper adorable que empezase a llamarme con sobre nombres cariñosos. Yo aún no me atrevía a llamarlo de otra forma, me daba bastante vergüenza que pensase que tenía demasiada confianza.

Mi mamá entró en la cocina y dejé el celular otra vez en el bolso. Venía de ver a su hijo favorito con una sonrisa de oreja a oreja y se le notaba demasiado. A mí no me alegraba nunca ver a ese hombre y mucho menos provocaba en mí una sonrisa, por eso no lograba entender su comportamiento.

— ¿Ya has visto a tu hijo favorito? — pregunté con retintín.

—No tengo favoritos, María Camila — dijo sentándose en la mesa.

—Solo hay que verte la sonrisa.

—No tengo ganas de hablar de eso — la noté decaída de nuevo.

— ¿Qué ha pasado?

Cogí una silla y me senté a su lado bastante preocupada. Había entrado por la puerta con otra actitud y no llevaba ni media hora en la casa como para que cambiase así, de repente.

—Justo cuando iba a ver a tu hermano, me ha llamado la señora Rosa.

— ¿La señora Rosa? ¿La del mercado?

—Ajá y las cosas siguen igual... Pensé que esta semana las cosas volverían a ser como antes, pero parece que no.

—No sé cuánto tiempo piensan seguir con ese juego — empecé a enfadarme.

—Los chismes acerca de que esta vez era la definitiva son ciertos, ya no hay vuelta atrás.

- ¿Y nos vamos a quedar así, tan tranquilos?
- ¿Y qué podemos hacer?
- Alzar la voz, que nos escuchen, llamar a la prensa, manifestarnos – se me ocurría un montón de ideas.
- María Camila, eso no sirve para nada.
- Sí, sí sirve – insistí.

Mi mamá no respondió nada más sobre el tema. Sabía que cuando algo se me metía en la cabeza, no había forma de sacarlo y siempre prefería no seguir hablando. Insistí en que el tema no podía acabar ahí, pero igualmente bajó la cabeza y no volvió a responder.

- Si no vas a luchar tú, yo si lo haré – dije firmemente.
- María Camila, no pongas las cosas más difíciles.
- No las voy a poner, les voy a dar solución.
- No quiero hablar más del tema– alzó la voz –, se acabó y lo asumiremos.
- No, yo no – respondí enfadada.

Me alteré demasiado y decidí volver a mi habitación un rato a calmarme antes de sentarme a cenar. Siempre había luchado contra la actitud pasiva de mi madre en muchos temas y no había nada que hacer con ella. No luchaba por las cosas, simplemente se quedaba a mirar cómo pasaban y nada más.

Yo era completamente diferente y el tema del mercado empezaba a sacar lo peor de mí. No podíamos amedrentarnos ante 4 o 5 empresarios ruines que querían aprovecharse a cambio de dejarnos sin nada, no podía permitirlo. Iba a luchar, si hacía falta, contra el mundo, pero de ahí no nos íbamos a mover.



Capítulo 29

Tristemente había pasado un par de días y mi vida no había cambiado nada. Seguía metida en mi casa, intentando ayudar a coser a mi mamá y no había podido ver a Rodrigo porque el trabajo lo tenía bastante ocupado. Él siempre me decía que las cosas iban a salir bien y que tenía el control, pero empezaba a darme la sensación de que tenía más complicaciones de las que me dejaba ver.

Ser arquitecto y llevar adelante proyectos de alta envergadura debía ser bastante difícil. Había podido observar en el escritorio que tenía en su habitación algunos planos, pero no entendía absolutamente nada. Admiraba la capacidad que tenía y el éxito que había construido, pues por lo poco que supe se había ganado a pulso proyectos importantes.

Decidí llamarlo antes de ponerme a hacer el almuerzo. Casi siempre era él quien me llamaba y esa vez quería adelantarme. Tenía que mostrar que me interesaba por él, al igual que o hacía conmigo, que lo echaba en falta y que me hacía feliz escuchar su voz.

— ¿Aló? – respondió.

—Hola, soy yo, Cami.

— ¿Qué Cami? Conozco muchas – preguntó.

—Cami... – no sabía bien qué decir.

—Jajaja – empezó a reír –. Estaba bromeando. Hola, mi Cami.

—No ha sido nada chistoso – dije entre risas.

—Tenías que haberte oído – siguió riendo –. ¿Cómo vas?

—Bien. ¿Y tú? ¿Mejor todo?

- Sí, justo iba a invitarte hoy a cenar, quiero llegar a casa y relajarme.
- ¿A cenar? ¿Hoy?
- Sí. ¿Estás ocupada con el trabajo?
- No, no, tranquilo – respondí –. ¿Dónde nos vemos?
- Si quieres en la casa, llevo todo el día fuera.
- Está bien, me pasaré por allí.
- Entonces te estaré esperando.
- Así será, te mando un beso.
- Y yo a ti otro, estamos hablando.

Colgué y sonreí in poder evitarlo. Por fin iba a salir de aquel aburrimiento que tenía e iba a pasármelo bien con Rodrigo. Ya no íbamos al mercado y los encargos que teníamos eran pocos, así que la mayor parte del día me la pasaba escuchando música y viendo televisión. En muchas ocasiones me quedaba dormida a ratos para que el tiempo pasase rápidamente.

Sabía que mi mamá había salido a entregar algunos encargos y a recoger otros, así que me puse a buscar algo bonito para ponerme. Cada vez que iba a ver a Rodrigo, seguía las mismas técnicas y ya no me daba ningún tipo de miedo. Sabía que podía volver a ponerlas en su sitio y que nadie se daría cuenta.

Elegí un vestido largo de diario al que tuve que coserle un poco las mangas para que quedara en perfecto estado. A pesar de que mi mamá estaba a punto de llegar, no me sentí alterada. Ya había inventado miles de excusas en mi cabeza para las diferentes situaciones en las que me podían pillar.

Me había convertido en una maestra de la mentira y el engaño. Rodrigo no había notado absolutamente nada y en casa seguía siendo la misma María Camila de siempre. El juego me salía cada vez mejor y la felicidad que

obtenía por ella valía la pena.

Escuché cómo la puerta de la casa se abría y escondí rápidamente el vestido en mi habitación. Mi mamá llevaba un registro de la ropa que tenía que entregar a cada clienta para que no hubiese problemas, pero iba arreglando lo primero que tenía en la pila de ropa.

Aquel vestido se encontraba casi al final, así que tenía tiempo de usarlo y volver a ponerlo en su sitio antes de que se diese cuenta. Soñaba con el día en que tendría mi propio fondo de armario y ya no andaría cogiendo lo que no me pertenecía. Mi mamá siempre me había criado en la humildad y en aceptar quién era, pero delante de Rodrigo tenía que simular ser otra diferente.

—Hola, mamá – dije entrando en la cocina.

—Pensé que ya estabas haciendo el almuerzo – reclamó.

—Ya iba a ponerme a ello, me distraje un poco.

—Cómo no – volvió a hablarme mal.

— ¿Qué pasó? ¿Por qué me hablas así?

Se sentó en la mesa y suspiró un par de veces.

—El tema del mercado me tiene preocupada y pensé que podríamos sacar plata sin ir, pero los pedidos no están aumentando.

—Eso necesita tiempo, mamá, por ahora debemos seguir yendo al mercado.

—La gente ya ha perdido toda esperanza.

—Pues se la devolvemos – estaba convencida de que podía hacerlo.

— ¿Cómo?

—Organicemos un grupo, no me importaba liderarlo y plantémonos allí, a protestar, quizás vienen las cámaras de televisión

— ¿Cómo se te ocurre semejante disparate?

—Hazme caso – me senté frente a ella –. Si no luchamos, estamos perdidos.

—Nos van a echar en cuanto lleguemos.

—No importa, tenemos que hacer ruido y que nos oigan, aunque nos toque ir día tras día a hacer lo mismo

—No sé...

—Estamos aquí perdiendo el tiempo, sin trabajar, sin hacer nada... ¿Por qué no mejor lo invertimos luchando por lo que es nuestro?

Mi mamá se me quedó mirando y por primera vez en mucho tiempo vi cómo mis ideas la hacían meditar. Sabía que en algún lado de su mente estaba meditando mi propuesta y que no le parecía tan mala como pensaba.

—Prefiero perder el tiempo luchando que viendo cómo se nos acaba la plata – dije terminando el tema.

—Ya veremos cómo salen las cosas.

—Llama a la señora Rosa, coméntale mi propuesta, convéncela, verás que no te vas a arrepentir.

No respondió nada, se quedó de nuevo mirando a la nada mientras pensaba sin parar. Había sembrado la duda en ella y al menos estaba satisfecha de que lo meditase. En el fondo sabía que no íbamos a perder nada, sino que podíamos ganar mucho si nos atrevíamos a alzar la voz.

—Por cierto, voy a salir y no sé si llegaré tarde – solté.

— ¿Dónde vas?

—A casa de unos amigos, yo también necesito relajarme.

— ¿Algún día me contarás cómo se llama? – preguntó directamente.

—Algún día – respondí sin más.

Sabía que mi mamá se había percatado que andaba más sonriente de lo

normal y que era por otra persona. No quería evitarle la pregunta y hacerme la tonta, me venía bien empezar a decirle, a cuenta gotas, que sus sospechas eran ciertas. Quizás así me daba un poco más de libertad y dejaba de controlarme tanto. Podía quedarse tranquila porque sabía que estaba viviendo un romance y no tendía que andar entre tantas mentiras, como siempre.



Capítulo 30

Me atreví a salir maquillada de la casa, pero tuve suerte de que nadie me vio. Había preparado todo minuciosamente en mi bolso y me dispuse a coger un taxi. Estaba gastando demasiada plata en aquellos viajes sin tener más remedio. Debía cambiarme de ropa en el trayecto y salir de aquel taxi siendo otra mujer.

Pensaba que la situación iba a ser más complicada, pero lo logré y hasta me sobró tiempo de ponerme a observar la calle. Me encantaba formar parte de aquella zona de la ciudad y sentir que era mía. Fingí perfectamente ser una mujer refinada y la gente no dudaba en darme el mejor de los tratos.

Me bajé del taxi y me dirigí a casa de Rodrigo. El hombre que me atendió en el hall del edificio no me conocía de nada, por lo que tuve que pasar de nuevo el proceso de identificación. Sabía que llegaría el día en el que solo tendría que saludar y subir, todos me conocerían y sería una más.

En cuanto Rodrigo le dio permiso, me monté de nuevo en ese ascensor. Recuerdo el terror que sentí la primera vez cuando supe que iba a subir tan alto. Era completamente nueva en todos aquellos aspectos y ya los había normalizado tanto que no me provocaba nada. No pensaba en si aquello iba a caerse, sino en llegar a mi destino y disfrutar de la vida.

Entré en el salón y vi que la mesa estaba ya puesta y servida. Rodrigo se acercó a saludarme nada más verme entrar y me dio un beso en los labios. Me sorprendí un poco porque eso ya eran cosas de pareja y sentí cómo volaba. Nuestra relación se iba estableciendo cada día más y no tenía dudas de que mi destino iba a ser él.

—Siéntate, ya casi traen el plato principal.

— ¿Con qué vas a deleitarme hoy? – pregunté mientras me acercaba a la mesa.

—Hoy le tocó cocinar a Teresa, me sentía cansado.

Justo cuando terminó de hablar y casi sin tener tiempo para sentarme, Teresa apareció con un par de platos en cada mano. No entendía como tenía tanta habilidad para hacer eso, seguramente tantos años sirviendo se lo habían enseñado. Nos puso los platos delante y, aunque la saludé, no me dirigió la palabra y desapareció de nuevo en la cocina.

— ¿Por qué no habla nunca? – pregunté a Rodrigo.

—Ya sabes, no les gusta mezclarse.

— ¿Mezclarse?

—Con nosotros, por más años que lleva aquí, siente que sigue siendo inferior.

—Eso es horrible – me sentía bastante triste.

—Sí, pero así es la sociedad – dijo sin más.

Empezó a devorar su plato y yo le seguí el ritmo. No quería hacer mucho énfasis en aquel tema, pero realmente me hacía sentir incómoda. Sin que él lo supiese, yo pertenecía al otro mundo y podía entender perfectamente cómo se sentía. Seguramente se encerraba a comer sola en la cocina sin tener ningún tipo de conversación o compañía.

— ¿Qué tal han ido las cosas? – preguntó cambiando de tema.

—Ya sabes, clientes por aquí, clientes por allá, lo de siempre – respondí sin darle mayor importancia –. ¿Y tú?

—Bueno...

—Eso no suena nada bien.

Se quedó mirándome y sabía que dudaba sobre lo que me iba a decir. No podía descifrar si estaba intentando buscar las palabras correctas o no estaba seguro de contarme todo.

—Cami, no me gusta mostrar esta parte de mí, pero confío en ti y si estamos construyendo algo, quiero que sea con confianza.

—Claro, puedes contarme lo que sea.

—He tenido que hacer tratos feos para que mi proyecto siga adelante en estos días.

— ¿Tratos feos? – me podía imaginar lo peor.

—Ya sabes que a veces hay que pagarle plata a la gente para que haga mejor su trabajo.

— ¿Te han chantajeado?

—No del todo, simplemente han prometido darme todo lo que necesitaba, dejarme en paz a cambio de una buena cantidad de plata.

— ¿No se supone que es su trabajo? ¿Que deben hacerlo porque es su deber?

—Sí, pero sin plata todo tarda más y he preferido aligerar las cosas.

—Pero ¿eso es legal?

—En este país, con plata se puede hacer todo, no me gusta contarte estas cosas, pero tengo que ser sincero contigo.

—Y... ¿Va todo bien?

—Sí, gracias a Dios, he conseguido todo lo que necesitaba, así que, aunque no ha sido del todo moral, podemos celebrarlo – levantó su copa de vino.

Me quedé mirándolo e hice lo mismo que él. No estaba segura de los sentimientos que tenía en mi interior después de haberme contado aquello. Rodrigo me parecía una persona legal y, sin embargo, había descubierto que

también utilizaba la plata para llegar más rápido a su meta.

No podía ponerme a juzgarlo porque en algún momento de nuestra vida todos actuábamos mal, Yo estaba fingiendo ser otra persona delante de él y andaba cogiendo cosas que no eran mías, así que al menos debía valorar lo sincero que estaba siendo.

— ¿Te pasa algo? Te has quedado seria.

—No, tranquilo.

—No quiero que pienses mal de mí, no suelo hacer estas cosas, pero me he visto presionado.

—Rodrigo, admiro que tengas confianza en mí y la valoro mucho — sonreí.

Ojalá yo hubiese tenido la mitad de fuerza y valentía que él para mostrarle mi verdadera cara. Estaba siendo completamente transparente conmigo, contándome cosas de sus negocios y, sin embargo, yo era una mentira. La María Camila que creía conocer, no existía y cada día me daba más miedo de que lo descubriese.

Se levantó y se acercó a abrazarme. Rodrigo cada día abría más su corazón y sus sentimientos hacía mí. Eso me hacía sentir cada vez más cerca de él y orgullosa de la conexión que estábamos creando. Nos habíamos empezado a convertir en una pareja sin poder evitarlo.

— ¿Por qué no vamos a la habitación y te doy un masaje? — propuso.

Un masaje no era lo que ninguno de los dos teníamos en mente, acabamos haciendo el amor, demostrándonos con gestos aquello que a veces no podíamos con palabras. Le agradecía su confianza en mí y seguía sintiéndome mal por ocultarle las cosas.

Dormimos abrazados después de hacer el amor y pensé en que no quería que ese sueño acabase nunca.



Capítulo 31

El sol aún no había aparecido y abrí los ojos un poco asustada. Escuchaba cómo mi celular sonaba, una vez tras otra, desde el salón y me apresuré a responder. Aún no veía muy bien porque seguía medio dormida e iba tropezándome con todo lo que encontraba a mi paso.

La casa estaba medio a oscuras y yo no había despertado del todo. Sentía que mis ojos estaban medio pegados y tuve un pequeño mareo al levantarme tan rápido de la cama. Mientras me acercaba al salón, me prometía a mí misma, a regañadientes, que jamás volvería a dejar el celular encendido por la noche.

A duras penas conseguí llegar a mi bolso y descubrí que era mi mamá quien me estaba llamando. No entendía cómo era capaz de estar despierta siendo las 4 de la mañana y qué era tan urgente como para tener siete llamadas perdidas. Necesitaba reaccionar un poco antes de responder, pero ella no me dio tiempo a eso, volvió a llamar de nuevo.

- ¿Aló? – respondí al instante.
- ¡Por fin! ¿Dónde estás? ¿Por qué no has venido? ¿Estás bien?

Empezó a hacerme tantas preguntas a la vez que no sabía por dónde iba a comenzar a responder. Le había dicho que iba a salir y que quizás llegaba tarde, no entendía aquel control que ejercía sobre mí.

- Estoy bien, relájate, te dije que llegaría tarde, mamá.
- Exacto, que llegarías y ¡no estás!
- Mamá... He perdido la noción del tiempo.

- ¿Dónde estás? – exigió saber sin atender a mis palabras.
- Ya iba a ir para allá – mentí.
- ¿A las 4 de la mañana? ¿Quieres que te pase algo? ¿Dónde estás, María Camila?

Volví a atacarme con preguntas, una tras otra sin parar.

- Mamá, estoy bien, ¿OK? – respondí – En la mañana estaré por allá.
- Entre tú y tu hermano, vais a matarme de un disgusto – empezó a ponerse trágica.
- Siento no haberte avisado – intenté calmarla –, pero ya puedes descansar, estoy bien.
- No vuelve a hacer algo así, avisa si vas a quedarte en algún otro sitio – exigió.
- Está bien, mamá, te pido perdón de todo corazón.
- Voy a intentar descansar – ignoró mis disculpas–, ya tendremos una charla mañana.
- Bueno...
- Adiós, María Camila.
- Adiós, mamá, un beso.

Me colgó sin más. A veces podía ser todo lo cariñosa que quisiera con ella que no me correspondía. No sé si el daño que le hizo mi padre la retrajo un poco al mostrar sus sentimientos, pero solo los mostraba por mi hermano, o al menos, eso me parecía a mí. Sabía que se preocupaba y que siempre estaba ahí, siendo una parte muy importante de mi vida, sin embargo, de vez en cuando necesitaba oírlo.

Me quedé unos minutos allí sentada pensando en todo y escuché que Rodrigo

salía de la habitación. No me extrañaba nada haberlo despertado después de todo lo que le dije. Seguramente habría hecho ruido para despertar hasta a los vecinos de abajo. Me había golpeado varias veces en la rodilla, tratando de caminar por la oscuridad y tiré un par de cosas que encontré a mi paso.

Sin decir nada, me cogió de la mano y nos tumbamos juntos en el sofá. Cogió una de las cobijas que quedaba a nuestros pies, la puso encima de nosotros y se abrazó de lado a mi cintura. Amaba aquellos pequeños detalles que tenía conmigo y cómo me hacía sentir protegida y querida sin ni siquiera hablar.

- Siento haberte despertado – me disculpé.
- Tranquila, no importa... ¿Era tu mamá, cierto?
- Me imagino que has escuchado toda la conversación – dije resignada.
- Solo un poco – sonrió–, pero es normal que las mamás anden preocupadas por sus hijas
- Lo sé, pero le dije que saldría y que llegaría tarde.

Rodrigo se quedó callado un par de minutos y pensé que iba a intentar dormir de nuevo, pero no fue así.

- Creí que ya le habías hablado de mí.
- Eh... Bueno... He contado un poco... – aquello me cogió por sorpresa.
- Deberías hacerlo, al menos sabría con quién estás y podría descansar.
- Sí, pero he tenido demasiadas cosas en la cabeza.
- Imagino, pero ya vamos en serio, ¿o no?

Me giré y nos quedamos cara a cara. Nunca había tenido aquella conversación tan claramente y me sentía hasta nerviosa. Me gustaba que

Rodrigo lo tuviese tan claro, pero yo necesitaba desarrollar todo lo que estábamos hablando para creerme que era verdad.

- ¿Vamos en serio? – pregunté.
- Sí – dijo sin dudas –, si es que tú quieres.
- ¿En serio como si fuésemos pareja? – sabía que parecía idiota preguntando tanto, pero lo necesitaba.
- Yo me considero tu pareja, ¿tú no?
- Pues... – dudé un poco.
- Cami, si tienes alguna duda, no, yo pensé que sentíamos lo mismo – se puso un poco serio.
- Siento lo mismo, solo que me he puesto un poco nerviosa – sonreí.
- ¿Segura que solo es eso?
- ¡Te lo prometo! Ser tuya es mucho para mí.
- Entonces no hay nada más que hablar – me dio un beso en la frente.
- No, no hay nada más que hablar.

Le devolví el beso, pero en los labios. Como habíamos dicho, no teníamos nada más que hablar. Nos considerábamos pareja el uno del otro, siendo una felicidad inmensa para mí. Aquella noche en el concierto, mientras intentaba sacarme conversación, no podía imaginar que iba a acabar así con él.

La única intención que tenía aquel día era disfrutar de una nueva experiencia, pero salí ganando muchas más cosas. Rodrigo se convirtió en el eje de mi vida y tenía claro que no podía seguir si no era con él.

- Si tu mamá sigue poniendo problemas, iré a presentarme – dijo de repente.
- ¿Acaso estás loco?

- Algún día nos tendemos que conocer, ¿no?
- De eso ya hablaremos...

Preferí volverlo a callar con un beso y volvimos a intentar dormir de nuevo. Ni por casualidad había pasado aquel tipo de pensamientos por mi cabeza. Bastante estresada vivía a veces teniendo que ocultar mi otra vida.

Que mi mamá y Rodrigo se conociesen era algo que tenía que evitar a toda costa, pero no era momento de planificarlo. Quería disfrutar del instante que estaba viviendo con Rodrigo y nada más. Me agarré fuertemente a él y nos quedamos dormidos sin apenas darnos cuenta.



Capítulo 32

Cogí el primer taxi que encontré en la calle aquella mañana y me dirigí a casa. No sabía qué tipo de excusa podía seguir diciéndole a Rodrigo para irme a casa sola y no tener que fingir que vivía en otro sitio. Gastaba mucha plata que gastaba en cada trayecto, pero no tenía más remedio.

Tuve que volver a cambiarme disimuladamente mientras aquel taxi me llevaba a casa para ser la María Camila de siempre. Odiaba tener que quitarme aquellas prendas tan elegantes y ponerme la misma ropa de siempre, pero mi juego seguía adelante. No sabía cómo actuaría mi madre si me viese vistiendo de aquella manera, seguramente le parecía otra persona completamente diferente.

Ordené al taxista que me dejara una cuadra antes de mi casa y fui hasta allá caminando. Miraba las mismas casas de siempre y ya me parecían completamente diferentes. No tenía nada que ver a lo que vivía con Rodrigo y empezaba a dejar de parecerme normal. Me estaba mal acostumbrado a los lujos y a la buena vida demasiado rápido, dejándome de sentir cómoda en el ambiente que había crecido.

Casi llegando a la casa me encontré con José. Parecía un poco más despierto que de costumbre e imaginé que aún no le había dado tiempo a beber. Cuando estaba sobrio parecía una persona completamente diferente, incluso podía parecerme un poco guapo. Hice el amago de saludarlo cuando pasó por mi lado, pero giró la cabeza y siguió con su camino.

Mis sentimientos por él ya casi no existían, pero en esos momentos no me sentía bien. Nuestra relación se había deteriorado tanto que nos tratábamos como auténticos extraños y cuando no, discutíamos sin parar. Ya no éramos hermanos, ya prácticamente no éramos nada, solo dos extraños, obligados a convivir, que se detestaban de principio a fin.

Intenté pasar un poco de la situación y entré en casa. Llamé a mi mamá varias veces para avisarle que ya estaba allí y no se asustase, pero no respondió. Me acerqué a la cocina y descubrí que no estábamos solas. La señora Rosa estaba allí sentada tomando un pequeño desayuno con mi mamá.

Me alegré demasiado por verla y me fui directamente a darle un beso y un abrazo. Aquella mujer siempre me había tratado como alguien de su familia, como si fuésemos de la misma sangre. Me respondió el abrazo enérgicamente y me devolvió el beso sin pensárselo mucho.

- ¡Qué alegría verla por acá, señora Rosa!
- Gracias, María Camila, el mismo gusto me da a mí – dijo sonriendo.
- ¿Qué se cuenta? ¿Cómo ha ido todo?
- Bueno, ya sabes, más o menos...

Dejé mi bolso encima de una silla y me senté en la otra para acompañarlas. Por el ánimo que tenía mi mamá, pude intuir que la conversación no era muy agradable.

- ¿Pasó algo? – pregunté mirando a mi mamá.
- La señora Rosa ha venido a hablar acerca de tu idea – dijo sin más

Miré a la señora Rosa esperando que siguiera con la historia ya que mi mamá no tenía intención de hacerlo. En aquellos instantes anda un poco perdida y no sabía de qué estaban hablando.

- Tu mamá me dijo que pensabas que podíamos luchar y volver a abrir el mercado.
- ¡Sí! – reaccioné de inmediato – Estoy convencida de eso.
- He estado dándole vueltas y creo que quiero hacerlo también.
- ¿Y es por eso por lo que estás seria, mamá? – pregunté.
- Sabes que esas ideas no me agradan demasiado.
- ¡Hasta la señora Rosa sabe que tengo razón! – mi alma revolucionaria aparecía de nuevo.
- Yo no puedo estar en la casa perdiendo plata, al menos lo tengo que intentar – la señora Rosa miraba a mi mamá.
- Lo único que vamos a conseguir es que nos echen a palos.

Ya entendía por qué mi mamá estaba tan seria con la visita de la señora Rosa. En el fondo sabía que la única opción que teníamos era esa y, que, aunque nosotras teníamos trabajo a parte, había mucha gente, como ella, que no. Aquella señora era más mayor que mi mamá y sin embargo tenía más energía y ganas de luchar que ella.

- Tenemos que conseguir que haya más gente a favor de nuestra idea – propuse.
- Eso intentaba hacer con tu mamá – sonrió.
- Sabéis que no me gustan mucho esos asuntos...
- Señora Rosa – la miré a los ojos –, intente conseguir todo el apoyo que pueda, usted conoce a todos mejor que yo y organizamos un plan.
- Eso puedo conseguirlo, puedo hacer algunas llamadas.
- Todo lo que necesitamos son ganas.
- ¿Estás segura de que podemos ganar? – preguntó.
- No, pero si no luchamos, habremos perdido todo sin más.

Sabía que podía llegar a convencer a la mayoría de los que trabajábamos allí para luchar por el mercado. Yo era joven y tenía fuerzas para liderar lo que hiciese falta, no nos podían pisotear de aquella manera.

– Entonces no hay tiempo que perder – dijo firmemente.

La señora Rosa dio un último sorbo a su vaso de café con leche y se levantó. Sabía que necesitaba comunicarse cuanto antes con el resto y que estaba perdiendo el tiempo con mi mamá. Se despidió de ambas cordialmente y la acompañamos a la puerta. Admiraba profundamente que se hubiese interesado y le di el ánimo necesario para que siguiésemos adelante.

Nos quedamos allí de pie, mirando cómo se alejaba caminando hacia el bus. Mi mamá no tenía la mejor de las actitudes, pero sabía que poco a poco podíamos ir metiéndole la idea. Alguna vez en su vida tenía que levantarse y luchar por las cosas.

– María Camila, eso no va a salir bien.

– No importa si sale bien o mal, lo importante es que estemos defendiendo lo nuestro.

– Tienes demasiados pajaritos en la cabeza – dijo metiéndose en la casa de nuevo.

– Cuando volvamos al mercado, te recordaré esas palabras.

La seguí hasta dentro y me senté un rato en el sofá. Mis ganas de que todo saliese bien aumentaban cuando ella me desanimaba. Tenía que demostrarle de alguna forma que luchar era la mejor de las maneras y que podía hacerlo.

– Por cierto, María Camila – volvió al salón –, no encuentro un vestido que tenía en la pila de ropa.

– ¿Qué vestido? – dije haciéndome la tonta.

– No estoy segura de cómo es, pero lo tengo apuntado y no aparece

ninguno con esa descripción.

– Yo ahora te ayudo a buscarlo, no te preocupes.

Observé cómo dejaba de darle importancia y me apresuré a sacarlo de mi bolso cuando se fue a su habitación. Era la primera vez que sentía terror de que me descubriesen y tenía que poner una excusa rápidamente. Lo coloqué debajo de la silla en la que nos sentábamos a trabajar y lo pisoteé un par de veces.

– Mamá, el vestido está acá.

– ¿Dónde? – apareció de nuevo.

– Justo debajo de la silla, pero está sucio, deberíamos lavarlo

– Ay, sí... No puedo entregar eso así – puso cara de susto.

– Tranquila, esto está listo en un par de horas, yo lo arreglo, descansa.

– Cualquier día, con tanto estrés, voy a perder la cabeza – dijo mientras regresaba a su habitación.

Lavé el vestido corriendo, lo tendí y me tiré en mi cama a calmar un poco mi corazón. A veces pensaba que tenía todo demasiado bajo control y debía poner cuidado a las cosas que hacía. Mi mamá jamás podía descubrir que hacía esas cosas, sentiría que le había fallado de verdad.

Mi mundo se había convertido en una mentira tras otra. Debí estar mintiendo en casa y también a Rodrigo para seguir con mis dos identidades. No sabía si alguna vez podría convertir en una sola, pero, por el momento, debía seguir con mi doble actuación.



Capítulo 33

La tarde anterior apenas había tenido una pequeña charla con Rodrigo, me dediqué a trabajar todo el tiempo, pero pasé toda la noche en vela. Por más que intentaba relajar mi mente, no conciliaba el sueño. No podía evitar sentirme mal por las cosas que había empezado a hacer y la vida que estaba construyendo.

Como persona había sido transparente con Rodrigo, porque yo era yo, tuviese pata o no. Había adornado lo que me rodeaba, pero la esencia era la misma. Siempre había sido así de cariñosa y los sentimientos que le había mostrado eran verdaderos, sin maquillaje. Rodrigo no ocultó quién era porque nos habíamos conocido en su ambiente, pero yo quería luchar por nosotros y no tuve elección.

Mi mamá siempre me enseñó que el fin no justificaba los medios ni mucho menos y lo tenía interiorizado, sin embargo, Con Rodrigo no pude mantenerlo. Si ponerme otro estilo de ropa que no fuese mía e inventarme una profesión podía conseguir que nos enamoráramos de aquella forma, no me parecía un alto precio a pagar, pero no sabía si podría perdonármelo.

No era tonta, ni mucho menos. Sabía que, en algún momento, en algún descuido, todo podía pasar. Mi mamá el día anterior se había percatado que le faltaba un vestido y yo no podía vivir cogiendo la ropa de las clientas. ¿Qué pasaría el día que ella no tuviera dónde coger? ¿Y si nuestros encargos se reducían tanto que prácticamente no teníamos nada que arreglar? ¿Acaso

Rodrigo tendría que esperar para vernos?

Habíamos quedado en vernos aquel mismo día por la noche, pero no sabía cómo iba a hacerlo. No sabía si tendría la oportunidad de coger algo de lo que ya teníamos arreglado y reponerlo a tiempo. Empezaba a vivir con miedo de tanto mi mamá como Rodrigo empezasen a darse cuenta de las cosas ante de poder controlar la situación.

Tenía plata ahorrada y había cogido bastante para aquellos trayectos en taxis, pero no me alcanzaba para nada. Las camisas, que alguna vez que otra miré por casualidad en alguna tienda, eran demasiado costosas y ni hablar de los vestidos. No entendía si es que los vendían con oro incluido, pero los precios estaban pro el aire. Aparte, el hecho de que una chica vestida humildemente como yo, no era bienvenida en aquellos ambientes.

Las dependientas ya empezaban a mirarte continuamente e insinuaban que no tenían nada para ti. Ni te conocían y se daban el lujo de juzgarte en solo dos segundos. Te hacían sentir realmente mal, como si no valieses nada en este mundo, como si no tuviese derecho ni a respirar.

Todo aquello, más el tema del mercado, me tenían realmente estresada. Sentía cómo la cabeza comenzaba a darme vueltas sola mientras pensaba en lo mismo una y otra vez. No tenía miedo a liderar ningún movimiento y ser la portavoz de aquella lucha, es más, me moría de ganas por hacerlo. Sabía que ahí si era una pieza importante y me consideraba valorada a máximo.

En cuanto vi que el sol comenzaba a salir, me levanté. Había esperado por horas para poder tomarme un café, pero no quería hacer demasiado ruido. José había llegado a altas horas de la mañana y mi mamá necesitaba descansar. Cada día podía notarse más el desgaste que le producíamos y no quería más enfrentamientos con ninguno de los dos.

Aquel olor empezó a inundar la casa sin poder evitarlo. Cuando era pequeña, mi abuela, preparaba a diario y me encantaba despertarme con ese aroma. Desde que ella nos dejó, hacía ya 5 o 6 años, hacía cada mañana lo mismo. Era una manera de sentirla cerca de mí y se había convertido en un ritual difícil de olvidar. Mi mamá estaba muy unida a ella, pero no tomaba café nunca. No recuerdo si antes lo hacía o no, pero a lo mejor era un recuerdo demasiado doloroso para ella. Siempre decía que eso no era para mí, que me alteraba, pero, de alguna forma u otra, la hacía feliz levantarse atraída por aquel olor que daba los buenos días.

Sin mucha demora, oí cómo salía de su habitación y se dirigía a la cocina. Seguramente, cuando no estuviese, haría café a escondidas para sentir que mi abuela y yo seguíamos cerca de ella y que no la habíamos dejado.

- Siempre has sido de poco dormir – dijo en cuanto me vio.
- ¿Te he despertado con el ruido?
- No, ya llevaba despierta un rato, tranquila.

Comenzó a servirse el desayuno y yo me senté a disfrutar de mi taza de café mientras devoraba un par de tostadas. Me gustaba bastante compartir ese rato con ella y poder tener alguna que otra conversación.

- Anoche volvió a llamarme la señora Rosa.
- ¿Por qué no me dijiste?
- Ya era tarde, no quería molestarte.
- ¿Y qué dijo?
- Ya tenía mucha gente interesada en tu iniciativa – no mostró mucha emoción al respecto.
- ¡Perfecto! Tenemos que reunirnos – me puse pensativa.

Mi mamá se sentó frente a mí demasiado seria. Sabía que iba a regañarme

otra vez y a decirme que estaba loca, pero me daba igual. Ya habíamos conseguido aliados e íbamos a hacer presencia en nuestro territorio.

- Me voy a unir – soltó.
- ¿Qué?
- Que me voy a unir, voy a luchar con vosotros.

Me quedé un poco sorprendida y no supe qué responder. Jamás hubiese puesto la mano en el fuego por ella en este asunto y me impactaron demasiado esas palabras.

- ¿No vas a decir nada? – preguntó.
- ¿Me estás diciendo que me apoyas? ¿Qué vas a venir?
- Sí, eso mismo.
- ¿Estás enferma o algo parecido? – seguía sin creérmelo.
- No seas tonta, he dicho que iré e iré.
- ¿Qué te ha hecho cambiar de idea?
- Esos asuntos son míos – se puso de pie –, si quieres que luchemos, lo haremos.

No conocía a esa mujer, no era mi madre. Jamás había aceptado una idea mía y menos de aquel tipo. Siempre había sido un poco rebelde cuando sentía que las cosas no eran justas y ella no hacía más que pararme los pies.

- Hemos quedado esta misma tarde, cerca del mercado, para hacer una protesta.
- ¿Hoy mismo? ¿Sin un plan? – casi me ahogué con el café.
- Ya está decidido, ponte pilas.

No solo había aceptado venir y luchar, sino que acordó empezar aquella misma tarde. La gente estaba preparada para ir y no iba a perder la oportunidad. Debíamos empezar cuanto antes a recuperar lo que era nuestro y

no había más que hablar. El mercado era nuestro y no nos podían echar de allí sin más.

Me sentía orgullosa del movimiento que había comenzado y del apoyo de mi mamá. Iba a demostrarle que podíamos hacerlo y que íbamos a ganar. Volveríamos a vender allí como siempre habíamos hecho, recuperando nuestro territorio y nuestra identidad.



Capítulo 34

Lo primero que hice después de saber el plan que íbamos a llevar a cabo, fue llamar a Rodrigo. Le dije que me sentía un poco enferma y que prefería descansar en casa un par de días hasta reponerme. Necesitaba ganar tiempo para poder apoyar aquella pequeña revolución y lo hice fácilmente. Rodrigo se puso bastante triste, pero sabía que necesitaba descanso y no preguntó mucho más.

Admiraba cada vez más a ese hombre. En cuanto le dije cómo estaba, quiso ir corriendo a verme a la casa y llevarme helado, pero tuve que ponerle de nuevo la excusa de mi mamá. No se conocían y eso me serviría durante un tiempo para alejarlo de mi verdadera vida.

Mi mamá se había alistado bastante temprano y estaba esperando que la señora Rosa la volviese a llamar. Habían quedado después del almuerzo, pero ella tenía ganas de salir corriendo. Tenía claro que mi mamá no era demasiado luchadora, pero le ponía el alma a todo lo que se proponía. Si había decidido unirse a la lucha, iba a hacerlo hasta la última consecuencia.

Aquella llamada no tardó y me alegré bastante. Me tenía completamente mareada porque no paraba de dar vueltas de un lado a otro, con los nervios a flor de piel. Apenas se dijeron un par de frases y la llamada se cortó. Mi mamá no necesitaba más que una confirmación para salir corriendo hacia el lugar donde colocábamos el mercado. Me sorprendía verla tan decidida y a la vez me hacía sentir completamente orgullosa.

Ahora era ella quien me llevaba a mí del brazo a luchar. Mi mamá, la que

siempre había sido un ejemplo para mí, estaba haciéndolo mejor que nunca. Conocer esa parte de ella, saber que ahí dentro existía toda esa fuerza, era lo máximo que podía pasarme como hija suya.

Nos montamos sin mucha demora en el bus y nos dirigimos al punto de encuentro. Mientras hacíamos el trayecto, pensé en un par de planes, pero no sabía cómo iba a estar el escenario. Quizás llegábamos allí y no había nadie que nos cohibiera para hacer una protesta o nos sacaban a palos; no tenía ni idea. Tampoco me habían dejado muy claro con cuánto apoyo contábamos, pero esperaba que mereciese la pena.

No sabía cómo, pero iba a ayudar a esa gente a recuperar su lugar. Los empresarios podían construir en cualquier otro sitio y ver cómo sacaban su sucio dinero. No tenían por qué venir a elegir nuestro lugar, nuestro medio de ganarnos la vida y acabar con él sin más. Había vivido lo lujosa que podía llegar a ser una vida y no me parecía justo que lo hiciesen a costa de los de siempre, la gente humilde como yo.

Empecé a mirar por la ventana del bus porque sabía que ya quedaba poco para bajarnos y me quedé con la boca abierta. Había un montón de gente que conocía del mercado allí reunida y supe que eso iba a dar de qué hablar. Tuve miedo en muchas ocasiones de que apenas fuésemos poco, pero me quedó claro que la señora Rosa se había encargado de hacer las cosas bien.

Mi mamá bajo rápidamente y yo hice lo mismo. Mientras llegábamos adonde se encontraba la señora Rosa reunida con algunas personas más, la gente empezaba a felicitarme. Al principio no supe por qué, pero pronto entendí que me consideraba la artífice de todo el movimiento. Ellos tenían la fuerza y herramientas para defender lo suyo, pero solo necesitaban a alguien que se hiciese cargo.

Sin quererlo, solo con mis ganas de lucha, me convertí un poco en la líder. No podía negar que me gustaba toda aquella consideración y me hacía crecer como persona. Siempre tuve claro que podíamos recuperar nuestro sitio si luchábamos un poco y lo iba a demostrar. Ni nada ni nadie nos iba a echar de ahí tan fácilmente.

- Creo que ya estamos todos – dijo la señora Rosa cuando llegué a su lado.
- ¿Cuál es el plan? – pregunté inocentemente.
- Nosotros haremos lo que tú digas, ni más ni menos – dijo el señor Armando.
- ¿Lo que yo diga?
- Estamos aquí por nosotros, pero tú, a través de la señora Rosa, nos has dado las fuerzas para luchar.
- Quiero que hagamos todo en conjunto, que estemos unidos – respondí.
- Así será, no lo dudes – dijeron varios a la vez.

Miré por encima de la gente hacia el espacio del mercado y pude ver que había varias máquinas intentando hacer excavaciones en el lugar. Estaban destruyendo el territorio y era el primero que teníamos que frenar.

- Está bien – dije en voz alta –, vamos a ir hacia allí y vamos a rodear las máquinas, formando cadenas humanas, que les quede claro que no pueden seguir trabajando.
- ¿No será peligroso?
- No se atreverán a seguir y resistiremos todo lo que podamos.

La gente asintió con la cabeza y nos dirigimos allí formando una marea humana. Lo primero que teníamos que hacer era interrumpir el trabajo para

dejar claro que no estábamos de acuerdo. La gente empezó a rodear cada máquina agarrándose de la mano y gritando que no los queríamos allí.

Las personas que manejaban aquellas máquinas, las apagaron y no se atrevieron a salir. Nosotros no teníamos nada en contra de ellos porque simplemente estaban haciendo su trabajo, pero empezaron a tener miedo de nuestra actitud. Escuchar a toda aquella gente gritando a la vez y paralizando su trabajo, era demasiado impactante.

Pude observar cómo la gente de la calle que pasaba por allí se paraba a mirar y comenzaba a animar nuestra causa. Éramos muchos los que vivíamos de eso y lo sabían. El pueblo era sabio y tenía claro cuándo se estaba cometiendo una injusticia.

Yo me sentía como si realmente volara. Estaba unida con la que siempre había sido mi gente, luchando por nosotros mismos. Escuchar aquellos gritos, diciendo lo mismo a la vez, era música para mis oídos y hacía sentir a todos que estábamos mucho más cerca de la victoria.

Cuando llevábamos un buen rato, miré hacia mi derecha y vi que las fuerzas de seguridad no tardaron en aparecer. Cuando el pueblo se levantaba y se unía, era una amenaza bastante alarmante y venían dispuestos a echarnos de allí. No iba a permitir que se usase la violencia por exigir lo que era nuestro, así que me adelanté a hablar con ellos.

- Les pedimos que abandonen el lugar – me dijo el que parecía ser el comandante.
- No estamos haciendo nada malo.
- Están impidiendo el trabajo y formando escándalo público.
- Estamos exigiendo lo que es nuestro y ustedes lo saben – dije orgullosa.

- No me importa un carajo, me ordenan que los eche y solo le voy a dar una oportunidad de hacerlo por las buenas.
- ¿Y si no? – desafié.
- Usaremos la violencia que haga falta.

Aquel hombre se veía bastante amenazante y no quería ver sangre ese día. No habíamos tenido un plan estructurado, pero habíamos comenzado a movernos y eso era el principio de todo. Conseguimos hacer ruido, tener a muchísima gente mirándonos y apoyándonos.

- Está bien, deme unos minutos y hablo con ellos – respondí.
- Le doy dos, ni uno más – volvió a amenazar.

Me acerqué a ellos y les dije que teníamos que irnos, que estaba orgullosa de ellos y que eso solamente había comenzado. Me empezaron a aplaudir y a separarse uno de otros, quitándose del terreno. Habíamos conseguido atraer la atención de miles de personas que se habían parado a mirarnos.

- Puede decirles a sus compañeros que ya nos vamos – volví a hablar con el comandante.
 - Así me gusta – dijo orgulloso.
 - Mañana volveremos.
 - ¿Qué ha dicho? – preguntó de mal humor.
- He dicho que mañana volveremos – guiñé un ojo.

Pasé por delante de él, orgullosa y me dirigí a acompañar a mi grupo. Aquel señor me había amenazado sin miramientos, pero yo no me había quedado atrás. Les dije a todos, a viva voz, que los quería ver a todos al día siguiente allí mismo, protestando. Que teníamos que seguir alzando la voz y empezaron a aplaudir ante todas mis palabras.

El comandante y los demás no tuvieron más remedio que oír sin poder hacer

nada porque no estábamos incumpliendo la ley. Estábamos reunidos hablando y ellos no podían intervenir. Me sentía orgullosa de la actitud que habíamos tomado y estaba segura de que, aunque la lucha fuese dura, teníamos todas las de ganar.



Capítulo 35

Llegamos a la casa pronto y mi mamá sirvió un par de copas de vino. Jamás habíamos hecho eso juntas, pero el sentimiento de victoria que teníamos nos unía bastante. Era increíble cómo habíamos hecho parar las máquinas creando cadenas humanas y la gente comenzaba a apoyarnos. Me sentía una auténtica líder y sabía que no iba a fallarles en lo más mínimo.

Convertirse en alguien que los demás apoyaban y aclamaban era bastante adictivo y, sobre todo, cuando compartías nuevas experiencias con los más allegados. Tomar algo como amigas con mi mamá no era nuestro día a día, jamás lo habíamos hecho. Sabía que sentía poderosa como yo y que no podía ocultar el sentimiento de orgullo que le producía todo lo que había organizado.

- Ha sido espectacular – dijo mi mamá.
- Sí, la verdad es que no me esperaba que todo saliese así.
- Todo el mundo confía en ti, todo el mundo te aplaudía...
- Eso ha sido demasiado gratificante, te dije que podíamos hacerlo – sonreí.
- ¿Estás segura de lo de mañana? Hoy casi actúan – dijo refiriéndose a las fuerzas de seguridad.
- Aquel hombre me trató como si tuviera poder sobre mí, pero le voy a demostrar que soy más fuerte.
- ¿Y si nos sacan a palos?
- Mientras actuemos de forma pacífica como hoy, no tiene por qué pasar nada.

Tenía claro el plan que iba a llevar a cabo. Sabía hasta qué punto podía desafiarlos y obtener lo que quería sin llegar a la violencia. No me apetecía ver a mis compañeros llenos de sangre y arrepentidos, por lo que tenía que andar con cuidado acerca de las órdenes que iba a darles. Necesitaba que estuvieran comprometidos, pero que también fuesen conscientes del límite que teníamos.

- Lo importante es hacer ruido – seguí –, que la gente vea que luchamos día tras día, conseguir más apoyo y lo demás irá solo.
- ¿Y si vuelven?
- Volverán y les he dejado claro que mañana haremos lo mismo, van a estar preparados.
- Eso me da un poco de miedo – confesó.
- En cuanto se pongan agresivo, nos vamos, tal y como hemos hecho hoy, pero seremos persistentes y conseguiremos ganar.

Choqué su copa con la mía y le sonreí. No sabía cuánto íbamos a tardar, pero podíamos frenar el trabajo de aquellas máquinas hasta que se cansaran. Seguramente iban a reforzar el lugar para que fuese más difícil nuestro acceso, pero no importaba, se me ocurría algún que otro plan.

- Creo que voy a ir a casa de Carlos Alberto, quiero contarle todo.
- Está bien, te esperaré para la cena.

Me levanté y me dispuse a visitar a mi amigo. Mi celular comenzó a sonar justo cuando iba a salir por la puerta y volví a por él. Se me había olvidado por completo que dejaba el bolso allí.

- ¿Aló?
- Hola, mi Cami – dijo Rodrigo.
- Iba a llamarte más tarde, pero me alegra que lo hayas hecho tú

antes. ¿Cómo estás?

– Bien... Bien...

– ¿Bien? ¿Seguro?

– Las cosas se están complicando un poco, necesitaba hablar contigo.

– ¿Qué paso? Cuéntame.

– No, no quiero hablar de nada de eso, quiero despejarme, distraerme con tu voz.

– Pero necesito que me cuentes, quiero apoyarte. ¿Le ha pasado algo a alguien? – me imaginaba lo peor.

– Tonterías del trabajo, parece que no tengo dos días de paz.

– ¿Te han vuelto a chantajear? ¿Te han pedido más plata?

– No, no se trata de eso... – se quedó callado– Pero de verdad, que no quiero hablarlo, solo quiero distraerme contigo.

– Está bien, espera un segundo.

Me fui a mi habitación y cerré la puerta.

– Ya estoy a solas, ¿estás seguro de que no quieres hablarlo?

– Solo quiero saber que estás ahí, nada más – cambió su tono de voz.

– Sabes que estoy aquí, que te apoyo en todo.

– Por eso te llamo, porque tu voz me transmite paz.

– No digas tonterías...

– Es verdad, en cuanto te oigo y hablo contigo, Cami, sé que todo va a salir bien.

– Todo va a salir bien – dije apoyándolo –, no te preocupes.

– ¿Puedes hablar un rato o estás ocupada?

– No, tranquilo, puedo hablar todo el tiempo que quieras.

Tuve que cancelar el plan de ir a ver a Carlos Alberto. Rodrigo me necesitaba e iba a estar ahí para él. Nos quedamos el resto de la tarde al teléfono hablando de mil tonterías. Rodrigo empezó a contarme anécdotas de su vida y comenzamos a reírnos de todo lo que nos había pasado. Necesitaba distraerse y yo iba a hacer todo lo necesario para eso.

Sabía que su trabajo no era fácil, según lo que me había contado. A veces tenía que saltarse los pasos legales para conseguir las cosas y estaba segura de que eso lo hacía sentir mal. Rodrigo no era la clase de empresario que hacía las cosas por detrás, pero en el país en que vivimos, a veces no tenía más remedio.

No podía llegar a entender el nivel de estrés al que se enfrentaba. Manejar toda aquella cantidad de plata y llevar adelante proyectos de alta envergadura debía ser bastante trabajoso. Su trabajo no tenía comparación con el mío, que solo consistía en coser prendas e ir a vender ropa al mercado.

No sabía si alguna vez, en nuestra relación, llegaríamos a tener la suficiente confianza para ayudarlo. Rodrigo no me contaba las cosas y no hablaba mucho de su trabajo, al igual que yo no lo hacía del mío. Nuestros ratos como pareja eran para disfrutar el uno del otro y no contarnos las penas. Sabíamos que en algún momento eso formaría parte de nuestra relación, pero no queríamos estropear la pasión y la ilusión del principio.

No recuerdo cuántas horas nos pasamos hablando de mil tonterías, pero se hizo muy tarde. Mi cena llevaba servida bastante tiempo en la mesa y no me di cuenta del paso del tiempo hasta que mi estómago no empezó a rugir. Mi mamá me había avisado un montón de veces hasta que ese cansó y volvió a la cama. Nadie me podía despegar de Rodrigo, él se había convertido en mi todo.



Capítulo 36

No supe bien a qué hora me quedé dormida pero sí que me levanté demasiado temprano. Había tenido una idea durante la noche y estaba emocionada por llevarla a cabo. Pensaba que ya lo de la cadena humana había dejado claro que estábamos unidos, así que íbamos a ir un paso más allá.

Quería que todo el mundo supiese, antes de salir de casa, que aquel día iba a ser uno más en nuestra rutina. Quería que llegásemos con nuestros productos, que montásemos puestos temporales y que abriésemos el mercado como si no pasara nada. Teníamos que pasar de las máquinas, de los desniveles del terreno y plantarnos allí, a seguir con nuestras vidas.

Íbamos a dejarles claro que no nos podrían echar. Podían poner todos los obstáculos del mundo que conseguiríamos la forma de ir y entorpecer. En cuando viese que la situación no iba por buen camino, ordenaría recoger las cosas e irnos como si nada, pero dejando claro que volveríamos a hacerlo día tras día. Quizás llegarían a construir el proyecto que tenían en mente y del que no nos habían informado, pero no antes sin ponérselo difícil.

Pensé en la posibilidad de que apareciese alguna televisión, pero en ese caso optaría por no salir. Mi cara no podía estar visible por todos lados, pero si quería apoyar el movimiento que habíamos comenzado. Rodrigo podría enterarse de mala manera de las cosas y tenía que andar con cautela. Lo tenía todo perfectamente planificado.

Mi mamá no tardó mucho en levantarse y en cuanto le conté mi idea, nos pusimos manos a la obra, contando siempre con la ayuda de la señora Rosa. Aquella señora con cara angelical y pelo gris era toda una revolucionaria y luchadora, dándonos ejemplo de que la edad no importaba para hacer lo que te proponías.

Había conseguido, a través de mis palabras, que estuviésemos todos unidos. Eché de menos a algún que otro compañero del mercado, pero entendía que no todos iban a estar. Luchar contra los poderosos daba miedo y más cuando nuestra moral siempre estaba baja. Éramos los pobres, los insignificantes de la sociedad, a los que nadie escuchaba.

Yo también tenía miedo. No iba a reconocer que mi corazón latía a mil por hora cuando empezábamos a manifestarnos, pero era la realidad. Sin embargo, tenía que mantener la actitud y la fuerza. Si los demás empezaban a verte débil, el apoyo iría disminuyendo y al final nos rendiríamos antes de tiempo.

Llegó la hora y salimos hacia el mercado con todo lo necesario para instalarnos. Nos dirigimos hacia allí con la mayor de las sonrisas y legamos en poco tiempo. Mi madre se había atrevido a tararear alguna que otra canción en el camino, dejando ver cómo se sentía con respecto al tema. Mi papa la había dejado con una actitud triste y negativa todo el tiempo, me sentía orgullosa de devolverle un poco la luz y la ilusión.

Bajamos del bus y volvimos a encontrarnos con toda aquella gente. Las máquinas no estaban trabajando porque era demasiado temprano y aprovechamos para instalar los puestos. Todo ese tiempo extra jugaba a nuestro favor y lo aprovechamos perfectamente. En cuanto los primeros rayos de sol empezaron a aparecer, todo tomó forma.

Miré a mí alrededor y, aunque el aspecto del suelo no era el mismo y estábamos rodeados de máquinas excavadoras, conseguimos crear un mercado bastante parecido al de siempre. Ante mi sorpresa, la gente empezó a llegar como siempre y comenzamos con las ventas como si no pasase nada. Se dedicaban a comprar como habían hecho durante años, sin plantearse si podíamos estar allí o no.

No me sorprendió ver llegar a los trabajadores de las máquinas y quedarse paralizados ante lo que habíamos hecho. No tenían forma de llegar a hacer funcionar nada y se limitaron a mirar desde lejos cruzados de brazos. Las fuerzas de seguridad, a las que seguramente habían llamado ellos, tardaron apenas unos minutos en llegar allá.

Sorprendentemente no se enfrentaron a nosotros y tomaron la misma actitud de los otros. Los podía observar a través de varios puestos cómo estaban de pie, mirando y cruzados de brazos. Seguramente empezaban a plantearse que no iba a ser fácil echarnos y se sentían impotentes.

Seguimos con nuestro mercado y la vida de siempre. No sabía si era por todo el revuelo que habíamos organizado, pero me pareció que vendíamos más de lo normal. Parecía que nos visitaba mucha más gente de la que solía ir y eso le daba a todo aún más vida.

– ¡María Camila! – me llamó a gritos la señora Rosa.

Miré hacia su puesto, muy cerca del nuestro y vi cómo hablaba con un señor.

Me acerqué inmediatamente y observé que iba vestido con traje y perfectamente peinado. No era el comandante al que me había enfrentado el día anterior, era otro completamente diferente.

- Dígame, Señora Rosa.
- Este señor viene buscando al representante del mercado, ya le he dicho que eres tú.

Lo miré e intentó estrechar mi mano. Me eché un poco hacía atrás, intentando evitar aquel contacto al no saber bien a qué venía. No me gustaba la gente que pertenecía al otro equipo y venía con sonrisas, como si nada. En ese momento, mi mamá se colocó a mi lado, supongo que la curiosidad la había hecho seguirme hacia allá. Se cruzó de brazos y supe que me apoyaba en cuanto a la actitud de desconfianza que estaba tomando, su apoyo era muy importante para mí.

- Soy el abogado Ramírez, se me ha enviado a buscar al representante de estas protestas, queremos hacer las cosas de manera pacífica, sin revuelo mediático.
- ¿Quién lo manda? ¿Para qué? – pregunté.
- Con todo el revuelo que se está montando, se ha personado el mayor cargo del proyecto y quiere que lleguen a un acuerdo.
- ¿A un acuerdo? Yo no tengo que hablar con nadie – dije molesta.
- Déjele claro que no vamos a movernos de aquí, que se vaya.
- María Camila – interrumpió la señora Rosa –, que haya venido el jefe en persona en solo dos días, créeme, es porque es importante.
- ¡Está perdiendo plata! ¡Claro que es importante! – respondí, mirando a ella y a mi mamá.

Pude ver en la actitud y en los ojos de mi mamá que entendía perfectamente a lo que me refería.

- Hazme caso, no pierdes nada por ir a ver qué quiere, quizás nos ofrezca algo interesante.

Me quedé pensativa un par de minutos y miré a mi mamá. Por el gesto afirmativo que me hizo con la cabeza, supe que apoyaba a la señora Rosa y finalmente acepté. No podía dejarme llevar por mi ego, tenía que pensar en el resto de la gente. En solo dos días había organizado buenos planes que habían hecho temblar los intereses de aquellas personas, así que iba a dejarles claro que no íbamos a conformarnos con cualquier cosa.

Acompañé a aquel teniente para hablar con ese tal jefe, mi mamá me seguía. Yo llevaba la cabeza bien alta y orgullosa de lo que habíamos logrado. Pensaba enfrentarme directamente y exigir lo que queríamos antes de dejarlo hablar. No iba a permitir que me persuadiera con promesas vacías, yo no era tonta.

Pude ver desde lejos a un hombre de espaldas con un casco en la cabeza. Me parecía un poco ridículo que usara aquello, no teníamos intención de tirarle ninguna piedra ni nada por el estilo. A medida que me acercaba, todo empezaba a resultarme de alguna manera familiar y empecé a caminar despacio, sin saber bien por qué.

En algún momento me pareció que se giraba a cámara lenta, dejándome el corazón completamente congelado. Me vi allá, de pie, en medio de la nada, con una actitud altiva, frente a la última persona que esperaba encontrarme jamás. Aquella mirada, que ya se había cruzado con la mía, me dejó completamente perpleja.

- Rodri.... – no pude terminar de pronunciar aquel nombre.
- ¿Cami? ¿Eres tú?

Continuará...

Camila
Creando ilusiones
El desenlace

Título: Camila. Creando Ilusiones II. El desenlace.

Autora: Sara M. James.

Edición: Abril 2018.

Todos los derechos están reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra, pudiendo incurrir una infracción al código penal sobre la piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Índice

Camila.Creando Ilusiones II. El desenlace

[Capítulo 1.....](#)

[Capítulo 2.....](#)

[Capítulo 3.....](#)

[Capítulo 4.....](#)

[Capítulo 5.....](#)

[Capítulo 6.....](#)

[Capítulo 7.....](#)

[Capítulo 8.....](#)

[Capítulo 9.....](#)

[Capítulo 10.....](#)

[Capítulo 11.....](#)

[Capítulo 12.....](#)

[Capítulo 13.....](#)

[Capítulo 14.....](#)

[Capítulo 15.....](#)

[Capítulo 16.....](#)

[Capítulo 17.....](#)

Capítulo 18.....

Capítulo 19.....

Capítulo 20.....

Capítulo 21.....

Capítulo 22.....

Capítulo 23.....

Capítulo 24.....

Capítulo 25.....

Capítulo 26.....

Capítulo 27.....

Capítulo 28.....

Capítulo 29.....

Capítulo 30.....

Capítulo 31.....

Capítulo 32.....

Capítulo 33.....

Epílogo.....

Sara M. James.....



Capítulo 1

—Casi no nos queda plata... – mi mamá caminaba de un lado hacia otro, pensativa, mientras decía aquella frase.

En esos días no sabía si sería capaz de enfrentarme a la realidad. Aún recuerdo demasiado borroso aquel momento en el mercado, cuando me encontré de frente con Rodrigo. Todo venía a mi mente en forma de flashes, uno tras otro, sin poder aclarar lo que sentía.

—No sé qué podemos hacer – seguía diciendo.

La miraba. Caminaba de un lado para otro, preocupada, como nunca la había visto. Nos habíamos ganado la vida siempre de la misma forma, esa que ya no existía. El mercado dejó de funcionar porque no supe luchar lo suficiente por él y lo sabía. Era mi culpa, pero no pude hacer nada contra mis sentimientos.

Lo último que recordaba era la mirada de Rodrigo. No supe descifrarla bien, pero sé que andaba entre la sorpresa y la decepción. No era la María Camila elegante y estilosa que siempre había tenido entre sus brazos, sino la

mentirosa y humilde mujer de extrarradio. Siempre supe que alguna vez estaría en riesgo de que supiese la verdad, pero no de aquella manera, no de frente.

Confié siempre en que no nos hiciese falta ir de nuevo al mercado, que con los pedidos que teníamos para arreglar ropa fuese suficiente, pero no fue así. No entendía si es que la vida me tenía que empezar a ir mal por todos lados o era fruto de la casualidad. Quizás no estábamos trabajando bien o estábamos demasiado desesperadas por el futuro que no teníamos paciencia para esperar a que sonara el teléfono.

—Cálmate, mamá... — levanté la cabeza.

Me dedicó una mirada diferente. Estaba presente en el momento en el que aquel hombre me llamó por mi nombre, supo que algo pasaba. Se sentía orgullosa de mí y le fallé. No pude defender todo lo que habíamos organizado, no tuve fuerzas para hablar. Las palabras de mi mamá y del abogado de Rodrigo llegaban a mis oídos, pero era incapaz de procesarlas.

—Aun no entiendo qué te paso, María Camila, tuviste la oportunidad de enfrentarte a aquel hombre — se sentó frente a mí.

—Te dije que lo hablaríamos cuando estuviese preparada.

— ¡Han pasado dos semanas! — alzó la voz, estaba nerviosa.

— ¿Dos semanas ya? — no era consciente del tiempo.

—Llevamos mucho tiempo sin ir al mercado, hemos ido gastando lo que teníamos, necesito una explicación.

Me quedé mirándola sin ser capaz de decir nada. Me pasaban los días tirada en mi cama sin hacer nada, me había convertido en mi propio hermano. La única diferencia entre él y yo era el alcohol. No me sentía orgullosa, pero no tenía fuerzas para nada más. Mi celular no había sonado desde entonces de

parte de Rodrigo y sabía que todo había acabado.

Me daba vergüenza contarle la historia a mi mamá, seguramente se decepcionaría aún más. Evité durante mucho tiempo aquella conversación, pero ya no podía hacerlo más. A lo mejor hablándolo empezaba a superar las cosas de alguna manera, aunque fuese con ella. Carlos Alberto trató de visitarme en alguna que otra ocasión, pero aproveché a mi mamá para que le pusiese alguna excusa.

Sabía que no se lo merecía y que podía ser la persona indicada para hablar, sin embargo, no lo hice. Estaba segura de que me iba a animar a presentarme en casa de Rodrigo a luchar por lo nuestro como si de una telenovela se tratase y yo no tenía fuerzas para eso. Mi cara no solo se tomaría más roja al verlo, sino que saldría corriendo.

—Estoy esperando – dijo impaciente.

—Nos conocíamos... Y no esperé encontrármelo allá.

—Esa parte ya me la sé, te vi la cara, te vi incapaz de actuar, aceptando todo lo que decían... – se notaba decepcionada.

—Una vez me preguntaste que cuándo te hablaría de él... Pues... Ya lo has conocido.

— ¿Son novios? ¿Tú y ese empresario? – no se lo terminaba de creer.

—Yo no hablaría en presente, mamá.

— ¿Cómo han llegado a eso?

Esa era la pregunta más difícil. No me arrepentía de ninguno de los pasos que había dado en mi relación con Rodrigo, eso lo tenía claro. Esas veces sentía que el fin justificaba los medios y no podía parar. Sentirme tan diferente y elegante me hacía volar, y mucho más teniéndolo entre mis brazos.

Mi mamá me miraba, impaciente. Intenté tomar aire para calmarme un poco.

Lo que iba a contar a continuación no hacía sentir orgullosa frente a ella. Se dedicó a presumir de la buena educación que me había proporcionado desde pequeña y me convertí en una auténtica estafadora.

—Por casualidades de la vida lo conocí y él pensó que era otra persona, que llevaba otra clase de vida...

— ¿Qué clase de vida? No me asustes – mi mamá ya estaba pensando lo peor.

—Que era de su clase, que estaba su nivel.

— ¿Cómo así? No entiendo.... No tienes grandes lujos, no vives en una mansión...

—Me vestí elegante y me hice pasar por quien no era, así empezó todo – respondí –. Y el resto te lo puedes imaginar.

Esperé verla más impactada, pero no fue así. Quizás todos estos días atrás se había imaginado un montón de historias en su cabeza y ya no le sorprendía tanto la verdad. Agachó la cabeza, intentando asumir la historia que le había contado. Tenía que procesarla, asumir que dentro de todo lo que había imaginado, esa era la verdad.

—Por eso se sorprendió al verte, porque no te esperaba así... – me miró la ropa que llevaba puesta.

—Él no tenía ni idea de mi verdadera vida... Jamás me hubiese mirado...

—Los hombres no son de fiar y, mucho menos, esos oligarcas.

—Rodrigo no es así – lo defendí sin pensarlo.

—Por eso es por lo que no ha vuelto a llamarte, ¿no?

Aquella frase me dolió. Abrí la boca para intentar decir algo, pero no pude. Mi mamá no había dicho más que la verdad y en el fondo lo sabía. Me había hecho demasiadas promesas de amor, sin embargo, a la hora de la verdad, no

apareció. No iba a quitarme culpas, sabía que había mentido, pero éramos adultos para tener algún tipo de conversación.

Me tumbé de nuevo en el sofá, dejándole ver que no quería seguir hablando. Tenía suficiente con lo que había vivido y necesitaba ir paso a paso con las cosas. Todo pasó demasiado deprisa, sin darme tiempo a asumir nada de lo que había vivido. La situación que teníamos ya estaba cambiando, necesitaba todas las fuerzas del mundo para enfrentarla.



Capítulo 2

No supe cuántas horas me quedé tirada en aquel sofá mirando al techo, pero no fueron pocas. Algo dentro de mí gritaba que tenía que levantarme y actuar, sin embargo, mi cuerpo no reaccionaba. Me enamoré de Rodrigo y de la vida que había inventado, sintiéndome vacía por volver a la de siempre.

Llevaban un buen rato llamando a la puerta, pero ni me molesté en moverme. Mi mamá se apresuró a abrir y, por lo poco que pude escuchar, sabía que no era alguien que le agradaba mucho. En seguida supe que era Carlos Alberto, pues la poca efusividad con la que le había recibido lo decía todo.

Esa vez no puse excusas, lo dejó pasar. A lo mejor le parecía ya demasiada descarada mi actitud y necesitaba que alguien me levantase el ánimo. Me daba pena tener que enfrentarme a él después de haberlo ignorado tanto, pero no podía pasarme la vida escondida. Lo quería tanto como él a mí, así que, lo mejor en esos momentos, era dejar que siguiese siendo uno de los pilares de mi vida.

Me di la vuelta y me quedé mirando hacia el pasillo, esperando que apareciese. Intenté poner una leve sonrisa, intentando disimular todo lo mal que me sentía por dentro. Sabía que con él no valían las máscaras, sabía leer a través de mis ojos sin tener que decir nada. Eso siempre me hacía sentir en desventaja, pero aquel día prefería no tener que explicar mucho.

Al verlo aparecer ante mí, supe que no iba a ser demasiado agradable. No le gustaba ir a mi casa cuando había gente porque siempre se sentía señalado y yo lo había obligado a buscarme una y otra vez. No iba a alejarse de mí por más excusas que le pusieran, sabía que iba a seguir intentándolo por encima de todo. Habíamos creado una amistad difícil de romper y yo estaba fallándole sin más. Me sentía mal, no me gustaba que me mirase así, pero, al fin y al cabo, me lo merecía.

—Hola... – alcancé a decir.

No respondió al instante. Tomó aire y se sentó en una silla que quedaba a mi lado. Se quedó mirándome un buen rato, esperando a que yo empezase la conversación, pero no fue así. No sabía ni por dónde iba a comenzar a arreglar mi vida, mucho menos a conversar con él.

Mi mamá nos miró como si fuésemos dos tontos y se fue negando con la cabeza hacia su habitación. Parecíamos dos novios enfadados que no sabían cómo arreglar las cosas, aunque estaba feliz de verlo. Su cara se había curado bastante bien y ya no se le notaban apenas las heridas que le habían causado.

— ¿Te vas a quedar ahí, tumbada, sin decir nada? – preguntó rompiendo el silencio que había entre los dos.

—No sé qué decir... – respondí.

—Al menos, no sé, discúlpate por todos estos días en los que no has querido verme.

—No me siento bien, Carlos Alberto, no quería ver a nadie.

—Pensé que yo sí era alguien para ti.

—Sabes que sí... – me incorporé y me senté en el sofá – Han sido demasiadas cosas...Ya las sabrás todas.

Teníamos muchos amigos y conocidos en común, así que sabía que ya se

había hablado demasiado del tema. Por más que hubiesen aceptado, totalmente resignados, las condiciones, al igual que yo, me echaban las culpas. Les di mucha fuerza y poder para enfrentar la situación y al final salimos perdiendo, igual que siempre.

—No te voy a negar que me han contado algo, pero me interesa más lo que tengas que decir tú.

—Simplemente me quedé allí, como una tonta, aceptando todo y les dije que no había más que hacer...

— ¿Qué pasó? ¿Por qué te resignaste tan pronto?

—Era Rodrigo – dije simplemente.

— ¿Era Rodrigo qué? ¿El que te dijo que lo hicieras así?

—No, él era la persona con la que tenía que negociar.

Carlos Alberto me miró extrañado, asimilando la información. E imaginé que no terminaba de entender bien lo que le había dicho, así que tomé aire y empecé a contarle todo lo que recordaba.

—No tenía ni idea de que él llevaba ese proyecto y, por supuesto, él no tenía ni idea de que yo lideraba toda esa protesta.

— ¿Os encontrasteis allá? ¿Sin saber nada?

—El día anterior no dejamos a las máquinas trabajar y amenacé con volver al día siguiente, así que decidió personarse para llegar a un acuerdo pacífico, pero jamás me pude imaginar que el dueño de todo eso fuese él.

— ¿No te había comentado nada?

—No hablábamos mucho sobre el trabajo, estábamos apenas empezando la relación... Yo tampoco indagué mucho...

—Debe haber sido un encuentro muy brusco.

—Imagínate mi cara cuando se dio la vuelta y vi la suya.

- Ahora entiendo un poco mejor todo, tenías que habérmelo dicho.
- Me muero de la vergüenza solo al recordarlo, imagínate al contarlo.

La cara de mi amigo era todo un poema. Se quedó un rato pensativo, intentando buscar las palabras correctas para seguir con la conversación.

- Imagino que te quedaste en shock, que por eso aceptaste todo.
- Rodrigo estaba igual, las palabras del abogado llegaban a mí como una especie de eco y no era capaz de procesarlo
- ¿Él tampoco habló?
- Se dedicó a mirarme, al igual que yo a él, mientras aquel señor hablaba todo y yo asentía con la cabeza.
- Imagino entonces cómo os podéis sentir – se acercó a mí y me abrazó –. Lo siento....
- Desde entonces no hemos hablado, todo se acabó.
- Pero os queréis, tenéis que salvarlo... Debes intentarlo.

Había tardado poco en animarme a actuar como la protagonista de un cuento. Aquello era la vida real, no íbamos a reconciliarnos solo por mirarnos de nuevo a la cara.

- Le mentí, descubrió que soy otra, me vio así vestida... He sido una estafa para él.
- Intentaste ser otra porque lo querías, debería valorarlo.
- Ya todo se acabó... Y, además, todos están en contra de mí.
- No... Simplemente piensan que te rendiste muy rápido, pero sabiendo la historia, ahora entiendo por qué.
- Nos ofrecieron reubicarnos y, aunque todavía no ha pasado nada, espero que sea así – dije segura –. Rodrigo no es como los demás.
- Ya sabes que la gente se desespera demasiado rápido, si dices que él es

así, seguramente acaba cumpliendo su promesa.

—Si llega a ser otra persona, le hubiese exigido mucho más, incluso que se fuese, pero al ver a Rodrigo, me sentí débil.

—No te culpes más – me abrazó de nuevo –, las cosas van a salir bien.

Me quede allá, dedicada a recibir cariño. Hacía demasiados días que no sentía el calor de nadie y era demasiado agradable. Carlos Alberto era sincero conmigo, con sus sentimientos y sus consejos, debía tenerlo siempre cerca. Me daba pena admitir todo lo que había pasado, pero tenía que asumirlo.

Con la ayuda de mi amigo y un poco de fuerza de voluntad podría salir de aquello. Un simple abrazo comenzaba a darme la energía, aunque necesitaba y el haberme desahogado me hacía sentir mejor. Solo necesitaba escuchar de parte de alguien que las cosas iban a salir bien para llenar un poco con optimismo el vacío que sentía.



Capítulo 3

Había pasado un par de días y me encontraba en mi habitación escuchando algo de música. Carlos Alberto había venido a visitarme continuamente, ayudándome a mejorar mi estado de ánimo. Lo de Rodrigo me seguía doliendo, pero podía ser capaz de sonreír un poco. Mi amor por él había sido completamente sincero, con esa parte de la historia me sentía tranquila.

Mi celular comenzó a sonar, sacándome del mundo interior donde me encontraba. El número no era conocido, así que descolgué igualmente. Me daba un poco igual quién se interesara en llamarme, no tenía mejores cosas que hacer. Apenas teníamos encargos y el trabajo ya no me quitaba la mayor parte de mi tiempo.

— ¿Aló?

— ¿Hablo con la señorita María Camila?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy el abogado Ramírez.

Mi corazón empezó a latir incontrolablemente.

—Hola... – respondí.

—Quería comunicarle que la reubicación del mercado se va a efectuar en estos días.

- ¿Cómo así? ¿Ya tenemos sitio para comenzar a trabajar?
- Sí, así que, si fuera tan amable, me gustaría que me proporcionara su dirección para mandarle todos los papees con las condiciones de las que hablamos y la nueva reubicación.
- ¿Por qué no me dice la dirección sin más?
- Esta nueva reubicación también cuenta con algunas condiciones por parte del propietario del terreno, debe firmarlas si está de acuerdo y devolvérmelas.
- ¿Condiciones? No entiendo... – me sentía un poco perdida.
- Pronto lo entenderá, lo importante es que el trabajo por nuestra parte está hecho.

No sabía muy bien qué iba a pasar, pero no quería poner problemas. Sabía que cuando hablaba de su trabajo, también se refería a Rodrigo, así que no iba a ponerle impedimentos. Quería saber primero qué iba a recibir antes de ponerme a la defensiva. Delante de ellos perdí todo el poder y autoridad que creía tener, así que podía hacer poco.

Le di todos mis datos y nos despedimos cordialmente. El abogado de Rodrigo me había parecido un buen hombre al principio, sin embargo, después descubrí que no. Se aprovechó de mi debilidad y resolvió todo a su favor. Sabía que ese era su trabajo, pero no me parecía nada moral. Tenía que haberse planteado un poco nuestra situación, aunque nosotros éramos un sector de la sociedad invisible.

Salí de mi habitación con la intención de contárselo a mi mamá. Quería que supiera que al menos íbamos avanzando y que pronto estaríamos de nuevo en funcionamiento. La encontré en la cocina haciendo el almuerzo, con la misma actitud de siempre. La cabeza agachada y la expresión de su cara digna de un funeral. Me había sentido orgullosa del cambio que provoqué en ella esos

días, pero todo había vuelto a su lugar.

—Me ha llamado el abogado Ramírez – cogí una silla y me senté.

Mi mamá siguió cocinando como si nada. O bien estaba sorda o quería hacerse la tonta.

—Mamá – la llamé.

—Dime, María Camila – se giró.

—He dicho que me ha llamado el abogado Ramírez.

—Aja, te escuché.

— ¿Por qué no contestas?

—Estaba esperando a que me diceses la mala noticia.

Tenía que haber esperado eso de ella. Para mi mamá no existían las cosas buenas y aquello no era la excepción. Si alguna vez creyó en mí y en el mercado, después de la decepción, jamás volvería a hacerlo.

—Dice que la reubicación está lista, pronto estaremos trabajando.

— ¿Y dónde es?

—Aún no lo sé, tengo que recibir algunos papeles.

—Ya... – se giró de nuevo y siguió cocinando.

Esperaba que aquella noticia le diese algún tipo de esperanza. A lo mejor, cuando llegasen los papeles y todo se fuese resolviendo, pondría mejor cara. De todos modos, necesitaba de su ayuda para comunicarles la situación a todos los demás. Me daba un poco de pena llamarlos, no me sentía con fuerzas.

— ¿Vas a llamar a la señora Rosa?

— ¿Para qué?

—Para decirle que ya todo está próximo a resolverse.

—Prefiero esperar a que lleguen los papeles que dices, no quiero dar falsas esperanzas.

—Seguramente es un buen sitio, Rodrigo....

—No quiero oír ese nombre en mi casa – no me dejó terminar la frase.

Era la primera vez que mostraba aquel tipo de rechazo por él. Sabía que era el empresario que nos había echado, el que iba a construir, pero no sentía que fuese una mala persona. Era su trabajo, su proyecto y, a pesar de todo, intentó hacerlo de forma pacífica, dándonos otras oportunidades.

No me atreví a replicarle nada. Podía pasarme horas explicándole la situación que ella no abriría su mente. Cuando a mi mamá se le metía a alguien entre ceja y ceja, no había nada que hacer. De todos modos, Rodrigo había desaparecido de mi vida y en un futuro no sería más que una anécdota.

Me arrepentía profundamente de no haberme interesado más por sus cosas. Seguramente me hubiese enterado de que él era el hombre que andaba detrás del mercado y las cosas serían completamente diferentes. Ni una sola vez sospeché, al igual que él tampoco de mí.

Me imagino que debió ser impactante verme. Había conocido a Rodrigo lo suficiente para saber que seguramente no daba crédito y se sentía estafado. Sus sentimientos habían sido completamente verdaderos, como los míos, de eso estaba segura. Yo ya no era la mujer que él se pensaba y seguramente tenía un enfrentamiento entre su corazón y su mente.

Estuve tentada en más de una ocasión en llamarlo, pero no sabía qué iba a decir. Me sentiría bastante mal, de entrada, no respondía o, si de hacerlo, empezaba a reprocharme todo lo nuestro. Esperaba que en el fondo de su corazón tuviese claro que, aunque le había mentado en todo, mis sentimientos sí eran verdaderos. Quise a Rodrigo como nunca había querido a nadie y

deseaba con todas mis fuerzas que mi futuro fuese con él.

Nunca supe cómo iba a resolver las mentiras que había creado y la vida que empecé a llevar, pero jamás pensé que sería de aquella forma. Quizás la vida me estaba dando un escarmiento y pagué de la peor de las maneras mis actos. Había sido una mentirosa compulsiva y estaba recibiendo el castigo que me merecía. Rodrigo había desaparecido de mi vida, pero, al menos, me sentía feliz de haber tenido la oportunidad de amarlo.



Capítulo 4

Nunca había sido una chica de dormir mucho y en aquel tiempo mucho menos. Las noches se me hacían completamente eternas. Daba vueltas y vueltas sin parar, teniendo todo tipo de pesadillas y pasando horas y horas sin poder conciliar el sueño. Mi conciencia no estaba tranquila y me lo hacía saber continuamente.

Estaba sosteniendo un café bien caliente entre mis manos. Aquel aroma me hacía sentir un poco mejor y era el elixir que hacía que tuviera algo de fuerzas para sobrellevar el día. Me hubiese encantado tener muchísimo trabajo para ocupar la mente, pero las bolsas de ropa escaseaban.

Recordaba que, no hacía muchos días, teníamos el salón lleno de ropa para arreglar. Eso ya no pasaba, ya no había casi nada. El teléfono de mi mamá no sonaba y yo no tenía fuerzas para buscar clientes. Alguna vez que otra me animaba a mí misma a salir hacia adelante, pero no me respondía el cuerpo. Me había convertido en otra carga para mi mamá y no sabía cómo ponerle fin.

No recuerdo bien la hora a la que llamaron a la puerta aquel día, pero sí supe que era demasiado temprano. Dudé un poco entre abrir o no, pero finalmente me decidí. Encontré un señor de mediana edad que sujetaba un gran sobre verde entre sus manos. No respondió a mi saludo, se limitó a entregármelo y

a hacerme firmar un recibo de entrega. Con las mismas, se fue sin decir nada.

Me senté de nuevo en el sofá y puse el sobre delante de mí. Mi mamá ya se había levantado, seguramente al notar que habían llamado a la puerta y se encontraba allí. Me vio dejar el sobre y sentarme como si nada. Sabía que, con su presencia, mirándome, estaba esperando que lo abriese, pero no sabía si me interesaba lo que ponía allí.

— ¿Vas a abrirlo tú o lo tengo que hacer yo? — preguntó.

—No sé si quiero leerlo ahora, estoy tranquila.

—María Camila, me pones demasiado nerviosa.

—Ábrelo tú, así me quitas algo de estrés.

Se acercó rápidamente y lo abrió. Podía leer en su cara que lo que ponía no le gustaba nada, pero no decía mucho más. Seguía leyendo papel tras papel, poniendo muecas cada vez menos esperanzadoras. Me daba miedo preguntar, no sabía si quería enfrentarme a otras noticias.

De vez en cuando volvía a releer en voz baja los mismos párrafos. Mi mamá no era del todo analfabeta, pero había ido poco a la escuela. Desde pequeña la habían puesto a trabajar duro y su comprensión lectora no era demasiado alta, sin embargo, seguramente entendía de una sola vez todo lo que ponía.

—Pues... Nos van a reubicar — dijo al aire.

—Ajá — respondí.

—Aunque, no creo que a los demás les guste saber que solo podemos abrir el mercado tres veces en semana.

—Dime que eso es broma, mamá — no me lo terminaba de creer.

— ¿Crees que tengo ganas de eso? ¿De bromear? — me miró seriamente.

Se levantó y empezó a dar vueltas como hacía siempre que estaba preocupada.

- ¿Tres veces a la semana? ¿Qué pretenden que hagamos con eso?
- Al menos podemos empezar a trabajar ya...
- ¡Sabes que eso no es suficiente, María Camilla! – no podía dejar de estar enfadada conmigo.
- Me tratas como si tuviera la culpa de todo, yo no monté el mercado, yo no mandé máquinas a destruir el terreno, me limité a defenderlo.
- ¿Defenderlo? Te quedaste allá, quieta, mientras te organizaban todo.
- No soy la responsable de nada de lo que ha pasado, ¡deja de tratarme así! – alcé la voz.
- No me hables así, no seas grosera – exigió.
- Es lo único que tenemos ahora, así que llamas y tendremos que aceptar todo lo que se nos ha presentado, no hay más – dije firmemente.
- Ya te dije que no es suficiente
- Menos productivas somos aquí, al menos tomemos la oportunidad y ya veremos cómo salimos adelante.

Me levanté y me fui hacia a cocina a servirme otro café. Empezaba a odiar que todo el mundo me culpase cuando no había hecho nada. Podía reconocer que no actué, que no le enfrenté, que dejé que pusiesen las condiciones, pero todo me cogió por sorpresa.

Ellos también se quedaron allá mientras mi mamá les decía que habíamos aceptado una reubicación a cambio de dejar el escándalo. Podían haber alzado la voz en vez de culpar a alguien de las cosas. Era demasiado fácil señalar a alguien y hacerlo responsables de las situaciones por las que luchar. Se habían atrevido a moverse porque entre la señora Rosa y yo habíamos cogido las riendas, pero habían demostrado que, de lo contrario, estarían sin nada. Conseguí que todo fuese de forma pacífica y que nadie sufriese agresiones.

El lugar donde nos iban a reubicar no quedaba tan alejado del otro y, aunque no pudiéramos abrir todos los días de la semana, a lo mejor no nos iba tan mal. Estaba harta de las malas noticias y de que todos me señalasen con el dedo por que sí. Lo hice lo mejor que pude mientras estuvo en mis manos, no podía volver al pasado a cambiar las cosas.

—En la carta dice que podemos empezar en un par de días – mi mamá apareció en la cocina, hablándome más calmada.

—Entonces, allá estaremos.... Nosotras y los que quieran acompañarnos.

—La gente no perderá la oportunidad de ganar plata, aunque al principio no les guste la idea.

—Eso espero.

Cogí mi taza de café y regresé a mi habitación. Sabía que mi mamá quería seguir hablando del tema, pero yo no tenía ganas. Tenía que centrarme porque en breve volveríamos al mercado y debíamos ganar plata. En la casa ya apenas quedaba nada en la nevera y el arroz se había convertido casi en el único ingrediente presente en el plato.

Debíamos seguir manteniendo la casa y nuestras vidas. Sabía que no iba a ser nada cómodo volver al mercado, con todas las miradas que iba a recibir, pero ya me daba igual. Mi vida dejó de tener sentido y lo único que podía hacer era trabajar. Me iba a dedicar de lleno a lo único que sabía hacer y a rezar porque el tiempo pasara rápido y curara las heridas lo más pronto posible.



Capítulo 5

Aquellos días mi mamá se encargó de dar la noticia mientras yo seguía mirando mi celular desesperadamente. Pensaba que quizás, en algún momento, Rodrigo podría llamar y quería estar pendiente, pero eso no sucedió. Nunca recibí ni un solo mensaje ni una llamada y yo tampoco me atreví a hacerlo.

El día en el que empezaríamos a trabajar en el nuevo mercado había llegado y ya nos dirigíamos hacia allá. Todo lo que había sucedido días atrás parecía solo un sueño que se tornó en una horrible pesadilla. Con el paso del tiempo, todo iba perdiendo intensidad y mi corazón se iba recuperando sin querer. Sentía lo mismo por Rodrigo, pero había tenido tiempo para lamerme las heridas. No esperaba que todo eso acabase con un final feliz, aunque, al menos, con una conversación en la que pudiera explicarme.

Podía haberlo llamado, pero me sentía demasiado avergonzada. Tenía que dejar que pasase más el tiempo, que las cosas quedaran en un simple recuerdo. No iba a ser fácil olvidar a Rodrigo porque él vivía dentro de mi mente y de mi corazón, sin embargo, podía quedarme solo con las cosas buenas, olvidando lo malo. Mi sensación de vergüenza debía quedar en el fondo de mis recuerdos y pensar solo en los momentos en los que nos amamos sin pensarlo.

— ¿Has traído todo? – preguntó mi mamá nerviosa.

—Sí, tranquila.

—Espero que este primer día salga bien.

—Ya verás que sí – respondí desinteresada.

No tenía ninguna gana de ir. Sabía que para ella era un momento importante

porque íbamos a empezar de nuevo, reencontrándonos con todos nuestros compañeros de mercado. Habían aceptado a regañadientes el abrir solamente tres días a la semana, ya no tenían más opciones. Era mejor intentar vender algo que quedarse en la casa sin hacer nada. Sabía que muchos de ellos se habían negado y que ya no iban a aparecer por allá.

No tardamos mucho en llegar al sitio, no quedaba excesivamente lejos del otro. Nos bajamos del bus, cargadas de todo lo necesario para exponer la mercancía. Mi mamá siempre llevaba un par de sillas y una mesa alargada plegable y yo las bolsas de ropa. Podíamos ocupar medio autobús en cada trayecto, pero los conductores ya nos conocían y apenas ponían problemas.

Empecé a ver que los demás ya habían llegado y estaban instalándose. La organización del mercado era diferente y ya no estábamos cerca de los de siempre, pues nos tocó coger el primer lugar vacío que vimos. No veía tan difícil que los mismos clientes volvieran a visitarnos y solo tendrían que habitarse a la nueva distribución. No lo consideraba demasiado complicado, seguramente pronto volveríamos a tener éxito.

Se notaba que aquellas personas no estaban de buen humor, apenas hablaban las unas con las otras. Intenté saludar, como siempre, a todos, comprobando que ya no era del agrado de muchos. Ni se habían dignado a levantar la cabeza a mi paso ni a responder a mis saludos. Tenía que hacer un gran ejercicio mental para que no me afectase y poder sobre llevarlo.

Si ellos pensaban que podían ser mejores que yo, tenían que haberse puesto al frente. A pesar de que dije que sí a todo a la primera, sin protestar y sin luchar, tampoco nos hubieran dejado muchas opciones. Lo único que buscaban era dejar los disturbios a un lado y seguir con su proyecto. Un montón de gente humilde luchando por un mercado de aquellas

características no le importaba.

Me dediqué a montar nuestro puesto de venta y esperar a los clientes. Tenía que poner la mejor de las sonrisas para atraer a la mayor cantidad de gente posible y poder sacar todo. La ropa la obteníamos de almacenes grandes al por mayor y no la podíamos vender muy costosa, así que teníamos que despacharla rápidamente para ver ganancias.

El día fue pasando y apenas apareció nadie. A lo mejor no se habían dado cuenta de que estábamos allá y necesitaban tiempo para apartarse. Podía mirar como la gente empezaba a chismosear entre ellos y los ánimos iban cayendo. Casi nadie había conseguido vender mucho y la tarde se nos había echado encima.

—Esto es un absoluto desastre – dijo mi mamá.

—Tenemos que darles tiempo a las cosas.

— ¿Con 3 días a la semana? ¿Sin dar estabilidad?

—Sé que nos ha ido mal, pero pronto remontaremos.

—Esto no está saliendo nada bien – negaba una y otra vez la cabeza, con los brazos cruzados.

Pude ver cómo empezaban a recoger e iban marchándose poco a poco. Me negaba a rendirme tan rápido como había hecho con Rodrigo y me quedé allá, esperando a que las cosas cambiaran. Mi mamá ya no tenía ningún ánimo y empezó a imitar a los demás. En su cara se podía ver perfectamente la decepción por todo lo que estaba pasando.

—No, mamá, no recojas – ordené.

— ¿Quieres quedarte aquí sola? Todos se están yendo.

—Seguramente la situación vaya a mejor, tenemos que aguantar.

—No estoy para estos juegos, estoy perdiendo tiempo y plata – dijo

malhumorada –, debemos buscarnos otro empleo.

– ¿Y qué vamos a hacer? – pregunté enfadada – Llevamos haciendo esto toda la vida.

–No lo sé, pero aquí no hacemos nada.

Siguió recogiendo y, aunque me sentía un poco enfadada, no tuve más remedio que ayudarla. Apenas ya quedaba nadie y estaba claro que no iban a venir muchos más clientes. El día prometía ser bueno, prometía recuperar el ambiente del mercado, pero no fue así. Estuvo todo prácticamente desierto, con las ventas por el suelo.

–He oído que algunos vendrán el próximo día, pero no tienen esperanzas
– dijo mi mamá mientras terminábamos.

– ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer? – pregunté.

–Voy a darle una última oportunidad y, si todo sale igual, se acabó el mercado para mí.

Me dio bastante lástima tener que oír eso. El mercado había sido nuestro medio de vida desde que tenía conocimiento y había crecido en eso. Podía recordar perfectamente el ambiente y cómo se convirtió en nuestra rutina diaria. Mi mamá y yo compartimos demasiado tiempo allá, juntas, luchando codo con codo.

No tardamos mucho en recoger lo que habíamos puesto y volvimos a esperar el bus de vuelta. Nunca tuvimos en todos aquellos años un día en el que volviésemos prácticamente con toda la mercancía, sin esperanzas de poder sacarle el beneficio que nos merecíamos. Apenas habíamos vendido para sobrevivir un día más y eso no levantaba el ánimo de nadie.

Mi mamá era demasiado mayor para encontrar un empleo en cualquier empresa y yo no tenía experiencia con nada. Nosotras sabíamos coser y

vender ropa, nada más. Tenía que empezar a pensar de qué manera podíamos avivar el mercado o mejorar nuestro negocio, pero no podía quedarme mirando la vida pasar sin luchar por salir adelante.



Capítulo

6

El camino de regreso a casa fue bastante silencioso. Ni mi mamá ni yo dijimos absolutamente nada, se notaba que nuestro ánimo estaba mermado. No quise distraerla con ninguna otra conversación porque sabía que no lo iba a conseguir y, además, yo tampoco tenía ganas. No podíamos hacer más que tener fe en que todo iría resolviéndose, pero no podíamos evitar sentirnos destruidas.

Dejamos todas las bolsas y demás enseres en el salón mientras terminábamos de organizar un poco la casa para la cena. Nos íbamos demasiado temprano y casi nunca nos daba tiempo a limpiar, así que nos tocaba hacerlo al llegar porque José era incapaz de lavar un plato. Mi mamá había hecho que me acostumbrase a eso, pero no tardé en replantearme por qué él no hacía nada, aunque por más que protestase, ella siempre lo defendía.

En todos mis años de vida solo recordaba un trabajo que tuvo. Lo contrataron como cajero en un supermercado que quedaba cerca de la casa y no estuvo allá más de una semana. Nunca dijo por qué lo despidieron, pero no hizo falta. La gente comenzó a hablar acerca de que robaba dinero y nunca lo puse en duda, José era mentiroso, un ladrón y un borracho empedernido.

– María Camila – mi mamá me llamó desde la cocina.

Me acerqué hasta allá para ver qué quería. Siempre me había preguntado por qué me llamaba por mi nombre completo y no por algo más cariñoso. Cuando era pequeña y vivíamos todos juntos, siempre me llamaba princesa, pero desde que mi padre salió por la puerta, todo eso acabó. Dejó de ser una mujer cariñosa para convertirse en una especie de sargento. Sabía que la vida no le había pagado como se merecía, pero los demás tuvimos que vivir las consecuencias.

- ¿Señora? – dije al entrar.
- Termina la comida, voy a lavar algo de ropa, con suerte se secará mañana.

Saqué un paquete de arroz para echarlo en la olla y acompañarlo de un par de huevos. Hacía algunos días que no podíamos comprar algo de carne, pero al menos teníamos con qué defendernos. Me limité a dejar mis pensamientos a un lado y centrarme en lo que estaba haciendo, si no, me iba a volver loca. Rodrigo y el mercado tenían que desaparecer poco a poco de mis recuerdos, necesitaba empezar de nuevo de alguna forma.

José llegó a la casa. Me pude dar cuenta rápidamente porque venía hablando en voz demasiado alta. No hacía falta saber que se había hartado de beber, lo podía intuir perfectamente. A veces ni se entendía bien lo que decía y, otras tantas, las cosas carecían de sentido alguno. Estaba mamada de aquellos comportamientos, pero si mi mamá no le ponía freno, yo no podía hacer nada.

Me asomé a la puerta de la cocina a mirarlo. A veces me daba un poco de miedo cuando llegaba tan borracho, temía que algún día se pusiese a destrozar el mobiliario. Mi mamá sabía ponerle freno, de eso estaba segura, sin embargo, me gustaba controlarlo. José había ido cada vez a peor y en

cualquier momento podía ponerse violento. Alguna que otra vez se había enfrentado a mí y, aunque nunca habíamos llegado a mayores, podíamos acabar mal.

Pude ver cómo se ponía a buscar plata en una caja que teníamos arriba del televisor. Mi mamá sabía que el cogía la plata de ahí y la seguía poniendo, como para satisfacer sus adicciones y que no pusiese problemas. Por primera vez, allí dentro no había mucho que coger, así que empezó a desesperarse. Se notaba que la nuca empezaba a sudarle y comenzaba a ponerse rojo sin poder controlarlo. No tenía de dónde pagar sus bebidas, no tenía cómo seguir consumiendo.

– ¿Dónde está la plata? – gritó.

Mi mamá apareció corriendo en la sala a hablar con él. Sabía que no había casi nada y apenas teníamos para comer, así que me quedé a ver qué hacía para convencerlo. Ella no se daba cuenta que a José no le importaba nada, que lo único para lo que la quería era para que lo mantuviese, pero el amor siempre fue ciego. Aquel hombre, hecho y derecho, que tenía que convertirse en el hombre de la casa, no fue más que una carga para las dos.

– ¿Dónde está la plata? – le gritó esta vez a ella.

Mi mamá comenzó a explicarle que las cosas en el trabajo no habían ido bien, que apenas teníamos nada. Podía verse perfectamente que hablar con él era como hacerlo con una pared, no servía absolutamente para nada. Seguía buscando plata en el bolso de mi mamá y en cualquier rincón que se lo ocurría mientras la ignoraba.

- No hay plata, José, ve a descansar.
- ¡Estáis escondiéndola! – gritaba.
- Eso no es así, hijo, no tenemos apenas.

– ¡Dame la plata! – seguía gritando mientras levantaba hasta los cojines del sofá.

En ese momento empecé a sentir una rabia interior incontrolable. Ese hombre, a pesar de llevar mi misma sangre, no era nadie para exigirnos plata. No había hecho nada en la vida para ayudarnos a mantener la casa y no estaba dispuesta a seguir soportándolo. Mi vida se había vuelto un absoluto caos y lo que menos necesitaba era tener a alguien así en ella.

– Vete de la casa, haznos un favor a todos – dije mirándolo.
– Ya llegó la que faltaba – me dedicó una mirada amenazante.
– ¿Quién te crees que eres para venir exigiendo plata? ¿Acaso tienes un empleo? ¿Acaso colaboras en algo? – quería explotar con él.

Se acercó a mí rápidamente y quedamos el uno frente al otro, mirándonos con rabia. Yo lo odiaba cada día más, no lo soportaba. Estaba completamente segura de que él sentía lo mismo por mí y que algún día no íbamos a acabar bien. Nuestros enfrentamientos cada vez eran peores y cuanto más mayor nos hacíamos, menos podíamos convivir.

– Eres tú quien la esconde, ¿no?
– No tenemos, ¿o acaso no te das cuenta de que apenas nos alcanza para comer?, no seas bruto.
– ¡Dame la plata! – gritaba sin escuchar lo que le decía.
– ¡Que te largues! ¡Vete! – le grité encarándome con él.

Me cogió del brazo fuertemente y me zarandeó hasta el salón. Mi mamá y yo tratábamos de soltar mi brazo, pero él era mucho más fuerte que nosotras. Me sentía como un muñeco, indefenso, mientras él hacía conmigo lo que se le daba la gana.

– ¿Dónde está? – preguntaba sin soltarme.

- ¡Suéltame! – le gritaba.
- José, hijo, suéltala, hágame el favor – le decía mi madre, calmada.
- ¿Dónde está? ¡Dámela! – gritaba como un loco poseído por el diablo.
- ¡No tengo! – grité a la vez que le golpeaba el brazo para que me soltase.

Él seguía haciendo fuerza y a mí cada vez me dolía más. No sabía cómo parar esa situación, se le estaba yendo de las manos.

- O me la das o te pegaré una golpiza como a tu amigo, el marica ese.

Aquellas palabras me sentaron como mil puñaladas en el corazón. Jamás se me hubiese pasado por la mente que él hubiese participado en un acto tan rastrero, pero ya no podía esperar mucho más de él. La rabia se multiplicó por mil y empecé a actuar como una auténtica loca. Empecé a golpearlo con todas mis fuerzas mientras lo maldecía, pero no era suficiente contra él.

Sin esperármelo, en un solo segundo, me golpeó con el puño duramente en la cara. Se había atrevido a golpearme mientras intentaba defenderme de aquella bestia. En ese momento caí al suelo, y cuando mi mamá me ayudó a levantarme, la sangre empezó a caer. No sabía bien de dónde venía, lo único que tenía claro es que no había sentido mayor dolor en mi vida.

Lo miré desafiante, como si no me doliese nada y se abalanzó encima de mí. Apenas recuerdo mucho más, solo sé que salí de casa como pude. Aquel borracho podía hacerme mucho más daño y yo ya no tenía fuerzas para defenderme. Era la primera vez que temía por mi vida, tenía que huir sin mirar atrás.



Capítulo 7

No derramé ni una sola lágrima. Lo que José me hizo ya no despertaba ningún sentimiento en mí. Era tal el desprecio y el odio que le tenía que no sentía nada por él. Que me pegase cualquier otra persona podía dolerme, pero él no significaba nada para mí. Lo que me había hecho no tenía perdón de Dios y lo iba a pagar caro en algún momento de su vida. Ya no solo era un borracho y un ladrón, sino que se había convertido en un maltratador.

A lo mejor siempre lo había sido y como nunca le faltó la plata, no le hizo falta demostrar aquel carácter. Debía tener algo muy podrido dentro de su corazón para que el alcohol fuese lo único que le calmase y le hiciese feliz. No tenía demasiado claro si el abandono de mi papá le afectó de tal manera o era otra cosa, lo cierto es que pagamos hasta la última consecuencia.

Llegué a casa de Carlos Alberto, con la cara sangrando. Me había tocado un poco y lo que más me dolía era la nariz, así que supuse que venía de ahí. Seguramente en poco tiempo se me empezaría a poner morada y no tenía claro si estaba rota o no. Llamé varias veces a la puerta, tratando de limpiármela un poco con la ropa para no asustar a mi amigo.

Al principio no obtuve respuesta, pero pronto me abrió la puerta su papá. No se inmutó al verme, actuó como siempre. Esperaba que al menos me hubiese preguntado por qué estaba así, pero se quedó ahí, quieto, esperando a que yo hablara.

- ¿Está Carlos Alberto? – pregunté.
- No se encuentra – respondió sin más.

– Está bien... Pasaré más tarde....

Esperé que en algún momento tuviese la amabilidad de dejarme pasar, pero no tenía intención. Nunca había sido demasiado agradable, sin embargo, había empeorado bastante. Se me pasó por la cabeza pensar que quizás sabía más de lo que había contado. José confesó que le había dado la golpiza a Carlos Alberto y mi amigo me contó que su papá lo metió malherido en la casa, así que lo único que podía pensar es que él supiera que fue mi hermano y eso le llevase a actuar así; no tenía otra explicación para eso.

Aquel rechazo y el no encontrar a Carlos Alberto para sentirme protegida, me dolió más que los golpes de José. Con aquella lluvia intensa estaba completamente empapada y no sabía dónde acudir. La noche había caído hacía mucho rato y la gente estaba resguardada en sus hogares. Empecé a caminar sin rumbo, derramando mil lágrimas a través de mis ojos.

Cuando ya no me sentía con más fuerzas, me senté al lado de un muro abandonado con la cabeza agachada. El agua caía sobre mí como si no fuese nadie, como si al mundo no le importase mi existencia. No podía parar de pensar en todo lo que sentía, en todo el odio que albergaba en mi interior hacia ese hombre que se hacía llamar hermano. Me había echado de la casa a golpes y me encontraba indefensa en mitad de una calle por la que no pasaba ni un alma.

Sentía miedo de lo que me podía pasar, pero no tenía fuerzas para enfrentar la vida. Con Rodrigo todo había acabado, el mercado no funcionaba y me sentía completamente desamparada. Cuando llevaba a cabo el papel de la otra María Camila, la mujer refinada y de alta sociedad, creía que era alguien, pero finalmente no era más que aquella mujer tirada en la calle.

– ¿Está bien? – escuché una voz cerca de mí.

Ni respondí ni levanté la cabeza. No quería hablar con nadie ni saber nada del resto de mundo. Quería quedarme allí, mojada y llorando, sin nada más que hacer. Mi vida no tenía sentido y mi existencia ya no me importaba, la mujer fuerte y con carácter que alguna vez había sido desapareció por completo a base de decepciones y golpes.

- ¿Estás bien? – preguntó de nuevo aquella mujer.
- Déjeme... Váyase – dije de mala gana.
- Va a enfermarse si sigue ahí, ¿por qué no deja que la ayude?

Levanté la cabeza y tomé fuerzas para gritarle que se fuese, pero no pude hacerlo. Aquella mujer me resultaba conocida, la había visto antes. Ella también se sorprendió al comprobar quién era yo, no se lo esperaba para nada. Supe enseguida que se trataba de Teresa, la empleada que ayudaba a Carlos Alberto en la casa.

- ¿Señorita Camila? – preguntó extrañada.
- Yo no soy señorita ni nada... – respondí.
- ¿Qué hace aquí? ¿Qué le ha pasado? – estaba realmente preocupada.

Me quedé callada un rato, dudando si debía aceptar hablar con ella. Me conocía y estaba preocupada por mí, pero no podía irme con ella. Si Rodrigo se enteraba de mi situación, mi autoestima estaría aún más baja. Necesitaba que se alejase, que me dejara resolver mis propios problemas.

- Váyase, Teresa, no hace nada aquí, no me puede ayudar – lloraba sin poder evitarlo.
- Déjeme que la ayude, por favor, venga a casa – intentó levantarme, pero no la dejé.
- ¡Vete! – grité para asustarla, pero no quería hacerlo.

Me miró con lástima y empezó a alejarse de mí. No quería tratarla así de ninguna manera, pero no tenía ganas de explicarle nada de mi vida. Seguramente ya sabía todo lo que había pasado con Rodrigo y no quería dar más pena aún. Necesitaba que todo el mundo me olvidase, que María Camila desapareciera de la vida de todos.

No pude evitar mirar cómo Teresa se iba sin sentirme un poco arrepentida. En parte necesitaba sentir apoyo y calor de parte de alguien, pero ella me parecía la persona menos indicada. No sabía siquiera que vivía cerca de mí, jamás me había fijado en ella. Me asustaba bastante que le dijera a Rodrigo que estaba en su casa y él le regañara o la echara sin más. Estaba segura de que me odiaba y de que se había encargado de hablar de todo lo que pasó.

Quise levantarme para caminar y alejarme aún más de allá para no encontrar a nadie, pero no pude. Me había quedado sin fuerzas después de los golpes y me sentía terriblemente cansada. En casa habíamos comido bastante mal aquellos días por la falta de plata, así que no tenía energía almacenada. Me sentía dolida, hambrienta y hundida, como si fuera la peor porquería del mundo.

Me quedé allí sentada y agradecí que la lluvia menguase un poco, aunque empezaba a hacer frío. La ropa, que tenía empapada, estaba pegada a mi cuerpo y con la brisa empezaba a temblar sin querer. Podía enfermarme en cualquier momento, pero ya no sabía dónde podía ir. Me sentía completamente desorientada, así que agaché la cabeza de nuevo y me limité a esperar a que el tiempo pasase sin más.



Capítulo 8

No sé cuánto tiempo pasó, me quedé un poco adormilada por el cansancio. Pude escuchar que un carro se acercaba y paraba frente a mí. En un primer momento no le di importancia, pero al ver que no se iba, empecé a asustarme. La noche estaba bien oscura y podía pasarme cualquier cosa. Había escuchado mil historias de terror acerca de cosas que pasaban y el miedo empezó a apoderarse de mí.

Sin apenas levantar mucho la cabeza, me paré y empecé a caminar. Intenté hacerlo disimuladamente y pronto empecé casi a correr. Noté que la puerta de aquel carro se había abierto y que me hablaban mientras venían detrás de mí, pero no iba a quedarme quieta a ver qué querían. Estaba sola en mitad de una calle, podía pasarme cualquier cosa. Me podían secuestrar fácilmente y violarme o quien sabe, quizás aparecer muerta en cualquier monte a la mañana siguiente.

Podía sentir cómo me pisaban los talones y yo tenía fuerzas para ir más rápido. Empecé a sentirme agobiada y acorralada, sin saber bien qué hacer. Necesitaba encontrarme a alguien para pedir ayuda, pero por más que caminaba, todo estaba desierto. Aquellas calles estaban llenas de casas, parecía que no vivía nadie, no se veía ni un alma.

Llegó un momento en que me rendí y tuve que parar para respirar. Con los

golpes que me había dado José me costaba tomar aire y, sumado al estrés de andar huyendo, no pude más. Sabía que me estaban hablando y no era capaz de procesar la información.

– Cami, ¿eres tú? – aquella voz se acercaba cada vez más a mí.

En ese momento no reaccioné a que me llamaran por mi nombre, sentía miedo y nada más. Cada paso que oía más cerca de mí hacía que temblase como un animal asustado. Sentí como una mano tocaba mi hombro y me quedé paralizada por el miedo. Ya tenía a aquella persona encima de mí sin poder hacer nada por evitarlo.

– ¿Cami? – volvió a preguntar.

La voz me resultó conocida y poco a poco fui levantando la cabeza. Mis ojos se cruzaron con los de aquel hombre y supe en seguida que era Rodrigo. Me quedé completamente impactada, era la última persona a la que esperaba ver. Estaba enteramente empapado y no terminaba de reconocerme. Debía tener la cara completamente destrozada y cubierta de sangre.

– ¿Qué te han hecho? – preguntó mientras me tocaba la cara.

Yo no era capaz de responder a nada. No sabía si era realidad o un sueño lo que estaba pasando. Podía sentirme viva porque no paraba de temblar de frío, pero todo era demasiado surrealista. Pronto me di cuenta de que tenía a mi lado a Teresa, así que supe en seguida que no estaba soñando. Tenía que haber intuido que, al verme así, llamaría a Rodrigo, aunque no se me pasó por la cabeza.

– Vete... – alcancé a decir.

– Me voy a ir, sí – dijo seriamente –, pero tú vas a venir conmigo.

Se quitó la chaqueta e intentó ponérmela por encima. Intenté resistirme ante

aquellas dos personas que querían que me pusiese de pie, sin embargo, ya no tenía fuerzas. Rodrigo me cogió por la cintura y prácticamente me obligó a caminar hacia el carro. Teresa intentaba sujetarme porque apenas tenía fuerzas, dándome ánimos y palabras de apoyo. Me daba una vergüenza increíble encontrarme así delante de ellos y parecer una vagabunda de la calle.

Me tumbaron en la parte de atrás y arrancaron. La cabeza me daba vueltas y apenas podía mantenerme despierta. Mis ojos empezaban a cerrarse por más fuerza que hiciese para evitarlo. Intenté incorporarme varias veces para ponerme sentada, aunque el mareo que sentía volvía a tumbarme de nuevo. Teresa no hacía más que regañarme para que estuviese quieta, pero me sentía borracha, sin ser capaz de procesar todo lo que pasaba.

- ¿No será mejor que la llevemos a un hospital? – preguntó Rodrigo.
- No se preocupe, con una ducha caliente y cuidados, mañana estará mucho mejor – Teresa lo tranquilizaba.
- ¿Qué habrá pasado?
- No ha querido decirme nada... Creo que tampoco está muy consciente...

Siguieron hablando durante todo el camino, pero solo alcancé a entender eso. No sabía cómo iba a explicarle que mi hermano me había pegado una golpiza al no haber plata en la casa. Su proyecto había arruinado nuestro día a día en el mercado y estábamos pagando las consecuencias. Sabía que no lo había hecho queriendo, que su trabajo era crear edificios, pero me tocó pagarlo de alguna manera a mí y a los demás.

No sé si tardamos mucho en llegar, se me hizo bastante corto el trayecto. Rodrigo y Teresa me ayudaron a salir del carro y me montaron con ellos en el

ascensor. Él no podía dejar de mirarme las heridas y poner muecas de rabia. Hacía semanas que no nos veíamos y jamás esperé que ese fuese nuestro reencuentro. Agradecí no encontrarnos con nadie en aquel edificio y poder entrar en la casa sin más.

Fuimos directamente al baño de su habitación, podía reconocer aquel sitio, aunque fuese ciega. Teresa desapareció y él empezó a quitarme la ropa a la vez que abría el grifo de la bañera. Intenté resistirme un poco, me daba pena estar en esa situación y que Rodrigo me bañase, pero no podía hacer nada en contra de él.

- No seas terca, por favor – me pidió –, necesitas entrar en calor.
- Puedo hacerlo sola.
- No puedes ni mantenerte en pie, puede pasarte algo si no te vigilo.
- Puedo hacerlo sola, te he dicho – respondí.

Intenté quitarme la camisa y grité de dolor en el momento que rozó mi cara. Aquellas heridas me ardían y no podía soportar lo que sentía en la nariz. Parecía que me iba a morir si tenía cualquier contacto y me dolía mover la cara. Intenté mirarme en el espejo que quedaba frente a mí, sin embargo, me dio miedo ver el resultado. Siempre había sido muy miedosa con las heridas, seguramente me asustaba más de lo necesario y debía controlar mi ansiedad.

Rodrigo me ayudó a terminar de quitarme la ropa y le dejé. Había intentado mantener un poco la dignidad, pero era completamente imposible. Tenía los huesos y las manos congeladas, que sumadas al dolor que sentía en el rostro, me dejaban fuera de juego. No supe cuántos golpes me había dado José, perdí la cuenta cuando se abalanzó encima de mí. Recuerdo a mi mamá tratando de quitarlo y gritando, aunque no fue suficiente. Aquella bestia, con los ojos desatados, me gritaba y golpeaba sin parar.

– Acércate, el agua ya está lista – Rodrigo me cogió de los hombros y me ayudó a meterme dentro.

Sentir cómo me sumergía en aquella bañera de agua caliente y me devolvía un poco la vida. No podía para de temblar, necesitaba entrar en calor. Rodrigo, sin quitarse la ropa, se metió conmigo y comenzó a limpiarme un poco las heridas. Jamás algo me había dolido tanto como lo que me habían hecho aquella noche, sentía la cara destrozada.

Teresa entró en el baño y le ayudó conmigo. En ese momento no pensé en la vergüenza que me producía estar desnuda delante de los dos, me limité a entrar en calor y a coger fuerzas para sentirme mejor. Poco a poco iba sintiendo de nuevo las manos y cómo mis piernas se iban relajando.

Después de un buen rato, me sacaron y Rodrigo se dedicó a secarme el pelo mientras Teresa me traía algo de ropa. Después del infierno que había pasado, aquellos dos ángeles estaban cuidando de mí. Podía sentirme en paz, por fin estaba sana y salva. Rodrigo no tenía por qué portarse así conmigo después de lo mentirosa que había sido con él, no iba a tener suficiente para agradecerse.

– Vamos, te tumbaré en la cama mientras Teresa trae algo caliente – dijo Rodrigo.

Me puse de pie de nuevo y me tumbé en la cama. Había pasado momentos maravillosos con Rodrigo en aquella habitación, pero jamás imaginé verme así. Sentía que todos los huesos del cuerpo me dolían y el baño me había dejado tan relajada que ya no era capaz de reaccionar.

Lo último que recuerdo es ver a Rodrigo sentarse a mi lado y hablarme sin parar. No era capaz de mantener los ojos abiertos. Se iban cerrando poco a poco y, a pesar de intentarlo, en un solo segundo me quedé completamente

dormida. Intenté por todos los medios seguir despierta, pero mi cuerpo no tenía fuerzas para nada y necesitaba darle un poco de descanso a mis heridas. Mi cuerpo sabía que estaba a salvo, en casa de Rodrigo, así que seguramente desconectó e intentó buscar el reposo y la paz que necesitaba.



Capítulo 9

Abrí los ojos en cuanto el sol empezó a entrar por la ventana. Sentía un dolor de cabeza horrible y me costaba bastante respirar. Toqué mi nariz y descubrí que tenía una gran venda puesta encima de ella. No quería ni imaginar cómo había quedado mi cara, seguramente bastante destrozada. A pesar de todo, pude hacer fuerza para incorporarme.

Miré hacia mi derecha y descubrí que Teresa estaba dormida en una especie de sillón. Por la postura que tenía, debía dolerle el cuello bastante y me dediqué a despertarla. Me pareció bastante tierno lo que estaba haciendo por mí, pero empecé a sentirme incómoda. Estaba siendo una carga para Rodrigo y, sobre todo, para ella, que, además de llevar la casa, ahora tenía que cuidar de una pobre idiota.

– Teresa – alcancé a decir antes de que se asustase.

Dio un salto del sillón. No pude evitar reírme un poco al verla, fue bastante chistoso. Sin pensárselo ni un solo segundo, empezó a tomarme la temperatura y a revisar mis heridas. Me quedé completamente quieta mientras me curaba y, aunque me dolía bastante, sabía que necesitaba esos cuidados. La había empezado a mirar con otros ojos, ya no era la empleada de Rodrigo, sino que podía convertirse en una persona de confianza para mí.

– ¿Cómo te sientes? – preguntó.

- Bien... Bueno, un poco avergonzada – confesé.
- Eso es lo de menos, señorita Camila.
- No me llames señorita – corregí –, no soy nadie, ya lo sabes.
- ¿Cree ustedes que ser alguien es tener plata? ¿Que por ser de barrio humilde no la puedo tratar como señorita? – me lanzó una mirada seria.

No supe qué contestar y me sentí más avergonzada aún. Teresa tenía toda la razón, no merecía un trato diferente por haberse conocido la verdad. La verdad es que ella vivía bastante cerca de mí y podía entender mi situación mejor que nadie. Nos habíamos acostumbrado socialmente que, al tener plata, uno pertenecía a otra galaxia y lo cierto era que todos pertenecíamos al mismo planeta.

- Voy a traerle algo de comer, ayer no probó bocado – abrió las cortinas.
- No recuerdo en qué momento me quedé dormida, solo supe que no podía más.
- No sabemos qué le pasó, pero estaba en pésimas condiciones – dijo mirándome.
- ¿Tengo muy mal la cara? – expresé mi preocupación.
- Se curará – dijo sin más mientras desaparecía por la puerta.

Me sentía bastante hambrienta. Cada minuto que tardaba Teresa en llegar, se me hacía eterno y mi estómago no paraba de rugir. Sabía que aquella mujer no me iba a decepcionar con el desayuno y la espera se me hacía eterna. Podía haberme comido un buffet entero en apenas unos minutos.

Teresa llegó con una bandeja y no pude evitar poner una sonrisa. Me la puso encima de las piernas y pude observar que había de todo: frutas, café, pan y

huevos revueltos. La boca se me hacía agua y empecé a devorar todo aquello sin más demora. Teresa no me quitaba el ojo de encima, se sentó allá de nuevo y se dedicó a acompañarme

Por lo que conocí de Rodrigo, sabía que había sido él quien la mandó a cuidarme. Me daba un poco de pena tener que enfrentarme a él y, sobre todo, estando mucho más consciente. Teresa aún no me había interrogado acerca de lo que pasó, pero él sí lo iba a hacer. Se me había pasado por la mente inventarme alguna excusa, sin embargo, recordé que la mentira no me había llevado por buen camino.

- ¿Dónde está Rodrigo? – pregunté.
- Tuvo que salir a resolver algunos asuntos, pronto volverá.
- Seguramente estoy siendo una carga para él.
- Si es una carga o no, no lo sé – respondió seriamente –, pero no íbamos a dejarla allá, no se lo merece.
- Ya no sé ni lo que me merezco... Sobre todo, después de las mentiras que le dije.
- Por amor se hacen muchas locuras, no se culpe tanto.

Era la primera vez que Teresa me dedicaba una sonrisa, lo cual me emocionó bastante. Jamás la había visto sonreír y me parecía totalmente sincera. Seguramente, detrás de aquella frase había alguna historia de amor que quizás me contara algún día.

- ¿Ha dicho algo sobre mí? – me atreví a preguntar.
- Ha dicho que la cuide hasta que venga.
- Si tienes cosas que hacer, puedo quedarme aquí sola.
- Lo único que tengo que hacer es acompañarla, no se preocupe.

Seguí tomando mi desayuno tranquilamente. Había conseguido calmar un

poco la ansiedad y deleitarme un poco más con aquellos manjares. El café nunca me había parecido tan delicioso. No era la primera vez que desayunaba en aquella casa y, sin embargo, todo estaba perfecto. Teresa era muy buena cocinando y yo tenía la suerte de poder disfrutarlo.

En cuanto terminé, Teresa vino rápidamente a recogerlo. No me terminaba de acostumbrar a aquellas atenciones, me hacían sentir incómoda. En aquel momento tenía que dejarme ayudar porque me mareaba con facilidad y tener a Teresa a mi lado era lo mejor que podía pasarme.

- ¿Por qué no intenta dormir un poco más? – propuso Teresa.
- Creo que será lo mejor, aún me siento mareada.
- No tardaré en regresar.

Volvió a desaparecer y me quedé de nuevo a solas. Por más vergüenza que sintiese, era incapaz de moverme sola y salir de aquella cama, así que tenía que aceptar la ayuda. Comparado con el infierno que había vivido, me encontraba en el cielo. Aún no sabía cómo iba a enfrentar a Rodrigo porque no tenía ni idea de la actitud que iba a tener hacia mí. A lo mejor quería librarse de mí en cuanto me repusiera o podríamos hablar sobre todo lo que había pasado.

Sabía que no tenía justificación por lo que había hecho. Le había mentido en cuanto a mi vida, pero mis sentimientos eran reales. Me había enamorado de Rodrigo y no tuve más remedio que seguir con el juego para no alejarme de él. Sé que no fue la decisión correcta, pero aquellos días no pensé en las consecuencias de mis actos.

Me tumbé de nuevo en aquella cama y me sentí en la gloria. Sabía que había dormido bastante, pero aun así me sentía cansada y, después del desayuno, aún más. Mi cuerpo no funcionaba al completo y necesitaba recuperar

energía, poco a poco. Sin darme apenas cuenta, me fui relajando y, finalmente, me quedé dormida.



Capítulo 10

Abrí los ojos y miré directamente hacia la ventana. El sol había comenzado a caer y no tenía idea de cuántas horas había dormido. La cabeza me dolía menos, los remedios y cuidados que me proporcionó Teresa me habían ayudado bastante. Sentía que los huesos ya no me dolían tanto, que podía moverme un poco más. Intenté incorporarme de nuevo y me di cuenta de que no estaba sola.

Rodrigo comenzó a ayudarme sin perder un solo segundo. Esperaba que no se hubiese pasado todo el tiempo allí, cuidando de mí, porque no me lo merecía. Había llegado el momento de hablar y no me sentía preparada para ello. No era plato de buen gusto tener que admitir delante de otra persona que eras una mentirosa compulsiva.

- ¿Cómo estás? – preguntó.
- Mejor, Teresa me ha ayudado muchísimo – intenté sonreír.
- Sí, tienes mejor aspecto.

Sonrió un poco y desapareció de la habitación. Pensaba que, quizás, al ver que ya estaba más recuperada, no tenía por qué quedarse ahí, pero no tardó en volver con una bandeja. Se sentó delante de mí y comenzó a curarme las heridas. El alcohol que usó para desinfectar me molestaba un poco, aunque ya no me dolía como las veces anteriores.

- Debo tener la cara destrozada, ¿no?

– Siempre has sido fea, no te preocupes por el resultado – bromeó.

Siempre me había enamorado la forma en la que me hacía sonreír. No me alegraba lo que había pasado, pero, de alguna forma, volvíamos a estar juntos. Había perdido la esperanza de volverlo a ver, de volver a sentir su piel, sin embargo, estaba ahí, encargándose de mis cuidados.

– ¿Qué pasó? – preguntó directamente.

– Tuve una discusión con mi hermano.

– ¿Tu hermano te ha hecho esto? – se sorprendió.

– Tiene problemas con la bebida... No tenemos plata en casa por el tema del mercado – frené mi frase –. No quiero hablar mucho de eso...

– Entiendo – dijo sin más.

Esperaba que me hiciese un interrogatorio, pero no fue así. Imaginé que con lo que le había contado, fue suficiente, además, el tema del mercado no era algo que quisiésemos hablar. Desde el día en el que nos encontramos de frente, sin saberlo, no nos habíamos vuelto a ver. Aquello fue demasiado impactante para los dos y no sabía si quería profundizar en él.

Terminó de curarme y volvió a desaparecer con la bandeja, aunque no tardó en regresar. Se sentó de nuevo en el sillón que él y Teresa usaban para vigilarme y nos quedamos en silencio. Quería preguntarle mil cosas, sobre todo el por qué no me había llamado, cómo se sentía después de todo, pero no me atreví a pronunciar palabra.

– Cami – se levantó y se sentó frente a mí –, iba a hacerme el tonto e intentar actuar como si no hubiese pasado nada, pero no puedo.

– No tienes que actuar así, ha pasado...– respondí – Te he mentado descaradamente...

– ¿Por qué hiciste todo esto? Necesito saberlo.

Empecé a contarle la historia desde el principio, desde que Carlos Alberto encontró aquel par de entradas hasta que me vi atrapada por lo que sentía por él y tuve que fingir ser otra. Rodrigo ya no se sorprendía ante nada de lo que le contaba, supe que le había dado mil vueltas al asunto, por lo que se podía esperar cualquier cosa.

– No quería mentirte, de hecho, lo que sentí era verdad, pero jamás hubiese estado a tu nivel – confesé.

Rodrigo no respondió nada, se quedó callado, pensativo. Eso me hacía sentir más incómoda aún, porque no sabía qué pensaba. Estaba en su casa, recibiendo techo y cuidados, después de haberme portado tan mal con él. Durante mi relato, le dejé claro que mis sentimientos fueron verdaderos y que todo lo hice por seguir con él, pero sabía que no justificaba nada.

– ¿Por qué no me has llamado? – preguntó.

– ¿Yo? – me quedé sorprendida ante la pregunta – Me daba pena...

– Después de todo lo que vivimos, necesitaba una explicación, Cami.

– Lo sé, aunque sin mentirte pensé que, si no me habías llamado tú, era porque no querías saber nada más de mí.

– Y no te equivocas, sentí mucha rabia, me sentí engañado...

No quería interrumpir sus palabras. Necesitaba que arrancase y se desahogase. Podía decirme todo lo que pensaba, yo también necesitaba oírlo.

– Tú no eres quién decías ser, ya no sé qué ha sido verdad y qué ha sido mentira – terminó de decir.

– Toda mi vida lo era, pero lo que sentía por ti, no – repetí.

– Yo te he querido, Cami– que lo dijera en pasado me dolió –, pero

ya no confió en ti.

No supe qué contestar. Me quedé mirándolo, sin más

- Además... – se quedó callado.
- ¿Además? – pregunté.
- Nada, déjalo – insistió.
- Quiero saberlo, además, ¿qué?
- Ya sabes... Pertenece a mundos muy diferentes, no deberíamos estar juntos.
- Es decir, que no tengo tu clase porque no tengo plata – resumí.
- Pertenece al mundo del mercado, no tiene nada que ver con el mío.
- Sí, en eso tienes razón, no tengo nada que ver con esto – dije dolida.

Había tardado en sacar ese tema a relucir. Obviamente pertenecíamos a mundos diferentes, si no, no hubiese tenido que fingir. Rodrigo jamás se hubiese fijado en una chica humilde de mercado, no hacía falta que lo dijese. En ese momento me sentí demasiado inferior a él, más que nunca. El hecho de hablar de nuestras diferencias sociales y descubrir que pensaba igual que el resto de los suyos, me decepcionó un poco.

Nosotros teníamos claro que éramos humildes, que no le importábamos a los ricachones y que jamás se fijarían en nosotros. Rodrigo me demostró ser una persona diferente el tiempo que compartí con él, pero descubrí que no lo era. Seguramente pasaba por delante de la gente humilde con la cabeza bien alta y creyéndose superior a todos.

- Tranquilo, mañana mismo me iré de aquí – me tumbé de nuevo en la cama.

- No te he echado, Cami.
- Pero será mejor que vuelva a mi mundo, ya has hecho suficiente por mí.
- No hables así...
- Sabes que tengo razón, que nuestras vidas no se hubiesen cruzado jamás, que todo esto ha sido una pérdida de tiempo.
- Fui yo quien decidió hablarte en ese concierto, quien se fijó en ti – parecía que se sentía culpable de lo que había dicho.
- Porque creías que era otra mujer, ya has descubierto la verdad, ya sabes quién soy, puedes quitarte la máscara como lo hice yo.

Me di la vuelta, dándole la espalda. No quería seguir hablando del tema, me había quedado todo claro. Había sentido bastante pena cuando me encontraron así y estaba usando su casa, me sentía un auténtico parásito. En mi mente existía aún la posibilidad de que nuestra vida fuese un cuento con final feliz, pero estaba equivocada. Rodrigo tenía claro al mundo que pertenecía, con sus reglas.

En cuanto amaneciese volvería a mi casa, al sitio donde pertenecía. No iba a mentir, había pensado que en algún momento Rodrigo podía dejar los prejuicios a un lado y fijarse en quién era como persona, pero no fue así. Me sentí aún más hundida que con los golpes que había recibido de José. La vida me había dado una buena dosis de realidad, no iba a ser más que una humilde vendedora de telas.

Rodrigo no habló de sus sentimientos, no hacía falta que dijese que al ver a la verdadera María Camila se había desamorado al instante. No podía culparlo de haberse criado en ese ambiente, de haber sido educado de aquella forma. A nosotros también nos decían que no nos podíamos mezclar con ellos, que eran lobos que se comían a sus presas de un solo bocado. Nuestros

mundos se mantenían bien separados y así debía ser.

Intentó decir algo, pero se quedó callado. Yo no tenía ganas de hablar y agradecí cuando lo oí salir de la habitación. Nuestra conversación fue corta, pero profunda. Rodrigo me había ayudado, no podía negarlo, pero tenía que salir de allá cuanto antes. En ese mismo momento me hubiese ido sin pensarlo, aunque con lo débil que me sentía, no hubiese llegado demasiado lejos. Tenía claro que en cuanto amaneciese, iba a irme para no volver nunca más.



Capítulo 11

Me desperté bien temprano, aunque apenas había dormido bien. Me había levantado un par de veces al baño y cuando vi mi cara reflejada en el espejo por primera vez, me sentí bastante mal. Sabía que estaba hinchada y que todo volvería a la normalidad. Pero nunca me había visto tan mal. Parecía el típico luchador de boxeo que se había pasado el día recibiendo goles de otros luchadores.

El sol empezó a aparecer y la ciudad comenzó a despertarse. En aquella habitación disponía de unos ventanales grandes por los cuales observar todo. Los carros empezaban a formar atascos y todo comenzaba a llevar su rutina. La gente salía bien temprano a trabajar y se podía ver, a lo lejos, algunos cruceros llenos de turistas que venían a visitarnos.

No podía negarlo, mi ciudad era realmente hermosa. Desde aquella parte de la ciudad no se podía observar los barrios humildes, nosotros no estábamos visibles a esa sociedad. Mirase dónde mirase, todo estaba lleno de edificios altos, llenos de piscinas y de comercios. No podía negar que todo se veía demasiado bonito y que nosotros estropeábamos esas vistas con nuestra presencia.

La gente humilde no teníamos sitio en ese mundo. No habíamos tenido la culpa de nacer allí y, sin embargo, nos escondíamos. Hacíamos nuestra vida lejos de aquella opulencia, ignorantes a todo lo que pasaba. Nos conformábamos con tener plata para ir pagando y comiendo y no soñábamos con muchas cosas. Esa era nuestra vida y no había forma fácil de salir de ella.

Escuché que llamaron a la puerta y me acerqué a abrirla. Al otro lado se encontraba Teresa y la invité a pasar. Traía consigo una bandeja para servirme el desayuno en la cama. Estaba un poco cansada de estar encerrada en esa habitación, así que le propuse ir a balcón que tanto me gustaba. Ya nunca iba a poder disfrutar de todo aquello, quería llevarme un último recuerdo de mi rincón favorito.

Sin dudarlo, me siguió hasta allí. Me senté mientras ella servía el café y por más que intenté ayudarla, no me dejó. Teresa ya no se comportaba tan distante conmigo, pero no permitía que interfiriera en su trabajo. Estaba acostumbrada a servir y no le gustaba recibir ayuda ninguna.

— ¿Necesita algo más, señorita Camila? —preguntó.

—Sí, Teresa — respondí.

—Dígame.

—Que deje de llamarme así, no me hace sentir cómoda.

— ¿Cómo quiere que la llame?

—Simplemente María Camila.

Teresa dudó un poco, pero asintió con la cabeza. Yo no era nadie superior a ella como para que me tratase con tanto respeto y me hablase de usted. Me hacía sentir parte de aquella sociedad clasista, en la que unos eran más que otros. Ya me sentía bastante incómoda teniendo que aceptar que me sirvieran, no quería parecer igual de prepotente que aquellos que la rodeaban normalmente.

Empecé a desayunar y Rodrigo no tardó en aparecer por allá. Estaba vestido bastante elegante, como si fuese a algún tipo de acto o reunión importante. La luz del sol empezó a darle en el rostro, iluminando el color de sus ojos y se veía realmente guapo. Podía ser el sueño de cualquier mujer y, sin duda,

seguía siendo el mío.

—Buenos días, ¿estás mejor? – preguntó.

—Sí, ya me siento con fuerzas para poder caminar – respondí.

—Quédate aquí todo el tiempo que necesites, ayer no quise echarte – se disculpó.

—Creo que hoy mismo me iré...

Teresa no tardó en aparecer con una taza para que Rodrigo pudiese servirse café.

—Ayer me tomé la libertad de comprarte ropa, no creo que quieras salir así – me miró la pijama que llevaba puesta.

—No tenías por qué hacerlo, Rodrigo.

—Lo sé, pero no quiero que te falte nada...

Quería gritarle que lo único que me faltaba en mi vida era él, pero debía aceptar todo lo que pasó.

—No puedo tardar mucho en irme – se bebió el café de un solo sorbo –, ¿necesitas algo más?

—Comunicarme con mi mamá, desde que pasó esto, no he hablado con ella.

—Está bien.

Sacó de sus bolsillos un par de celulares y me entregó uno. Jamás había visto uno tan moderno y no tenía ni idea si sabría utilizarlo. Era demasiado grande, mucho más que el que yo utilizaba normalmente, que era bastante simple.

—Quédatelo.

—Es tuyo, no puedo aceptarlo.

—Lo necesitas más que yo – insistió.

—Haré la llamada y lo dejaré aquí encima — respondí.

Rodrigo se puso de pie y terminó de ponerse bien la camisa para colocarse una chaqueta. Intuí que debía marcharse ya, aunque en mi interior deseaba que se quedase conmigo eternamente. Tenerlo a mi lado me reconfortaba demasiado, me devolvía un poco la vida. Sentía que con él no me podía pasar nada y que juntos podíamos resolver todo lo que nos pasase en la vida.

— ¿Estarás cuando vuelva? — preguntó antes de salir.

—Será mejor que no... — respondí.

Se quedó mirándome, sin decir nada más. Notaba, a través de sus ojos, que tenía mil cosas que decirme, pero no lo hizo. Rodrigo se acercó, me dio un beso en la frente y se marchó. Me quedé allí, con el corazón roto de nuevo, mirando cómo desaparecía por la puerta.

Hacía semanas que había estado allí abrazada a él y ahora tenía que ver cómo se marchada de mi vida. Rodrigo había sido el único hombre al que amé de verdad y por el que hubiese hecho todo, pero nuestras vidas no podían mezclarse. Tenía que aceptar que él era el primero que tenía claras las barreras que no separaban.

A pesar de todo, fue demasiado amable conmigo. Dejó a un lado la mentira que había montado y me trató con todo el cariño del mundo. Aquel beso en la frente me reconfortó y me dejó ver que el cariño que había mostrado hacía mí era verdadero. Que las veces que me besó e hicimos el amor, era real, sin embargo, mi mundo y su mundo estaban a años luz el uno del otro y nuestro amor era imposible.



00

Capítulo 12

No tardé mucho en llamar a mi mamá. Rodrigo se había ido y mi café ya estaba medio terminado, así que decidí tomar fuerzas y comunicarme con ella. Seguramente estaba bastante preocupada por dónde estaba, me había dejado el celular allá y era imposible localizarme. Había desaparecido del mundo durante algunos días y la angustia que debía sentir tenía que ser bastante grande.

— ¿Aló? – respondió.

—Hola, mamá – saludé.

— ¡María Camila! – Gritó – ¿Dónde estás? Estoy muy angustiada – se le notaba la voz entrecortada, como si no hubiese dejado de llorar.

—Estoy bien, mamá, tranquilízate – quise relajarla.

— ¿Dónde estás? No he sabido nada de ti, ¿estás bien? – seguía angustiada, alzando la voz al otro lado del teléfono.

—Estoy bien y pronto iré a casa, no te preocupes – no quería decirle nada de Rodrigo, sabía que no era de su agrado.

—Gracia a Dios, María Camila – empezó a sollozar.

—Por cierto, no quiero ver a José, así que me quedaré en casa de Carlos Alberto por el momento, si es que logro dar con él.

—Carlos Alberto está aquí, lleva días viniéndote a buscar – respondió –, pero tu hermano no ha vuelto a la casa.

— ¿No ha vuelto a la casa?

—El día que pasó aquello, salió y no ha vuelto a venir, estoy demasiado

angustiada por los dos – comenzó a llorar.

—Dile a Carlos Alberto que se ponga, mamá.

Me empezó a resultar extraño que aquel borracho no hubiese vuelto. Su vida no era más que salir a beber y llegar a dormir a la casa. Mi mamá había perdido a sus dos hijos aquella noche y podía entender cómo se sentía. Llevaba días sin saber nada de los dos, sola y angustiada en la casa.

Durante algunos segundos escuché cómo el llanto de mi mamá se iba a alejando, seguramente le estaba pasando el teléfono a Carlos Alberto. Agradecía un montón que estuviese ahí, con ella, ayudándola y preocupándose por mí.

— ¿Aló? ¿Cami? – preguntó.

—Hola, amigo – respondí.

—Qué dicha oírte, ¿estás bien? Llevamos días sin saber de ti.

—Ya te contaré, Rodrigo me salvó de aquella noche... Intenté buscarte, pero no estabas.

—Mi papá me dijo que habías ido, que incluso sangrabas... No sé cómo tuvo el corazón tan frío de dejarte en la calle.

No quería decirle por teléfono lo que me había gritado José. Él y sus amigos se habían encargado de darle la golpiza y entendía que su papá, que era consciente, no me auxiliase. Aquel hombre había pagado con muchas burlas la condición sexual de su hijo y, aunque sufría por ello, seguramente le dolió ver cómo le golpeaban sin más. No sentía rencor hacia él, podía entender, en parte, por qué no me ayudó.

—Ya hablaremos de eso más tarde, necesito que calmes a mi mamá, enseguida salgo para allá, ¿vale?

—Está bien, no me moveré de aquí.

—Ahora nos vemos – me despedí y colgué.

En esos momentos me daba igual dónde y cómo se encontrase José. Lo importante era mi mamá, que vivía angustiada por nuestro paradero. Seguramente aquel borracho aparecería en cualquier momento, sin dar ningún tipo de explicaciones. Normalmente no había desaparecido ni durante días, aunque a lo mejor se sentía avergonzado por lo que me hizo.

Fui rápidamente para la habitación de Rodrigo y empecé a investigar en las bolsas que tenía allí. No me gustaba aceptar aquella ropa, pero no podía andar en pijama en la calle. Todo lo que vi me pareció completamente precioso y me di cuenta de que no faltó ni un detalle. Se había encargado de comprarme vestidos, camisas, pantalones, zapatos y maquillaje. No necesitaba todo lo que había allí, así que me arreglé un poco y dejé lo demás.

Me puse un pantalón de lino amarillo combinado con una camiseta negra de cuello de barco y unas sandalias. Pensaba devolvérselo a Rodrigo de alguna forma, pues no me merecía nada de lo que me había comprado. Cuando me lo dijo, pensé en un par de mudas, pero se encargó de conseguirme demasiadas cosas. Con todas las prendas que tenía, podía haberme vestido dos semanas completas sin repetir; se había excedido al completo.

Mi cara era difícil de arreglar con maquillaje, pues aún la tenía hinchada y morada, así que lo hice lo mejor que pude. Mi mamá se sentía bastante angustiada y el verme así la podía poner peor. Ella era consciente de los golpes que José me había dado, pero seguramente no se imaginaba aquel resultado.

Intenté poner mejor cara delante del espejo y me dirigí hacia la cocina a despedirme de Teresa. Me había dado cuenta de que no disponía de plata para tomar un taxi o el bus, así que necesitaba hablar con ella. Pude ver que estaba

empezando a preparar el almuerzo e hice algo de ruido para llamar su atención. Se giró y me miró sorprendida. Seguramente no esperaba encontrarme así, arreglada y dispuesta a salir.

— ¿Va a salir? — preguntó.

—Ya regreso a mi casa, mi mamá anda algo preocupada.

—Normal, yo también estaría así.

—Vengo a despedirme y a pedirle un favor — me sentía apenada.

—Dígame, lo que necesite.

—No tengo cómo regresar a la casa....

No tuve que decir nada más, entendió lo que necesitaba al momento. Abrió un cajón y cogió una especie de cartera negra de hombre y me la entregó. La miré y pude observar que dentro había demasiada plata.

— ¿Y esto? — pregunté.

—Rodrigo me la dejó expresamente para usted, por si necesitaba algo.

—Pero solo necesito un poco para el bus.

—No sea terca, cójala y use lo que necesite, él lo hace con todo el cariño del mundo.

—Pero...

—Pero nada — interrumpió —, eso es para usted, no hay nada más que hablar.

Teresa era de carácter y resultaba difícil llevarle la contraria cuando hablaba con tanta contundencia. No me parecía bien coger aquella cartera, pero no tuve más remedio. Pensaba solo gastar la parte que necesitaba para volver a casa y guardar el resto para devolvérselo a Rodrigo, aquella plata era suya y no me gustaba coger lo que no era mío.

—Por cierto — dijo antes de que me marchase —, coja un taxi, no está en

condiciones de aguantarse el trayecto del bus.

Asentí con la cabeza y le dediqué una sonrisa antes de salir de allá. Teresa era muy buena persona y me lo había demostrado con creces. Me daba lástima no volver a verla, pero estaba segura de que, de alguna u otra forma, nos volveríamos a encontrar. Aquel día apareció en mi camino por algo, ella fue quien realmente me salvó.

No tardé en bajar y en coger un taxi, me sentía un poco nerviosa. Sabía que Carlos Alberto estaba cuidando a mi mamá, pero, aun así, no estaba tranquila. No podía imaginar la angustia que había pasado aquella mujer al verse sin noticias de sus hijos. Tenía que volver a casa y seguir siendo su punto de apoyo, no podía desaparecer sin más.



Capítulo 13

Aquel día tardé bastante en llegar a la casa. Se había formado un buen atasco por un accidente de moto y todo estaba cortado. La policía apenas dejaba avanzar a los carros y el taxímetro no dejaba de aumentar.

Me sentí aliviada de que Teresa me hubiese obligado a coger aquella cartera, de lo contrario, no hubiese tenido cómo pagarlo. Hacía mucho tiempo que no sentía esa sensación de alivio al llegar a aquel barrio. Desde que había comenzado a pasarme por la otra María Camila, aquel lugar me desagradaba. Lo que siempre me había parecido normal, ya no lo era. Las casas tenían las fachadas horribles y casi no había asfalto para los carros.

Nuestro barrio había ido volviéndose más pobre con el tiempo y nada tenía que ver con la zona donde Rodrigo vivía. El abismo era tal que podía entender en parte el rechazo al que estábamos sometidos.

Me apresuré a entrar en mi casa y encontré la puerta abierta, por lo que no tuve ni que llamar. Los llantos de mi mamá cada vez se oían con más claridad y la encontré sentada en el sofá, junto a Carlos Alberto. Jamás hubiese imaginado que algo así pasase, sobre todo teniendo en cuenta el rechazo que le había mostrado siempre, pero él tenía un gran corazón. No dudó ni un solo momento en consolar a aquella mujer que tenía el corazón destrozado.

Apenas hice ruido, pero pronto notaron mi presencia. Ella se levantó y se acercó a abrazarme. Carlos Alberto me miraba con una media sonrisa. Sabía que mi aspecto no era el mejor del mundo, pero al menos estaba ya allí, con ellos. Mi mamá seguramente le había contado el episodio con José, así que me podía ahorrar aquella parte de la historia.

—He estado muy preocupada – me abrazaba y lloraba.

—Ya estoy aquí, tranquilízate – la acompañé al sofá y me senté con ella.

Jamás la había visto tan afectada. Tuvo que ser bastante impactante para ella ver a José encima de mí, golpeándome y luego no saber nada de ninguno de los dos. Yo tuve que huir para salvarme, en aquel momento no pensé en el daño que le estábamos causando.

— ¿Ya ha aparecido? – pregunté refiriéndome a mi hermano.

—No, no ha pasado por aquí – respondió Carlos Alberto.

— ¿Y si le ha pasado algo? – le pregunté en voz baja.

Carlos Alberto encogió los hombros, no habían tenido noticias de él. A mí no me importaba lo más mínimo lo que le pasase, pero sabía que a mi mamá le angustiaba. Al menos ya me tenía a mí en casa y podía descansar un poco. Yo no tenía fuerzas para soportar a José borracho, pero debía quedarme allí para consolarla. En cuanto apareciese por la puerta y ella se quedase tranquila, me iría una temporada a casa de Carlos Alberto. Aún no se lo había preguntado,

pero estaba segura de que jamás me iba a negar ayuda.

Dejé a mi mamá en el sofá tumbada y me dirigí hacia la cocina con Carlos Alberto a hacer algo de café. No me gustaba dejarla sola, pero necesitaba un rato a solas con mi amigo. Hacía días que no nos veíamos y no dejaba de mirar mis heridas, sentía que le dolían a él más que a mí.

—José te pego una buena golpiza – dijo mientras se sentaba a la mesa de la cocina.

—Se volvió loco, no pude ni defenderme – respondí.

—Lo mismo me pasó a mí – dijo sin más.

Me di la vuelta y me quedé mirándolo.

— ¿A ti?

—Sabía que José y sus amigos me pegaron la golpiza, pero no quise decirte nada.

— ¿Sabías quién había sido?

—Era difícil no reconocerlo y a pesar del estado en el que me dejaron, lo recuerdo.

—Carlos Alberto – me enfadé –, tenías que habérmelo dicho.

—No quería que tuvieses un enfrentamiento con él si te enterabas – confesó.

No me gustó que me lo ocultase, pero podía entenderlo. Me había mentido por mi bienestar, aunque con José no se podía hacer nada. Al final, acabó golpeándome igual que a él, ya no le importaba nadie.

—No quiero hablar más de él, si te soy sincera, quiero olvidar que existe.

—Tienes razón, no debemos darle más importancia – asintió con la cabeza –, pero al verte la cara, es difícil de ignorar.

—Mis heridas curarán, no te preocupes.

Pude escuchar que llamaban y me apresuré a abrir. Me daba igual que fuese él, no tenía miedo a enfrentarlo. Quería que viera lo que me había hecho, aunque le diese igual. Abrí la puerta rápidamente, necesitaba mirarle a la cara, pero no lo encontré a él al otro lado. Había dos policías uniformados y me quedé bastante sorprendida, no entendía por qué estaban allí.

— ¿Sí? — pregunté.

—Buenos días — dijo uno de ellos —, ¿esta documentación pertenece a algún familiar suyo?

Me entregó la identificación de José y supe que algo andaba mal. Parecía que tenían la cartera de mi hermano en su poder, no entendía bien por qué.

—Sí, es mi hermano — respondí rápidamente.

—Hace un rato llamaron algunos vecinos... Han encontrado a su hermano tirado en una calle poco transitada...

No terminaron de decir aquella frase y noté cómo mi mamá se acercaba a la puerta, acompañada de Carlos Alberto. No sabía qué iban a decirme exactamente, pero empezaba a esperarme lo peor.

—No se ha podido hacer nada por él, parece que ha sido víctima de algún robo o golpiza, lo sentimos mucho.

Mis ojos se clavaron en ellos, no podía creer lo que me querían decir. Escuché cómo mi mamá pegaba un grito y me giré a cámara lenta a mirarla. Su cara era de auténtico terror y la mía comenzaba a serlo. No podía estar pasando aquello, mi hermano no podía estar muerto. Sabía que no sentía nada por él, pero era lo peor que le podía pasar a ella.

Me volteé de nuevo a mirar a aquellos uniformados, tenían el semblante demasiado serio. Me entregaron algunas pertenencias de José e información

acerca de dónde podíamos darle el último adiós. Mi mamá apenas podía mantenerse en pie y Carlos Alberto la llevó dentro de la casa. Aquella mujer estaba completamente destrozada, la vida le había arrebatado una de las cosas que más quería.

—Aún están con la autopsia, hasta mañana no podrán velarlo y enterrarlo
— dijeron antes de marcharse.

Cerré la puerta y me senté al lado de ella durante el resto del día mientras algunos vecinos llegaban a darnos apoyo. La noticia había corrido como la pólvora, todos querían darnos palabras de aliento. A pesar de lo que había creído siempre, no pude evitar soltar lágrimas ante aquella situación. Ver a mi mamá destrozada y cómo la vida nos daba un golpe tras otro, pudo conmigo, con mi fuerza y con mi valentía.

Aquella mujer iba a ser incapaz de levantar cabeza y me tocaba a mí toda la responsabilidad a partir de ese momento. Ya no solo tenía que luchar por mí, sino por las dos. José iba a dejar un vacío muy grande en su interior y lo entendía perfectamente, era su hijo. La vida no estaba hecha para ver a los hijos morir y a ella le había tocado la peor parte. Todo había empezado a desmoronarse en nuestras vidas y parecía no tener fin.



Capítulo 14

El último adiós a José es algo que preferiría no contar. Mi mamá se desmoronó al ver cómo lo enterraban y no hubo consuelo para ella. Era mi hermano mayor, lo recuerdo en mi vida desde que era pequeña y, sin embargo, me tocó ver cómo se iba demasiado pronto. Empecé a quedarme con lo bueno, con los juegos de nuestra infancia, porque no quería recordar a ese hombre como el borracho que se abalanzó sobre mí para golpearme. A pesar de todo, no quería manchar su imagen, quería que quedase, al menos, un buen recuerdo de él.

Cuando llegamos a la casa, después de toda la ceremonia, acostamos a mi mamá. Tuvimos que tirar de medicación para poder calmarla, había sido incapaz de dormir en toda la noche. Sabíamos que tendría que pasar su duelo y que quizás algún día levantase cabeza, pero iba a tardar en hacerlo. Ahora toda la responsabilidad quedaba en mis manos, tenía que luchar por las dos.

No había pisado mi habitación desde hacía bastante tiempo y decidí ir a cambiarme. Carlos Alberto estaba haciendo algo de café mientras me ponía cómoda. Él era uno de mis ángeles guardianes, una de esas personas que jamás echarías de tu vida. Se había convertido en un todo para mí, era uno de mis pilares. No entendía cómo la gente podía tratarle mal, su corazón era demasiado grande.

Me di cuenta de que mi celular estaba encima de mi mesita y decidí mirarlo.

No me había olvidado de Rodrigo en ningún momento, pero no tenía fuerzas para hablar. Todo había pasado demasiado rápido y aún no lo había asumido. Todavía tenía en la mente que en cualquier momento José iba a aparecer borracho por la puerta y que acabaría durmiendo en el sofá durante todo el día.

Me había imaginado que tendría alguna llamada suya y no me equivoqué. Rodrigo me había llamado bastantes veces la noche anterior y dudé en devolverle la llamada. Sabía que él no podría aceptar una relación con una persona de mi clase social, me lo había dicho claro, así que no entendía por qué teníamos que seguir en contacto. Sin embargo, me moría de ganas por hablar con él, así que lo hice. Era demasiado temprano, no sabía si estaría despierto, pero no tardó en responder.

— ¿Cami? —respondió.

—Hola...

—Ayer estuve llamándote varias veces... Esperaba que estuvieras aquí al volver.

—No podía hablar, ha pasado algo demasiado horrible.

—No me asustes, Cami. ¿Qué pasó? — preguntó alarmado.

—Es mi hermano — no supe cómo seguir.

— ¿Te ha vuelto a golpear? — empezaba a enfadarse.

—No... Se ha ido...

— ¿Se ha ido? No entiendo — se le notaba desorientado.

—Se murió — dije sin más.

Entendí el silencio que se hizo en nuestra conversación. Rodrigo jamás se hubiese imaginado que, en solo un día, hubiese pasado algo así, pero era la realidad. Aún me costaba asimilarlo a mí, seguramente a él también.

—No sé qué decir... Me ha cogido por sorpresa... ¿Cómo ha pasado? — preguntó.

—Lo encontraron por ahí tirado, dicen que quizás ha sido víctima de algún robo, pero no saben bien qué pasó.

—Lo siento... ¿Cómo te encuentras?

—Pues, aunque mi relación con él no era muy buena, estoy un poco afectada y ver a mi mamá así, es duro para mí — confesé.

Rodrigo volvió a quedarse en silencio y yo no sabía cómo seguir. Era demasiado doloroso recordar todo lo que había pasado.

— ¿Quieres que vaya a visitarte? ¿Necesitáis algo? — propuso.

—No... No creo que sea un buen momento, además, las cosas entre nosotros quedaron claras, no tienes que preocuparte por mí.

Esperaba alguna otra respuesta, sin embargo, el silencio parecía la única por su parte aquel día. Moría porque insistiese un poco, que me demostrase algo de interés, pero no fue capaz de hacerlo. No era inmune a él y sabía que, si veía un poco de su parte, saldría corriendo a sus brazos, aunque lo único que recibí fue eso, silencio y más silencio. Empezaba a decepcionarme un poco, a plantearme en mi interior si aquello iba para algún lado o era mejor cortar de raíz.

—Tengo que colgar — necesitaba decir algo.

—Está bien... Ya hablamos — respondió sin más.

—No hace falta, cuídate.

Colgué, sin dejar que me dijese adiós. Rodrigo no iba a estar conmigo, tenía que aceptarlo. Seguir hablando con él solo me iba a hacer daño y no podía hundirme otra vez. Mi mamá me necesitaba y ahora estábamos solas en el mundo. Dedicarme a suspirar por Rodrigo o rogarle para que viera que

éramos la pareja perfecta, ya no iba conmigo, necesitaba ser la mujer fuerte que siempre había sido.

Decidí que dejaría a Rodrigo a un lado por un tiempo. Las semanas que pasamos sin vernos y sin hablar fueron demasiado duras para mí, pero, de alguna forma, me ayudaron a ir curando algunas heridas. Tenerlo de nuevo, ahí, solo empeoraba las cosas y más cuando sabía que no podíamos estar juntos. Lo mejor era cicatrizar las heridas y cerrar aquel capítulo de mi vida.

Puse la mejor sonrisa que en aquel momento la vida me permitía y salí a tomar mi café con Carlos Alberto. A él tampoco le había ido nada bien en el amor, de hecho, jamás había tenido una pareja seria. Los hombres que tenían sus mismas preferencias sexuales vivían escondidos, incluso algunos de ellos tenían familia. A Carlos Alberto la vida tampoco le había dejado enamorarse con tranquilidad y ser correspondido.

Mientras terminaba de servir el suyo, me quedé observándolo. A lo mejor la vida nos había puesto juntos y había permitido formar aquella amistad tan bonita para hacernos compañía. Quizás el amor no estaba hecho para nosotros y estaba segura de que no íbamos a ser ni los primeros ni los últimos.

— ¿Estás bien? — preguntó mientras se sentaba a acompañarme.

—Acabo de hablar con Rodrigo, pero...

— Pero ¿qué?

—Él dejó claro que le era difícil tener una relación conmigo, que nuestros mundos eran diferentes — resumí un poco la historia.

—Nunca hubiese imaginado algo así de él — dijo serio —, por lo que me contabas, os queríais mucho.

—Y esos sentimientos fueron verdaderos o, al menos, eso creo — respondí

–, pero al descubrir mi verdad, tuvo que haberse decepcionado demasiado.

Me dolía hablar de aquello, pero tenía que desahogarme de alguna forma. Carlos Alberto se acercó a mí y me abrazó. Necesitaba recibir cariño, sentir que alguien me valoraba y él siempre estaba ahí para mí.

–No te preocupes, si Rodrigo no es para ti, es porque algo mejor está por llegar – sonrió.

– ¿Tú crees? – lo miré.

–Estoy seguro de eso – me besó la frente.

Sabía que iba a superar aquello, de alguna manera o de otra. Llevar adelante la casa dependía única y exclusivamente de mí, así que iba a conseguirlo. Mi mamá ya había sufrido bastante en la vida con el abandono de mi papá y la muerte de José. Iba a demostrarle que yo, María Camila, iba a luchar todo lo que hiciese falta.

Respiré hondo y le devolví la sonrisa a Carlos Alberto. No sabía cómo, pero empezaba a sentirme fuerte de nuevo. Jamás había parado mi vida por nadie y no estaba dispuesta a hacerlo. Amaba a Rodrigo, pero no me iba a desvivir por él si no me correspondía. Tenía una vida por delante en la que iba a demostrar que podía con todo y con todos.



Capítulo 15

Mi mamá llevaba varios días sin salir de la cama. Tenía que llevarle comida todo el tiempo y obligarla a comer, no probaba bocado por ella misma. Ni siquiera encendía el televisor para ver el noticiero, parecía que había muerto en vida. Tenía que darle tiempo para que se recuperase, pero no podía estar mucho más en la casa.

Los días en los que se permitió abrir el mercado eran muy pocos y necesitaba conseguir plata de alguna forma. Gracias a Carlos Alberto y muchos vecinos cercanos, nos podíamos mantener. Ante la desgracia, mi amigo se había encargado de recolectar ayuda entre todos y consiguió un buen fondo para nosotras. Me moría de la pena al tener que aceptarlo, pero no teníamos nada. Los días habían ido pasando y la nevera cada vez estaba más vacía. Las amigas de mi mamá traían almuerzo a diario, pero de alguna forma teníamos que empezar a salir adelante. Sabía que no podía contar con ella, que estaba hundida y yo tenía que salir a flote.

Rodrigo llamó en alguna ocasión, pero preferí ignorarlo. Mis heridas estaban abiertas y no podía seguir con aquello, me dolía demasiado. La vida me dio muchos golpes en poco tiempo y no tenía fuerzas para batallar con una relación que carecía de sentido. Sabía que me llamaba porque sentía lástima de mí y eso era lo que menos necesitaba. Quería gente fuerte a mi lado, que me empujase, que me levantase y que me ayudase a sobrevivir un día más. Rodrigo y sus conflictos sociales era algo que no podía enfrentar en aquel momento.

Mis prioridades habían cambiado. El juego de ser otra María Camila se había acabado y, con ello, todo lo que construí junto a Rodrigo. Seguramente no iba a tener problemas en olvidarme en el momento en el que apareciese otra mujer de su clase, que no fuese un problema moral como lo era yo. Nunca estuve a la altura por más que lo intenté y el resultado no podía ser otro más que el que estaba viviendo.

Lo único que me distraía un poco de aquellos pensamientos era limpiar la casa, así que me dedicaba a eso la mayor parte del día. Las visitas de los vecinos eran de mucho agrado para mí, así que me apresuraba a abrir la puerta en cuanto llamaban. Sus palabras de aliento y sus conversaciones también me sacaban de mi mundo interior, haciendo que pensase en otra cosa más que en Rodrigo.

Ese día tuve una visita inesperada, pero gratificante. Cuando escuché la puerta, no esperé ver a Teresa al otro lado, pero no pude más que dedicarle una sonrisa. Aquella mujer se había esmerado en encontrarme y no dudó un solo segundo en venir a mostrar su apoyo. Tener gente como ella, transparente y con un gran corazón, era lo único que necesitaba en mi vida.

Aunque no teníamos confianza, me atreví a darle un breve abrazo y la invité a pasar. Ella no era demasiado afectiva, sino más bien seria, pero con sus actos demostraba todo. Si aquella noche no nos hubiésemos encontrado, quizás mi mamá hubiese perdido dos hijos a la vez. Se convirtió, de alguna manera, en mi ángel de la guarda y me demostraba, cada vez más, que podía convertirse en una buena amiga. No tenía la obligación de venir a verme y, sin embargo, ahí estaba, con una taza de café sentada en mi salón.

— ¿Cómo se encuentra? — preguntó.

—Bien, ya todo está un poco mejor — sonreí.

—No pude evitar preguntarle al señor Rodrigo por usted y me contó, lo siento muchísimo.

—Gracias, Teresa, la verdad es que fue algo inesperado – agaché un poco la cabeza.

—Yo también perdí una hermana cuando era joven, entiendo por lo que está pasando, tiene todo mi apoyo– confesó.

La miré y le sonreí. Sabía que debajo de toda aquella armadura que fingía tener, se encontraba una mujer muy tierna. La vida seguramente le había dado golpes fuertes como a mí, sin embargo, parecía indestructible. De alguna manera quería ser como ella y poder tener su fuerza para salir adelante.

—El señor Rodrigo está bastante preocupado – cambió de tema.

—Puedes decirle que todo va a salir bien, no tiene por qué pensar en mí – respondí poco receptiva.

— ¿Se acabó todo entre ustedes? – era directa en sus conversaciones.

—Él no puede estar con alguien como yo y no me voy a poner a luchar por un amor imposible.

Teresa hizo una pausa y tomó un sorbo de café. Se notaba que había aceptado aquella taza por educación, pues su cara dejaba ver que aquella bebida no le gustaba demasiado.

—No quiero meterme donde no me llaman – comenzó a decir –, no me gusta ser chismosa, pero conozco al señor desde que era bien pequeño, le aseguro que siente algo por usted.

—Nunca dudé de lo que me había demostrado, pero yo solo soy una humilde chica de barrio.

—Comprenda que él creció en otros valores, que le cuesta aceptar la realidad y estoy segura de que lucha contra su cabeza y su corazón.

—Le mentí descaradamente, me hice pasar por otra persona – respondí –, ya me dejó claro que no confía en mí y lo entiendo.

—Señora María Camila, hasta yo entiendo por qué lo hizo, seguramente ya tiene eso olvidado.

—Teresa, él me dejó claro nuestras diferencias y ahora tengo que luchar por mi mamá y por mi casa – dije firmemente.

—Creo que el señor solo necesita tiempo, debe ser paciente – aconsejó.

—No sé si cuando él se dé cuenta, yo esté aquí sintiendo lo mismo.

Teresa lo conocía mejor que nadie y sabía que no se equivocaba al decirme que había una posibilidad de estar juntos, pero yo no podía sentarme a esperar a que eso ocurriese. El tiempo pasaba y debía centrarme en mi vida. Lo que sentía por Rodrigo no había desaparecido, pero sabía que podía ser capaz de superarlo. No quería ponerme a esperar como una tonta para que, al final, aceptase la idea de que no podíamos estar juntos y me destrozase de nuevo el corazón.

Yo le había mentido siendo otra persona y él me había dejado claro que no podía pasar por alto quién era en realidad. A pesar de los sentimientos que desarrollamos el uno con el otro, debíamos aceptar la realidad. Él era un empresario exitoso y yo una simple vendedora que ni siquiera tenía para comer. La vida a su lado, con lujos, me gustó mucho, pero no era mi realidad. Mi vida giraba en torno a la venta en un mercado y a sobrevivir día tras día.

Rápidamente cambié de tema y empecé a hablar de otras cosas. Hablar de Rodrigo me hacía daño y más cuando había decidido que tenía que olvidarlo. Necesitaba tiempo y espacio para que desapareciese poco a poco de mi mente y mi corazón. No sabía si iba a ser capaz, pero, al menos, tenía que intentarlo.

Después de un pequeño rato de conversación, Teresa decidió irse. Tenía que

hacer algunas compras para Rodrigo y no quería tardar demasiado. Sin esperármelo, se acercó y me devolvió el pequeño abrazo que le di al llegar, cuando la acompañé a la puerta. Me gustaba que, poco a poco, aquella mujer tan especial formase parte de mi vida y me dejase claro que podía contar con ella para todo.

—Si el señor me preguntase dónde vive, ¿puedo decírselo? — preguntó Teresa antes de marchar — Ya sabe, está preocupado.

—Prefiero dejar las cosas así, Teresa — respondí—. Será mejor que cada uno haga su vida.

Teresa asintió con la cabeza, dándome a entender que respetaba mi decisión y se marchó. Entendía que Rodrigo estuviese preocupado por la tragedia que pasó, pero no era el momento. Mi mamá, en alguna ocasión, me había prohibido hablar de él y sabía que no era de su agrado, así que prefería mantenerlos alejados. Ella tenía suficiente con lo que le había pasado a José como para enfrentar a Rodrigo.

Decidí dejar de pensar en él y centrarme en el trabajo. Quería recolectar toda la ropa que tuviésemos en casa y empezar a organizar mi vuelta al mercado. Necesitaba ocupar mi cabeza en otras actividades que me hiciesen la vida más llevadera y batallar para conseguirlo. Iba a vencer todo lo malo que nos había pasado y a resurgir de las cenizas.



Capítulo 16

El momento de volver al mercado había llegado. No llevaba mucha mercancía porque penas habíamos podido ir a conseguir más ropa, pero con vender la mayor parte, me conformaba. Quería demostrarme a mí misma que podía hacerlo y que podía llevar adelante la casa. A mi mamá no iba a faltarle nada, no iba a permitirlo.

Durante el camino no pude evitar sentirme un poco mal. Era la primera vez que hacía sola ese trayecto, sin ella. Desde que era pequeña la había acompañado, había aprendido a su lado todo lo que sabía hacer. Mi mamá había sido una gran luchadora, pero la vida le dio el peor de los golpes. José siempre fue su ojo derecho y le iba a costar bastante hacer la vida sin él. Después del abandono de mi papá, dejándola a cargo de dos niños pequeños, no se merecía algo tan cruel.

Bajé del bus y comencé a caminar apresuradamente. Podía observar que, a pesar de lo temprano que era, ya habían llegado algunos compañeros. Intenté instalar mi puesto para estar disponible lo más pronto posible y poner todas mis ganas. Quería sonreír y pensar que todo iba a salir bien, sabía que podía hacerlo sola. Solo me faltaba esperar a los clientes y sacar las estrategias de venta que había aprendido. Me tocaba actuar un poco como mi mamá y dejar que regatearan lo preciso; tenía que ser un poco flexible.

Las horas pasaban y aquel mercado parecía que no terminaba de resurgir. Me di cuenta rápidamente que apenas éramos la mitad de los que participábamos antes. Seguramente la gente empezó a cansarse y se buscó otro empleo, dejando, así, aquello cada vez más muerto. Yo no tenía otra forma de ganarme la vida y al menos tenía que intentarlo.

Me alegré ver desde lejos cómo la señora Rosa se acercaba. A pesar de que nuestra relación se vio un poco resentida por todo lo que había pasado, le tenía cariño y sabía que ella a mí también. Recuerdo su presencia allí desde niña, consintiendo a todos los niños que andábamos por allá. Muchos de nosotros tuvimos que dejar pronto el colegio y ayudar en la casa, así que ella se encargaba de cuidarnos y achucharnos.

—Camila.... Lo siento tanto – se acercó y me abrazó.

Aquel gesto me reconfortó muchísimo. Al igual que de mí, cuidó de José durante muchos años. Él dejó de ir con nosotras al mercado pronto, para intentar buscar otro futuro, pero de igual forma le tenía cariño.

— ¿Cómo está tu mamá? – preguntó.

—No se levanta de la cama, está destrozada.

—Me imagino, ese es un dolor que nadie debería conocer.

—Así es y es por eso por lo que vengo, tengo que luchar por las dos.

Rosa intentó dedicarme una sonrisa, pero la conocía demasiado bien. En sus ojos podía leer que las cosas no iban bien. No hacía falta que nadie me lo contase, con mirar un poco a los lados podía verse perfectamente. La gente no llegaba y los productos de los puestos seguían intactos. Apenas pude contar un par de clientes acercándose durante las horas que llevaba allí.

—Como puedes ver, aquí no hay mucho que hacer.

—Eso veo... – suspiré – Por un momento pensé que quizás esto mejoraba,

pero me doy cuenta de que no.

—Cada día vienen menos compañeros y esto ha dejado de ser un mercado — miró a su alrededor —, ya no tiene vida.

—Nunca pensé en acabar así — agaché la cabeza.

—Camila, eres muy joven, seguramente encuentras otra cosa — intentó animarme.

—Señora Rosa, solo sé coser y vender ropa, no sirvo para nada más — empezaba a sentirme mal.

—No digas eso, muchacha, vales para lo que te propongas.

Me quedé completamente callada. Sabía que su intención era ayudarme, pero en ese momento nada podía hacerlo. Intenté poner mi mejor actitud, aunque en mi interior supiese que todo aquello era un completo desastre. Desde que llegué supe que las cosas no iban bien, sin embargo, me convencí de que podía salir victoriosa. A veces me llenaba de un optimismo vacío que no me llevaba a ningún lado.

—Te recomiendo que no pierdas más el tiempo viniendo acá, no merece la pena.

— ¿Y se acaba todo? ¿Así, sin más?

—El mercado terminó el día en el que aquellas máquinas entraron en nuestras vidas.

Aquella frase era totalmente cierta. Nuestra vida transcurría con normalidad hasta que personas como Rodrigo necesitaban hacer negocios. No sabía si en el fondo de mi corazón le tenía rabia, pero no podía odiarlo. Lo amaba con todas mis fuerzas, a pesar de todo, a pesar de que, sin quererlo, nos arrebató nuestra manera de ganarnos la vida.

La señora Rosa comenzó a ayudarme a empacar todo y me despedí de ella

con un gran abrazo. Ambas sabíamos que aquel era mi último día en el mercado, que tenía que empezar a buscar otra cosa. No podía seguir perdiendo el tiempo acudiendo a aquel desierto en el que no pasaba nada. El tiempo corría en mi contra y la plata que teníamos ya no era suficiente.

Me monté en el bus de camino a casa completamente deprimida. Mi celular comenzó a sonar y comprobé que Rodrigo insistía en hablar conmigo. Pensaba no responderle la llamada, mucho menos después del mercado, pero necesitaba hablar con alguien. Me sentía completamente sola y desprotegida en el mundo.

— ¿Aló?

—Cami, por fin respondes – se le notaba aliviado – ¿Cómo estás?

—Bien, intentando salir adelante, ¿y tú?

—Preocupado por ti, no he sabido nada.

—Estoy bien, ya te dije que no tienes por qué llamarme – me sentía decaída –, ni siquiera sé por qué te contesto.

—Yo tampoco sé por qué te llamo – respondió–, pero no puedo dejar de hacerlo...

No supe qué responder ante eso. Quería pensar que quizás sentía algo por mí, sin embargo, estaba segura de que me llamaba por lástima. Después de rescatarme de aquella golpiza, debía sentirse mal consigo mismo por no haber estado a mi lado y necesitaba calmar su conciencia.

—Está todo bien – repetí –, las cosas marchan mejor.

— ¿Estás segura?

—Sí, de hecho, vengo del mercado y ha sido un buen día de venta – necesitaba engañarlo.

—Me alegro de que la reubicación os haya servido para algo.

No iba a reconocer la verdad, no quería darle más lástima. Quería que dejase de sentirse culpable por todo lo que había pasado y que empezásemos a seguir nuestros caminos cuanto antes. Iba a buscar la manera de salir adelante sin la ayuda de nadie.

- Oye, te tengo que dejar, aquí hay demasiado que hacer – mentí.
- Está bien, Cami, ¿te puedo llamar luego? – preguntó tímidamente.
- Yo te devuelvo la llamada cuando esté libre, ¿OK?
- Está bien, cuídate.
- Eso haré, adiós – me despedí de Rodrigo.

No iba a devolverle la llamada. A pesar de amarlo, tener contacto con él me hacía muchísimo daño. No me gustaba que nadie me tratase con lástima, que se viesen obligados a estar pendientes de mí. Sabía que el mercado había supuesto un punto de separación entre nosotros y que, al descubrir la verdad, todo se había acabado. Mi amor por Rodrigo tendría que empezar a desaparecer, debía aprender a pasar página. No podía negar que me gustaba recibir llamadas tuyas, pero sabía que algún día acabarían.

Mi vida tenía que dar un buen giro. Lo que había tenido con Rodrigo era un capítulo que debía cerrar. Él no se merecía estar con alguien como yo, con alguien de mi mundo. Yo tampoco me podía dedicar a rogarle amor, era lo que menos necesitaba en esos momentos. Nuestros caminos se separaron el día que nos encontramos en el mercado, era algo insalvable.



Capítulo 17

Hacía días que no dormía más de dos horas seguidas. El día anterior, en el mercado, fue un auténtico desastre y me dejó aún peor. Mi vida se estaba volviendo una completa pesadilla, odiaba todo lo que me rodeaba. Parecía que Dios se había ensañado conmigo, que no tenía a quien más castigar. Cada vez que cerraba los ojos empezaba a tener sueños tremendamente agobiantes y, cuando los abría, la realidad no era mejor.

No sabía cuántos cafés podía beberme al día, pero seguramente no era nada sano. En aquella casa reinaba el absoluto silencio desde que José ya no estaba. Las cenas en familia se habían acabado, mi mamá no salía de la habitación. En varias ocasiones me tocó obligarla a darse un baño relajante para ver si se animaba, pero no hubo manera. Aquella mujer respiraba porque

le tocaba hacerlo, porque ya nada le motivaba.

Aquella mañana me quedé un poco sorprendida al verla entrar en la cocina. Sin apenas saludar, cogió un vaso de leche y se sentó en la mesa. Me parecía un gran avance verla allí, pensaba que ya estábamos avanzando sin querer. Su rostro no mostraba, en absoluto, nada de felicidad, pero, al menos, parecía que volvía a tener madre.

— ¿Cómo te sientes? — me senté al lado de ella.

No respondió a mi pregunta, con su cara lo dijo todo. El sentimiento de impotencia que sentía era demasiado grande, no sabía bien qué hacer. Necesitaba que, de alguna manera, se pusiese mejor, a pesar del sufrimiento que tenía en su interior. No podía imaginar el dolor de perder a un hijo, pero yo también lo estaba viviendo. Aquel día no solo perdí a mi hermano, también perdí a mi mamá. Me sentía sola en el mundo, no me importaba a nadie.

—Voy a irme al pueblo — dijo tras beber un sorbo de leche.

—Me parece buena idea que pases unos días con tus amigas, te vendrá bien — le animé.

—Hablo de mudanza, mejor dicho — rectificó.

— ¿Mudanza? — pregunté sorprendida.

—Estuve hablando con algunas amigas, se puede coser para la gente y sacar algo de plata.

—Mamá, no sé si será bueno que nos mudemos ahora — no estaba segura.

—Voy a irme sola — me miró a los ojos.

— ¿Sola?

—La plata que consiga cosiendo apenas alcanzará para mí, no puedo mantenerte allá.

Aquella frase se clavó como un cuchillo en mi espalda. Vivía completamente agobiada por ver la manera de salir adelante y que no le faltase nada a mi mamá y, sin embargo, ella no había pensado en mí. Su única opción era irse sola al pueblo y dejarme allá, sin saber qué hacer.

— ¿Piensas dejarme tú también? — me sentía traicionada de alguna manera.

No contestó a mi pregunta, sabía que no estaba actuando bien. Tenía la cabeza agachada, como si sintiera algo de vergüenza sobre lo que estábamos hablando. El mercado no marchaba y yo no tenía opciones para sobrevivir.

— ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? — pregunté.

—Tendrás que buscar algún empleo, intentar salir adelante.

— ¡Estoy harta de que todo el mundo me diga lo mismo! — alcé y tono de voz sin querer.

Aquella conversación había acabado con todas mis esperanzas. Desde que el mercado se acabó, nada había marchado bien. Mi vida se había vuelto un absoluto caos y el luchar por mi mamá, que era lo único que me mantenía con fuerzas, también se acababa. Me quedaba completamente sola, sin tener idea de qué hacer para seguir teniendo algo que llevarme a la boca.

—No sé hacer otra cosa que coser, no tengo clientas — empezaba a desesperarme —, ¿crees que es tan fácil hacer lo que decís?

Ella no respondía a nada. Parecía una niña pequeña arrinconada mientras sus papás le regañaban por haber comido más dulces de lo permitido.

—Todo se ha acabado y ahora tú también me dejas...

—Intento superar todo, María Camila.

— ¿No te das cuenta de que yo también sufro? ¿Que el día que se murió

José, también te perdí a ti?

—No está siendo fácil para mí, entiéndelo

— ¿Y quién me entiende a mí, mamá? — las lágrimas empezaron a caer por mi rostro.

Mi mamá intentó consolarme, pero ya nadie podía hacerlo. El mercado, Rodrigo, ella... Todo se terminaba para mí. El poco optimismo y las ganas de luchar que tenía, se esfumaron. ¿Qué iba a hacer en ese momento? ¿Cómo iba a ganarme la vida? Estaba completamente desorientada.

Me marché a mi habitación y cerré la puerta. Estaba segura de que mi mamá no iba a seguirme, pero necesitaba llorar en la intimidad. Jamás había experimentado aquella sensación de abandono y soledad, era peor que la golpiza que me había dado José. La vida no dejaba de darme dosis de realidad y yo no sabía qué tanto aguante podía tener.

Siempre aposté por mi mamá, a pesar de que su relación de apego conmigo no se podía comparar a la de José. Crecí sabiendo que moría por él y que no tanto por mí, pero jamás hubiese imaginado la decisión que tomó. Si la situación hubiese sido al revés, ella nunca hubiese dejado a José para superar mi pérdida. Me dolía saber que no era tan importante para ella y que le daba igual abandonarme a mi suerte.

No sabía en qué momento mi vida comenzó a desmoronarse de tal manera, pero la realidad era que estaba pasando. Mi vida tenía que comenzar de cero y no tenía ni idea de cómo iba a hacerlo. Todo se había vuelto una gran nube gris que no me dejaba pensar con claridad, que me ahogaba cada vez más. Ya no me quedaban fuerzas para seguir.



Capítulo 18

Aquel día permanecí toda la tarde tirada en la cama, no tenía ganas de nada, pero el hambre hizo acto de presencia. Apenas había tomado un par de cafés en todo el día y mi estómago empezaba a rugir como nunca. Jamás había perdido el apetito, por peor que fuesen las cosas y aproveché que llamaban a la puerta para levantarme un rato.

Había imaginado que a aquellas horas solo podía visitarme Carlos Alberto y así fue. No perdía oportunidad para venir a ver cómo estábamos, era un auténtico cielo. Traía consigo un poco de comida que sobró del restaurante, así que eso me hizo aún más feliz. Aquello olía realmente bien, me devolvía un poco la vida.

Sin pensármelo mucho, lo invité a pasar y nos sentamos en la cocina. Decidí compartir aquello con mi mamá, aunque no sabía si ya había comido algo. No

era capaz de hacer mi vida sin pensar en ella, por eso me dolía mucho más su decisión. Jamás me hubiese ido, jamás hubiese elegido una opción en la que no estuviésemos las dos, sin embargo, ella eligió su camino sin mí.

Carlos Alberto ya no se sorprendía al verme comer, con él no tenía que guardar la compostura. Siempre había escuchado que la confianza daba asco, pero en nuestro caso no era así. Mi amigo se reía bastante cuando quería comer todo a la vez, siempre hacía bromas al respeto y nos lo pasábamos bien. Me hubiese encantado aprender a cocinar platos de aquel estilo, sin embargo, sabía que no contaba con tanta destreza.

— ¿Cómo va todo? — preguntó mientras se servía un vaso de jugo de frutas.

—Las cosas no pueden ir a peor — sonreí.

— ¿Estás diciéndolo en serio o es broma?

—No, es en serio, pero ya solo me queda reírme de todo — dije resignada.

No sabía bien ni por dónde iba a comenzar. Me parecía todo tan desastroso que no tenía ni ganas de hablarlo. Lo del mercado podía esperármelo de alguna forma y no fue tan decepcionante, pero lo de mi mamá sonaba hasta irreal. En resumidas cuentas, me había dicho que me buscara la vida sola, que era mi problema.

— ¿Vas a contármelo? — a Carlos Alberto no le gustaban los rodeos.

—Mi mamá se va, me deja sola y el mercado se acabó — resumí —, eso es todo.

—Espera, espera — levantó la mano —, ¿crees que esa es manera de contarme las cosas?

—Está bien...

Tomé aire, comí un poco más y me serví jugo de nuevo.

—El mercado está muerto, ya no va casi nadie y es perder el día, apenas tuve una venta, necesito conseguir otro empleo.

—Eso se podía esperar, la gente no quedó muy contenta con el cambio.

—Ajá, pero tampoco lucharon por nada, así que ya es prácticamente insalvable.

— ¿Y has pensado en qué vas a hacer?

—Pensé en todo por sacar la casa adelante, pero mi mamá decidió irse al pueblo y allí solo hay plata para ella, así que no estoy en sus planes...

Carlos Alberto parecía bastante sorprendido. La relación que mi mamá y yo habíamos mantenido siempre no era mala, aunque tampoco era como la que tenía con José. Imaginaba que él, al igual que yo, jamás se hubiese esperado esa decisión por parte de ella.

—Tu mamá nunca ha sido demasiado simpática conmigo – reconoció –, pero dejarte sola... Jamás lo hubiese imaginado.

—Simplemente me dijo que no había para las dos, que tenía que hacer mi vida.

— ¿Rodrigo no puede ayudarte? – preguntó.

— ¿Cómo se te ocurre? No tengo ningún favor que pedirle.

—Después de echaros del mercado, que más que ayudarte a encontrar algo mejor.

—De él mejor ni hablemos, por favor.

Nunca se me hubiese pasado por la mente pedirle ayuda y en aquellos momentos mucho menos. Ya sentía que me trataba con demasiada lástima, no quería recibir nada más de él y, además, no le servía de mucho. Lo único que se me daba bien era coser y eso no tenía cabida en sus negocios.

— ¿Te llamó de nuevo? – se refería a Rodrigo.

- Sí, insiste en hacerlo y no entiendo por qué.
- Será porque siente cosas por ti, Cami.
- Más bien porque siente lástima – respondí.
- ¿Tú crees?
- Todo lo que me ha pasado, incluido el mercado... Debe pesarle un poco la conciencia.
- Os quisisteis de verdad, a lo mejor podéis rescatar vuestra relación.
- No hay nada que rescatar, necesito olvidarlo.
- ¿Es lo que quieres hacer?
- Sí, quiero cerrar el capítulo y hablando de él no voy a conseguirlo.

Me centré de nuevo en la cena, quería darle a entender que no me gustaba hablar del tema. Ya hasta empezaba a dudar que todo lo que pasó entre nosotros fuese verdadero. Le había mentado, pero él se enamoró de mi persona, no debía importarle tanto la ropa que luciese o la plata que tuviera en mi cartera. Si el amor que tenía por mí hubiese sido tan fuerte como decía, quizás todo hubiese funcionado de alguna u otra manera.

Cada vez que lo pensaba, más me decepcionaba. Rodrigo me había hecho creer que era muy diferente al resto, que no tenía nada que ver con lo que pensábamos de la gente de su clase. Siempre lo admiré por su sencillez, por la calidad al tratar a los demás, pero a la hora de la verdad, se comportó como esperaba. Siempre me culpé por haberlo engañado, pero ya eso era lo de menos. Lo nuestro dejó de encajar y ya nunca más volvería a hacerlo.

- Cambiando de tema – dijo Carlos Alberto al verme incómoda –, ya casi cumplés años.
- Sí... Y no tengo nada que festejar.
- ¿Cómo no? Algo haremos, además, te compraré una sorpresa – sonrió.
- No sé si tengo ganas, ya ni eso me importa – ni me había acordado.

—Ya verás cómo te levanto el ánimo — me sacó la lengua.

Le dediqué una sonrisa y comenzamos a recordar todos los momentos buenos que habíamos vivido. Ese tipo de conversaciones eran las que me hacían falta, las que me evadían de la realidad. Carlos Alberto sabía cómo animarme y no dudaba en hacerlo, cada día valoraba más su compañía. Muchas veces pensaba que sería el novio ideal, pero nuestros gustos sexuales no congeniaban demasiado bien, así que deseaba, al menos, que encontrase a alguien tan valioso como él.

Yo estaba segura de que pronto me rendiría. A lo largo de mi vida solo había encontrado hombres que no merecían la pena y, aunque Rodrigo me había vuelto loca, sabía que no era para mí. Quizás si nos hubiésemos conocido en otra vida, seríamos la pareja ideal, pero en aquella realidad, en la que nuestros mundos no podían mezclarse, debía aceptar que era una utopía.



Capítulo 19

Carlos Alberto y yo nos pasamos horas y horas hablando de todo, por lo que me acosté súper tarde. Miré el celular por curiosidad y, aunque tenía alguna que otra llamada de Rodrigo, decidí ignorarlo. Estaba segura de que, con el paso del tiempo, su conciencia se iría recuperando y dejaría de insistir en saber cómo estaba. Necesitaba sacar fuerza y valor de donde fuese para olvidar de una vez a aquel hombre.

En cuanto el sol apareció por la ventana, me desperté sin pensarlo. Las pocas horas que tenía de sueño eran suficientes para mí y necesitaba estar activa para enfrentar el día. Me sentía bastante adormilada, pero no me importaba en absoluto. Tenía que empezar a ver de qué manera iba a salir adelante, sobre todo cuando sabía que me iba a quedar sola.

El día anterior apenas había visto a mi mamá, seguía encerrada en aquellas cuatro paredes, así que me alegré mucho al verla preparando el desayuno. Sentía que, por un momento, todo volvía a la normalidad, que nada había cambiado. Quizás podíamos compartir juntas más momentos antes de que se marchara, pero pronto comprobé que no era así. A un lado de la cocina había una maleta grande, como si el día hubiese llegado.

Me resistí un poco a preguntar, intenté actuar como si no me hubiese dado cuenta. Me parecía demasiado apresurado, apenas lo había dicho el día anterior. Pensé que quizás la había sacado para empezar a organizar su ropa, que aún le quedaba algo de tiempo a mi lado, quería convencerme a mí misma. Aún no nos habíamos recuperado de todos los golpes, no podía dejarme sola todavía.

- ¿Te vas a comer todo eso? – pregunté al verla empacar algunos sándwiches.
- Es para el camino, ya sabes que es largo.
- ¿El camino? – seguía haciéndome la tonta.
- Hacia el pueblo, me marchó dentro de una hora.

Aquello fue como recibir un jarro de agua fría. Había visto la maleta, pero me negaba a creerlo. ¿Cómo podía marcharse así, de un día para otro? No me había dado tiempo a planear mis cosas, a ver cómo iba a salir adelante.

- Es demasiado pronto, ¿no crees? – reclamé.
- María Camila, ya sabías que me iba a ir.

Empecé a enfadarme sin remedio. Claro que sabía que se iba a ir, pero eso no le daba derecho a hacerlo así, a la ligera. No había asumido aún todo lo que pasó, no podía enfrentarme sola a la vida. De un momento a otro, me quedé sin mercado, sin Rodrigo, sin José y ahora sin madre. La vida no me dejaba

respirar, me golpeaba una y otra vez, sin descanso.

— ¿Esa es tu manera de justificarlo? ¿Que ya me lo dijiste? — no podía hablarle bien.

—Lo hablé contigo.

—Pero no dijiste que era en un solo día, ¿pensabas desaparecer si no me despertaba o habías pensado en decirme adiós al menos?

—María Camila, no vamos a discutir.

—No se trata de discutir, se trata de que te des cuenta de que me estás dejando sola, a mi suerte — se me escapaban las lágrimas —. Si hubiese muerto yo, no dejarías solo a José.

—No nombres a tu hermano — exigió.

— ¡Estás abandonándome al igual que papá lo hizo, estás siendo como él!
— grité.

—No quiero hablar más — me miró enfadada y se fue de la cocina.

Quise gritarle todo lo que pensaba, pero las palabras no salían de mi boca. Sentía que tenía demasiadas cosas que reclamarle, que no era justo lo que estaba haciendo. En cuestión de días, la vida cambió demasiado, no tuve tiempo de asumir todo lo que sucedía. Sentía que tenía el corazón encogido, cansado y exhausto de tanto sufrimiento.

Me quedé allí un buen rato, a solas, mirando a la nada mientras no paraba de llorar. Mi mamá no tardó mucho en volver a por su maleta y me quedé mirándola, sin saber qué hacer o qué decir. Me miró durante unos segundos y, después de darme un beso en la frente, salió de la cocina. Sabía que era su manera de decirme que me quería, pero en esos momentos no podía reaccionar. Ni siquiera la acompañé a la puerta, no tuve fuerzas para ver cómo se marchaba.

Me arrepentía profundamente de todo lo que le dije, pero ni me paré a pensarlo. En ningún momento quise compararla con mi papá, pero me sentía completamente igual. Recuerdo que un día me levanté y ya nunca más volvía a verlo. Apenas tenía 3 o 4 años y empecé a llorar por él, no sabía dónde estaba, se fue sin decirnos adiós y estaba viviendo lo mismo con ella. Pensaba que, si quizás no me hubiese levantado, ella se había marchado, sin más. Quería a mi mamá por encima de todo, pero no entendía cómo era capaz de dejarme sola, a mi suerte.

Sabía que en la cajita en la que ahorrábamos la plata no había nada y que la nevera estaba vacía. No tenía ni idea de cómo iba a hacer para comer ese día y enfrentar todo lo que pasaba. Las facturas se habían comenzado a acumular y yo no tenía cómo hacerles frente, así que seguramente me quedaría pronto sin servicios. Nunca me hubiese imaginado estar viviendo así, para mí era una auténtica pesadilla.

Volví a mi habitación a buscar un momento de paz, sin embargo, mi celular no paraba de sonar. Rodrigo insistía una y otra vez en hablar conmigo, sin descanso. No tenía ninguna gana de responderle, no tenía nada que hablar con él. Esperé durante un buen rato a que parase de intentarlo, pero no fue así, por lo que opté por apagarlo de una vez.

Estaba completamente destrozada y no era el momento de conversar. Por más que intentase esconder mi tristeza, no podía evitar derramar lágrimas. Llevaba muchos días soportando demasiada presión, necesitaba desahogarme para poder recomponerme. Sabía que todo en mi vida era de color gris y que en algún momento se tornarían rosadas, pero no terminaba de pasar.

Hablar, en aquellos momentos, con Rodrigo solo aumentaría la lástima que sentía por mí. Había fingido que las cosas en el mercado iban bien y pensaba

hacer lo mismo con el resto. En cuanto viera que todo en mi vida se estabilizaba, era evidente que desaparecería. Seguramente su conciencia lo dejaría descansar mejor y podía seguir con su negocio y con su vida, como siempre había hecho.



Capítulo 20

Aquella tarde me sentía tan sola que decidí ponerme a buscar empleo en el periódico. Tenía una computadora en la habitación, pero apenas ya funcionaba. Encontrar trabajo por allá era mucho más fácil, pero no tenía plata para adquirir uno nuevo. Debía conformarme con lo que tenía a mano e intentar que todo mejorase.

Me serví otra taza de café, aquella vez sin leche y sin azúcar y me senté en el sofá. Sentía que tenía los ojos hinchados, de haber llorado durante horas y, seguramente, tendría un aspecto horrible. Llegados a ese punto, me daba un poco igual, no tenía que sorprender a nadie. Mi aspecto físico era lo que menos me importaba, solo necesitaba saber cómo iba a solucionar las cosas para poder comer y pagar las facturas.

Por más páginas que pasaba, no había nada que pudiese desempeñar. La

mayor parte de anuncios que había eran para contactos y citas, de empleo había muy pocos. En casi ninguna especificaban el sueldo y parecían empresas pocas serías, por lo que me desanimé un poco. No iba a encontrar el trabajo de mi vida en una sola sentada, pero sí es cierto que esperaba encontrarme un abanico de ofertas más amplio.

Escuché cómo llamaban a la puerta y decidí pasar. No tenía ganas de atender a nadie, me encontraba realmente cansada. Volví a abrir el periódico, pero no podía concentrarme. Quien estuviese al otro lado de la puerta era demasiado insistente y me estaba poniendo de los nervios. Me levanté malhumorada y abrí la puerta de una sola vez, sin mirar ni preguntar quién era.

—Hola, Teresa – dije sorprendida.

—Señorita María Camila, me alegro de verla – respondió.

Intenté poner buena cara, la mejor de mis sonrisas, pero no tuvo que haberme salido muy bien. Teresa me miraba con un aire de preocupación, se había dado cuenta que no tenía buen aspecto. Sin pensarlo ni una sola vez, la invité a entrar. De todas las visitas que podía haber recibido, aquella me parecía de las más agradables. Teresa me transmitía paz y podía sentirme relajada con ella.

Mientras tomaba asiento, le serví un vaso de jugo. Con las caras que hizo el otro día me quedó claro que no le gustaba para nada el café, así que decidí que era mejor no ponerla en otro compromiso. Había sufrido demasiado en cada sorbo, por más que intentase disimular las muecas delante de mí.

Le ofrecí el vaso, fijándome en lo aliviada que se sentía al ver su contenido y me senté frente a ella. Mi aspecto no era el mejor del mundo, no podía disimularlo. No contaba con la ayuda de aquellas gafas de sol gigantes que salían en las películas, mis ojos estaban al descubierto y se notaba que no

estaba pasando por un buen momento.

— ¿Puedo preguntarle qué tiene? – se encontraba insegura.

—Se nota que he llorado, ¿no?

—Un poco, solamente – quería ser prudente.

Hasta ahora Teresa no le había contado nada a Rodrigo, ni dónde vivía, así que podía confiar en ella.

—Mi mamá se fue y me he quedado sola, apenas tengo para comer ni para pagar las facturas – no quise dar muchos rodeos.

—Me entristece oír eso – alargó su mano y me cogió la mía.

—No te preocupes, seguramente encuentro alguna solución – esbocé una medio sonrisa.

—Yo no puedo ofrecerle mucho, pero si oigo de algún empleo, se lo haré saber.

—Te lo agradezco mucho, Teresa – apreté su mano.

—De todos modos, si necesita ayuda, contacte con el señor Rodrigo, él se preocupa por usted.

—La verdad, preferiría que no

— ¿Por qué no? Sabe que en el fondo la quiere.

—Ese fondo del que hablas quizás no existe, y, además, prefiero no hablar mucho de él.

No quería ser antipática con ella, prefería cortar el tema de raíz. Sabía que lo quería, lo crio desde bien pequeño, pero a mí no me servía para nada. A lo mejor ella no quería darse cuenta de la realidad, sino creer en el cuento de hadas. Rodrigo se enamoró de la otra María Camila, no de la que ella tenía delante.

En ese momento escuché cómo golpeaban de nuevo la puerta y me levanté a

abrir. En otro momento me hubiese molestado, pero aquello me ayudó a dejar un poco aquella conversación. Sabía que Teresa iba a seguir insistiendo en que buscase a Rodrigo y yo cada día tenía menos interés.

— ¡Feliz día! – gritó Carlos Alberto mientras sostenía una torta de chocolate.

— ¡No es hoy! – respondí medio emocionada.

— Sé que es mañana, pero no tengo el día libre, así que lo adelantaremos.

Me abalancé y lo abracé con fuerza. No me esperaba una sorpresa así, él sabía hacerme feliz con muy poco. No necesitaba una gran fiesta con regalos, con tener su compañía y compartir mi tiempo con él, me daba por satisfecha. Lo invité a entrar y me alegré profundamente de que Teresa se encontrara en casa, para así también compartir con ella.

Los presenté emocionada y me dirigí a la cocina a sacar algunos platos para servir aquel postre. La expresión de mi cara había cambiado en un solo segundo, aquel amigo sabía cómo volver mis días más bonitos. Sabía que jamás se olvidaría de mi cumpleaños, sabía que, al menos, con él tenía algo que celebrar.

Cuando regresé al salón pude comprobar que ambos estaban bastante entretenidos hablando. Se habían convertido en una parte importante en mi vida, en un apoyo incondicional. A pesar de que mi confianza con Teresa no era tan profunda como la que tenía con Carlos Alberto, sentía que le debía mucho. Había seguido visitándome sin tener el compromiso, demostrando la clase de persona que era.

No podía evitar echar en falta a mi mamá. Imagino que se fue sin acordarse, estaba demasiado dolida con todo lo que había pasado. Sabía que con el tiempo podría perdonar que se marchara, al fin y al cabo, la quería. Las dos

juntas y unidas podíamos haber salido adelante, pero me tocaba enfrentar la vida sola, aceptar lo que la vida me daba.

Me senté a compartir con ellos y nos pasamos la tarde hablando de mil cosas. Cada minuto que pasaba sentía cómo mejoraba mi estado de ánimo y mi salud mental. Debía rodearme de aquellas personas continuamente, eran las que me daban fuerzas y optimismo para luchar. La vida no solo me había dado golpes, también me había ofrecido gente maravillosa como la que tenía allá, conmigo.



Capítulo 21

Era la primera noche que dormía más de seis horas seguidas. Me desperté antes de que saliese el sol, pero aun así sentía que había descansado por completo. Estaba cumpliendo años y, aunque estaba sola en la casa, la tarde anterior me había hecho muy feliz. Carlos Alberto no había recibido su quincena y no pudo comprarme ningún regalo, pero no hacía falta más que el estar conmigo. Me reí con aquellas conversaciones que mantuvimos los tres como hacía semanas que no lo conseguía.

Tenía que empezar a mirar la vida de otra forma. Alguna vez oí a alguien decir que todo tenía solución, menos la muerte y, después de lo que le pasó a José, tenía muy presente esa frase. Estaba viva, había conseguido sobrevivir con mi mamá mucho tiempo y no iba a rendirme. Gracias a Dios, tenía gente a mi lado, gente que no me iba a dejar sola.

Puse la mejor de mis sonrisas y me dirigí a la cocina a servirme otra porción de torta. Carlos Alberto sabía cuál era mi favorita y se hizo un largo trayecto para traérmela. Solo el olor y la pinta que tenía, cubierta completa de lluvia de chocolate, era la delicia de cualquier paladar. No podía resistir que aquel manjar estuviese en mi nevera y no acabar con él, solo con el olor se me hacía la boca agua.

Me preparé un pequeño café y me senté con una buena porción en el salón a disfrutar de mi día. No tenía ningún plan y seguramente no salía de casa, pero no me importaba. Quería reorganizar todo un poco para usar la habitación que mi mamá dejó libre como taller y ampliar el espacio del salón. Ella me había dejado y yo me tomé la libertad de hacer un poco lo que me daba la gana.

El sol empezó a asomar por la ventana y se podía ver que era un buen día. A pesar de todo lo que había sido mi hermano, siempre se acordaba de aquel día. Lo hacía con algo de desinterés, pero siempre traía alguna pulsera barata o algún colgante. Era el único momento del año en el que recordaba que seguía siendo humano y que, debajo de todos aquellos litros de alcohol, aún existía alguien que merecía la pena.

Mi mamá siempre intentaba preparar algún postre, pero la cocina nunca había sido su fuerte. Agradecía la dedicación y el empeño que le ponía, pero realmente no le salían muy ricos. Recuerdo que, de pequeños, mi hermano y yo nos reíamos sin parar mientras nos mirábamos las caras, intentando simular que nos agradaba bastante. Sabía que lo hacía con todo el cariño del mundo y, a medida que fui creciendo, aquello tenía mucho valor para mí.

Aquel año estaba sola y tampoco me sentía tan mal. No tenía mucho, no me sobraba la compañía, pero me conformaba. Aquel café caliente y la porción

de torta eran suficiente para mí, al menos, en aquel momento. No quería estresarme pensando en el resto, quería centrarme en mí. Había dedicado la mayor parte de la vida a complacer a los demás, olvidándome de mí misma.

No sé cuánto tiempo me llevé allí sentada mirando a la nada, pero alguien me sacó de mis pensamientos golpeando la puerta. No habíamos parado de tener visita desde que José murió, así que ya no me extrañaba recibir a gente todo el tiempo. Esperaba que, con el paso del tiempo, la intensidad fuese decayendo, no tenía ganas de hablar todo el tiempo de lo que había pasado.

Hubiese imaginado a cualquier otra persona, menos a él. No me había quitado ni el pijama y mi pelo alborotado me daba bastante pena. Rodrigo estaba en la puerta de mi casa, arreglado como si fuese a ir a algún tipo de evento y yo como una mendiga. En sus manos había un paquete gigante, envuelto con papel de regalo y un gran moño rosado. Mis mejillas empezaron a sonrojarse sin querer y cerré la puerta en sus narices del susto que me llevé. ¿En qué momento había descubierto dónde vivía? ¿En qué momento se le ocurrió aparecer allí?

Rodrigo volvió a llamar y me quedé paralizada. Tenía que haberme asomado antes por la ventana de la habitación para ver quién era. Ya sabía que estaba allí, ya le había abierto. Ya no podía simular que no estaba en la casa, tenía que afrontar aquella visita, así que abrir de nuevo la puerta, pero aquella vez, muy despacio.

— ¡Feliz día! – dijo mientras intentaba mirarme a través del poco espacio que le dejé.

—Rodrigo, será mejor que te vayas, no estoy en condiciones de recibirte.

— ¡Te he visto en peores condiciones! ¡Vamos, ábrelo! – dijo emocionado.

—En serio...

—Está bien, pues.... — empezó a mirar en todas direcciones y a caminar —
Me sentaré aquí hasta que te arregles.

Se apoyó en unos escalones que quedaban cerca, justamente a lado de la casa del vecino. Se había alejado un poco, por lo que me tocaba alzar la voz para que me escuchase. Me estaba muriendo de la pena ante aquella situación, no podía dejar que todo el mundo empezase a asomarse ante aquel espectáculo. Un hombre como él, con aquel carro caro aparcado en frente de la casa, no se solía ver por el barrio. En cuanto alguien se diese cuenta, todos saldrían a mirar.

— ¡Pasa! — grité — ¡Por favor!

Abrí la puerta completamente y le dejé entrar. Mi casa no tenía nada que ver con la suya. Jamás, en mi vida, le hubiese invitado a ir. Seguramente, en su mente estaba pensando de todo y yo me seguía sintiendo avergonzada. Quería que se fuese cuanto antes, que aquella situación terminase.

— ¿No vas a abrir mi regalo? — me ofreció aquel paquete gigante.

—Voy a matar a Teresa — dije en voz baja.

—No se lo tengas en cuenta, en realidad le obligué a decírmelo todo.

—Se supone que teníamos confianza, que no iba a hablar contigo.

—Perdónaselo, soy su debilidad, no puede resistirse — empezó a reír.

Teresa me había decepcionado un poco, pero no quería enfadarme con ella. Rodrigo tenía razón, esa mujer hacía todo por él y, seguramente, lo había hecho para complacerlo. No me molesta del todo que estuviese allí, acordándose de mi día y ofreciéndome un regalo. Era el hombre que amaba y, era consciente de que también se había convertido en mi debilidad.

— ¿Qué es? — pregunté.

- Debes abrirlo – me lo entregó.
- No sé si debo... – dudé un poco.
- Si quieres, me vuelvo a sentar ahí fuera, hasta que te decidas.
- No, no, ya lo abro, tranquilo.

Puse el paquete encima de la mesa y lo abrí rápidamente. Dentro de aquella caja, había otra más pequeña envuelta en el mismo papel que la anterior. Me quedé un poco extrañada, pero la saque y la abrí. Parece que aquel juego nunca acababa, dentro de cada caja que había, aparecía otra más pequeña, empezándome a desesperar.

- ¿Qué clase de juego es este? – pregunté un poco enfadada.

Rodrigo reía sin parar. No sé qué divertido le parecía aquello, pero empezó a contagiarme. No pude evitar reírme, me sentía bastante ridícula abriendo cajas tras caja. Imaginaba que al final descubriría solo algún dulce o algo parecido, pero pensaba devolverle de alguna manera aquella broma. La mesa del salón se fue llenando de papel de regalo y de cajas hasta que, por fin, llegué a la última.

Dentro de ella había una especie de sobre blanco. Al principio me dio un poco de miedo abrirlo, pero lo tenía que hacer. Dentro pude ver dos tiquetes de avión con destino a Nueva York. Miré impresionada a Rodrigo, jamás había imaginado algo así.

- ¿Estás loco? – pregunté.
- Un poco – sonrió.
- Yo no...
- Shhh – interrumpió –, no necesito una respuesta ahora, mejor después del almuerzo.
- ¿Qué almuerzo? – cada vez me iba desorientando más.

- Al que estás invitada en mi casa, así que vámonos.
- ¡Ni siquiera estoy arreglada! – me empecé a agobiar.
- No importa, los pijamas de Teresa te sientan muy bien – bromeó.

Lo miré con el ceño fruncido y me cogió en brazos. Apenas pesaba 60 kilos y Rodrigo podía cargarme con facilidad. Me resistí un poco, no quería ir con él, pero comenzó a hacerme cosquillas y no podía luchar contra eso. Empecé a gritar un poco, aquel loco estaba secuestrándome, pero no pude hacer nada entre tantas risas.

Abrió la puerta de la casa y me metió en su carro a la fuerza. No quería que los vecinos se enterasen de nada, así que mantuve el silencio.

- ¡Estás loco!
- Sí, eso ya me lo has dicho antes.

Arrancó sin pensárselo y nos fuimos de allí. Me sentía completamente en ridícula en pijama, pero reconocía que todo lo que hizo me había gustado. Aquel día no podía haber empezado mejor, sobre todo por estar junto a él.

Lo cierto era que Rodrigo me desorientaba. Con aquellos actos daba a entender que quería estar conmigo, pero otros días solo recibía silencios por su parte. Sin embargo, en ese momento, decidí disfrutar de lo que estaba viviendo. Sabía que me moría de ganas por estar con él y, aunque fuese una vez más, no iba a resistirme a acabar entre sus brazos.



Capítulo 22

En cuanto llegamos a casa de Rodrigo, me sentí más avergonzada que nunca. Estaba vestida de la peor manera en medio de todo aquel lujo. Si alguna vez en mi vida me había sentido inferior al resto, fue aquel día. Mi cabello andaba completamente alborotado y a mi rostro empezaba a pasarle factura todos los días que me pasé llorando. Rodrigo me miraba como si fuese la de siempre, parecía que no le importaba.

—No te quedes ahí, pasa – dijo mientras yo permanecía en la puerta.

—No me siento cómoda... Mira cómo voy vestida y ni me he peinado.

— ¿Y qué problema hay?

—No estoy a gusto así y menos para almorzar contigo.

Rodrigo se quedó pensativo.

—En mi habitación siguen las bolsas de ropa y complementos que te

compré, arréglate mientras ayudo a Teresa a terminar.

—Está bien – acepté.

—Te espero en la mesa – sonrió.

No me gustaba nada aceptar aquello, pero no tenía más remedio, así que fui rápidamente a la habitación. Opté por un conjunto de jean con camiseta negra y lo combiné con unas sandalias color crema. Era increíble cómo Rodrigo había acertado en todo con mi talla, me sentaba genial. Sin perder mucho más tiempo, cogí todo el maquillaje y me dirigí al baño a peinarme. Rodrigo no contaba con algunos elementos necesarios, como la plancha del pelo, pero pude hacer un recogido bastante digno.

Cuando terminé, me miré al espejo y me sentí de nuevo diferente. Era increíble que un poco de maquillaje y una buena ropa pudiera cambiar cómo me sentía. Mi autoestima subía como la espuma y mi estado de ánimo también. No pude evitar esbozar una sonrisa y sentirme de nuevo poderosa. Sabía que, después de todo, mi vida seguía siendo la misma, pero ¿por qué no iba a disfrutar de lo que vivía en el momento?

Cuando me dirigí al salón, Teresa y Rodrigo ya estaban terminando de servir la mesa. Ambos me miraron y sonrieron, a la vez que alabaron lo hermosa que me encontraba. Todo aquello me hacía sonrojar, pero también me hacía sentir mejor. Podía hacerme pasar, perfectamente, por la señora de la casa.

Miré a Teresa antes de sentarme, sabía que no había hecho bien al decirle a Rodrigo las cosas, pero no podía culparla. Me había visto mal y, aunque después pasamos un buen rato celebrando mi cumpleaños, sabía que estaba sola y sin nada que hacer. Seguramente quiso ayudar, así que preferí dejarlo pasar. Alguna vez en mi vida podía verme en la misma situación que ella y seguramente ayudaría, sin pensarlo.

La mesa estaba perfectamente decorada. Habían puesto un mantel de encaje blanco y en la mitad varios jarrones de diferentes tamaños con flores. Teresa comenzó a servir copas de vino y Rodrigo le ayudó con la pasta. Estaba hecha con alguna especie de salsa blanca y llena de mariscos. Jamás había tenido delante de mí un plato de aquel estilo y, por cómo olía, sabía que iba a encantarme.

- Antes de comenzar – Rodrigo se levantó y alzó su copa –, quiero brindar por tu vida.
- No es necesario – dije sonrojada.
- Levántate y brindemos – casi ordenó.

Me puse de pie en mi silla, alcé mi copa y la acercamos el uno al otro para chocarlas suavemente. Acto seguido, nos bebimos casi todo el contenido y nos dispusimos a comer. Había pensado en algunos temas de conversación para no hablar siempre de mi vida, pero no supe cómo empezar alguno.

- Entonces, ayer festejaron tu cumpleaños Teresa y tu amigo – comenzó a hablar.
- Sí, él trajo una torta de chocolate y tomamos algo, fue sencillo.
- Claro, las personas entradas en años, como tú, ya no pueden ir de rumba – bromeó.

Le jalé la oreja para protestar por la broma. Rodrigo siempre tenía alguna respuesta graciosa para todo, parecía que tenía los diálogos preparados. A pesar de que siempre me atacaba, no podía evitar reírme con él. Me encantaba compartir aquellos almuerzos llenos de conversaciones, aunque la mitad fuesen locuras que le gustaba soltar.

Comenzó a comentarme las fiestas de cumpleaños más raras que había tenido a lo largo de su vida. No podía parar de reírme por la forma en la que lo

contaba y cómo imitaba las voces de sus amigos y familiares, casi no podía terminar de comer. La más interesante fue cuando le trajeron un payaso y todos sus amigos salieron llorando de la fiesta. Rodrigo tenía mil anécdotas que contar y me gustaba mucho empaparme de todas ellas. Me hacían conocerlo mejor y que nuestra confianza fuera en aumento.

A pesar de las risas, conseguimos terminar el almuerzo y fuimos a mi lugar favorito. Había soñado en más de una ocasión en volver allí y mirar la ciudad desde las alturas, pero siempre pensé que se había acabado. En cuanto me senté, no pude evitar sonreír. Todo seguía tan hermoso como siempre y desde allí me podía sentir libre, como nunca había hecho.

- Espero que todo te haya gustado – Rodrigo se sentó a mi lado.
- Ha sido especial, muchas gracias – giré la cara y lo miré.

Nuestros ojos se quedaron mirándose los unos a los otros sin apenas pestañear. Sin querer, en apenas uno segundos, se creó una tensión sexual entre nosotros difícil de parar. Giré de nuevo la cabeza y me puse de pie, no quería que aquello pasase. Sabía que podía tirarme a sus brazos sin pensarlo, pero aún tenía cosas dentro de mí.

Noté cómo se puso de pie y me abrazó por detrás, rodeándome la cintura. Podía sentir su respiración en mi cuello y eso me ponía aún más débil. Rodrigo estaba demasiado cerca de mí, me hacía perder la poca fuerza que tenía.

- ¿Por qué huyes de mí? – preguntó en mi oído.
- No huyo, es que todo...
- Déjate llevar – me interrumpió –, sabes que no puedes hacer nada contra mí.

Empezó a besarme el cuello y, aunque intenté evitarlo, rápidamente me dejé

llevar. Sin darme cuenta, me di la vuelta y mis labios se encontraron con los suyos. Aquello no iba a parar, no podíamos hacerlo. Rodrigo sentía sed de mí y yo también de él. Tenía claro que una vez que nos uniésemos, seríamos incapaces de pararlo.



Capítulo 23

Estaba tumbada en esa cama, nerviosa, como si fuera la primera vez con él. Habíamos llegado hasta la habitación y Rodrigo, tras un tierno beso en los labios, me despojó de mi ropa y me tumbó en la cama. Él estaba terminando de quitarse la suya y no pude evitar admirar su cuerpo mientras lo hacía. Me encantaba observarlo, todo en él era perfecto.

Se tumbó a mi lado, completamente desnudo y me acarició la cara con los nudillos.

–Te he echado mucho de menos, Cami – me miraba con intensidad.

–Yo también a ti – reconocí.

No podía negar lo que era una verdad y en sus ojos pude ver lo que sentía por mí. Acercó su cara a la mía y nuestros labios se unieron nuevamente. Lo

dulce que podía ser era algo que amaba de Rodrigo, cómo con un beso, era capaz de acabar con cualquiera de mis dudas.

Había una pequeña parte de mí que me decía que parase, que no éramos iguales, que pertenecíamos a otro mundo. Pero nada de eso importaba cuando estábamos cerca, aún menos cuando estábamos juntos y hambrientos el uno del otro.

Callaba a esa parte, no era momento para pensar, solo necesitaba volver a sentirlo conmigo, como si fuéramos uno solo.

Ambos sentíamos que queríamos más, lo necesitábamos todo del otro, pero ninguno aceleraba el ritmo. Era como si no quisiéramos terminar pronto, nos queríamos amar como nuestros corazones lo hacían.

Su cuerpo, poco a poco, iba colocándose encima de mí, sin dejar, en ningún momento, mis labios. Ya tumbado sobre mi cuerpo, Rodrigo cogió mi cara entre sus manos y me miró un segundo a los ojos. Su mirada me estaba poniendo nerviosa y miré hacia un lado. Con su mano, giró mi cara para que volviera a mirarlo a él.

–Solo quiero grabar este momento en la memoria.

Ese comentario fue como un jarro de agua fría para mí. Mi mente ya empezaba a darle el significado que quería, quizás todo eso no era más que una despedida y yo volvía a montarme una película en la cabeza.

–Suenas a despedida – no quise decirlo en voz alta, menos aún decirlo con la voz estrangulada por la tristeza. Notaba que iba a llorar y no quería que eso ocurriese.

–No, mi Cami. Si me lo permites, pienso ver esta imagen cada día. Y cada uno de ellos, me quedaré así, mirándote, para que nunca se me borre

de la memoria.

–¿Eso signif...?

–Eso significa – me interrumpió – que no quiero volver a perderte.

Quédate conmigo, Cami. Dame una oportunidad.

No sabía qué contestarle. ¿Me estaba pidiendo lo que yo creía? Apreté los labios y respiré profundamente por la nariz para evitar que las emociones me desbordaran. Rodrigo sonrió, como si hubiera adivinado lo que estaba sintiendo.

–Hablaremos después – acarició mi labio con el pulgar y yo suavicé el gesto de la boca –, primero déjame amarte.

Entonces me besó con la pasión que había estado escondiendo y yo lo hice de la misma forma. A momentos lo sentía dulce, queriendo bajar el ritmo, pero otras veces la pasión nos desbordaba. Se notaba que nos habíamos echado muchísimo de menos, la necesidad que tenían nuestros cuerpos por el del otro, hablaba por sí sola.

Cuando se separó un poco de mí para ponerse protección, era como si me faltara algo. Necesitaba el contacto con su piel y su boca sobre la mía. Entró en mí con tanta delicadeza que estuve a punto de llorar, la sensación de tenerlo de nuevo en mi interior, sentir cómo me llenaba... No éramos solo dos cuerpos, si no dos almas que se reclamaban la una a la otra, hasta que ambas culminaron de placer.

Acabamos los dos enlazados, un cuerpo frente al otro y sin poder dejar de mirar al otro. Rodrigo acariciaba mi cara y mi pelo y tenía una estúpida sonrisa en la cara. Seguramente, la misma que debía de tener yo en ese momento.

Recordé lo que me había dicho mientras hacíamos el amor y me puse de

nuevo nerviosa. No sabía exactamente a qué se refería y no sabía cómo comenzar a hablar de ello.

–Dime que te vas a quedar conmigo, Cami.

–¿Quedarme contigo? – no sabía a qué se refería exactamente. Tal vez solo hablaba de una noche y yo era una idiota pensando que quería lo mismo que yo.

–Quiero lo que teníamos antes. Te quiero a ti, conmigo.

–Rodrigo, nuestros mundos...

–Nuestros mundos me importan un carajo – respondió con amargura –. Es cierto que me impactó saber la verdad. Es cierto que no actué bien, pero no te imaginas en lo que te has convertido para mí. Me da igual lo que diga el mundo, yo no quiero perder lo que tenemos.

–Sabes que no es tan fácil... – yo quería lo mismo que él, pero ambos sabíamos cómo eran las reglas y romperlas, para alguien como él, no iba a resultar sencillo.

–Supongo que no... Intenté olvidarte en estas semanas y no he podido, Cami. Te grabaste a fuego. Al menos inténtalo.

–Yo no tengo nada que intentar... – vi su cara de decepción y acaricié su rostro mientras le sonreía con dulzura – Para mí tampoco fue fácil, pero sí sé lo que siento por ti y yo también quiero intentarlo.

Una gran sonrisa iluminó su rostro y yo no pude menos que corresponderle con la misma respuesta. Me besó y nuestros cuerpos se encendieron de nuevo, demostrando lo que sentíamos.

Esa noche dormí abrazada a él, pensando que tal vez, la vida había dejado de ensañarse conmigo y que me estaba dando una nueva oportunidad. Devolviéndome algo que creí haber perdido y que sí podía ser para mí.

No iba a negarme a intentarlo, él me quería y teníamos que luchar por nosotros. Teníamos que hacerlo juntos.



Capítulo 24

Como siempre, era la primera en abrir los ojos. Cada vez que me había quedado en aquella casa a dormir, podía observar a Rodrigo durmiendo. Me encantaba saber que debajo de las sábanas estaba desnudo y que lo compartía conmigo. Parecía que mi vida comenzaba a recuperarse y no podía evitar estar feliz.

Me levanté con cuidado para no despertarlo, pero no lo conseguí. Rodrigo abrió los ojos y me dedicó una sonrisa. Después de la noche que habíamos pasado, no era para menos. Por fin se había decidido a abrirme su corazón y a decirme lo que sentía, ya no podía tener dudas de nada.

—Sigue durmiendo – dije en voz baja.

—Ya pronto me levanto, solo 5 minutos más – estaba medio adormilado.

Reí un poco, me puse el pijama que había traído el día anterior y salí de la habitación. Escuché algunos ruidos en la cocina, así que intuí que Terea ya había llegado. Seguramente ayer, al ver que desaparecimos del salón, no tardó en irse. Me daba pena con ella, que pudiese escuchar algo o que se sintiese incómoda, pero lo que teníamos Rodrigo y yo era demasiado bonito para pararlo.

Empujé la puerta levemente y pude observar cómo preparaba algunos huevos revueltos. Me causaba bastante ternura, era muy buena persona. Me había cuidado y se preocupó por mí sin tener por qué y, de no ser por ella, Rodrigo y yo no andaríamos juntos. Quizás se encargó de darnos el pequeño empujón que necesitábamos los dos.

—Buenos días – entré y me acerqué a ella.

—Buenos días, señorita María Camila – saludó –, ¿todo bien?

—Todo genial – sonreír.

Sabía a qué se refería con esa pregunta y no podía esconder mi felicidad.

—Veo que ha pasado una buena noche, tiene mejor cara – Teresa a veces era picarona.

—Jajaja – reí – Sí, la verdad no ha estado nada mal.

—Me alegra que el señor y usted hayan arreglado las cosas.

—Eso parece, creo que mi vida puede empezar a mejorar.

—Usted no se merecía la golpiza ni el abandono de su mamá, aquí, con él, estará mejor.

— ¿Será posible que estemos juntos? Ya sabes que nos distancia un gran abismo...

—Eso ya no importa. Rodrigo la fue a buscar y le aseguro que no la va a dejar ir – dijo seriamente –, debe empezar a considerar, esta, su vida.

Ya no sabía qué iba a ser de mi vida. Quizás aquella misma noche estaba volviendo a mi casa o quizás aquella empezaba a convertirse en mi hogar. No quería forzar las cosas, con saber que todo con Rodrigo iba viento en popa, me conformaba.

—Imagino que quiere café – Teresa me sirvió en una taza.

—Es lo que me hace tener energías a lo largo del día – dije cogiéndola.

—A mí... No...

—Sé que no le gusta – sonreí –, me di cuenta rápidamente.

—No entiendo cómo la gente es adicta a ese brebaje.

—Le aseguro que está delicioso – le saqué la lengua.

Cogí un par de galletas y me dirigí a desayunar a aquel balcón maravilloso. Me prometí a mí misma que iba a aprovechar todas las oportunidades para tomar café allí. Amaba cómo la brisa daba en mi cara y poder observar el despertar de la ciudad. Desde allí arriba los problemas parecían mucho más fáciles de resolver y la vida sabía distinta.

Escuché a Teresa hablar e intenté darme la vuelta para verla. No sabía si se estaba dirigiendo a mí, así que dejé mi taza de café en la mesita pequeña y salí a responderle. Rápidamente me di cuenta de que no estaba sola, así que me quedé en la puerta del balcón. Había llegado un señor a la casa, parecía mayor y estaba preguntando por Rodrigo. Era demasiado alto y vestía traje de chaqueta, parecía algún tipo de empresario. Su cara no era demasiado agradable, pues aquella nariz prominente, combinado con sus ojos negros y su cabello oscuro, parecían sacado de una caricatura.

Me quedé allí, de pie, observándolo sin más. Él apenas se había percatado de mi presencia, me miró durante algunos segundos y siguió hablando con Teresa. No sabía por qué, pero empezaba a ponerme nerviosa. Se podía

observar que era aquella clase de persona que te miraba por encima del hombro, que se creía superior a los demás.

La puerta de la habitación se abrió y Rodrigo salió medio adormilado. Cuando vio a aquel señor, la pereza y el sueño se le quitaron de un solo plumazo. Se acercó rápidamente a él y se saludaron. Se podía observar que su relación no era de mucha amistad, sino más bien distante y, por lo poco que se dijeron, entendí que era algún socio que trabajaba codo con codo con él.

Yo seguí allí, de pie, observando toda la escena. Rodrigo se giró y me miró, dedicándome una pequeña sonrisa, como de complicidad. En ese mismo instante, aquel señor me miró también. Parecía que no le agradaba demasiado, que se sentía un poco incómodo con mi presencia.

— ¿No me vas a presentar a la nueva empleada? — preguntó a Rodrigo mientras me miraba.

Pude ver perfectamente cómo su cara se desencajaba y empezaba a ponerse nervioso. El señor lo miraba, esperaba algún tipo de respuesta.

—Más tarde — respondió —, pero mejor pasemos a mi despacho y sigamos trabajando.

Aquello me dolió de igual manera. Me quedé allí, de pie, mirando cómo se iban, con el corazón roto. Aquel señor creía que era la empleada y no lo negó en ningún momento. Había pensado que Rodrigo me aceptaba, pero no fue así. No me presentó como su novia, sino que dejó que pensaran que era una más.

Ni siquiera supe cómo reaccionar, me sentía congelada. Teresa se quedó mirándome y, después de agachar la cabeza, volvió a la cocina. Seguramente no estaba totalmente de acuerdo con la respuesta de Rodrigo, pero ella no

podía opinar. Esperaba de algún modo que se acercase a mí para hablar, pero no fue capaz de hacerlo, así que me quedé allá, solitaria.

Se suponía que aquel hombre me quería y, sin embargo, le importaba más lo que pensase el resto. No sacó valor ninguno para hablarles a los demás de mí, sin importarle lo que pareciese o lo que llevase puesto. Me había tratado como una simple empleada, aceptando lo que decían los demás. Aquel día volví a sentirme sola y abandonada, sabía que ya nada podía cambiar.



Capítulo 25

En cuanto reaccioné, volví a la habitación. Iba a irme orgullosa, en pijama, pero decidí que no. Cogí la ropa que me había puesto el día anterior, las bolsas, el maquillaje y algo de plata que había por allá encima. Mi estilo no era aquel, pero ya todo me daba igual. No iba a tener más miramientos por nadie, solo por mí.

En ese momento me encontraba demasiado rabiosa. Tenía que haberme acercado en el momento que preguntó aquel señor y haber besado a Rodrigo. Seguramente eso lo hubiese hecho sentir más vergüenza, pero, sin embargo, me quedé allí, de pie, como si fuese una auténtica estatua. Odiaba no sacar el carácter que tenía cuando más falta me hacía.

Salí a coger el ascensor y nadie se encontraba por allá, ni siquiera Teresa. Estaba tan enfadada que me hubiese dado exactamente igual hasta

encontrarme con Rodrigo. Iba bien vestida, bien arreglada, así que ya no podía tratarme como había hecho. La María Camila que tenía en mi interior salió con más fuerza que nunca, imparable.

Cogí un taxi y volví a casa. Me prometí a mí misma que Rodrigo ya no iba a jugar conmigo. Seguía sintiendo vergüenza de lo que era, lo había demostrado. Todo lo que había dicho eran simples mentira, con las cuales consiguió meterme de nuevo en su cama. Había sido demasiado tonta, me había dejado llevar por unos simples regalos y unas cuantas palabras.

En cuanto bajé del taxi, le pagué lo que le debía y me dirigí a mi casa. Giré la cabeza instintivamente hacia la casa de Carlos Alberto, teniendo tanta suerte de encontrarlo. Parecía que llegaba de trabajar, vestía el uniforme y se le veía un poco serio. Intenté atraer su atención para que me viese, necesitaba pasar un rato con él. Cuando por fin lo conseguí y se fue acercando a mí, toda la fuerza con la que salí de casa de Rodrigo desapareció y no pude evitar derramar algunas lágrimas.

— ¿Qué pasó? — preguntó asustado.

— He sido una tonta, me ha engañado.

— ¿Rodrigo? ¿Has estado con él?

Al recordarlo me sentí más triste aún. Mi amigo se acercó y me besó en la frente a la vez que me ofrecía un gran abrazo. Hizo amago de acompañarme a mi casa, pero yo prefería estar en la suya y se lo hice saber. Pensaba que, en algún momento, Rodrigo volvería a visitarme y no tenía fuerzas para enfrentarme a él.

En cuanto entramos en su casa, nos dirigimos a su habitación. No había pensado en su papá y afortunadamente no se encontraba allá. Necesitaba intimidad para poder hablar con Carlos Alberto y poder desahogarme.

—Ahora sí, cuéntame – dijo mientras se sentaba a acompañarme.

—Rodrigo vino a buscarme, pro mi cumpleaños – comencé –, pasamos una noche maravillosa, en la que me prometió hasta la luna, pero...

— ¿Pero?

—Hoy todo acabó.

— ¿Cómo así? ¿De la noche a la mañana?

Empecé a contarle todo. Carlos Alberto no reaccionaba, tal y como me imaginaba. Mantenía el rostro serio, como si nada le sorprendiese. Yo había conseguido calmarme bastante y, al menos, ya no estaba llorando.

—Cami... – me miró seriamente –, sabías que eso era algo que podía pasar.

— ¿Qué se avergonzase de mí?

—No exactamente, pero me imagino que se vio entre la espada y la pared.

—Me da igual – crucé los brazos.

—Deberías haber esperado a que te diese una explicación, quizás se siente arrepentido.

Parecía que mi amigo estaba dándole la razón.

— ¿Lo estás defendiendo? – pregunté casi enfadada.

—No, para nada – dijo calmado –, ha estado terriblemente mal, pero a lo mejor necesita tiempo.

—Estoy harta de que todos digáis lo del tiempo, soy quién soy, no puedo cambiar.

—En eso tienes razón.

Nos quedamos un rato en silencio. Me había molestado profundamente la posición que había tomado Carlos Alberto. Se suponía que era mi amigo, que debía estar siempre de mi lado.

—Rodrigo tiene que aceptarte como eres – siguió diciendo –, pero tú también debes aceptar que para él las cosas no deben ser fáciles.

— ¿Es tan difícil que no queramos y nada más?

—Sabes que en este mundo sí, que esto no es una película.

Obviamente, nada de aquello era una película. Yo no quería vivir en un mundo de hadas, quería vivir la realidad. Había apostado en muchas ocasiones por Rodrigo, había sido paciente, pero aquello fue la gota que colmó el vaso. Me sentía dolida, había herido el poco orgullo de mujer que me quedaba.

— ¿Presente que me haga pasar por su empleada todo el tiempo que quiera?

—Para nada, Cami – respondió –, y le vas a dejar claro que estuvo mal, pero debes ser un poco flexible, vuestra relación ya es demasiado complicada.

Me sentía enfadada con el mundo. Me tumbé en la cama y le di la espalda. Ya no me importaban ni mis modales. Sentía que todos me estaban traicionando poco a poco.

—Cami, sabes que no diría nada para dañarte – me tocó el hombro –, entiende que todo ha ido demasiado mal y que, a lo mejor, dándole una oportunidad a las cosas, todo puede irte mejor.

No le respondí nada.

—Y quédate el tiempo que necesites aquí si no quieres encontrártelo, porque te aseguro que vendrá a buscarte – se puso de pie –, ahora traigo algo de comer, no tardo.

Salió de la habitación y me dejó sola. Mi celular se había quedado en mi casa

el día anterior, así que Rodrigo no iba a encontrar la forma de contactarme. Pensaba quedarme en casa de Carlos Alberto varios días y desaparecer del mundo. No entendía por qué las cosas se tenían que torcer siempre, por qué no podían solamente mejorar.

A lo mejor en otra vida había sido demasiado mala persona y ahora lo estaba pagando todo. Las palabras que recibí de Rodrigo la noche anterior me sabían a nada, eran una completa mentira. Si tenía todos esos sentimientos por mí, tenía que haber levantado orgulloso la cabeza y, sin embargo, se acobardó. No luchó por mí, me dejó sola, y no pensaba perdonárselo.



Capítulo 26

Aquella tarde no fue muy diferente al resto. Carlos Alberto había pedido unos días libres y finalmente le habían echado del trabajo, por eso lo encontré tan serio. Había sido tan antipática que ni siquiera me había preocupado por él, así que ambos estábamos un poco deprimidos. Nos dedicamos a ver televisión y a comer algunos pasabocas.

Con el paso del día me había calmado bastante y pude entender su punto de vista. Lo único que hacía era preocuparse por mí, aunque yo sintiera que apoyaba un poco más a Rodrigo. Me había planteado que, a lo mejor, había actuado con mucho impulso, que tenía que haberme quedado, pero lo cierto es que seguía dolida. Si Rodrigo necesitaba tiempo para asumirlo todo, yo también tenía que dármele.

Aunque me encontrase más calmada, aún me dolía bastante lo que pasó. Me había hecho ilusiones con todo lo que me dijo y pensé que ya nada nos separaría, sin embargo, le faltó un solo segundo para tirar todo por la borda. Tenía que haberle dejado claro a ese señor quién era y demostrarme que todas sus intenciones eran reales.

— ¿Carlos Alberto? — su papá asomó la cabeza por la puerta.

— ¿Sí? — respondió.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero hay un señor frente a tu puerta — me miró —, lleva un buen rato y la gente ya salió a mirar su carro, está creando bastante expectación.

El corazón se me heló. Rodrigo había venido a por mí, tal y como me lo esperaba. Carlos Alberto me miró, esperando algún tipo de respuesta. Me asomé a su ventana y pude observar que era verdad. El carro de Rodrigo estaba frente a mi casa y él llamaba insistentemente a la puerta.

—No quiero salir a hablar con él — dije firmemente.

— ¿Y qué piensas hacer? ¿Quedarte mirando?

—No pienso ir – negaba con la cabeza.

Carlos Alberto me miraba un poco enfadado.

—Ha venido, al menos deberías ver qué quiere.

—Nadie se lo pidió.

—No seas rencorosa, Cami.

—No se trata de eso, estoy dolida, no quiero verlo ahora.

Me alejé de la venta y me volví a tumbar. Carlos Alberto me miraba sin dar crédito a mi actitud, pero era lo único que pensaba hacer. Hice muchas cosas por Rodrigo y no recibí lo mismo, así que un poco de su medicina no le vendría mal. Si él necesitaba tiempo para asumir las cosas, yo también iba a tomarme el mío.

—Está bien, si no lo haces tú, iré yo – dijo firmemente.

— ¿Acaso estás loco?

—No voy a dejarlo más tiempo aquí, lo mismo le pasa algo.

En eso tenía razón. El barrio era bastante peligroso y Rodrigo comenzaba a llamar la atención. Carlos Alberto salió a toda prisa de la habitación y me asomé disimuladamente a la ventana. No tenía ni idea qué iba a decirle, pero esperaba que no me delatase. Teresa ya lo había hecho una vez y no quería que otra persona de confianza me traicionase, por muy justificado que les pareciese.

Pude observar cómo se acercaba a Rodrigo y se saludaban cordialmente. Hubiese dado cualquier cosa por enterarme acerca de lo que hablaban, pero desde allí era imposible. Solamente podía ver los gestos que hacían con las manos, nada más. La conversación no duró mucho, parecía que Carlos Alberto había conseguido calmarlo y minutos después, se montó en su carro y

se marchó.

Esperé ansiosa la vuelta de Carlos Alberto a la casa, necesitaba saber qué se habían dicho. Me alegraba enormemente su efectividad, pues desde que mi amigo nombró el peligro que Rodrigo podía pasar en el barrio, sentí miedo por él. En cuanto corriese la voz de que alguien de plata estaba en la puerta de mi casa, podían molestarme incluso a mí. No quería ser víctima de estafas, necesitaba que Rodrigo no apareciese mucho más por allá.

— ¿Qué pasó? – pregunté al verlo entrar de nuevo en la habitación.

— Nada – respondió sin más.

— ¿Cómo que nada?

— ¿Ahora sí te interesa saber qué quiere? – estaba un poco molesto

— ¿Por qué me hablas así? Yo no te he obligado a salir – respondí.

Se quedó en silencio y se sentó en la cama. Parecía un poco arrepentido de haberme hablado mal, lo conocía bastante bien. La situación había sido un poco tensa, incluso para él, así que lo dejé pasar.

— Le prometí que hablaría contigo – dijo de repente.

— ¿Le has dicho dónde estoy?

— No, le dije que sabía de ti, que estabas bien – me miró—, así, al menos, dejará de estar preocupado.

— Espero que no vuelva a aparecer por aquí.

— Le dije que era peligroso, incluso para ti, así que por eso se marchó.

— ¿Dijo algo más? – tenía curiosidad.

— Sí, dijo que te dijera que te quería.

Aquellas palabras me dolieron en el fondo. ¿Qué clase de amor era el que sentía? Lo nuestro no podía seguir siendo una montaña rusa, me sentía ya mareada. Si íbamos a estar juntos, debíamos luchar contra el mundo y, si él

no estaba dispuesto, no había nada más que hablar.

Me tumbé de nuevo en la cama, intentado olvidar lo que había pasado, pero no podía. Carlos Alberto no paraba de mirarme, como si me juzgara en todo momento. No sabía si esperaba algún tipo de respuesta por mi parte o que saliese corriendo a buscar a Rodrigo.

—Ese hombre te quiere, estoy seguro de eso – dijo mientras me seguía mirando.

Volví a quedarme callada. Mi corazón comenzaba a decirme una cosa y mi mente otra. Con la visita de Rodrigo se desató una lucha interna que no sabía controlar. Mi cabeza me decía que debía ser fría y pensar bien las cosas, mi corazón que me dejase llevar por lo que sentía. No sabía bien qué hacer y las palabras de Carlos Alberto no me ayudaban en absoluto.

Lo único que tenía claro era que necesitaba tiempo para pensar. Rodrigo se había tomado bastantes días, en los cuales, aunque me llamaba, lo único que me ofrecía era silencios. En ese instante el tiempo lo necesitaba yo, para meditar y pensar bien las cosas. Si él pensaba que podía entrar y salir de mi vida cuando quisiera, estaba bastante equivocado.



Capítulo 27

El día comenzaba y Carlos Alberto y yo nos despertamos temprano. La noche anterior no habíamos hecho mucho, así que nos quedamos dormidos temprano. El hecho de que Rodrigo fuese a buscarme y las cosas estuvieran tensas, ya era algo que no me quitaba el sueño. Me había cansado un poco de luchar por los dos, lo único que quería era paz mental.

Había desayunado pocas veces en aquella casa, pero me encantaba. Carlos Alberto y su papá eran bastante glotones y tenían una despensa llena de diferentes tipos de chocolates y dulces. No hacía falta que le dijera que me encantaba, él siempre me servía una pequeña muestra junto con el café. Mi mamá jamás compraba aquellas cosas, siempre decía que no servían sino para dejarle a uno sin dentadura.

El papá de Carlos Alberto no tardó en levantarse y aparecer por allí. A pesar

de que no me ayudó aquella noche, no le tenía rencor, si no, más bien sentía pena cuando estábamos en el mismo lugar. Aún me sentía un poco culpable por lo que hizo José, aunque no tuviese nada que ver. No debía ser nada agradable compartir casa conmigo, apostaba a que las imágenes de mi hermano y sus amigos dejando inconsciente a su hijo no podían salir de su cabeza.

Apenas saludó y después de servirse un vaso de café con algo de leche, desapareció. A lo mejor se sentía incómodo al tenerme allí y no le gustaba compartir mesa conmigo. Yo tenía mi casa justo en frente, así que decidí volver. Estaba segura de que Rodrigo tardaría en volver y necesitaba hacer mi vida, no podía seguir abusando de la confianza que me había prestado Carlos Alberto.

—En cuanto desayune, vuelvo a casa – dije a Carlos Alberto.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras, te lo dije ayer.

—Lo sé, pero incomodo a tu papá y, además, no quiero estar escondida.

Carlos Alberto se quedó callado un par de minutos. Sabía que tenía razón, que por más que quisiera evitar pensarlo, su papá aún tenía todo muy presente. No era justo que apareciese por su casa y le quitase espacio.

—Sabes que todo es demasiado duro para él – dijo refiriéndose a su papá –, con el paso del tiempo te tratará mejor.

—Lo sé, debió ser duro verte en esas condiciones.

—Ya sabes que las personas mayores entienden todo de otra forma.

Le cogí la mano, sabía que no solo se refería a lo que le pasó. Carlos Alberto sufría continuamente por su condición sexual y se sentía culpable del sufrimiento que todo le causaba a su papá.

—Algún día aceptará todo como es, dale tiempo – le dediqué una pequeña

sonrisa.

Soñaba con el día en el que Carlos Alberto fuese feliz. Le había tocado vivir en una sociedad que no le aceptaba, no me podía imaginar cómo era eso. Desde pequeño le habían molestado e insultado, jamás había tenido muchos amigos. Pensaban que, por el hecho de ser gay, iba a querer estar con todos ellos. Su papá había soportado toda clase de insultos, sintiéndose cada vez más avergonzado, a punto de llevarlo a ver a un doctor para ver si podía curarlo.

Imaginaba que las cosas hubieran sido diferentes si hubiese contado con el apoyo de su mamá, pero, por desgracia, no fue así. Apenas unos días después del parto, falleció. Nunca le explicaron las causas, pero estaba seguro de que fue por negligencia médica. Siempre se pensó que en la operación de cesárea cogió algún tipo de infección y que no se la trataron a tiempo. Aquel señor había sufrido mucho en la vida y no paraba de hacerlo.

Me tomé mi último sobro de café y, después de darle un gran abrazo a Carlos Alberto, me marché a la casa. En cuanto entré, me sentí completamente cómoda, era mi hogar y ahí podía ser libre. A pesar del vacío que habían dejado José y mi mamá, ya no me sentía tan mal. En aquellos días aprendí que estar sola no era tan grave y que podía aprender a ser feliz conmigo misma.

No dudé ni un solo segundo en ir a mi habitación a coger mi celular. Las llamadas de Rodrigo no me importaban, sino las de mi mamá. Hacía días que no hablábamos y quería saber que estaba bien. Con todo lo que pasó con Rodrigo, me había olvidado por completo de llamarla y seguramente andaba preocupada.

— ¿Aló? ¿María Camila? — respondió.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

— ¿Dónde te metes? ¡Te he llamado cientos de veces! – me regañó sin remedio.

—He estado ocupada con Carlos Alberto, pero estoy bien...

— ¿Cuándo vas a dejar de darme esos sustos?

No sabía qué responder, estaba arrepentida de haberme olvidado de ella.

— ¿Estás en la casa? – preguntó cambiando de tema.

—Sí, claro...

—Ayer me llamaron un par de clientas, sus empleadas van a llevar ropa para arreglar esta tarde allá, no pierdas la oportunidad.

— ¿Sí? – empezaba a emocionarme.

—Debes estar pendiente, debes ganarte esa plata.

—No me moveré de aquí, no te preocupes.

—Te llamaré más tarde, acaba de llegar Marta a visitarme.

—Está bien, así me cuentas como va todo por allá.

—Recuerda, debes estar en la casa – siempre repetía las cosas mil veces.

—Tranquila, cuídate.

—Adiós, María Camila.

Colgué el celular, estaba bastante contenta. Hacía muchos días que nadie nos encargaba trabajo y por fin iba a tener. Con la plata que me pagasen, podía comprar algo de comida y encargarme de algunas facturas. Necesitaba hacerlo todo perfectamente para que aquello empezase a arrancar de nuevo.

Sin pensarlo ni un solo segundo, me puse a limpiar la casa y a organizar la costura. Debía tener todo bien organizado para recibir a aquellas empleadas que traían la ropa. Dar sensación de limpieza y organización lo era todo, aunque las clientas reales no apareciesen por allí. Necesitaba que me

recomendaran, que empezasen a confiar en mí.

Iba a probarme a mí misma y a los demás que podía salir adelante sola. Necesitaba tener la cabeza fría para centrarme en el trabajo y dejar de pensar en todo lo que me rodeaba. Tenía que convertirme en una nueva María Camila, independiente y fuerte, demostrando que nadie podía vencerme.



Capítulo 28

Ya llevaba un par de días trabajando con los encargos que me trajeron a la casa. Aquellas clientas tenían bastante ropa que arreglar, así que me dediqué día y noche a ello. Imaginaba que iban a las tiendas y elegían cosas por puro antojo, no era normal la cantidad que tenían. Algunos jeans le quedaban largos, otras camisas demasiado anchas y casi nunca acertaban con la de sus hijos.

A mí todo aquello me salía a cuenta. Estaba segura de mí misma, aquello iba a quedar tan bien que no dudarían en seguir gastando y mandándome a mí todo lo que no les venía bien. En muchas ocasiones daban una buena propina y eso significaba que el trabajo estaba bien hecho. Me sentía mejor que nunca, podía hacer todo lo que me propusiese.

Rodrigo no había llamado mucho al celular. Aquello me daba tranquilidad,

necesitaba tomarme mi tiempo. En muchas ocasiones, mientras cosía, me ponía a pensar en todo lo que pasó. Tenía que ponerme en su lugar para saber cómo actuaría, pero era muy difícil para mí. Yo tenía demasiado claro qué sentía y él solo había demostrado que, por más que lo intentase, no era así.

—Buenas tardes – Carlos Alberto entró en la casa y me saludó.

Le había dado el juego de llaves de José para que tuviese libertad de entrar y salir cuando quisiese. Era el único apoyo que tenía y quería sentirlo cerca. Como se había quedado sin trabajo, pasábamos juntos casi todo el tiempo, intentando darnos apoyo mutuamente. Sin embargo, notaba que algo no iba bien con él. Algunas veces parecía algo decaído y demasiado pensativo.

— ¿Cuándo vas a contarme lo que te pasa? – pregunté mientras seguía trabajando.

— ¿A mí? – se recostó en el sofá.

—Sí, te noto diferente.

—Será la falta de trabajo, me tiene un poco deprimido – dijo sin más.

Intentaba restarle importancia, estaba segura. Carlos Alberto siempre fue una persona divertida y feliz a pesar de las dificultades que le tocó vivir. Aquellos días parecía apagado y seguramente no era solo por el tema de su trabajo. Intentó ignorarme un poco y prendió el televisor, como si ya no tuviésemos nada más que hablar.

— ¿Por qué no me cuentas de una vez? – exigí – Sabes que no me gusta insistir en las cosas.

— ¿Qué quieres que te cuente?

—Lo que te pasa, sé que es algo.

Estaba segura de eso. Cuando intentaba que hablásemos un poco de él, cambiaba rápidamente de tema o se ponía un poco a la defensiva. Por el tono

de voz que usaba al responder, supe que había algo, sin embargo, no quería forzar las cosas. Él debía sentirse seguro de contarme sus historias, pero ya estaba un poco cansada de esperar.

—No quiero agobiarte con mis cosas, tienes suficiente con Rodrigo.

Levanté la cabeza y lo miré fijamente.

—Jamás vuelvas a decir que tus cosas me agobian, sabes que no es cierto
— le hablé con firmeza.

Carlos Alberto cambió por completo el gesto de su cara. Hablaba completamente en serio y sabía que podía enfadarme demasiado ante esas frases. Éramos amigos, para lo bueno y para lo malo, para soportarnos mutuamente.

—En realidad no me echaron del trabajo, me fui yo.

— ¿Por qué? ¿Qué paso? — pregunté sorprendida.

—Un compañero quería delatarnos...

— ¿Delataros? ¿A quién? ¿Por qué?

Mi amigo se puso bastante serio y comenzó a contarme toda la historia desde el principio. A parecer uno de sus compañeros de trabajo, Julio, con el que llevaba bastante tiempo intercambiando mensajes, se atrevió a tener una aventura con él, a escondidas. Lo habían llevado bien durante algunos días, pero se descuidaron y otro pudo verlos juntos. Empezó a decir que iba a ponerlos en evidencia delante de todo el mundo y prefirió irse antes de que las cosas fueran a mayores.

Me ponía bastante rabiosa la gente chismosa, no las podía soportar. No entendía por qué su compañero tenía que ridiculizarlos en público, como si fuesen animales de feria. Lo que tuvieran entre ellos era problema suyo, daba

igual quiénes fueran.

— ¿Y qué ha pasado con Julio? — pregunté.

—No he vuelto a saber nada de él, no quiero que le jodan la vida como a mí.

— ¿No te ha llamado?

—Sí, hemos hablado, pero ya sabes... Las cosas no son fáciles — dijo seriamente —. Él se siente avergonzado, no quiere que le señalen por la calle.

— ¿Y piensas rendirte?

—No voy a permitir que le peguen golpizas o que lo insulten, prefiero olvidarme de él, no voy a permitir que nos vuelvan a ver juntos.

Se podía ver en sus ojos que sentía una tristeza profunda. Parecía haberse enamorado realmente de Julio y su amor lo llevaba a protegerlo. Por más que quisiese estar con él, prefería su bienestar.

— ¿Qué dice Julio ante esto?

—No está seguro de nada... Así que prefiero dejar las cosas como están.

No quise insistirle demasiado en el tema, sabía por lo que estaba pasando. Ambos habíamos comenzado a vivir historias de amor imposibles, difíciles de entender para el resto.

—Algún día conseguiremos vivir en un mundo en el cual no importe nada, solo amar — le dediqué una leve sonrisa.

Carlos Alberto me la devolvió y no pude evitar ir a abrazarlo. No tenía ni idea del sufrimiento que estaba pasando, había sido una egoísta, solo había pensado en mí. Todo lo que pasó con Rodrigo había hecho que descuidase nuestra amistad y me sentía culpable. Quería que supiese que, a pesar de todo, iba a estar a su lado, apoyándolo.

Soñaba con el día en el que le viese completamente feliz. Siempre fue un chico servicial, ese tipo de personas que no duda en ayudar a los demás antes que a sí mismo. La vida tenía que darle algo bueno, algo que se mereciese. Vivir un amor a escondidas no iba a hacerlo dichoso, tenía que poder ser libre de amar a quien le diese la gana. Carlos Alberto merecía ser el hombre más feliz del planeta y no iba a dudar en ayudarlo a conseguirlo.



Capítulo 29

Normalmente, a la hora de dormir, Carlos Alberto se iba a su casa, pero la noche anterior le había pedido que se quedase. Me costaba bastante estar sola en aquel lugar, era demasiado miedosa. Escuchaba todo tipo de ruidos y mi mente empezaba a imaginarse cientos de cosas, no podía evitarlo. A lo largo de mi vida jamás me había tocado hacerlo, así que no estaba para nada acostumbrada.

A él no le importaba y se quedaba dormido en el sofá. Por más que le insistía en que ocupase alguna de las camas, no le gustaba mucho. Las únicas disponibles eran la de José y mi mamá, dos personas que no habían sido muy agradables con él. Me tranquilizaba bastante saber que estaba ahí, me ayudaba a conciliar el sueño.

Por suerte, era de ese tipo de personas que se levantaban temprano y no tenía

que estar con la incomodidad de no hacer ruido por las mañanas. Cuando yo me disponía a tomar café, él ya llevaba un par de tazas. Esos días también le costaba un poco más conciliar el sueño, todo lo que había pasado con su compañero Julio le tenía mal. Era la primera vez que alguien se le declaraba y, sin embargo, era difícil. Entendía que tuviese miedo a que lo señalaran, pero Carlos Alberto se merecía a alguien valiente.

Aquella vida que empezaba a llevar no me desagradaba tanto como había pensado. Tenía la libertad de tener una casa para mí y la podía compartir con quien quisiera, además, con los pedidos que me iban llegando, podía defenderme. Si de algo estaba segura, era de que trabajaba bien y que podía dejar a los clientes satisfecho, así que solo era cuestión de tiempo que me recomendaran y ampliar todo aquello.

Me senté en el salón a desayunar para hacerle compañía mientras veía el noticiero. Mi mamá normalmente no nos dejaba comer allá, pero ya no estaba para controlar todo. Aquel espacio me parecía mucho más agradable que la cocina, pues con lo pequeña que era, a veces uno se sentía atrapado.

—No has vuelto a saber nada de Teresa, ¿no? —preguntó.

—No, puedo imaginar que algún día me visitará, pero después de aquello...

—Ella no hizo nada, no debe sentirse culpable.

—Quizás también se vio atrapada, no lo sé...

Me hubiese gustado mucho hablar con ella, pero no tenía ni su número. Teresa se había portado conmigo y, aunque aquel día se quedase callada, sabía que no tenía más remedio que agachar la cabeza. Se convirtió en un apoyo bastante grande y no quería perderla, no en ese momento.

—Creo que tu celular está sonando.

- ¿El mío? – pregunté extrañada.
- Sí, el sonido viene de tu habitación.

Me levanté rápidamente a contestar. No conocía el número que aparecía en la pantalla, seguramente era una nueva cliente. Puse la mejor de las sonrisas para que mi voz sonara agradable y respondí.

- ¿Aló?
- ¿María Camila? – preguntó una voz conocida.
- ¿Con quién hablo?
- Soy yo, la señora Rosa.

Estaba un poco sorprendida ante aquella llamada. Empecé a andar hacia el salón dispuesta a seguir tomando mi taza de café mientras hablaba con ella.

- ¿Qué tal, señora Rosa?
- Bien, María Camila, solo quería llamarte para darte las gracias.
- ¿Darme las gracias? No la entiendo.

Mi cara cambió por completo, no entendía qué pasaba. Carlos Alberto se percató de que algo no iba bien y apagó y televisor para poder escuchar mejor.

- No te hagas la tonta, ya nos han confesado que tú has luchado por todo esto.
- Señora Rosa... Ando un poco perdida... ¿Me puede decir sobre qué habla?

Yo no había hecho nada más que estar en la casa, cosiendo para intentar sobrevivir.

- Nos has devuelto el mercado...

Me quedé paralizada por completo.

— ¿El mercado? – no entendía nada.

—Ayer vinieron unos señores a decirnos que podíamos volver al terreno, que tú habías luchado lo insaciable y que habíais llegado a un acuerdo.

Me quedé en silencio, oyendo todo lo que decía.

—Así que aquí estamos. ¡De vuelta al trabajo! – hablaba emocionada – Y la gente no ha dejado de llegar, ¡como hacía antes!

Mi cara era todo un poema. Carlos Alberto me preguntaba a través de señas y yo era incapaz de decir ni de hacer nada.

—Muchas gracias, María Camila – seguía diciendo la Señora Rosa –, sabía que nunca ibas a abandonarnos.

—De nada... – alcancé a decir.

Se despidió de mí agradeciéndome mil veces más algo que no había hecho. Dejé el teléfono encima de la mesa y me senté en el sofá completamente desubicada. Carlos Alberto se puso a mi lado, preguntándome continuamente qué había pasado. Durante algunos minutos estuve ahí, sin reaccionar, intentando entender todo.

—Me acaba de llamar la señora Rosa para agradecerme que les haya devuelto el mercado – dije de una.

— ¿Cómo así?

—Que unos señores llegaron y le dijeron que yo había conseguido que volviesen a su lugar de siempre – mientras lo contaba seguía sin creérmelo – y que todo ha vuelto a la normalidad inmediatamente.

— ¿Han vuelto al lugar de siempre? – empezaba a estar tan descolocado como yo.

—Eso parece...

Nos quedamos un buen rato dándole vueltas a lo que acababa de pasar.

—Te dije que ese hombre te quería – soltó Carlos Alberto.

— ¿Rodrigo?

— ¿Quién, si no, haría algo así? – se emocionó – Os ha devuelto el mercado, encargándose de que se oyera tu nombre, seguramente quiere demostrarte que está dispuesto a hacer todo por ti.

— ¿Tú crees?

Carlos Alberto asintió con la cabeza y empezó a parecerme la única explicación posible. Aquel fue uno de los gestos que jamás me hubiese esperado por su parte, ni en mis mejores sueños. Había dejado sus negocios y sus proyectos por devolverme una cosa que seguramente los de su clase creían insignificante.

— ¿Qué esperas para ir a buscarlo? – preguntó Carlos Alberto.

—Espera... Aún no sé qué ha pasado... – aún estaba asumiéndolo todo.

—Te recomiendo que no tardes, no todos los días hacen eso por nosotros.

Me quedé allí, en el sofá, cargando mi taza de café. Los nervios comenzaban a subir por mis piernas hasta llegar a mi cabeza. ¿Habría sido capaz Rodrigo de hacer eso por mí? ¿Habría dejado a un lado todo por salvar lo nuestro? A lo mejor me estaba demostrando que reconocía su error y que no le importaba nada más que estar conmigo.

Yo necesitaba saber primero qué había pasado, poner los pies sobre la tierra. No quería dar un paso en falso y equivocarme, quería que todo saliese bien. Tenía que ir primero al mercado a ver todo con mis propios ojos, necesitaba comprobarlo y saber qué les habían dicho de mí exactamente.



Capítulo 30

No pude pensar en otra cosa toda aquella tarde. Daba vueltas por la casa, sin ser capaz de concentrarme en nada. La ropa que tenía que coser se me acumulaba, pero no podía trabajar. Carlos Alberto se había cansado de decirme que me sentara, que intentara tranquilizarme.

- Vas a conseguir marearme – se había aburrido de mí.
- Es que lo del mercado me tiene nerviosa, ¿por qué ha hecho eso?
- Porque te quiere, te lo he repetido cientos de veces.
- ¿Y qué espera? ¿Qué me tire a sus brazos?
- Qué menos... Yo ya hubiese ido a verlo.

Una parte de mí me decía que me pusiese algo de ropa y saliera corriendo a su casa, pero la otra hacía un llamado a la cordura. Cada vez que había caído en sus redes, algo se acababa torciendo. No iba a poder soportar otra

decepción, así que necesitaba andar con pies de plomo.

—No sé... No sé... – repetía mientras daba vueltas de un lado a otro.

—Cada día te pareces más a tu mamá – dijo bromeando.

—Esto ha sido demasiado fuerte – seguía inmersa en mis pensamientos.

El mercado había vuelto a ser lo que era. Las máquinas habían parado y todo pudo volver a la normalidad. Me moría de la dicha al saber que aquello, que había quedado completamente muerto, funcionaba de nuevo. No estaba segura de si algún día volvería a trabajar allá, pero, al menos, la gente tenía de nuevo cómo subsistir.

— ¿Por qué no lo llamas? – propuso Carlos Alberto.

— ¿Llamarlo?

—Sí, al menos para que te explique, seguramente eso calma tus nervios.

— ¿Y si lo molesto? ¿Y si no me responde?

—Eso solo lo sabrás cuando lo hagas – encogió los hombros.

Regresé a mi habitación y cogí de nuevo mi celular, sin pensarlo. Me moría de ganas por tener algún tipo de contacto con él y solo me hacía falta un pequeño empujón para hacerlo. Las manos me temblaban demasiado y no era capaz de marcar su número.

—Hazlo tú – se lo entregué a Carlos Alberto como si fuese una niña chica.

—Está bien – no tenía problema ninguno.

Marcó y me lo devolvió. Estaba nerviosa porque no sabía qué iba a decirle, no quería quedar en ridículo ni parecer desesperada. Quería ir poco a poco, evaluando las cosas.

— ¿Aló? – respondió.

—Hola...

—Hola, Cami. ¿Cómo estás? – no parecía tan alegre como esperaba.

—Bien... ¿Estás ocupado?

—Estaba en una reunión importante, pero puedo atenderte.

—No, no, tranquilo, sigue.

—No te preocupes, de verdad.

La conversación parecía más formal que nunca.

—Solo quería preguntarte acerca del mercado.

—No hice nada, solo te he devuelto lo que es tuyo.

—Has hecho demasiado, todos están muy felices, quería darte las gracias.

—Creo que eso me corresponde a mí – dijo un poco más contento –, contigo pude ver que no somos tan diferentes y que esa gente necesita su negocio más que yo.

Aquellas palabras eran demasiado importantes para mí, sobre todo si venían de Rodrigo. Había conseguido que nuestros mundos fuesen uno y que las diferencias entre nosotros se minimizaran. Siempre supe que era diferente al resto y Teresa tenía razón, solo le hizo falta tiempo para demostrarlo.

—Oye... Tengo que volver a la reunión... Es algo importante...

—Está bien – quería haberle dicho muchas cosas más, pero se acabó el tiempo.

—Cuídate.

—Y tú.

Cuando colgué, me quedé con un mal sabor de boca. Esperaba que de alguna forma estuviésemos más contentos al hablar, pero todo fue demasiado sobrio. Apenas nos mantuvimos un par de minutos al otro lado del celular, sin llegar a nada.

— ¿Y bien? – preguntó Carlos Alberto.

—No sé.... Estaba un poco serio y ocupado, así que no hemos podido hablar mucho.

—Vaya, esperaba que este ya fuese vuestro final feliz, como en las películas.

—A lo mejor no quería hablar conmigo – dije algo triste

—Debe sentirse culpable por lo que te hizo y, además, sí está cuando seguro que tiene la mente en otras cosas.

—No sé... No sé...

Me senté de nuevo en el sofá y me dediqué a mirar a la nada. Me había dejado llevar por mi corazón y quizás me precipité al llamarlo. Tenía que haber seguido haciéndole caso a mi cabeza, la que me decía que esperase para no decepcionarme de nuevo. Rodrigo no habló mal, pero me sentí bastante incómoda en la conversación.

—Sea lo que sea que estés pensando, olvídalo – mi amigo se acercó y me dio un abrazo –. Sé que te quiere, sé que todo va a estar bien.

—Ya no lo sé, han sido demasiadas cosas.

—Pero el amor siempre triunfa, os lo merecéis.

Decidí hacerle caso y me dediqué a relajarme. Rodrigo había hecho aquello por mí, aunque no lo notase en su actitud al hablar. Parecía que la vida sí empezaba a recomponerse de verdad. El mercado funcionaba de nuevo y empezábamos a tener pedidos en la casa.

Me abracé a Carlos Alberto y empecé a sentir algo de felicidad en mi cuerpo, ya que aquella estabilidad era todo lo que necesitaba. Sabía que en el mundo había gente que solo era feliz con un buen carro y un apartamento en el edificio más lujoso de la ciudad, pero yo me conformaba con aquello. Solo quería poder salir adelante sola y que mi vida se recompusiese un poco.



Capítulo 31

Hasta el desayuno de aquel día me supo diferente. Carlos Alberto y yo llevábamos despiertos un buen rato, compartiendo la mañana. Mi intención era ir a ver cómo había florecido el mercado, necesitaba comprobarlo por mí misma. Imaginaba que todos habían abierto sus puestos en los mismos lugares de siempre, faltando el de mi mamá y el mío.

El celular de Carlos Alberto comenzó a sonar y pude verlo casi volar para responder. No sabía quién estaba llamándole, pero tenía la certeza de que era Julio. Sus ojos comenzaron a brillar mientras hablaba, así que no había duda. Mi amigo estaba enamorado, más que nunca y no lo podía negar. La sonrisa que se le dibujaba sin querer y su cambio de actitud lo decían todo.

Comenzó a caminar de un lugar a otro y yo no podía parar de reírme al verlo. Ni me paré a oír lo que hablaba, quedaba embobada ante tal espectáculo.

Parecía una niñita pequeña enamorada, era increíble. Desde ese mismo instante quise conocer al tal Julio, tenía que saber quién estaba haciéndole tan feliz. Carlos Alberto se merecía eso y mucho más.

En cuanto la llamada se terminó, sonrió y se puso el celular en el pecho. Sin decir nada más volvió a sentarse en la mesa y siguió desayunando. Yo lo miraba, esperando a que me contase lo que había pasado. No podía negarme que había buenas noticias, si no aquella sonrisa tan gigante que tenía en la cara no sería posible.

— ¿Será que tengo que preguntarte o me lo vas a contar?

— ¿Lo qué? – dijo haciéndose el tonto.

—No sé, quizás lo que has hablado con Julio.

—Es que no quiero adelantarme a los acontecimientos – seguía sonriendo.

— ¡Venga! No seas así – insistí.

Carlos Alberto y Julio habían quedado para verse. Aquel chico no aguantó más la espera y le pidió una cita. Las cosas seguían teniendo que ser a escondidas y discretamente, pero sabía que, al menos, iba a esta con quien amaba. Por más que intentase resistirse a él, mi amigo estaba completamente enamorado. Llevaban sin verse desde que pasó el altercado, así que seguramente el encuentro les haría más fuertes.

—Debes tener cuidado – aconsejé.

—Tranquila, me invitó a su apartamento, allí no tenemos problemas.

—Sabía que no te podías resistir, por más frío que quisieras ser.

—Es que con él todo es diferente.

—Sí, sé de lo que hablas – sonreí.

Podía entenderlo perfectamente, a mí me pasaba con Rodrigo. Por más que todo el mundo nos dijese que era una locura, para nosotros no era así. Con lo

que sentía por Rodrigo era suficiente para que me diese igual el resto del planeta. Los demás no tenían derecho a juzgar los sentimientos de los demás, pero eran incapaces de respetarlos y eso acababa cansando demasiado.

—Creo que iré a casa a arreglarme – dijo en cuanto terminó de desayunar.

—Ve y diviértete.

—Eso haré – guiñó un ojo.

Me despidió con un beso en la frente y se marchó. Había pedido muchas veces por él, por su felicidad y parecía que se me empezaba a escuchar. Él no decidió nacer así, simplemente sucedió. Por ello no tenía que pagar ninguna condena, se merecía hasta mejores cosas que los demás.

En cuanto salió por la puerta, me puse a recoger todo. Quería arreglarme rápidamente para salir al mercado. Mi intención no era ponerme a vender nada, sino visitar aquello. Con los pedidos que me iban saliendo tenía suficiente trabajo para mí sola, así que ir al mercado a diario me dejaría sin tiempo para dormir. Estaba sola y no podía hacer frente a todo aquello.

Escuché de nuevo ruidos en el salón y supuse que era Carlos Alberto. Siempre había sido bastante despistado y dejaba todo por cualquier sitio.

— ¿Se te ha olvidado algo? – grité desde la cocina.

No obtuve ninguna respuesta, así que me sequé las manos y decidí ir a ayudarlo. En cuanto salí por la puerta de la cocina, me quedé completamente sorprendida.

— ¿Mamá? – no esperaba verla.

Se acercó a mí y me dio una especie de abrazo para saludarme. Me quedé observando cómo dejaba la maleta que se había llevado en medio del salón y se quitaba la chaqueta que llevaba puesta.

— ¿A quién le hablabas?

—Carlos Alberto acaba de irse... ¿Qué haces aquí? — no esperaba esa visita.

—La señora Rosa me llamó y me contó todo — sonreía — ¿Por qué te has callado ese secreto?

— ¿Qué secreto?

—Que has recuperado todo el mercado — no dejaba de sonreír —, estoy muy orgullosa de ti.

Se acercó de nuevo y me abrazó fuertemente. Me sentía un poco mal porque yo no había hecho nada y todos me felicitaban como si fuese una heroína. Sabía que Rodrigo lo había hecho para que todos pensasen que era yo, así que no me importó asumirlo. Era un regalo que debía aceptar, era un regalo para mí.

—Todo esto ha sido gracias a Rodrigo, él me ha ayudado muchísimo — quería dejarlo claro.

Mi mamá había sido bastante antipática con él, quería que, al menos, viese que no era tan malo. Sabía que todo el tema del mercado le había hecho mucho daño, pero dejó todo su negocio por devolverlo.

— ¿Vienes para quedarte? — pregunté emocionada.

—Sí, María Camila, ahora que todo ha vuelto a la normalidad, podemos empezar de cero.

Le devolví el abrazo, me gustaba demasiado la idea de tenerla de nuevo. Volvíamos a conformar el equipo que habíamos sido siempre y aquella vez saliendo adelante, sin problemas. Ya siendo las dos haríamos frente al mercado y a los pedidos, volviendo a la rutina de siempre.

—Estaba a punto de arreglarme para ir a verlo, ¿Quieres venir?

—Lo cierto es que está de camino una clienta para dejarnos un pedido, tendremos que esperar un poco.

—Entonces, será mejor que lo dejemos para la tarde – propuse.

—Sí, no te preocupes, iremos de todos modos.

No me importaba demasiado quedarme aquella mañana esperando, no quería dejar ningún pedido por fuera. Podía aprovechar para ayudarla a desempacar todo y organizar de nuevo la casa antes de irnos al mercado. Mi vida comenzaba a recomponerse de nuevo y todo gracias a Rodrigo.



Capítulo 32

La clienta tardó en llegar y nosotras ya llevábamos arreglada un par de horas. Mi mamá no quiso llamar más para no parecer intensa, así que nos la pasamos en el salón contándonos un poco lo que habíamos hecho. Dejé que ella hablase todo el tiempo, sabía que mis historias con Rodrigo no serían de su interés, debía darle tiempo para que dejase de tenerle rabia.

En cuanto llegó y nos entregó las bolsas y las indicaciones, salimos a toda prisa a coger el bus. Íbamos igual de emocionadas que aquel día en que decidimos luchar y parar las máquinas. Aquellos días fueron los primeros en los que volví a ver a mi mamá sonreír después de la muerte de José. El tema del mercado le había devuelto un poco las ganas y parecía que iba superando el duelo poco a poco.

El viaje se me hizo mucho más largo que nunca. Tenía tantas ganas de llegar que cada semáforo en rojo me ponía rabiosa. Teníamos que haber optado por

coger un taxi, pero a mi mamá no le gustaban. Se oían muchas historias acerca de los taxistas, como robos o violaciones y mi mamá desconfiaba de todos y cada uno de ellos.

Cuando nos empezamos a acercarnos a la zona del mercado, me emocioné de nuevo. Podía ver gente que caminaba hacia él o que regresaba con las típicas bolsas que usábamos. Parecía un día normal, como si no hubiese pasado nada. Podía mirar desde lejos, a través de la ventanilla, cómo iba apareciendo el mercado poco a poco y cómo el ambiente era el mismo de antes.

En cuanto llegamos a la parada, nos bajamos sin demora. Comenzamos a caminar juntas hacia allá y a empaparnos de la vida que el mercado le daba a esa zona. El suelo, que antes habían removido las máquinas, estaba completamente liso. Se habían encargado de dejarlo todo incluso mejor de lo que estaba.

Algunas personas comenzaron a saludarnos y a darme la enhorabuena. No podía mentir, aquel baño de gente me gustaba, pero también quería que en algún momento supiesen que todo había sido gracias a Rodrigo. Era mi nombre el que todos tenían en boca, pero realmente no había hecho nada. Me limité a dar las gracias y a saludar a todos los que se cruzaban en nuestro camino. Fue una de las pocas veces que pude saber cómo se sentía una persona famosa por la calle.

Llegamos rápidamente al puesto de la señora Rosa y nos dimos cuenta de que nuestro espacio seguía vacío. Los demás habían respetado nuestro lugar, aunque no estuviésemos allí, dejándonos claro que éramos bienvenidas. Sabía que mi mamá no iba a dudar en volver a trabajar allá, pero yo dudaba un poco. Con todos los cambios que tuve en mi vida, no tenía claro si era lo que realmente quería.

Mi mamá estaba acostumbrada y había trabajado toda su vida allá, pero yo tenía otras aspiraciones. Sabía que el tema de la costura era algo que se me daba muy bien, así que quizás podría estudiar algo parecido. Quería demostrarle a mi mamá que podíamos tener un futuro mejor, pero necesitaba que me diese la oportunidad en cuanto a tiempo. El mercado nos consumía, prácticamente, casi todo el día y yo necesitaba volar un poco.

— ¡Qué alegría de verlas! — la señora Rosa saló de su puesto y nos dio un abrazo seguido de un gran beso.

— ¡Esto está increíble! — dije emocionada, mirando a nuestro alrededor.

— Parece que no hubiese pasado el tiempo y todo gracias a ti — me abrazó de nuevo.

— Bueno, Rodrigo ayudó mucho, yo no hice nada — dije con la cabeza bien alta.

— Entonces tienes que presentarme a ese tal Rodrigo.

— No tendrá que esperar mucho, Señora Rosa — dijo mi mamá señalando con la cabeza hacia mi derecha.

Me giré levemente y vi cómo Rodrigo se acercaba lentamente a nosotras. Podía haberme imaginado encontrarme a cualquier otra persona, menos a él. Ese no era su ambiente, destacaba por completo. No pude evitar esbozar una leve sonrisa, me alegraba poder ver su rostro después de tantos días.

Cuando por fin estuvo cerca de nosotros, se acercó y me saludó con un beso en el cachete. Sabía que me había sonrojado un poco, pero era algo normal. Seguidamente saludó a mi mamá, que no opuso resistencia alguna y se lo presenté a la señora Rosa. Aquella mujer, agradecida al máximo con él, le devolvió el beso seguido de un abrazo. No pudimos evitar reírnos, fue una situación bastante chistosa. Rodrigo no se esperaba aquella reacción, pero actuó acorde a como se esperaba.

- Me alegra encontrarte por aquí – dijo mirándome –, acabo de llegar.
- Vinimos a ver lo bonito que está todo esto.
- Me alegro de que te guste – sonrió.
- ¿Necesitas algo? ¿Quieres que hablemos? – me moría de ganas por quedarme a solas con él.
- No quiero quitarte mucho tiempo, solo vine a entregarte esto.

En su mano lleva un sobre grande marrón y me lo entregó. Me quedé un poco desorientada, pero mi mamá me animo rápidamente a abrirlo. En ese momento me sentía tan nerviosa que no pude entender nada.

- ¿Qué dice? – preguntó la señora Rosa.

Seguía mirando aquellos papeles y, ante la presión, seguía sin saber bien qué quería decir. Rodrigo me miraba, sonriendo, como si la escena le divirtiese un poco.

- Este terreno está a tu nombre.
- ¿Qué? – preguntó mi mamá mientras lo miraba fijamente.
- Compré la parte de mis socios y lo puse todo a nombre de su hija – respondió–, así que aquí no se construirá nada si ella no quiere.

Mi corazón no sabía bien qué hacer, si pararse en seco o latir a mil por hora. No era posible lo que oía, no podía estar pasando. Miraba a Rodrigo, a mi mamá y a la señora Rosa a la vez, no supe reaccionar.

- Por eso me visitó aquel señor el último día que me visitaste... Y por eso no pude atenderte ayer, estaba precisamente en una reunión haciendo este proceso.
- No sé qué decir...
- No digas nada, no tienes por qué.

Rodrigo me dio otro beso en el cachete y se marchó, sin más. Mi cuerpo no reaccionaba, no podía moverme. Me había quedado allí, de pie, mirando esos papeles mientras el mundo a mi alrededor paró. Sabía que mi mamá y la señora Rosa me decían cosas, pero era incapaz de procesarlas. Lo que acababa de pasar no lo hubiese imaginado nunca, ni en el mejor de mis sueños.

Rodrigo no sólo me había devuelto el mercado, sino que todo aquello me pertenecía. Ya nunca más debíamos tener miedo a que viniera alguien a echarnos, porque lo manejaba yo. Me había ofrecido el mayor tesoro del mundo, sin pedir nada a cambio. Rodrigo se había ganado todo el respeto y la admiración por nuestra parte, había hecho que lo imposible se convirtiese en realidad.



Capítulo 33

Mi mamá y la señora Rosa se llevaron un buen rato regañándome. No entendían cómo me había quedado allí y no me había tirado a sus brazos. Había sido un poco tonta, lo sabía, pero la situación me vino grande. Mi única intención aquel día era visitar el mercado y, sin embargo, me pertenecía. Era la dueña del terreno donde mi mamá y yo nos habíamos buscado la vida desde que era pequeña; fue algo increíble.

Me sorprendía un poco que mi mamá me animase a ir a buscar a Rodrigo, hacía poco que me prohibió hablar de él en la casa. Sentía orgullo al saber que comprobó que era un hombre que merecía la pena y que no se opondría si teníamos algo los dos. Ya no tenía que mentir en casa acerca de lo que hacía, me había liberado de todo.

—Sigo sin creer lo que pasó — mi mamá seguía sorprendida.

—Ha sido un milagro – la señora Rosa miraba al cielo –, ya nunca más tendremos que sufrir.

Sin perder el tiempo, fueron contándoselo a todo el mundo. La gente comenzaba a venir una tras otra y me felicitaba, con mucha más energía que cuando llegué. Me había convertido en una auténtica heroína, todos alababan mi nombre y había sido gracias a Rodrigo.

No tenía idea sobre qué tanta plata le había costado, me hubiese dado miedo preguntar. Entregarme aquello, dejando su proyecto a un lado, no debió ser tarea fácil. Imaginaba que comprarles la parte a los socios debió costarle también su tiempo, pero no le importó, lo hizo por mí felicidad.

Me quedé un rato más allá, disfrutando de la noticia. Agarraba aquel sobre contra mi pecho como si fuese el tesoro más preciado, pues no solo significaba que era la dueña del terreno, sino que lo nuestro iba a ser posible. Si él no me amara tanto como decía, no hubiese dado jamás un paso de aquellas proporciones.

—Mamá, tengo que irme – dije cuando la encontré entre la multitud.

— ¿Dónde vas?

—Tengo que buscarlo, no puedo quedarme así.

Mi mamá sonrió y asintió con la cabeza. Necesitaba gritarle lo que sentía y que estuviésemos juntos sin ningún impedimento. Salí cómo pude de allí, esquivando a los demás y me monté en un taxi. Mi corazón latía a mil por hora y no podía esperar a encontrarme de nuevo con él. Tenía que haberle abrazado en el mismo instante en que me entregó aquellos papeles, pero no pude reaccionar.

Sentía que el tiempo pasaba igual de lento y que aquel taxi no avanzaba. Quería llegar cuanto antes a casa de Rodrigo, aunque no estaba segura de

encontrarlo allá. Eso era algo que me daba igual, iba a esperarlo el tiempo que fuese necesario. No iba a permitir que perdiésemos más tiempo, Rodrigo era para mí, no tenía ninguna duda.

Quería olvidar todo lo que había pasado entre él y yo, comenzar de cero. Rodrigo había dado todo por mí desde que me conoció en aquel concierto y yo no dudé en responder. Fuimos capaces de superar todos los obstáculos que la vida nos puso y vencimos, sin duda alguna.

En cuanto llegamos al edificio, le di al taxista toda la plata que tenía, sin contarla y entré a toda prisa. El portero me miró un poco extrañado, no me conocía de nada. Me había encontrado con él alguna vez, pero no vestida como iba a aquel día. Ya no iba disfrazada de la señorita María Camila, ya no parecía la misma. Dudé unos segundos, pero me adelanté a hablar con él.

- ¿A dónde ese dirige? – no podía evitar mirarme de arriba abajo.
- Vengo a casa del señor Rodrigo, último piso.
- ¿Está segura? – desconfiaba pro completo de mí.

Las puertas del ascensor se abrieron y giré la cabeza sin poder evitarlo. Me alegré enormemente al ver a Teresa, siempre aparecía en el momento oportuno. En cuanto me vio, no dudo en saludarme con un gran abrazo.

- Necesito hablar con él, ¿está? – pregunté.
- Llegó hace un rato, seguramente le agrada su visita.
- ¿La conoce? – preguntó el portero a Teresa.
- Sí y la va a dejar subir inmediatamente.

Aquel hombre acató la orden de Teresa. Aquella mujer tenía carácter y no dudaba en enfrentarse a la gente. No era dueña de nada de lo que había allí, pero no le hacía falta, con ser ella misma le sobraba.

Aquel ascensor subió a toda prisa, o al menos eso me pareció. Las puertas se abrieron y entré en el gran salón. Las luces estaban un poco bajas de intensidad, se notaba que la noche comenzaba a caer. Intenté no hacer ningún tipo de ruido, quería darle una sorpresa.

No tardé mucho tiempo en encontrarlo, lo vi de espaldas, apoyado en el balcón. Aquel era mi sitio favorito y lo había disfrutado tanto que me parecía el lugar igual para nuestro encuentro. Me acerqué despacio a él, tratando de no hacer ningún ruido y le tapé los ojos con las manos.

Rodrigo no se inmutó. Cogió sus manos y comenzó a acariciar las mías, tratando de adivinar quién era. Algo en mi interior me decía que Rodrigo sabía que era yo, pero seguía haciéndose un poco el distraído. Seguía acariciándome y yo disfrutaba de aquello y en la brisa que comenzaba a darme en la cara. Podía haberme quedado allí para siempre, observando la ciudad mientras lo sentía cerca de mí.

—Me alegra que estés aquí, Cami — dijo rompiendo el silencio.

— ¿En qué momento supiste que era yo? — seguía tapándole los ojos.

—Eres inconfundible...

— ¿Por qué?

—Tu olor... Tu piel... No podría confundirla con otra.

Quitó las manos de su cara, permitiendo que se diese la vuelta y nos encontrásemos cara a cara. Ninguno de los dos podía disimular la felicidad que sentía y, sin demorarnos, acabamos abrazados. No hacía falta decir mucho, con los ojos lo hablábamos todos. Me sentía completa al estar junto a él y Rodrigo no dejaba de sonreír. Desde ese mismo instante supe que íbamos a estar juntos para siempre.



Epílogo

— ¡Ya casi llega! — dije en voz alta.

Teresa terminó de organizar la mesa y me escondí detrás de la puerta de la cocina. Estaba bastante emocionada, era la primera vez que hacíamos eso. Intentábamos mantener el silencio, pero no podíamos. Cuando no se reía uno, otro comenzaba a hacer una broma.

Escuchamos pasos en el salón y supimos que era el momento. Teresa encendió las velas de la torta y salimos todos juntos a darle la sorpresa. Mi mamá se quedó con la boca abierta, sorprendida como nunca lo había hecho.

— ¡Feliz cumpleaños! — gritamos todos juntos.

Nos acercamos a ella rápidamente y sopló las velas cerrando los ojos. Sabía

que estaba pidiendo el mejor de los deseos, me sentía feliz por ella. Teresa llevó la torta y la colocó en mitad de la mesa mientras mi mamá saludaba a los demás.

Carlos Alberto se encontraba más guapo que nunca y su compañía, Julio, aún más. Se habían convertido en parte de nuestra familia y vivían su amor con normalidad en nuestro hogar. Aquel muchacho me gustaba muchísimo, se le notaba en la cara que era buena persona. Con solo mirarlo podías enamorarte de sus ojos negros, su pelo rizado y su cuerpo esbelto, parecía sacado de una revista de moda.

Teresa y mi mamá se convirtieron en grandes amigas. Continuamente salían a hacer compras juntas y compartían ratos en la tarde. Teresa seguía trabajando para Rodrigo, pero ya se sentaba a acompañarnos en la mesa y mi mamá volvió al mercado, nunca quiso dejar su vida de vendedora.

Miré a Rodrigo y no pude evitar dedicarle una sonrisa. Nos encontrábamos todos unidos en aquella casa, celebrado el cumpleaños a mi mamá. Su relación había mejorado muchísimo en los últimos meses, incluso se habían vuelto un poco confidentes. Ellos eran todo lo que me importaban en la vida y los tenía unidos, compartiendo mesa y celebraciones.

Me dirigí con una copa de champan hacia el balcón, mi felicidad era inmensa. Mi vida se había encarrilado demasiado bien. Me había mudado a vivir con Rodrigo y pronto comencé a estudiar moda, me fascinaba demasiado. Pasaba la mayor parte del tiempo en aquel rincón, observando la ciudad que quedaba a mis pies

— ¿Estás contenta? — se puso a mi lado

— ¿Tú qué crees?

—Espero que sí.

—Creo que nadie me ha hecho más feliz que tú, Rodrigo.

—Y espero seguir haciéndolo el resto de mi vida.

Puso su brazo por encima de mi hombro, me dio un beso y se fue. Volví a mirar delante, observando cómo se movía la ciudad. Cuando intenté beber de mi copa, sentí algo extraño en su interior. Miré rápidamente y pude ver un anillo brillando en el fondo de esta.

Me quedé completamente sorprendida y me giré rápidamente. Rodrigo seguía detrás de mí, de pie, con una sonrisa en la boca.

—Entonces... ¿Qué dices? ¿Que si o que no?

Sonreí y me dirigí a abrazarlo fuertemente.

—A ti jamás te diría que no.

Nos fundimos en un beso y los demás comenzaron a aplaudir. Ya todos sabían lo que iba a pasar en ese momento y estaban emocionados. Íbamos a unir nuestras vidas para siempre, dejándole claro al mundo que nuestra unión era invencible.

Fin

Sara M. James

Para todo el que me pidió la bilogía en un solo e-book, aquí está. No me cansaré de agradecer por el cariño que recibo a diario y ojalá pueda seguir contando mis historias.